

Aida Ramos

Increíblemente tú

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

Biografía

Click Ediciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

INCREÍBLEMENTE TÚ

Aida Ramos



A todas aquellas mujeres a las que un día quisieron mal

Si hubiera sabido desde el principio la historia que viviría en aquel piso, no le hubiera resultado tan difícil meterse dentro. Era pequeño y deprimente, y las paredes empapeladas parecían esconder un cuento de miedo.

—Es temporal —le recalcó Nora.

Soltó una risa nerviosa para ahogar las ganas que tenía de zarandearla. Su amiga la había metido en un buen lío aprovechando su desesperación. Y ahora no pensaba volver corriendo a casa de sus padres, sería darle la razón a su madre, y eso era muchísimo peor que intentar hacer de aquel antro su hogar.

—Nayra, es un cambio de aires. Lo que buscabas.

Lo decía para tranquilizarla. Sabía que su silencio ocultaba los mil peros que deseaba echarle a la cara. Aunque no lo haría nunca. Le había pedido ayuda y ella había respondido, lo último que se merecía era un reproche.

—No tardarán en llegar, ¿quieres que espere contigo?

Pestañeó dos veces antes de recordar que el lote completo comprendía el piso más dos compañeros.

—No importa. Además, tenías prisa.

—Verás como va todo bien a partir de ahora.

Se fundieron en un abrazo.

Nayra sintió un gran vacío cuando la puerta se cerró tras la marcha de su amiga. Suspiró mirando la maleta que reposaba a sus pies, parte de su vida había cabido en ella. A pesar de ser un piso viejo le pareció muy luminoso. Y tenía una terraza enorme donde se podía tomar el sol. La zona no estaba mal: el barrio de Gracia y ese toque bohemio que lo envolvía de magia. Y era bastante céntrico. Se había criado alejada del corazón de Barcelona, refugiada en el área residencial, donde el nivel de influencia se medía por el coche que se conducía.

El padre de Nora había reformado el piso entero y aun así no había conseguido quitarle aquel aspecto decrepito. El suelo era de parqué oscuro, como de madera desgastada, y los muebles parecían sacados del rastro. Entró en la habitación vacía y empezó a deshacer la maleta. El armario tenía pocos estantes, pero no había traído demasiada ropa. También había un escritorio con una lámpara y una cama individual a la que le chirriaban los muelles. Y un falso balcón, que no era más que el bordillo de la ventana con cuatro rejas. Sacó la fiambarrera de macarrones que le había preparado su madre con ganas de rebotarla contra el suelo. No estarás de humor para cocinar, le había dicho, como si ese detalle le fuera a alegrar el día. Su huida era una de las

consecuencias de la ruptura de sus padres. Llevaban treinta años juntos y siempre les fue bien, o si no, lo aparentaban. Y aunque su madre había insistido mucho para que no se fuera, no tuvo alternativa. No podía soportar la pena de su padre, las lágrimas que lloraba a escondidas y la rabia contenida que se guardaba en el estómago y lo hacía vomitar cada mañana. Ella se sentía más unida a él, ambos eran capaces de hacerse entender sin necesidad de palabras. Habían desarrollado una especie de telepatía, como si tuvieran la llave para leer en el interior del otro. Comprendía sus sueños y se convertía en cómplice de ellos.

Observó el libro que acababa de abrir entre sus manos. La insistencia de su padre lo había hecho posible, ella hubiera dejado morir la historia en una carpeta del ordenador. Escribir había sido su modo de vida desde que era una niña. Lo consideraba algo tan suyo, tan íntimo, que jamás pensó en publicar como un deseo real y factible. Jamás pensó que podría quedarse vacía. Llevaba semanas sin escribir una maldita palabra y empezaba a entrar en pánico. A esas alturas escribir le importaba poco, pero quería tener al menos una idea, darle forma a una historia en su cabeza. Y ni de eso era capaz. La razón era todo un misterio. La separación de sus padres, las pocas ventas, que le habían quitado la motivación..., a saber. La única solución que le dio Nora fue acabar con su rutina. Y en parte le agradecía que la hubiera convencido, porque el problema de fondo era mucho más grande y llevaba persiguiéndola largo tiempo. Y estaba en su casa, en sus vecinos, en la calle y en todo el maldito entorno que aún olía a él. Aún lo recordaba, aún respiraba como si le faltara el aire cuando la invadían los recuerdos.

Había dos habitaciones más con la puerta cerrada en el pasillo y otra entreabierta donde encontró el baño. Buscó un rincón dentro del armario para dejar su neceser. Los estantes estaban llenos de cremas y productos para el pelo, y le indignó que no hubieran hecho sitio sabiendo que llegaría una nueva inquilina. Optó por dejarlo en un rincón, apartado del resto. Lo último que deseaba era pelearse por tonterías.

El comedor no era gran cosa, tenía un sofá *chaise longue* en el centro, delante un mueble sencillo con una tele de cuarenta pulgadas y una mesa en la parte izquierda. La cocina le pareció un cubículo donde no cabían más de tres personas. En la nevera no encontró mucha comida y recordó que debía hacer la compra antes de que se hiciera de noche. Se dejó caer en el sofá y se acomodó un momento para recomponerse. Los últimos rayos de sol que entraban directos a través de la ventana la cegaron, pero le aportaron la calidez que le hacía falta. La calidez que le recordaba a la casa que había dejado atrás. Si no hubiera sido por el olor a rancio que le invadió la nariz, podría haber soñado que aún estaba allí. Inspeccionó el cojín donde acababa de apoyar la cabeza y encontró pelos muy cortos de color marrón. Allí vivía un gato. No lo había visto, pero aquel olor no podía ser humano. Le gustaban los animales, aunque nunca había convivido con ninguno. Se sacudió la ropa y se fue al baño a lavarse la cara. Tenía un aspecto horrible, estaba más pálida y se le había encrespado el pelo a causa de la humedad. Hacía meses que no se cortaba el flequillo y se lo apartaba tantas veces de la cara que aquel movimiento se había convertido en un tic nervioso.

Minutos después sintió voces en la entrada. Se armó de valor y salió al comedor, donde un chico alto y moreno acababa de dejar la chaqueta en el perchero.

—Vale, quedamos en la entrada.

Hablaba por el móvil sujetándolo con una mano mientras intentaba quitarse una zapatilla con la otra. Parecía que se le resistía e iba pegando saltos con cada estirón. No pudo verle la cara, iba vestido con tejanos y un jersey verde oscuro. Sintió ruidos en la cocina y supuso que habría llegado con su otra compañera de piso.

—Sí, sí, pero no me hagas esperar... —En ese momento la zapatilla cedió y toda la fuerza que había estado empleando hizo que volara por encima de su cabeza.

La vio venir en el último segundo. Sus pocos reflejos le permitieron esquivarla a la vez que dejaba escapar un grito asustado.

—¡Joder! —exclamó el chico—. Javi, te llamo luego.

Colgó el teléfono y la miró sorprendido.

—No te habré dado, ¿verdad?

—No, por muy poco.

—Lo siento, debes ser Nayra —dijo acercándose a ella con decisión—. Álex, encantado.

Y le dio dos besos. Era más alto que ella y tuvo que agacharse un poco.

—Nora nos avisó de que llegarías hoy, pero no nos ha dado tiempo a ordenar un poco todo esto... —Se rascó la cabeza con gesto de disgusto.

—Ya veo...

Silencio incómodo. A ver quién era el valiente que entablaba conversación. Nayra se mordió el labio y Álex esbozó una sonrisa socarrona. ¿Se estaba burlando de ella? Menos mal que el perro salvó el momento. Salió corriendo de la cocina para plantarse al lado de su dueño. La olfateó desde la distancia.

—Así que era un perro... —dijo para sí misma.

Se agachó y le tendió la mano. Se acercó lo justo para rozarle con la nariz. Era muy atlético, tenía las orejas caídas, el morro largo, la cabeza de color marrón oscuro y el cuerpo moteado. Parecía que hubiera metido la cabeza en un bote de pintura y se hubiera salpicado el resto.

—Este es Denver. Mi compañero inseparable desde que lo encontré deambulando por la calle.

—Pobrecito, se le ve desconfiado.

—Dale dos días.

Sonó el timbre y Álex puso cara de fastidio.

—Ya se ha dejado las llaves... ¿Preparada para conocer a Paula?

Paula era una chica a la última moda. Lo supo nada más verla entrar con unas gafas de sol que le cubrían la mitad de la cara y zapatos de tacón altísimos, pisando tan fuerte que todos los vecinos debieron oírla llegar. Iba completamente maquillada, desde sus largas pestañas hasta la delicada línea que dibujaban sus labios. Era guapa y se movía como si lo supiera. Por un momento creyó que los dos eran pareja, pero se saludaron sin ningún tipo de emoción. Álex le hubiera

quedado bien. Tenía la espalda ancha y se le veía musculado. Debía ser de los que se machacan en el gimnasio y se pasan media hora delante del espejo adorándose a sí mismos. Seguro que Paula los prefería así. Parecían dos modelos preparados para una sesión fotográfica.

—Vale, chicos —dijo Paula después de las respectivas presentaciones. Se notaba que le gustaba ser el centro de atención—. ¿Qué os parece si cenamos los tres juntos esta noche? Para conocer mejor a Nayra... —dijo con una sonrisa espléndida.

No le agradó la manera de pronunciar su nombre, como intentando tragarse la primera sílaba y alargando demasiado la segunda. Le daba un acento de lo más pijo.

—Por mí, perfecto —dijo Nayra fingiendo estar emocionada.

Álex no parecía muy convencido.

—Bueno, vale, pero yo os dejo ya. Tengo que ir a entrenar.

No se había equivocado. Era de esos.

—¿Y el perro? —preguntó cuando Álex se marchó.

—Ah, no te preocupes. No te molestará —le contestó Paula—. Esta tarde ya he quedado, pero si quieres mañana podríamos salir a tomar algo.

—Sí, claro.

Dudaba que pudiera encontrar algún punto en común con aquella chica, pero cerrarse en banda no iba a ayudarla a adaptarse.

El barrio de Gracia era diversidad. Colorido, juventud y locura. Le gustaba porque caminaba con la expectativa de lo que iba a encontrar al doblar la esquina. La música callejera en estado puro, jóvenes y de mediana edad que ofrecían su talento a todo aquel que se paraba a escucharlos. Las terrazas repletas de gente, muchos estudiantes. Callejuelas estrechas plagadas de tiendas. Laberintos de calles donde perderse, tan iguales unas a otras que confundían si te pillaban despistado. Era una ciudad pura de gentes cosmopolitas acostumbradas al bullicio. Pero no el lugar donde se había criado, con esa tranquilidad de calles silenciosas que la ayudaban a inspirarse sin que el corazón de la ciudad intentara engullirla.

No sabía con certeza el tiempo que llevaba caminando cuando se adentró en el mercado. Le gustaba cocinar, así que aquel sitio era perfecto para hacer la compra. Fue saltando de una parada a otra hasta que llenó su bolsa de provisiones, principalmente fruta y verdura. Su madre no era partidaria de los platos elaborados y en su casa sobrevivían a base de carne y pasta. Sería un buen comienzo cambiar su dieta. Ya lo había hecho con el lugar en el que vivía, podía hacerlo con sus costumbres y su rutina. Y un cambio llevaría al otro. Nuevos aires, nuevas experiencias y de vuelta a su ansiada inspiración. Se escudaba en ello, como si su deseo de seguir escribiendo fuera a solucionarle la vida. Pero al menos había conseguido tener una visión de futuro que no lo incluyera a él. Y salir de allí le brindaba más posibilidades. Nora lo sabía. Quizá por eso había insistido tanto para que se marchara. Habían pasado tres años y seguía doliendo. Todos lo sabían, aunque no dijeran nada.

Llegó cargada con la compra y picó el timbre. Allí no había nadie. Sacó las llaves del bolsillo

con fastidio. El perro soltó un ladrido. Al menos no tenían que preocuparse por que les entraran a robar. Abrió la puerta con cuidado, pero el morro de Denver la empujó con fuerza.

—¡No te escapes! —le suplicó.

Solo consiguió asustarlo y volvió a ladrar. Por un momento sintió miedo, se quedó paralizada delante de la puerta mientras Denver no parecía dispuesto a dejarla pasar.

—Piensa, Nayra, piensa... —se dijo.

Podría sobornarlo con comida, pero una zanahoria o un trozo de lechuga no iban a sacarla de aquel apuro. De repente se acordó de su barrita de cereales. Siempre llevaba una en el bolsillo, por si le entraba hambre. Sacó el paquete con cuidado. Él ladeo la cabeza con gesto de curiosidad mientras la observaba abrir el envoltorio. Olfateó el aire y se relamió como si supiera lo que venía a continuación.

—Apuesto a que no es la primera vez que chantajeas a alguien...

La lanzó al aire y él se abalanzó y la cazó al vuelo.

—¡Guau! Eres bueno. Pero espero que no tenga que repetir esto todos los días...

Entró en el piso en cuanto Denver le dio vía libre.

Colocar la compra ayudó a que el tiempo no pasara tan lento. Álex y Paula seguían sin dar señales de vida cuando empezó a hacer la cena. La pasta le gustaba a todo el mundo, así que no tardó demasiado en decidirse. Sacó el móvil y puso música. Funambulista empezó a sonar, ahuyentando el silencio incómodo. Nora siempre le recriminaba que escuchara canciones tristes. Ella le contestaba que eran historias tristes transformadas en canciones hermosas. La poesía le parecía la mejor forma de evacuar la pena. Y no es que la asustara el silencio, su cabeza nunca paraba de imaginar y parlotear dentro de ella. Pero desde el bloqueo no había nada, solo un profundo vacío que le hacía sentir más desgraciada.

Denver la observaba desde la distancia, estirado en el suelo, ladeando la cabeza cada vez que algo llamaba su atención.

—Seguro que te gusta esto —le dijo ofreciéndole un espagueti recién salido de la olla.

Pero Denver no se acercó. Se levantó veloz y se sentó bajo sus cuartos traseros con la cabeza bien alta, esperando recibir su premio.

—Pues sí que te tienen bien enseñado...

Le lanzó la comida con cierta desconfianza, aún no se atrevía a dársela con la mano.

Tuvo que esperar una hora más para que Álex y Paula se dignaran a aparecer. Apenas pisaban aquella casa. Su vida transcurría entre el trabajo y el gimnasio, sus amigos y la discoteca. Dos vidas completamente dispares a la suya. Entre todos pusieron la mesa y sirvieron los espaguetis a la boloñesa que Nayra había hecho. Denver volvió a sentarse a su lado esperando a que le ofreciera.

—Fíjate, pero si ya has congeniado con Denver —se sorprendió Álex.

—En realidad, me chantajea constantemente para conseguir comida.

Él soltó una carcajada.

—Este perro es un goloso. Pero solo tienes que aprender a relacionarte con él. Hay una serie de normas básicas...

—¿Los perros también tienen normas sociales? —se burló.

—Claro —contestó Álex muy serio.

—¿Y cuáles son?

—Por ejemplo, dejar que sea él quien se acerque primero y te olfatee. Segundo, no acariciarle la cabeza a no ser que ya te tenga mucha confianza, comienza mejor por el lomo. Y las patas y la cola ni tocarlas, no lo soporta. Si respetas eso os llevaréis bien.

—A mi cuarto ni se acerca —intervino Paula.

—Por supuesto que no. Si entrara en tu cuarto moriría al instante. Apesta a colonia, ni siquiera sé cómo sobrevives ahí dentro.

Paula se echó a reír porque su amigo tenía parte de razón. Trabajaba en una perfumería y adoraba las colonias. Se ponía una diferente cada día y perfumaba su habitación constantemente. Los olores acababan por entremezclarse y el hedor era insoportable. Álex la obligaba a ventilar dos veces por semana.

—Somos unos anfitriones desastrosos, ¿verdad, Álex? —dijo Paula a modo de excusa—. Nuestra nueva compañera ha tenido que prepararnos la cena.

—Me gusta cocinar —dijo Nayra encogiéndose de hombros.

—De todas formas, esto no lo hacemos nunca. Cada uno tiene sus horarios y su vida, ¿entiendes?

No dejaba de pestañear. No recordaba haberla visto con los ojos inmóviles ni un momento. Sus pestañas le recordaban el aleteo incesante de una mariposa.

—Claro. No importa —contestó ella—, me gusta la soledad.

De hecho, era lo que quería. Que la dejaran en paz y poder escribir tranquila.

—¿Pero qué clase de compañera nos ha traído Nora? —se rio Álex.

—Me dijo que eras escritora, ¿qué escribes exactamente? —preguntó Paula.

Le dio la sensación de que estaba interpretando un papel, pero prefirió ignorar ese pensamiento y esforzarse por continuar la conversación.

—Escribo novela romántica.

—¿Novela romántica? —preguntó Álex incrédulo.

—Sí, Álex... Chico conoce a chica, la chica está en apuros, el chico la salva, se enamoran perdidamente... —le aclaró Paula.

Nayra la miró como si acabara de decir la chorrada más grande del mundo. Álex hubiera reído de nuevo si no hubiera tenido la boca llena.

—No, en mis historias las mujeres son capaces de salvarse sin la ayuda de ningún hombre —zanjó con sequedad.

—Eres una chica guerrera —dijo Álex con una sonrisa burlona.

No. Solo las chicas de sus historias eran así. Ella hacía tiempo que se sentía derrotada.

—En fin, tampoco somos de leer. Nos va más la fiesta —continuó Paula—, pero eso no significa que tengamos que llevarnos mal porque tú seas más... —tardó unos segundos en encontrar la palabra adecuada—... intelectual.

Lo hubiera tomado como un cumplido de no haber puesto Paula aquella cara de fastidio. Álex volvió a reírse, todo le parecía un chiste.

—Estoy segura de que sabremos convivir los tres perfectamente —le dijo intentando parecer convencida. De hecho, quería y deseaba que fuera así.

—A mí ya me has ganado, Nayra —anunció Álex mientras rebañaba el plato—. Esto estaba buenísimo.

No podía dormir. Las sábanas que se había traído de su casa habían perdido ese olor característico a flores frescas, a limpio, a recién lavado y planchado. Su madre era muy meticulosa con la limpieza. De esa clase de personas que te miran con desesperación si pisas la alfombra del comedor con los zapatos de la calle. Y usaba posavasos. Y cubría todas las mesas con manteles para que no se rallaran. Era un coñazo vivir con sus manías. Pero ahora las echaba de menos. Ahora que sus sábanas no olían a hogar ni le producían calidez, confianza y seguridad, sentía que se había equivocado. Que quizá aquello no estaba bien. Que había huido de una situación que le daba miedo sin pararse a pensar que lo desconocido era mucho peor. Pero ya no podía hacer nada. No podía huir también de aquello. Convertirse en fugitiva de sus sentimientos. Aunque lo desconocido pesaba en su pecho y tampoco la dejaba pensar.

El bloqueo seguía marcando los días. Y ya iban diez.

Álex se despertaba a las ocho en punto para irse a trabajar. Dormía en una habitación contigua a la suya, y Nayra le oía levantarse quejándose de su cama y abrir la puerta con sigilo para no despertar a nadie. Todo un detalle, aunque inútil en una casa donde las paredes eran demasiado finas y le permitían escuchar el sonido de su orina salpicando el váter. Convivir con un hombre tenía esas cosas, en un momento u otro acababa por dejarte la tapa mojada. Al menos su padre tenía la modestia de mear sentado a primera hora de la mañana, cuando aún no afinaba con la puntería.

Paula, por el contrario, era puro escándalo. Media hora más tarde invadía el baño y podía pasarse veinte minutos de reloj peinándose y maquillándose con sus zapatos de tacón puestos, para que cada movimiento quedara grabado en el suelo de parqué. Y en las ojeras de Nayra, que delataban que llevaba días sin dormir más de dos horas seguidas. Se levantaba cansada, enfadada con el mundo y con ella misma por no ser capaz de llenar una hoja en blanco. Su mente era un torbellino de emociones incapaz de centrarse en nada concreto. No le importaba estar triste, nerviosa o cabreada. Podría usar su furia para plasmarla en el papel. Pero con un amasijo de sentimientos que no entendía era imposible ponerse a narrar algo útil. Lo peor era que lo había dejado todo por escribir. Su futuro laboral siempre estuvo marcado por los deseos de dos personas que amaban los números. Sus padres eran economistas. Su madre era directora de un banco y su padre, director ejecutivo de una multinacional. Siguiendo sus consejos había estudiado la carrera de finanzas con gran esfuerzo, puesto que odiaba las matemáticas, y su madre movió cielo y tierra para conseguirle un puesto en el banco.

—Es un trabajo de futuro, nunca te faltará el dinero —le había dicho para convencerla.

Pero la política de los bancos era vomitiva y el contacto con los clientes se basaba en escuchar las desgracias ajenas e intentar venderles cualquier cosa que fuera rentable. Le bastó un año y la publicación de su primera novela para tomar la decisión de dejarlo. Sus padres pensaron que se había vuelto loca.

—¿Lo ves, Carlos? Esto te pasa por animarla —se lamentó su madre convencida de que su hija acababa de tirar su futuro por la borda.

Él prefirió no decir nada, su postura siempre iba encaminada a tratar de hacerla feliz. Y además Nayra no les hubiera escuchado, cegada como estaba por el deseo de ser escritora. Nadie la entendía porque tampoco conocían el simbolismo de aquel acto. Después de muchos años, volvía a decidir por ella misma, sin que él se interpusiera. Ahora vivía del paro y de una cantidad

más que generosa que su padre depositaba cada mes en su cuenta, a espaldas de su mujer. Aunque a esas alturas poco importaba, iban a separarse.

Aquella mañana recibió la primera llamada de su padre. Le extrañó que hubiera tardado dos días en hacerlo. Se lo imaginó buscando el mejor momento para no molestarla o parecer demasiado preocupado. Se le escapó una sonrisa.

—Te echo de menos —le dijo ella.

Suspiró. Aquello era un yo también. A los dos les costaba expresarse. Aunque a ella se le daba mejor.

—No sé por qué has querido marcharte, pero si eso es lo que te conviene...

—Sí, aunque me sentiré bien cuando pueda pagarme yo misma el alquiler —respondió en tono burlón.

Aquello no sirvió para animarlo.

—Te podrías haber quedado con tu madre...

Se le cortó la respiración.

—¿Ya te has ido? —preguntó.

—Aún no. Pero ya estoy buscando piso, no tardaré mucho.

—¿Por qué no se va ella?

—Nayra..., no empieces.

—También me podría haber quedado contigo.

Le había insistido muchas veces en que se quedara en la casa donde vivían. Desconocía la razón de su ruptura, habían hecho esfuerzos sobrehumanos para no causarle ningún daño, pero algo le decía que su madre era la culpable. Se lo notaba en su forma de hablar del tema, como si intentara restarle importancia. En el «todo irá bien» que repetía como un mantra. Le molestaba que fuera tan optimista cuando había roto con toda su vida.

—¿Qué te hace pensar que fue tu madre quien tomó la decisión? —le preguntó su padre. Era la primera vez que lo hacía.

—Porque tú lloraste —susurró Nayra.

No dijo nada. Seguramente le había sorprendido que su hija lo oyera. Ella escuchaba de madrugada en el balcón, cuando él salía a fumarse un cigarrillo.

—Tu madre es más fuerte que yo.

La visita de su madre no se hizo esperar. Sus compañeros llevaban todo el día sin pisar el piso y, hasta donde alcanzaba a adivinar, no lo harían hasta la hora de la cena. Después Paula se encerraría en su cuarto, a chatear con el móvil, y Álex daría una vuelta con Denver y se echaría en el sofá a ver películas de acción hasta quedarse frito. Al menos ya tenían su rutina establecida. Nayra se dedicaba a deambular sin rumbo fijo por la casa. La habitación de Paula permanecía cerrada y la de Álex entreabierta, para que Denver pudiera entrar y salir de su cama. A veces la buscaba con la correa en la boca para que lo sacara a la calle. Quizá le iría bien llevarlo, salir a tomar el aire y conseguir algo de inspiración. Pero no tenía suficiente confianza con Álex como

para pedirle prestado a su perro. De no haber sido por Denver, las paredes de aquella estancia la habrían engullido del todo. A su madre, en cambio, no le hizo gracia cuando lo conoció.

—Huele a perro mojado, es asqueroso. ¿No ventilas?

—Claro que lo hago, y no huele. Solo tienes que acostumbrarte.

—¿Al hedor a perro? ¿Es así como piensas vivir?

Maniática de la limpieza modo ON.

—No está demasiado ordenado... —se quejó mientras echaba un vistazo.

—Es un piso compartido, no el palacio de Buckingham.

Su madre hizo una mueca de disgusto.

—Si quieres puedo decirle a Marisa que venga...

Marisa era la chica que le limpiaba la casa.

—Estoy segura de que mis compañeros y yo seremos capaces de arreglarnos.

No se imaginaba a Paula pasando la fregona y mucho menos con los tacones.

—Vale. Quédate unas semanas si es lo que quieres. Pero después tendrás que volver, cuando todo se haya... asentado.

—No voy a volver, mamá.

Ella suspiró.

—Tendrás que hacerlo algún día.

—Acepta que me he hecho mayor.

—Eso es una estupidez. Ya hemos hablado muchas veces de ese momento...

Oh, claro, cuando se ponía en modo madre planificadora: encontrar un novio, comprar una casa, conseguir un trabajo estable..., lo de casarse y tener hijos dejó de mencionarlo tiempo atrás.

—No quiero enfadarme contigo. Estoy cansada...

No insistió más. No se quedó suficiente tiempo como para coincidir con Paula o Álex, cosa que Nayra agradeció. Las dos únicas conversaciones que había tenido durante el día la dejaron agotada mentalmente. Se quedó dormida en su cama antes de cenar. Solo se despertó al escuchar la música que retumbaba en las paredes. Se levantó tambaleante y siguió la melodía —si podía llamarse así al chumba chumba que repicaba en su cabeza— hasta que se plantó frente a la habitación de Álex. Tenía la puerta abierta.

—¿Puedes bajar la música? —le pidió con la voz pastosa.

—¿Te molesta? —preguntó él con un boli en la boca. Estaba sentado en el escritorio y seguía el ritmo de la música con el pie.

—¿Qué haces?

Ni siquiera sabía la hora que era.

—Estoy estudiando. Voy a presentarme a las oposiciones de policía —le explicó orgulloso.

Era imposible que memorizara algo con esa música de fondo.

—Vale...

No tenía ganas de discutir. Volvió a su habitación. Se tapó la cabeza con la almohada y se

imaginó lejos de allí. En una isla solitaria. Cuando empezaba a coger el sueño algo le lamió el pie.

—Pero qué demonios... —Era Denver—. Tú también huyes de la música, ¿verdad?

Seguía estando muy cansada cuando escuchó la voz de Álex. Al principio le pareció un sueño.

—¿Denver? ¿Se puede saber dónde te metes?

Álex silbó dos veces esperando que su perro corriera a su encuentro, pero Denver no se movió. Nayra observó su silueta a los pies de la cama, encima de la pequeña alfombra. Los primeros rayos de sol entraban por la persiana, que había olvidado bajar la noche anterior.

—¡Denver! —susurró fuerte.

Él levantó las orejas y la miró.

—Yo no soy tu dueña, a mí no me mires.

Álex asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—Está aquí —dijo ella levantándose de la cama y peinándose el pelo con una mano.

—No te molestes, estás horrible.

Estaba soñando. Sí, debía estar soñando. No podía ser que su compañero de piso fuera tan capullo. La miró con aquella sonrisa socarrona que parecía tener pegada a la cara.

—¡Tú tampoco eres perfecto! —exclamó furiosa.

—Pero me esfuerzo más que tú —respondió él con serenidad—. Vamos, Denver.

Sentía tanta rabia que no quería que se saliera con la suya. Detuvo a Denver poniéndole la mano en el pecho. Él la obedeció.

—Lo sacaré yo.

Álex vaciló unos segundos. Ella no apartó los ojos a pesar de que su mirada era muy intimidante.

—Tú misma —dijo tirándole la correa encima de la cama—, así te dará un poco el aire.

En eso tenía razón. Se fue sin decir nada más y Nayra sintió que había ganado un duelo. No iba a consentir que la tratara así. Y a pesar del mal humor que la había invadido ahora se sentía bien. Parecía una estupidez, pero enfrentarse a aquel chico la había sacado de su letargo.

Denver, nervioso, empezó a mover la cola al ver su correa.

—Nos vamos a llevar bien —le dijo mientras le acariciaba la cabeza.

Hacía frío a pesar de que era un día soleado. Estaban a mediados de febrero y ya le parecía que el invierno duraba demasiado. A Denver parecía no importarle. Mientras otros perros lucían chaquetas, él tenía más que suficiente con aquel pelaje que parecía tan fino y que, en cambio, al tacto era duro y muy corto. Rascándole el lomo, Nayra había descubierto tantas capas que debía ser como llevar un abrigo doble. La correa le agarraba el pecho e impedía que se adelantara a su paso, así que no tuvo que contenerlo demasiado. Menos mal, porque a pesar de ser muy delgado tenía el pecho muy ancho y las patas musculadas. Le hubiera bastado pillarla desprevenida y dar un simple tirón para escaparse de sus manos. Caminó calle abajo. Ni siquiera conocía un lugar adecuado para pasarlo, pero Denver parecía tan convencido de a dónde iba que ella se dejó

guiar. Respiró el aire frío de la mañana, intentó apaciguar el ruido de los coches en su cabeza y centrarse en el ajetreo que le daba vida a aquella calle. Las personas que salían de su portal con prisa para ir al trabajo, los bares en pleno movimiento sirviendo los desayunos. Las tazas de café repicando en los platos y la primera calada de los cigarrillos. ¿Cómo podía su padre fumarse un cigarro de buena mañana? Nayra tenía la garganta seca, le lloraban los ojos del frío y empezaba a colgarle el moco de la nariz. ¡Jodido invierno! Ni siquiera tenía un vicio en el cual refugiarse. No le gustaban ni el tabaco ni el alcohol. Aunque pudiera tomar una copa nunca llegaría a emborracharse, no soportaba perder el control. La única adicción de la que disfrutaba era escribir. Y a veces dudaba de que fuera sano, teniendo en cuenta las noches que había pasado en vela por el afán de acabar un capítulo. Era como vivir dos vidas en una, con la mente avasallándole a ideas a todas horas. No desconectaba, y hasta durmiendo se levantaba de madrugada para escribir antes de que su fallida memoria destruyera lo que se le acababa de ocurrir. Tenía el móvil lleno de notas que iba entrelazando a medida que la historia cobraba forma. Aunque los detalles los guardaba en la cabeza. Ahí era donde todo tenía sentido. Era divertido observar a las personas que pasaban por su lado y pararse a pensar si encajarían con alguno de sus personajes. O quizá podría mezclar los pasos de aquella mujer segura de sí misma con el encanto que desprendía la sonrisa de aquella otra. Y así hasta confeccionar la mezcla perfecta. Porque era su mundo, porque ella era la dueña de todo.

Denver se paró enfrente de una amplia zona verde. Había otros perros corriendo.

—¿No lo sueltas? —le preguntó una señora de mediana edad.

—No me atrevo.

—Denver es muy obediente.

Lo conocía. Denver la había llevado a su zona de juego. ¿Qué ocurriría si volviera sin él?

—No sufras. Si vemos que no puedes cogerlo, llamaré a la mía y vendrán los dos, son muy amigos.

Se percató de que hablaba de los perros como si se tratara de niños. Se quedó pensativa durante unos segundos mientras los veía cazar una pelota al vuelo, perseguirse por el parque, saltarse encima o pelearse amistosamente. En cierta manera, aquello era como el patio de un colegio.

—Está bien, voy a intentarlo —dijo desabrochando el pequeño mosquetón de la correa.

Denver adelantó una pata como si quisiera darse impulso, la correa se tensó y, cuando por fin se soltó, salió disparado como una bala.

Adiós, Denver, adiós..., cantó Nayra para sus adentros. El corazón le iba a mil por hora.

—Dios mío, cómo corre... —dijo casi sin respiración.

—Es rápido, ¿verdad? —añadió la señora con una sonrisa.

—Lo suficiente como para no alcanzarlo nunca...

Ella soltó una carcajada.

—Me llamo María y la perrita con la que juega Denver es Lola.

—Yo soy Nayra.

—Álex no me dijo que tuviera pareja.

Nayra abrió los ojos de par en par.

—Compañera de piso. Pareja no..., ya le gustaría —dijo esto último en un susurro, para que no la escuchara.

Pero María soltó una risita y ella supo que había alcanzado a oírla.

Denver volvió por iniciativa propia al cabo de media hora. Dedujo que Álex no le dejaba esplayarse tanto tiempo, porque el resto de la mañana se la pasó durmiendo. Ella aprovechó para escribir. Lo intentó con palabras sueltas, frases sin sentido y descripciones de un mundo parecido al suyo. Después de media hora estrujándose la cabeza guardó la única frase que valía la pena.

Aquel lugar le devolvió recuerdos de su niñez, cuando la inocencia y el amor de unos padres eran suficientes para arreglar el mundo.

Y tuvo una idea.

De nuevo se saltaba la cena. Esta vez se había quedado dormida en el sofá, tenía las piernas entumecidas y no podía moverlas. Más tarde se dio cuenta de que Denver dormitaba encima de ella. La liberó minutos más tarde, cuando Álex se sentó a su lado tan bruscamente que su cabeza rebotó contra el cojín.

—¿Qué haces? —se quejó.

—Ver la tele mientras espero mi cena. He pedido comida china. —Subió el volumen de la tele con el mando.

—¿Es que no sabes cocinar?

—Aunque supiera, no me apetece mucho después de trabajar.

En ningún momento la miró. Abrió una bolsa de patatas chips y puso los pies encima de la mesa de centro. Hacía mucho ruido al comer, a Nayra le dio la sensación de que lo hacía adrede.

—Estaba durmiendo... —comentó mientras volvía a colocarse en su sitio.

—Pues vete a la cama, maja.

Míster Simpatía, otra vez. Se levantó del sofá en un arrebato de ira y cogió su manta para irse a la habitación.

—Por cierto —dijo plantándose delante de él para obligarlo a mirarla—, tu perro se ha cagado en tu habitación, majó.

—¡Joder!

Saltó del sofá tirando la mitad de las patatas al suelo y se fue corriendo a su cuarto. Volvía a ganarlo.

Su padre ya había hecho las maletas. Le pareció que la casa estaba más vacía, más silenciosa. El jardín, más descuidado. Algunas flores se habían secado. El Mercedes de su madre estaba sucio, ella nunca lo lavaba. Era su padre quien dedicaba los sábados por la mañana a limpiarlo con una esponja de arriba abajo.

—Los túneles de lavado se cargan la pintura —le decía siempre.

Le gustaban los coches y los cuidaba como si tuvieran vida propia, siempre los llevaba impolutos. Una de sus aficiones era ir a correr al circuito. A veces ella lo acompañaba, solo por ver su cara de felicidad después de haber descargado adrenalina.

Cuando entró en el comedor se encontró varias cajas apiladas.

—¿Estáis en casa? —gritó esperando una respuesta.

Su madre salió de la cocina sorprendida.

—Nayra, no sabía que ibas a venir.

—He pensado en haceros una visita.

Su padre bajó del piso de arriba, acababa de salir de la ducha.

—¡Hola, Nayra! ¿Tienes algo que contar? —le preguntó mientras le daba un beso en la mejilla.

—En realidad..., me apetecía pasar un día en familia.

Dijo la última palabra con énfasis y los observó con disimulo. Ni siquiera se inmutaron. Buena señal, aún había esperanzas.

—¿Recordáis cuando pasábamos las tardes mirando vídeos caseros?

La ilusión la empujó al armario de las películas sin esperar respuesta. Tenía que tomar la iniciativa sin dejar que ellos pensaran demasiado. Su madre había hecho el esfuerzo de seleccionar las mejores imágenes de todas las cintas VHS que tenían de su infancia y compilarlas en varios cedés. Cogió el primero y leyó el título: «Nuestra boda». Le pareció demasiado atrevido para empezar. Cogió otro sin título y encendió la tele. Por el rabillo del ojo vio cómo los dos se sentaban en el sofá. Había demasiado silencio. El cedé empezó a reproducirse y Nayra se acomodó en medio de sus padres. Una niña de unos seis años saltaba y brincaba por el parque de atracciones. La mayoría de las ocasiones grababa su padre, así que apenas aparecía.

—La última vez que fuimos al parque de atracciones te atreviste con la caída libre, ¿te acuerdas, mamá?

—Nayra, sé que estás intentando..., y lo único que vas a conseguir es hacerte más daño —le contestó.

Su voz sonaba temblorosa.

—Quítalo, por favor —le pidió levantándose del sofá.

—Siéntate, Ana, ¿o también quieres acabar con todos nuestros recuerdos? —intervino su padre con la voz tensa.

—Carlos..., no empieces. No delante de ella.

—Quizá si supiéramos qué pasa por tu cabeza sería más fácil asimilar nuestra nueva situación.

El vídeo seguía reproduciéndose. La madre y la niña se reían mientras corrían por un campo lleno de girasoles. Nayra adoraba los girasoles. El campo, la naturaleza. Añoraba ser niña, la inocencia, vivir sin responsabilidades, que la felicidad se redujera a un simple paseo en bici.

—¡Yo no pedí esto! ¡El problema es que nunca me has entendido! —gritó su madre.

La discusión de sus padres había pasado a un segundo plano y Nayra solo se veía a sí misma en el pasado. Ellos también habían cambiado mucho, la tuvieron demasiado jóvenes, a los veintitrés

años. Los mismos que ella acababa de cumplir.

—Siempre quejándote de tu falta de libertad... ¿Qué demonios creías que era formar una familia? ¡Siempre te hemos estorbado! —gritaba su padre.

Cada vez estaban más distantes. Cada palabra abrasaba las entrañas del otro. No había retorno posible. Había creído que su alocada idea los acercaría, pero los había separado todavía más.

—¿Quién te quiere más que a nada en el mundo? —se oía a su padre en el vídeo.

Su voz era dulce y cariñosa, todo lo contrario de la rabia que acababa de escupir por la boca.

—¡Tú! —contestaban las dos riendo.

Aquel instante precioso pasó desapercibido entre el griterío. Nayra apagó la tele y tiró el mando al suelo. De nuevo, el silencio de una casa que solo había conocido el amor. Demasiados años, demasiado jóvenes. Quizá el tiempo no había perdonado algunas heridas abiertas.

—No es posible arreglar lo que ya está roto —sentenció.

Y se marchó de allí, sabiendo que nunca más volverían a ser una familia.

«El amor lo marchita el paso del tiempo», escribió en el móvil mientras volvía en el metro. Tenía los auriculares puestos con la música alta, para no escuchar sus pensamientos, pero le hablaban demasiado alto. Las letras de Funambulista se mezclaban con los reproches de una relación marcada por el rencor que a ella le había pasado desapercibido. Sus padres habían vivido su desazón en silencio. Vivían matando su amor poco a poco. A Nayra no le gustaba llegar a esas conclusiones, su historia había sido un referente para ella. Lo único que sostenía la poca fe que le quedaba en el amor. En el que confió una vez y acabó escupiéndole en la cara. Pero a lo mejor los recuerdos de los primeros momentos se olvidaban y se esfumaba la ilusión. Y se miraba atrás y ya no quedaba nada. Solo una vida demasiado insípida. Aunque su madre era como ella, le gustaban el control y la tranquilidad. La mano valiente que las empujaba a hacer alguna locura era su padre. Pero tal vez no había sido suficiente para darle el aliciente necesario a su vida.

Álex estudiaba con la música a tope. Se apoyó en la pared y sintió las vibraciones por todo el cuerpo. Era como estar en un sillón de masajes, al menos tenía su lado bueno. Acabó la tortilla francesa que había preparado y tiró el plato encima del escritorio. «Si me vieras ahora, mamá, menuda bronca me caería», pensó. Y sonrió. Por un momento le sentó bien hacer algo que la cabreara, aunque no pudiera verla. La venganza no era la mejor compañera, pero apaciguaba los ánimos. Transformar la tristeza en ira le hacía sentirse valiente. Menos desgraciada.

Alguien picó a la puerta.

—Adelante.

Paula entró como un torbellino con sus tacones y ella no pudo evitar pensar en el dolor de pies que debía tener al final del día.

—¿Siempre estás metida aquí? —le preguntó—. Esto es como un zulo.

—Los zulos no tienen balcón.

Paula la miró interrogante, no parecía entender su sarcasmo.

—He pensado... que podríamos ir a tomar algo juntas.

—¿Ahora?

—Sí, claro, para empezar la noche.

Eran las diez y media. Se sentía derrotada y hecha añicos, pero de todas formas no podría dormir.

—Está bien. Vamos.

Se levantó de la cama y se puso las botas.

—¿Piensas ir así? —le preguntó Paula incrédula.

Se encogió de hombros.

—¿A dónde piensas llevarme?

—Al bar que hay en la esquina, conozco al dueño.

¿Y qué *look* era el adecuado para un bar de barrio? Ni siquiera se había mirado en el espejo. Debía referirse a su pelo, parecía una leona. Se lo recogió en una cola alta. Llevaba tejanos y un jersey de punto. Cogió la chaqueta y un bolso pequeño y levantó las manos esperando su aprobación.

—Vale, está bien —se conformó Paula.

Ella iba con un vestido negro y unas botas altas. Con esas medias se le iban a helar las piernas, pero Paula era de las de antes muerta que sencilla. No hacía falta conocerla demasiado para saberlo. Antes de que las dos se marcharan, Paula pasó por la habitación de Álex para decirle algo. Nayra no los escuchó, pero acto seguido Álex salió al comedor y las observó con gesto severo.

—¿De verdad no quieres venir? —le preguntó Paula.

—Ya he quedado.

Ella pareció decepcionada, pero no insistió.

El barrio de Gracia tenía peculiaridades que le daban un toque especial, no era difícil acostumbrarse a él y querer quedarse. Durante el día era tranquilo y acogedor y en sus plazas se respiraba mucha vida. Durante la noche, se transformaba y acogía locales y bares de lo más variopinto. Había para todos los gustos, y el de Paula era muy refinado. El *pub* donde la llevó mezclaba modernidad y mucho encanto. Sonaba música electrónica a un volumen aceptable para poder hablar. Aunque Nayra se sintió fuera de lugar nada más entrar, cuando varias personas saludaron a Paula y a ella la dejó diez minutos tirada en la barra.

—¿Qué te pongo? —le preguntó el barman.

No le había dado tiempo de leer la infinidad de cócteles que tenían. Si el alcohol no le hiciera vomitar, aquella hubiera sido la noche perfecta para emborracharse.

—Un san francisco sin alcohol.

Paula seguía exultante. Hasta que se acordó de que había llegado acompañada. Fue entonces cuando se sentó con Nayra y decidió hacer un esfuerzo por conocerla.

—¿Así que te dedicas solo a escribir? —le preguntó mientras le daba un mordisco a la fruta que decoraba su cóctel.

—Ahora sí. Antes trabajaba en un banco.

—Debía ser muy aburrido.

Era lo más coherente que le había oído decir.

—Muchísimo —sonrió dándole la razón.

—Ya..., me pasa lo mismo en la tienda. Me encantan los perfumes, pero preferiría trabajar en un centro de belleza.

—¿Depilando a la gente?

Siempre había pensado que tenía que ser un trabajo incómodo.

—No. Poniéndola guapa. —Zasca. Paula también sabía sacar su carácter. Aquello le gustó—. Para que el mundo te quiera, primero te tienes que querer a ti misma. Por eso es tan importante cuidarse.

—¿Intentas darme un consejo?

—Es evidente que lo necesitas.

Le repateaba que su tristeza fuera tan evidente.

—Paula, no estoy baja de autoestima —mintió—. Me quiero y me respeto tal y como soy —volvió a mentir—. Solo estoy pasando una mala racha, pero lo superaré.

Acababa de relatar su lista de buenas intenciones. En aquellos tres años había hecho progresos, pero le quedaba camino por recorrer. Y la separación de sus padres no la estaba ayudando lo más mínimo.

—Me dejas más tranquila, no quiero malas energías en el piso. De todas formas, algún día podríamos ir de compras, se me da genial asesorar a la gente.

—No tengo intención de cambiar mi estilo.

—¿Seguro? Estarías guapísima si te hicieras...

Nayra levantó la mano para indicarle que parara.

—Ni un comentario más sobre mi aspecto y nos llevaremos bien —insistió.

—Vale —aceptó Paula decepcionada.

Volvió a dar un sorbo a su copa mientras observaba el local y en un momento la dejó vacía.

—¿Te importa que vaya a saludar a alguien?

Nayra se encogió de hombros. Veinte minutos más sin Paula. Le dio tiempo a beberse otro san francisco y llegar a la conclusión de que era el momento de volver a casa. Sentía las piernas entumecidas y le dolía la cabeza. De camino al baño encontró a su compañera charlando con un chico en un rincón apartado del bar. Cuando salió se estaban besando.

—Sí, es el momento de regresar —se dijo a sí misma.

Le sentó bien correr un poco para despejarse. No le gustaba la noche y mucho menos volver sola. Aunque las calles principales estaban bastante concurridas, la suya en concreto la encontró solitaria a esas horas. No respiró tranquila hasta que entró en el piso. Álex estaba sentado en la mesa del comedor, chateando por el móvil y tomándose una cerveza. La miró extrañado y luego sonrió.

—Déjame adivinar, Paulina te ha abandonado.

No sabía qué gracia le hacía aquello. Aquel chico resultaba un fastidio.

—Me da igual, no tengo ganas de fiesta.

—No deberías haber vuelto sola.

—¿Y qué problema hay?

—¿Tengo que recordártelo a tu edad?

Sacó el espray de pimienta del bolso y se lo enseñó.

—Ni que fueras a hacer mucho con eso...

Tenía razón, el mundo estaba lleno de degenerados que impedían que las mujeres pudieran salir sin miedo a pasear, libres, solas y como les diera la real gana. Pero no por eso iba a quedarse en casa. Denver salió de la habitación de Álex estirando las patas, seguro que había estado durmiendo. Cuando la vio movió la cola feliz y fue a saludarla.

—Le caes bien a mi perro —dijo Álex impresionado.

No era de extrañar, pasaba más tiempo con ella.

—Es mutuo. Tu perro tiene toda la simpatía que a ti te falta.

Él ladeó la cabeza, divertido, pero antes de que pudiera decir nada Nayra ya se había ido a su habitación acompañada de Denver.

No supo cómo una idea brillante se convirtió en una idea tan patética. Las imágenes que había visto la llevaron a abrir la puerta al pasado, a los recuerdos que escondía por miedo a que la devoraran. Tuvo una buena infancia. Siempre habían tenido una vida acomodada y sus padres nunca le negaron un capricho. Las ventajas de ser hija única. Su adolescencia estuvo marcada por la llegada de Nora al vecindario. Era dos años menor que ella, pero esa diferencia no fue impedimento para que congeniaran desde el primer día y acabaran siendo amigas del alma. Así le conoció. Eloi era su hermano. El chico de ojos verdes que marcó un antes y un después en su vida.

Le volvió loca su sonrisa autosuficiente, su pinta de chico malo y su mirada penetrante. El descaro a la hora de repararla que encendía sus instintos más ardientes. La sofocaba, le aceleraba la respiración. Él lo sabía y disfrutaba con ello, era su juego. El problema más evidente cuando se conocieron fue la diferencia de edad. Entonces Nayra tenía trece años y él dieciséis. Eso alimentó la obsesión de los dos, se resistían a dejarse ir por el qué dirán, pero se morían el uno por el otro. Ella siempre lo vio como el hermano mayor de Nora, guapo e inalcanzable. Hasta que creció lo suficiente como para que el juego se convirtiera en besos y caricias a escondidas. Todo era tan inocente al principio... Eloi, tan cariñoso, tan atento. Dispuesto a entregarle el mundo. ¿No has estado nunca allí, Nayra? Yo te llevaré. ¿No has hecho nunca esto? Yo te lo enseñaré. Marcando el ritmo de su relación, cuidadoso para no despertar sospechas en los demás. Debía admitir que delante de la familia era muy buen actor. Se hacía querer por todo el mundo. Quizá por eso nadie puso el grito en el cielo cuando se enteraron.

Su madre le preguntaba más de una vez si era el definitivo y ella contestaba que sí. Había crecido con él. ¿Qué podía decir? Llevaba toda la vida soñando con enamorarse perdidamente. Las películas y las novelas románticas se lo enseñaron así. El «tú eres mío y yo soy tuya». Tan poético como enfermizo. El primer amor, único e irrepetible. ¿Cómo iba a romper algo tan mágico? Aunque en la vida real se le volviera un infierno. Porque Eloi tenía cosas malas, pero las cubría con las imperfecciones de ella. A sus ojos Nayra era un desastre. Una niña demasiado inmadura por entonces, de manera que él acababa tomando todas las decisiones. Sabía lo que le convenía y no toleraba que le discutiera nada. Pasó a controlar cada aspecto de su vida, sus relaciones, los sitios a los que iba, la ropa que se ponía. Para ella todo entraba dentro de la normalidad. Se querían, no podía haber nada malo en eso. Con el tiempo, Eloi perdió la capacidad de controlar los celos delante de los demás y Nora se dio cuenta de ello. Fue la única que se atrevió a poner su relación en duda.

—Lo vuestro no es amor —le dijo un día—, tenéis una relación tóxica.

Que calificara de tóxico lo más importante que le había pasado en su vida la enfureció tanto que se pasaron semanas sin hablarse. Nayra estaba ciega perdida, claro. Eloi era un genio de la manipulación. Hasta la madre de Nora, Begoña, se metió en medio.

—Tu vida no se reduce a hacerlo feliz, Nayra. Sal a divertirte con tus amigas, eres muy joven.

Pero ya no tenía amigas. Eloi se había encargado de fulminar todo aquello que pudiera alejarla de él.

La situación empeoraba y Begoña tomó una decisión drástica. Eloi estudiaría el último año de carrera en Londres. La distancia los ayudaría a recapacitar y Nayra podría recuperar parte de su libertad. Nada más lejos. Eloi no cambió nada, se volvió más celoso y empezó a tratarla con desprecio. Pero ella nunca hubiera imaginado que, aun con su temor a perderla, sería capaz de traicionarla. Cuando volvió en Navidades le confesó que se había acostado con otra. Nayra recordaba los cincuenta mil perdones que habían salido por su boca, las lágrimas, los «no volverá a ocurrir» y las excusas tan bien elaboradas que volvieron a engañarla un poco más.

Sentía que su mundo se tambaleaba, que había perdido su lugar. Que el darlo todo la había destrozado por dentro y que la sombra de la otra se ceñía sobre ella para empequeñecerla del todo. Llevaba días sin salir de casa hasta que una noche Nora la sacó de su jaula para arrastrarla al mundo real. Nunca le había gustado salir, pero aquel día se permitió divertirse de verdad. Bailó sin sentirse juzgada, bebió hasta emborracharse y acabar por los suelos y retomó las riendas de su vida. Nunca le agradecería lo suficiente a Nora el gesto tan simple que le sirvió para tomar dos decisiones: no probar nunca más ni una gota de alcohol y, la más importante, no dejar que ningún hombre volviera a manipularla.

Al día siguiente bloqueó el número de Eloi, cortó todo tipo de contacto con él y le pidió a su familia que hicieran lo posible por alejarlo de ella. Lo último que supo de él es que había empezado una relación y que no tenía intención de regresar. Nunca se arrepintió de haberlo dejado, pero sí de lo que vino después. Las inseguridades, el miedo a la soledad, no ser capaz de llevar a cabo sus metas. Sentirse fracasada por momentos.

No había vuelto a estar con nadie. Aquella última determinación la llevó a perder el interés por los hombres. En el libro que escribió recogió sus experiencias. Lo tituló *Te escribí te quiero* y, a pesar de tratarse de mera ficción, todo el mundo dio por hecho que Eloi no había sido ningún santo.

Paula llegó bien entrada la madrugada, anunciándose con fuertes taconazos. Ni siquiera se molestó en quitárselos. A Nayra la cabeza le seguía dando vueltas. Cogió un papel y un boli y empezó a escribir medio dormida.

Qué importaba si decidía vivir sin amor. No quería volver a ser presa de aquel sentimiento. Era tan fuerte y tan intenso que se le escapaba de las manos. No lo podía frenar y la quemaba por dentro. La quemaba con su furia.

—¿Y todo para qué? —le preguntó—. Para que me rompa en dos. Ya conocí el amor, y después de que me lo arrebataran solo me quedó el dolor.

Él se quedó pensativo un momento y luego contestó:

—Pero el amor es como la inmensidad del océano, por más que intentes evitarlo siempre te acaba encontrando.

Álex amaneció con la mano vendada. Encontró a Nayra en la cocina, preparándose una ensalada y salmón a la plancha, su estómago necesitaba algo ligero.

—¿Qué te ha pasado en la mano? —le preguntó cuando se acercó a la nevera para llenarse un vaso de leche.

Era la una del mediodía y acababa de levantarse. Ni siquiera lo había oído llegar la noche anterior.

—Se me cayó una caja encima cuando estaba trabajando.

Recordaba que Nora le había dicho que trabajaba en una empresa de transportes repartiendo paquetes. Pero mentía. Estaba segura de que se había peleado con alguien, tenía los nudillos ensangrentados.

—Ayer por la noche no tenías la mano así.

—No te fijaste. Esa ensalada tiene buena pinta —dijo él cambiando de tema.

Se quedó unos segundos observándola. Quizá esperaba que le ofreciera, pero se iba a quedar con las ganas, por idiota y mentiroso.

—¿De verdad escribiste un libro?

Ella asintió, extrañada por su pregunta.

—¿Y qué haces compartiendo piso? Se supone que los escritores ganan dinero, ¿no?

No sabía si reír o llorar.

—Qué va, los que venden miles de ejemplares sí. Yo no tengo esa suerte. Pero me empeño en seguir, soy muy tozuda. O a lo mejor lo hago por tocarle la moral a mi madre, no lo he decidido aún.

Álex la miró con curiosidad.

—No sé por qué te cuento mi vida... —añadió y siguió cocinando.

—Se le llama conversar. Y después de siete días conviviendo conmigo ya era hora de que lo hicieras.

Se fue a la ducha sin que le diera tiempo a replicarle. Cuando acabó de comer aún no había salido del baño y a ella le había sobrado la mitad de la ensalada y otro trozo de salmón que estaba a punto de ponerse malo.

—No se lo merece... —se dijo a sí misma.

Aunque empezaba a resultarle divertido esa manera que tenían de comunicarse. Y le daba coraje a la vez, porque era un estúpido dispuesto a reírse de ella. Recogió sus platos y le dejó la comida preparada encima de la mesa. Después salió con Denver.

Si no fuera por él, apenas pisaría la calle. Pero le iba bien tomar el aire. Los problemas se veían desde otra perspectiva. A veces, hasta más pequeños, comparados con los de los demás. No entendía por qué no era capaz de mantenerse al margen. Había intentado mediar entre sus padres

sin éxito. Tampoco conocía las razones y ellos se encargarían de que no las supiera nunca. Desde el día en que le anunciaron su ruptura habían sido muy cuidadosos. Intentaban no discutir delante de ella y hasta que se marchó siguieron haciendo vida normal, como si nada hubiera cambiado. Pero la escena que marcó el final de su convivencia seguía presente y no soportaba aquella aparente normalidad en un ambiente cargado de tensión no resuelta. Había vuelto hacia atrás muchas veces para recordarlo, para analizar cada detalle con la esperanza de encontrar respuestas. Su padre apenas abrió la boca, él no quería aquello.

—Tenemos que hablar contigo sobre una decisión que hemos tomado —le había dicho su madre—. Es definitivo y tienes que prometerme que a partir de ahora vas a ser fuerte.

Ya se imaginaba que aquello le iba a doler. Conocía su fragilidad. Hacía esfuerzos por aparentar que estaba bien, pero era evidente que no se había repuesto tras sacar a Eloi de su vida.

—¿Qué ha pasado?

Se olía algo, su padre había estado hablando con varios abogados por teléfono.

—Tu padre y yo hemos decidido separarnos.

En aquel momento, su madre le rozó la pierna a su padre para indicarle que era su turno. Lo tenían todo ensayado.

—Sé que es complicado de entender, pero para nosotros resulta más fácil que a partir de ahora sigamos cada uno nuestro propio camino. No queremos que te veas involucrada, así que... en cuanto lo tenga todo listo me marcharé.

—Pero... ¿por qué?

Fue lo único que se le ocurrió decir. Estaban sentados en el sofá, su padre le cogió la mano, pero ella se la apartó. Un sudor frío le recorrió el cuerpo.

—No serviría de nada que te diéramos los motivos. Iba a ocurrir de todas formas y solo te haríamos más daño.

Hubiera entendido por qué el amor a veces se acababa de la noche a la mañana.

Cuando regresó del paseo con Denver, Álex escuchaba música a todo volumen. Le tiró la correa dentro de la habitación para que se diera por aludido.

—La música —vocalizó en silencio.

Era inútil gritar por encima del ruido ensordecedor. Álex sonrió y siguió a lo suyo. Suspiró exasperada y salió con su portátil a la terraza. Prefería el murmullo de la ciudad como sonido de fondo. Movié una de las tumbonas hasta la zona donde daba el sol y se estiró. Hacía frío, pero solo esperaba ganar algo de tiempo hasta que Álex decidiera marcharse. Casi siempre estaba sola. Paula solía cenar con alguna amiga o se iba a casa de sus padres a hacerles una visita. Por lo que sabía, vivían a unas cuantas calles de allí.

—¿Es que quieres congelarte? —le gritó Álex desde dentro.

—No quería que me reventaran los tímpanos —le respondió entrando de nuevo.

Álex soltó una risita.

—Exagerada. Por cierto, la comida estaba muy buena.

—No te la mereces.

Aún estaba esperando que le diera las gracias.

—¿Se puede saber por qué?

—Por borde y mentiroso.

Él parecía divertirse.

—Tú también eres borde conmigo, pero no soy ningún mentiroso.

—Vale, pues te lo vuelvo a preguntar: ¿qué te ha pasado en la mano?

Bufó levantando el brazo como si le restara importancia.

—Le pegué un puñetazo a un tío, sí...

—Me empiezo a hacer una idea de cómo eres...

Álex se puso serio de repente y dio un paso hacia ella.

—No tienes ni idea de cómo soy. Que vengas de un barrio pijo no te hace mejor que yo —le dijo mirándola fijamente, como si intentara intimidarla. Tenía los ojos del color de la miel.

—Está claro que tampoco tienes ni idea de cómo soy yo.

—Alguien llena de prejuicios. Me gusta salir y beber un poco y ya soy un broncas. Pues te equivocas —le espetó.

No tenía pinta de macarra. Vale, un poco sí. Pero de macarra bueno, si es que eso podía existir.

—¿Quieres saber por qué le metí un puñetazo? Porque estaba molestando a una amiga que ya le había dejado claro que no quería nada con él.

—¿Y por qué me has mentido?

—Sabía que pensarías eso de mí. Eres demasiado predecible.

Le molestaba que tuviera razón. Nunca se había visto a sí misma tan crítica con los demás. Pero lo cierto es que en su mente hacía juicios de valores constantemente. Nada más llegar al piso supo que Paula era superficial. Y no esperaba que se hicieran amigas íntimas, pero estaba claro que no era tan mala como la había imaginado. De vez en cuando soltaba alguna soberana estupidez, sin embargo aquello le daba su toque personal. A Álex no sabía cómo encajarlo. Hasta ahora su rutina se reducía a trabajar, ir al gimnasio y dormir hasta el mediodía cuando salía de fiesta. Ciertos días a la semana le daba por estudiar con la música puesta, pero eran pocos. Le parecía pasota, vago y odioso. Podía ser divertido a ratos, pero no se lo diría nunca.

A la mañana siguiente volvieron a tener un encontronazo. Estaba en la cocina, intentando poner orden en el fregadero lleno de platos —hacía días que buscaba la manera de organizar aquella casa sin que pensaran que era una maniática de la limpieza—, cuando Álex acabó de desayunar y dejó su taza en la pila que acababa de vaciar.

—¿Por qué no lavas los platos? —le recriminó Nayra.

—Nada de lo que hay aquí es mío.

—¡Qué más da! No se pueden quedar así, huele fatal.

Suspiró exasperado y empezó a elegir sus cosas de entre la multitud de cacharros.

—¿Y esto? —dijo pasándole la taza que acababa de tirar.

Álex hizo ademán de cogerla, pero en el momento en que ella la soltó cayó al suelo.

—¿Qué haces? ¡Era mi taza favorita! —exclamó sobreactuando.

Nayra sabía que le tomaba el pelo.

—Lo siento, creí que la cogerías...

Se agachó para recoger los trozos más grandes antes de que se cortaran, ella iba descalza.

—Le tenía un cariño especial, era la taza de mi infancia —lloriqueó.

—Te compraré otra y será la taza de tu adolescencia.

—No te hagas la graciosa conmigo. No quiero que me compres una taza, me vale con que laves mis platos durante una semana.

Lo miró sorprendida.

—¿Qué? —dijo Álex encogiéndose de hombros—. Es un trato justo, teniendo en cuenta el afecto desmesurado que le tenía a esa maldita taza.

—Lo has hecho adrede.

—¿Me pones en duda? Empezamos mal, compañera —añadió reprimiendo la risa.

—Te odio —continuó ella imitando su mirada intimidante.

Álex soltó una carcajada. A ella no le salía tan bien.

—Eso nunca me lo habían dicho, eres muy divertida.

Paula salió de su cuarto vestida y preparada para irse.

—¡Mierda! Llego tarde —exclamó Álex.

El karma. Nayra miró la cocina con desesperación. Estaba harta de aquel panorama. Para cuando hubo terminado de recogerlo todo los dos se habían ido y Álex se había dejado la ropa sucia tirada por el suelo. No soportaba tanta dejadez. O ponía fin ahora o todo empeoraría y al final acabaría haciéndolo ella por no verse rodeada de mierda. Aprovechó el arrebato para hacer un calendario semanal con las tareas de la limpieza que se repartirían por turnos, además de unas normas básicas de convivencia que apuntó en un papel para colgarlo en un lugar visible y que pudieran recordarlas. Después le dejó una nota a cada uno en su habitación proponiéndoles que se reunieran esa misma noche para hablar sobre ello.

—Pensarán que soy una friki, pero me da igual, necesito un poco de orden —le dijo a Denver, que la miraba con curiosidad.

También tenía los ojos del color de la miel, aunque los suyos emitían reflejos verdosos cuando les daba la luz.

—No me hace falta que hables, tus ojos me dicen que piensas.

Le acarició la cabeza. Y sonrió pensando que los de Álex también eran muy expresivos. En cierta manera, dueño y perro eran como un libro abierto.

Nayra, hace días que no dices nada. ¿Estás bien? Estoy a punto de instalarme en el piso nuevo. Te llamaré para que vengas a verlo.

Era el primer wasap que recibía de su padre. Siempre dejaba pasar unos días para que se

enfriara la situación. Su madre, en cambio, ya le había enviado diez mensajes y tenía tres llamadas perdidas. No había contestado a ninguna. No tenía ganas de hablar con ella porque era la culpable. No quería entenderla y mucho menos perdonarla. Encendió el ordenador y observó el cursor parpadear en la pantalla. El bloqueo persistía. No era capaz de adaptarse a las circunstancias. No le gustaban los cambios. Si pudiera hacer de su día a día un guion, desde luego optaría por ello. Su padre le decía que se ahogaba en un vaso de agua, que debía relajarse y pensar con claridad. Pero no podía relajarse en aquel ambiente con olor a rancio, donde Paula hacía esfuerzos sobrehumanos por llevarse bien con ella y Álex disfrutaba sacándola de quicio. A pesar de ello, cuando Nora le envió un wasap interesándose por ella le contestó que se estaba adaptando bien. No quería inquietarla, bastante trabajo tenía sacándose el último año de universidad.

Denver entró en su cuarto con la pelota en la boca. Álex acababa de llegar y Paula llevaba una hora encerrada en su cuarto.

—Te admiro, Denver... Ojalá mi felicidad se redujera a esa pelota.

No sabía por qué había empezado a hablarle al perro, pero le hacía sentir bien. Álex picó a la puerta. Solía dejarla abierta, menos cuando no quería que la molestaran.

—Por un momento creí que era una carta de amor —dijo sacudiendo la nota en el aire.

—No estoy de humor, Álex...

—¿Estás peor que de costumbre?

Puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—Acabemos con esto. ¿Dónde está Paula?

Álex la llamó para que se reuniera con ellos en el comedor.

—Ni siquiera había visto la nota. ¿Por qué no envías un wasap? Creía que Nora te había dado nuestros teléfonos.

—No soy mucho de mensajes...

Álex dejó escapar un bufido.

—¿Podemos empezar de una vez? —se quejó.

Nayra asintió y fue a buscar los papeles donde había escrito las normas y el calendario.

—Tenemos que establecer unas normas, esto es insoportable —anunció y los dejó encima de la mesa.

Los dos se miraron con desconcierto.

—Nosotros llevamos seis meses viviendo así —dijo Álex restándole importancia.

—¿Entre suciedad y descontrol?

—Tampoco está tan sucio... —intervino Paula.

—Vuestras habitaciones no me importan lo más mínimo, pero las zonas comunes tienen que estar limpias. Cada semana nos iremos rotando.

—No pienso limpiar el baño —se quejó Paula.

—Tú también lo usas, Paulina, y siempre lo llenas todo de rímel.

Fue un consuelo saber que no era la única a la que intentaba sacar de quicio, que lo de Álex no

era algo personal contra ella.

—A ver, primera norma...

—Un momento —la interrumpió Álex—. ¿Por qué tienes que decidir tú precisamente? Has llegado la última.

—Porque paso más tiempo aquí.

Paula asintió, conforme.

—Ahí le doy la razón.

Álex se cruzó de brazos, resignado.

—Primera norma —volvió a repetir—: Los platos que se ensucian se limpian al momento.

No hubo réplicas. Buena señal.

—Segunda: la ropa sucia se clasifica por cestas. Una para cada uno.

—¿Qué problema hay con eso?

Si alguien se lo iba a poner difícil, tenía que ser él.

—No tengo necesidad de encontrarme tus calzoncillos por el suelo. Es asqueroso.

Álex negó con la cabeza.

—Tercera: no se pondrá música a todo volumen.

—¡Pero de qué vas! —espetó Álex.

—¡No puedo trabajar con esa música! —gritó ella.

—¡Y yo no puedo estudiar sin música!

Se inclinó hacia delante, mirándola con seriedad. De nuevo intentaba desafiarla, así que ella se mantuvo firme.

—Es imposible que puedas estudiar así, Álex.

—Claro que puedo, tengo un nivel de atención superior a la media —expuso con ironía.

—¡Vale ya! Me estáis produciendo dolor de cabeza. Poned unos malditos horarios —intervino Paula.

—No pienso mirar la hora cada vez que me apetezca escuchar música.

—¿Y si te compro unos auriculares? —preguntó Nayra esperanzada.

Álex la miró pensativo. Sus ojos le decían que le estaba ganando la partida.

—Solo cuando trabajes —concedió.

—Hecho —suspiró ella aliviada—. Y última...: no hacer ruido cuando lleguéis a las tantas de la noche. Y eso incluye tus tacones, Paula.

—Vale —dijeron los dos a la vez.

No había sido tan difícil.

Fueron la suma de la temeridad y las ganas de enamorarse. La equivocada certeza de que el amor era suficiente para ganarlo todo. Después de su marcha ya no supo volver a encontrarse. Quizá se perdió en ella. Quizá decidió huir de ella. Y una vez vacía no encontró el modo de volver a llenarse.

Te escribí te quiero.

Leer fragmentos de su libro era revivir la época junto a Eloi. No había vuelto a leerlo por esa razón. Le parecía un grito ahogado, una muestra de lo que fue su tristeza. Y leyendo esas líneas se contagiaba del dolor que había sentido y de la soledad que la había invadido, porque todos preferían no hablarle de él pensando que así lo superaría antes. No se daban cuenta de que superarlo en silencio le había dejado cicatrices difíciles de curar. Nora le insistía muchas veces para que abriera de nuevo su corazón y ella le contestaba que no quería conocer a nadie. Se negaba a admitirlo, pero seguía deseando a Eloi por encima de todo. Había desarrollado tal dependencia de él que se acabó convirtiendo en una adicción. Aunque sabía que no era sano para ella, su cuerpo lo necesitaba. No obstante, llegó a comprender que no se trataba de una necesidad real, sino del miedo de no encontrar a nadie capaz de quererla. Era lo que él había conseguido que pensara.

Denver había vuelto a dormir en su cuarto. Esta vez se subió a la cama y se acomodó a sus pies. Si su madre la viera se pondría las manos en la cabeza. No tenía nada en contra de los animales, pero eran incompatibles con su obsesión por verlo todo limpio. Y Denver soltaba pelo y tenía su olor especial. Aunque ya se había acostumbrado. Y tampoco le parecía correcto que su relación fuera más allá de unos cuantos paseos. No quería encariñarse con él, hacerlo su compañero perruno y que un día ella o Álex se marcharan del piso y no volver a verlo jamás. Quizá podría pedirle a Álex que le dejara adoptarlo, el tiempo que le dedicaba era escaso. Aunque viendo cómo lo trataba estaba claro que lo quería y que disfrutaba de su compañía.

—Denver..., tenemos que hablar. No puedes volver a dormir aquí —le dijo cuando se levantó de la cama.

Él la miraba moviendo la cabeza de un lado a otro. Era muy gracioso, y tuvo que esforzarse para no reír y hacerle entender que aquello no era un juego.

—No vuelvas a entrar en mi cuarto. Tienes que dormir en tu cama, ¿entiendes?

Denver lo captó al momento, otra cosa es que estuviera de acuerdo. Volvió a subir a la cama moviendo la cola con aire juguetón.

—No me lo pongas más difícil. Esto no puede ser... —Lo miró cruzándose de brazos.

—Creía que estabas loca, pero hablar con mi perro te eleva al nivel de chalada —escuchó a Álex a su espalda.

Tenía que acostumbrarse a cerrar la puerta, se ahorraría esos problemas. Álex acababa de vestirse y se estaba lavando los dientes. El olor a menta inundó la habitación.

—Déjame en paz, Álex...

—Si no te gusta relacionarte, ¿por qué compartes piso?

—Porque no tuve más remedio.

Se dio la vuelta mientras la pasta de dientes se le escapaba entre los labios. Lo oyó enjuagarse la boca en el baño.

—¿Tus padres te echaron de casa?

Joder, acababa de sentirlo escupir de la forma más asquerosa y aun así le pareció guapo con su pose de fanfarrón, apoyado en el marco de la puerta y con esa sonrisa que hubiera querido borrarle de un guantazo.

—No saques conclusiones equivocadas... —Se giró para hacerle entender que la molestaba, pero él no pilló la indirecta.

—Pues cuéntamelo tú y así no tendré que adivinarlo.

Nayra suspiró con desgana.

—Mis padres se están separando y... estoy bloqueada.

Él la interrogó con la mirada.

—Sí, bloqueada. No puedo escribir. Tengo un maldito bloqueo. Para que me entiendas bien: dejé mi trabajo para ser escritora y ahora no puedo escribir. Creí que era por culpa de mis padres y por eso me fui, pero nada ha cambiado.

—Quizá si salieras de tu agujero ayudaría en algo.

—¿Ahora eres psicólogo?

Álex esbozó una sonrisa de lo más arrogante.

—En mi opinión, los escritores son personas de mundo. Necesitan vivir experiencias para contarlas.

—Pues yo me las invento, tengo mi propio mundo —soltó con desdén.

—Tienes un agujero donde te refugias.

Le hervía la sangre. Hubiera deseado pegarle puñetazos en el pecho para calmar su rabieta. En vez de eso se acercó a él y lo miró con severidad. Notaba cómo le temblaban las manos. No quería hablar de sus problemas y mucho menos con alguien a quien apenas conocía y por el que se sentía atacada.

—¡Vete de mi cuarto! —le gritó.

—¿Por qué te cabreas?

Le puso las manos encima del pecho para empujarlo hacia afuera. Era muy fuerte y tenía la espalda muy ancha, si la abrazara podría abarcar por completo su cuerpo pequeño y escuálido. La

barbilla le quedaba a la altura de sus pectorales, pero aquello no la intimidó y siguió empujando hasta que consiguió hacerle traspasar la puerta. Álex se reía por lo fácil que se lo había puesto, de haberlo querido no se habría movido ni un milímetro.

—Creo que llegas tarde.

Y le cerró la puerta en las narices. Él picó segundos después para que volviera a abrirle.

—¿Qué? —bramó ella con la paciencia al límite.

—Te olvidas de mi perro. Creo recordar que también lo estabas echando cuando he venido...

Hizo salir a Denver y cerró la puerta otra vez. En la soledad de la habitación el silencio se hizo insoportable. Se mordió el labio con fuerza y cerró los ojos. ¡Cómo odiaba darle la razón a Álex! Pero sí, debía salir un poco.

En compañía de Denver todo era más fácil. Estaba contradiciendo lo que había pensado esa misma mañana, pero quizá no era tan malo. Lo más probable es que estuviera en ese piso durante mucho tiempo. Por un lado, le daba miedo echar raíces, y por otro sentía cómo la corriente la arrastraba hacia adelante sin que pudiese frenar en seco. Perdía el control. Y el control era lo que le hacía sentir segura. De todas formas, toda su vida se había ido al garete. A lo mejor acababa por convertirse en algo que no era, o su vida se reconduciría sola si se dejaba llevar sin resistirse a las circunstancias... No. Había algo que le impedía cerrar los ojos y saltar. Era el miedo. Y el miedo la bloqueaba en todos los sentidos.

Volvió a encontrarse con María y su perrita Lola. Mientras los dos perros jugaban ellas se sentaban en un banco y hablaban de cosas banales, como el tiempo y los programas de la tele. Ella apenas la veía, así que María se encargaba de ponerla al día de todo. No debía tener más de cincuenta años, pero debido a un problema en la espalda se había jubilado antes de lo previsto y, por lo que parecía, tenía mucho tiempo libre. En cierta manera, Nayra también. Le contó su propósito de dedicarse a escribir.

—Los jóvenes de hoy en día os podéis permitir esas locuras.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, yo no tuve elección. Era trabajar o trabajar. No podíamos vivir del aire.

—Yo no vivo del aire, tengo paro y aspiro a ganarme la vida con lo que me gusta —contestó indignada.

—¿Y si no sale bien?

Se quedó callada.

—Tus padres te ayudarán, estoy segura. A eso quería llegar, yo no pude plantearme esa posibilidad.

Estaba tan acostumbrada a dar por hecho que sus padres estaban ahí que no se había pensado nunca sin ellos. Imaginó a una María más joven, soñando con una vida mejor y conformándose con lo que le había dado. ¿Se podía ser feliz así? Ella lo era. Había personas que desprendían felicidad por todos los poros de la piel, que encontraban magia hasta en las cosas más simples. Y en ese aspecto, María le daba envidia.

Por la tarde recibió una llamada de su padre. Ya se había instalado en el piso y necesitaba la ayuda de alguien más capacitado para ponerlo en orden, le había dicho. Era un desastre. Nayra echaba de menos hasta sus peores defectos, desde su estrés contagioso a su dejadez con la limpieza. Una mañana había ido al baño después de que Álex se preparara para irse a trabajar. Solía afeitarse casi todos los días con la máquina y siempre se dejaba algún pelo en el lavabo.

—Mi padre también hace lo mismo. ¿Tanto cuesta dejar el baño decente?

—Encima que te hago sentir como en casa, te quejas.

Esa vez había sonreído al recordarle a él. Era curioso cómo se podía añorar algo que le había molestado tanto en su momento.

Ya le había comprado los auriculares a Álex. No recibió ninguna muestra de agradecimiento por su parte, aunque tampoco la esperaba. Lo hacía a regañadientes, con la esperanza de que viera lo mucho que le molestaba hacerlo. Era lo que más le reventaba. De reojo lo había descubierto soltando un bufido, despreciando su gesto. Con lo que le había costado elegirlos. No sabía la razón de tanta inseguridad, pero hasta el color le pareció un problema. Al final los escogió azul eléctrico, por parecer más original, y optó por unos cascos. Hacía tiempo que oía decir que los auriculares de oreja tenían más probabilidades de producir sordera que los demás. Ahora le parecía una tontería haber dudado. Hubiera soltado ese maldito bufido de todos modos.

Nayra cenaba en el comedor con la tele puesta y Denver a su lado. Se había hecho una tortilla de patatas pequeña y una ensalada. Aun así le había sobrado la mitad de la tortilla y parte de la ensalada. Estaba acostumbrada a cocinar para más de uno y además tenía poco apetito. Desde el comedor sentía maldecir a Álex una y otra vez mientras golpeaba la mesa. Había conseguido acabar con la música y ahora lo tenía a él como sonido de fondo. No sabía qué era peor. Se acercó con sigilo a su habitación para averiguar qué estaba haciendo. Tenía un libro abierto encima de la mesa, parecía memorizarlo y cada vez que apartaba la vista y se repetía a sí mismo lo que acababa de leer se encallaba en la primera frase. Suspiró hondo y se acercó más a él para retirarle un auricular de la oreja.

—Me has asustado —dijo dando un respingo.

—Es que me pones nerviosa. Tu frustración es tan grande que has conseguido contagiarme.

Él hizo ademán de devolverle el golpe, pero Nayra volvió a hablar antes de que pudiera hacerlo.

—Deberías hacer resúmenes, te sería más fácil. Y si es a mano, mejor, así lo memorizarás antes. También puedes grabarte los temas y escucharlos un poco cada día.

—¡Me estás ayudando! —exclamó sorprendido.

—Solo es una pequeña tregua...

Volvió al comedor para acabar la cena, aunque se le había quitado el hambre. Álex la siguió y se sentó a su lado. Ella lo miró, parecía pensativo y su mirada le decía que la estaba evaluando. Odiaba cuando hacía eso.

—¿No vas a comer más?

Nayra negó con la cabeza.

—¿Por qué me cuesta tanto saber qué piensas?

¿A qué venía aquello?

—No lo sé. Pero lo último que querría es que te metieras en mi cabeza.

Álex miró la comida de reojo.

—Que disfrutes de la cena... —dijo acercándole el plato.

Lo tenía asumido. A partir de ahora tendría que cocinar para dos. A Paula prefería no incluirla, sus rutinas eran del todo impredecibles, hacían turnos rotativos en la tienda y tanto podía trabajar de mañana como de tarde. Aunque, tocara lo que le tocara, no solía aparecer por allí. A veces se preguntaba qué demonios hacía todo el día fuera de casa. Nayra era muy hogareña, no solía salir sin ninguna razón o sin nada planeado. Hasta cuando paseaba a Denver evitaba entretenerse más de lo necesario. Mientras Paula se sentía encerrada y presa en ese piso, para ella era su zona de confort. Álex, en cambio, tenía una rutina muy marcada: trabajaba con el turno partido, pero la empresa le pagaba la comida, así que no aparecía hasta el anochecer, después de su paso por el gimnasio. Y una vez paseaba a Denver ya no se movía de allí, excepto los viernes y los sábados, cuando salía de fiesta y no volvía hasta la madrugada. Después de dos semanas ya se había habituado a ellos, lo único que le faltaba era poner en orden su vida, volver a marcarse unos horarios y unas metas. Y seguir hacia delante.

Era sábado. Todos los días parecían iguales, así que muchas veces no sabía ni en cuál de ellos vivía. Se guiaba por sus compañeros. Álex y Paula habían salido la noche anterior. Paula se había encerrado en el baño nada más despertarse y Nayra llevaba un buen rato esperando a que saliera. Se acercó y picó a la puerta.

—¿Tanta prisa tienes? —la oyó quejarse.

—No tenía prisa hace una hora...

—¡Me estoy depilando!

—Genial... —dijo abriendo la puerta del baño.

Paula estaba metida en la ducha y tenía la toalla y la ropa esparcidas por el suelo.

—¿Qué tal una norma para respetar la intimidad? —le dijo sin dejar lo que estaba haciendo.

—Lo siento, tengo prisa y solo será un segundo.

Había quedado con su padre y debía coger el autobús en media hora, pero antes de irse quería asegurarse de que su aspecto no dejaba entrever lo que le estaba costando adaptarse. No quería preocuparlo, bastante tenía con lo suyo. Se hizo una trenza de medio lado y se peinó el flequillo. Con la palidez de sus mejillas había poco que hacer; de todas formas, tendría que correr para llegar a tiempo, y cualquier esfuerzo le otorgaría un colorete natural perfecto para aquella ocasión.

—Lista. Prometo no volver a invadirte —le dijo a modo de disculpa.

Paula hizo un gesto con la mano para restarle importancia. Cuando se estaba poniendo la chaqueta, Álex salió de su habitación. Denver fue directo hacia él y le saltó encima, dándole con

la pata justo en la entepierna.

—¡Joder! —exclamó doblándose sobre sí mismo—. ¡Qué manía de darme en los huevos!

—Se alegra de ver a su dueño de vez en cuando... —rio Nayra.

—Cualquiera diría que lo tengo abandonado. Ahora lo sacaré a pasear.

—No te molestes, ya hemos salido.

Álex la miró sorprendido.

—¿Cuándo?

—Hace un buen rato, aún estabas durmiendo la mona. Son las dos del mediodía, ¿lo sabías?

Cuando estaba a punto de marcharse, él volvió a hablar.

—¿Por qué lo haces?

—Que me caigas mal no significa que no quiera a tu perro.

Él esbozó una sonrisa de medio lado. Aún llevaba el pijama puesto y tenía el pelo revuelto y la marca de la sábana en la cara.

—¿Te caigo mal? —preguntó sin esconder su preocupación.

Parecía tan vulnerable que casi le dio lástima haberse metido con él.

—Por supuesto, ¿me tratas fatal!

—Eso no es verdad. Me gusta tomarle el pelo a todo el mundo y tú siempre tienes alguna respuesta ingeniosa para joderme. Es una putada que me ganes, pero no deja de ser divertido.

—Estás de psiquiátrico —se rio.

—Eh, ¿tienes una cita? —preguntó él al darse cuenta de lo arreglada que iba.

Le volvió a entrar la risa y se marchó dejando la respuesta en el aire.

Nunca había tenido una cita. Lo más parecido habían sido los encuentros premeditados con Eloi al principio de su relación. Siempre estaban juntos. Que sus familias se llevaran bien les favorecía hasta en las fechas señaladas, pues ninguno de los dos se veía obligado a elegir con quién pasaría las fiestas. No fue hasta que rompieron el contacto cuando aquella amistad se resquebrajó para convertirse en una mera relación vecinal. A veces se había sentido culpable por ello. Su madre nunca se atrevió a hablarle de ese tema. Pero con su padre gozaba de tal complicidad que aprovechó para hacerle saber que había sido una valiente alejándose de Eloi. En realidad no se creía valiente, pues le faltó enfrentarse a él; tan solo sabía que la más mínima oportunidad de mirarlo a los ojos la hubiera hecho caer de nuevo.

Su padre había decidido instalarse en el barrio de Les Corts, a media hora en autobús de su piso. Le quedaba más cerca de la oficina y seguía disfrutando de la tranquilidad. Su día a día era un ajeteo constante y para desconectar necesitaba un lugar donde el bullicio y el estrés de la ciudad no le siguieran consumiendo energía. El edificio donde había alquilado el piso tenía un aspecto señorial y parecía muy antiguo, pero estaba completamente reformado y a ella le pareció muy espacioso.

—¿No es demasiado para ti solo? —le preguntó nada más llegar.

Le encantaba la luz que entraba por las ventanas y la panorámica de la ciudad.

—Es increíble, ¿verdad? —le dijo su padre leyéndole el pensamiento—. No es tanto, y esta luz da mucha vida. Además, había pensado preparar una habitación por si algún día quisieras quedarte.

—Gracias, aunque no tengo intención de ir de casa en casa...

—¿Entonces puedo decir que mi hija se ha independizado?

—Sí, aunque sigo teniendo tu ayuda...

Su padre le acarició el pelo.

—Eso lo tendrás siempre, cariño. Pero ya que sacas el tema...

Se acomodó en el sofá y le indicó que se sentara a su lado. Iban a hablar de temas serios, lo sabía cuando lo veía entrecruzar los dedos de las manos y apoyarlos sobre las rodillas. Tenía mucha presencia, y si se ponía serio podía dar miedo a quien no lo conociera, a quien no supiera que en realidad le encantaba hacer el payaso.

—Tengo un amigo que está buscando escritores para que redacten artículos para sus blogs. No parece gran cosa, pero me ha asegurado que si lo haces bien podría darte trabajo suficiente como para ganarte un sueldo.

—¿Has estado buscándome trabajo? —le interrogó Nayra con un punto de histeria en la voz.

—¡No! Bueno..., en cierta manera, sí —confesó él—. Pensé que sería buena idea introducirte en algo relacionado con lo que te gusta.

—No puedes hablar en serio...

—Hablo muy en serio. —Volvió a entrecruzar los dedos—. Nayra, solo quiero que busques alternativas. Que salgas de esa burbuja en la que te has metido y te labres un futuro.

Hablaba como su madre y él se dio cuenta enseguida de que había sonado a ella e hizo una mueca de disgusto. Se le arrugó la nariz aguileña, acentuando esa forma que ella odiaba tanto. Era lo único que había heredado de su padre. Todo lo demás correspondía a su madre: el pelo, la baja estatura, la falta de curvas...

—No te estoy pidiendo que lo dejes —intentó arreglarlo—. Eres buena, lo sé. Pero a veces eso no es suficiente.

—Me pediste que fuera tenaz en mis propósitos.

—Sí, no es incompatible con hacer otras cosas. Los sueños tardan en cumplirse.

—Si se dejan de lado, desde luego que sí.

—Nayra... —se le escapó un largo suspiro—, quizá no sea el mejor momento para hablar de esto. Sé que no te lo estamos poniendo fácil, pero no hay tiempo. A lo mejor no hay otra oportunidad. Dijiste que no querías encerrarte en una oficina, pues bien, dedícate a escribir si quieres, pero, siendo realistas, hay pocos escritores que puedan vivir en exclusiva de sus libros.

De nuevo decidían por ella. Y no tenía elección. Su padre la había acorralado. Tampoco podía quitarle la razón, solo necesitaba más tiempo. Escribir una nueva novela, tener suerte y darle ese empuje a su carrera. Después vendría todo rodado. Quizá no era tan malo ese trabajo que le había

buscado. Aunque le quitaría muchas horas, pensó que podría organizarse. Escribir sobre temas que no le interesarían lo más mínimo, seguir las normas establecidas, respetar los plazos.

No supo decir en qué momento empezó a decaer, a veces su cabeza le jugaba malas pasadas y acababa por darle la vuelta a las circunstancias y convertirlas en todo lo contrario de lo que realmente eran. Y para cuando volvió a casa, la inundaba la certeza de que su padre había dejado de creer en ella. Se sintió como si la hubieran humillado, como si le hubieran bajado los pies a la tierra. Le gustaba creer que podía conseguirlo y él solía animarla. Hasta ahora. No entendía qué había cambiado. Pero estaba decidida a demostrarle que se equivocaba.

Se enfrentaba a él constantemente. En la parada del autobús, en el trabajo, en la mirada que se proyectaba a través del espejo. Él era ella. Con los años pasaron a ser la misma persona. Fusionados en cuerpo y alma. Tenía que dejar atrás a la persona que había sido para poder olvidarlo.

Te escribí te quiero.

Se sentía herida, su padre la había abandonado. Quizá si no hubiera estado tan ofuscada habría llegado a la conclusión que solo quería lo mejor para ella. Pero era incapaz de reconocerlo. ¿Qué demonios le pasaba? No soportaba que la gente pensara que era una pija, una niña malcriada, una mantenida. Y ahora que su padre le había encontrado un trabajo para que pudiera ganarse el pan se ponía a patalear como una tonta. Era absurdo. En su interior se debatía entre la madurez y la gilipollez. Y de momento ganaba la segunda. Porque sentía que él estaba pisoteando sus ilusiones, que la había humillado. Que le había dicho sin decirlo que su sueño no valía la pena. Y eso era lo que más le dolía.

Los días siguientes los pasó encerrada en su cuarto. Denver lloraba detrás de la puerta para que la abriera. De vez en cuando lo dejaba entrar, pero cuando la atosigaba para salir a la calle lo mandaba al comedor. No quería perder un minuto de su tiempo. Desde su llegada al piso se lo había tomado demasiado a la ligera. Tenía que llevarse al límite, quizá de ese modo cambiaría su visión, su cabeza haría un *reset* y su corazón dejaría de palpar con fuerza cada vez que ponía las manos encima del teclado. Sin embargo, esa página seguía en blanco y el cursor parpadeaba sin descanso. Estaba cansada y le iba a explotar la cabeza. Solo tenía ganas de llorar.

Aquella mañana Paula había llamado a su puerta. Ya llevaba tres días recluida.

—¿Estás viva?

—¡Estoy bien, tengo trabajo! —había gritado sin abrir la puerta.

Se miró en el espejo, no tenía buena cara. Por la tarde fue Álex quien probó suerte.

—Denver quiere entrar en tu cuarto —le dijo como una excusa.

—No quiero que me distraiga.

Él era más persistente y la respuesta no lo persuadió. Abrió la puerta despacio y se acercó a Nayra. Ella bebió agua para aclararse la voz. Con suerte, su cara cogería algo de color.

—¿Desde cuándo echas a Denver?

—Desde que me he dado cuenta de que es tu perro y no el mío.

Álex parecía sorprendido. De reojo, inspeccionó la habitación.

—¿Y si dejas que entre un poco la luz? —propuso, y subió la persiana.

—¿Hoy no trabajas? —le espetó ella con sequedad.

—Aún no he empezado. Son las ocho y media de la mañana. ¿Sabes en qué día vives?

Nayra suspiró y se tapó la cara con las manos. Quería que se marchara. Quería escribir. Quería sacarse ese peso del pecho.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Escribir —dijo con voz temblorosa.

—Pues yo no veo nada.

—Vete, por favor —le pidió dejando caer las manos encima de la mesa. Hizo más ruido de lo que esperaba.

Álex apretó los labios como si se contuviera.

—Hazme un favor tú a mí, no cierres la puerta. Y deja entrar a Denver.

¿Por qué le insistía tanto con el perro? Álex salió de la habitación y ella no fue capaz de mirarlo a la cara.

Su padre no había tardado en interceder por ella. Ya tenía el primer encargo como redactora *free lance* para un blog de jardinería. No tenía ni idea de plantas. Los únicos que lograban sobrevivir en sus manos eran los cactus. Debía buscar información y redactar un artículo de trescientas palabras teniendo en cuenta todo lo que le pedían. No se trataba de informar, sino de atraer a posibles clientes, conseguir visitas y aumentar la visibilidad en los buscadores. Nayra era hábil para escribir cualquier cosa, pero hacerlo sujeta a tantos parámetros y sin posibilidad de dar rienda suelta a su imaginación le hacía sentir incómoda. Aun así, el amor y la lealtad que le profesaba a su padre eran infinitos y se decidió a hacerlo. Aunque no le puso ningún tipo de emoción ni tampoco suficientes ganas. Pensó que con un poco de suerte la rechazarían y aquella sería una buena manera de devolverle el golpe a su padre. No le llevó más de media tarde. Después, mientras se preparaba algo para cenar, su madre le envió un mensaje.

Si no contestas a este mensaje iré a verte. Quería respetar tu espacio, pero empiezo a preocuparme.

No quería verla. No estaba preparada. Aún tenía la discusión que mantuvo con su padre metida en la cabeza.

Estoy bien, no me presiones. Necesito tiempo.

Eso le daría algo de margen. Denver la seguía allí donde iba, pero ya no lloriqueaba para que lo sacara a pasear. Era como tener una sombra, aunque no le molestaba. Parecía que su presencia la apaciguaba. Se sentó en el comedor a comer, distraída con sus pensamientos. No había conseguido nada desde que decidió encerrarse. A veces leer a otros ayudaba a encontrar algo de inspiración. Pero no le apetecía coger un libro, no se encontraba con ánimos. Quizá algo fácil, que no le hiciera pensar demasiado...

—¿Sigues en la tierra?

—¿Qué? —exclamó saliendo de su ensimismamiento.

Álex la observaba plantado en medio del comedor con los brazos cruzados.

—Me refería a si sigues en las nubes. Te pasas la mayor parte del tiempo allí.

Ni siquiera lo había oído llegar, no estaba de humor para otro ataque de los suyos.

—¿Qué quieres, Álex? —contestó haciendo evidente el cansancio que le producía.

—Me preguntaba qué vas a hacer mañana.

—¿Te importa?

—No sé, tendría que importarme. Eres mi compañera de piso, ¿no? Al menos podríamos tener una conversación.

—Ya habrás notado que no soy muy habladora.

Él se restregó las manos por la cara con gesto exasperado.

—¿Qué vas a hacer mañana? —volvió a preguntar.

—Escribir.

—¿Y después? —insistió.

—Lo mismo.

—Si te obsesionas nunca lo conseguirás, deberías salir un poco. Eres peor que una ermitaña —la pinchó.

No tenía ganas de jugar con él. Ni fuerzas para pensar en una respuesta inteligente.

—¿Desde cuándo te preocupas por mí? —preguntó alzando la voz.

—Desde que tienes peor aspecto que de costumbre.

—Tú siempre tan simpático. Ahora, si me perdonas, voy a seguir hundiéndome en la mierda.

Acabó el último bocado de su sándwich y se llevó el plato a la cocina. Lo único que había conseguido era quedarse sin cena.

Era mediados de marzo. Se dio cuenta al mirar el calendario del ordenador, después de haber estado media hora observando las imperfecciones del techo. Llevaba un mes en aquella maldita casa. Todo en el mismo lugar. Solo frases sueltas. Cero ideas. Una semana entera estrujándose el cerebro y dándose cuenta de que seguía allí por tozudez y orgullo. El mismo orgullo asqueroso que la perseguía siempre. El mismo que le había impedido reconocer que Eloi la manipuló a su antojo desde el principio. El mismo que no le permitía reconocer que sus padres estaban mejor solos, que, de todos modos, cuando vivían juntos apenas se dirigían la palabra y se pasaban la mayor parte del tiempo en el trabajo. El mismo que no le dejaba ver que su padre tenía cierta razón, y que su bloqueo no era más que un síntoma de lo que había dejado marchitar dentro de ella por no querer enfrentarlo. Y como si el mundo la hubiera escuchado y se pusiera a su favor, ese día recibió una llamada de Nora. Desde que la acompañó al piso, solo se habían hablado una vez por WhatsApp. Sabía que había estado de exámenes finales y no quiso agobiarla con sus problemas. Pero la había echado de menos, y escuchar su voz la hizo sonreír.

—Siento no haberte llamado antes —se disculpó—. Si hubiera sabido que estabas tan mal...

Se sorprendió de que lo supiera cuando ni siquiera le había enviado un mensaje para explicárselo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Álex me llamó hace un par de días muy preocupado.

Joder, Álex... No respondió. No entendía por qué aquel chico no paraba de inmiscuirse en sus asuntos. No deseaba tener a alguien detrás vigilando lo que hacía para luego contárselo a Nora y ponerla entre la espada y la pared. Era su mejor amiga, tarde o temprano iba a enterarse, pero quería ser ella quien escogiera el momento de hablar.

—Nayra, quiero verte, tienes que explicármelo todo porque me da la sensación de que me he perdido algo, no entiendo que estés así.

—No es para tanto, Nora, seguro que ha exagerado.

—Lo comprobaré yo misma. ¿Qué te parece si quedamos para comer mañana?

—Claro.

Aquella noche la durmió de un tirón, dando por finalizado su empeñado plan de forzarse a escribir. Necesitaba que su amiga la viera en condiciones, no quería preocuparla más de la cuenta. Se levantó tarde —hacerlo a las diez era como perder el día— y paseó a Denver. Cuando salió a la calle y le dio el aire se despejó de golpe. Denver estaba exultante, había recuperado a su nueva compañera. Se encontró con María y agradeció que la pusiera al día de todo lo que se había perdido. Tenía mucho que contar, así que no la dejó hablar demasiado. Aún estaba espesa, ni siquiera hubiera sido capaz de poner una buena excusa para su semana de cautiverio. Pero le resultó útil saber que vivía en sábado. Paula y Álex aún debían estar en el piso. Había dormido tan profundamente que no les oyó llegar la noche anterior. Volvió antes de que le robaran el baño. Eligió la ropa a conciencia, sus tejanos favoritos, una camisa, una americana y unas bambas de color azul, arreglada pero informal. Y cogió su neceser para maquillarse. También se alisaría el pelo. Cuando se dirigía al baño, Álex acababa de levantarse.

—¿Qué me he perdido? —la miró asombrado.

—He quedado con Nora.

—No me lo creo, ¿vas a maquillarte? —preguntó al ver su neceser.

—Sí, esfúmate. Y que sepas que esto es por tu culpa. —Y le cerró la puerta del baño.

No tardó demasiado en salir, tan solo necesitaba verse aceptable y tapar las ojeras que aún seguían enmarcando sus grandes ojos y le daban aspecto cansado. Necesitaba más noches como esa para recuperar la cara que tenía antes. Cuando Álex la oyó abrir la puerta se levantó veloz del sofá.

—¡Menudo cambio! —exclamó—. Ahora da gusto mirarte.

—Pervertido.

—Hablabas en sentido figurado. Te he visto recién levantada, no me pones.

—Mejor, un problema menos. Por cierto, no vuelvas a hablarle de mí a Nora —le advirtió.

Álex dejó ir una media sonrisa.

—La llamé porque estaba intrigado. Le dije que tenía a una chica medio muerta que apenas hablaba y se pasaba el día delante de una hoja en blanco. Quería saber si era normal.

—¿Cómo iba a escribir con semejante panorama...? —dijo para sí misma.

—Si salieras de tu agujero encontrarías ideas.

—Me agotas, Álex, ¿hoy no vas al gimnasio?

Él hizo un gesto de disgusto.

—Nayra, intento ayudarte.

—Pues no se te da bien.

—¡Porque siempre estás a la defensiva! Espérame aquí, te llevaré yo.

Se fue directo hacia su cuarto a vestirse. Podría salir corriendo..., pero por alguna razón lo esperó allí plantada como él le había pedido. Bajaron juntos en el ascensor sin decirse una palabra. Observó su reflejo por el cristal. No se había peinado y tenía el pelo revuelto, aunque en ese detalle residía todo su encanto. Estaba guapo. Él sonrió cuando la pilló examinándolo. Mierda. Carraspeó mientras se metía las manos en los bolsillos e intentaba comprender cómo había acabado ahí. Una vez abajo, Álex la guio hasta una moto 125 que había aparcada justo delante del portal.

—¿Dónde habéis quedado?

—En la avenida Diagonal. Tengo quince minutos a pie —dijo con la esperanza de que desistiera.

Pero la moto ya estaba en marcha y él se había puesto el casco. Le dio el suyo y esperó a que se montara detrás. Nayra no sabía dónde cogerse, el culo de aquella moto era muy estrecho y le pareció que iba a caerse.

—Joder, Nayra, que no te voy a comer —dijo él. Le cogió las manos y las colocó alrededor de su cintura.

Y aceleró. Nayra se agarró fuerte para no caerse hacia atrás. Álex iba demasiado rápido y no podía predecir hacia dónde giraría o si pensaba adelantar a algún coche. Frenó delante de un semáforo en rojo y su casco golpeó contra el de él.

—No sirves ni para ir de paquete —dijo riéndose.

—No te he pedido que me llevaras.

—Así me aseguro de que solucionas tus mierdas. Soy muy persistente en lo que me propongo.

Le sonó a advertencia.

—Yo a eso lo llamo ser pesado.

Otro acelerón. Entraron en la diagonal, Nora la esperaba en Zappa's, un restaurante italiano donde siempre iban a comer cuando Nayra aún estaba en la universidad.

—Para aquí —le dijo dándole un manotazo en el hombro.

Álex siguió hacia delante unos metros más, aquella era una de las calles más transitadas del centro y hasta que no encontró un desvío hacia un carril interior no pudo detenerse y dejarla en la acera. Luego buscó a Nora con la mirada.

—Me espera delante del restaurante. No quiero que sepa que me has traído.

—¿Se puede saber por qué?

—La conozco mejor que tú. Pensará cosas que no son...

—¿Qué pasa, tienes novio?

Su pregunta la azotó por dentro como un latigazo. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—Ni falta que me hace.

Álex sonrió, divertido. Ella le devolvió el casco y pronunció un gracias apenas audible.

—¿Qué has dicho?

—Gracias, ¿vale? No hace falta regodearse.

—Esto es por la cena de todos los días. Que te diviertas. —La sonrisa le iluminó los ojos.

Nora la esperaba en el Zappa's como habían acordado. La vio desde lejos, le había crecido el pelo. Lo llevaba ligeramente ondulado, de un tiempo a esta parte le gustaba peinárselo así. Le quedaba más natural y proporcionaba luz a sus reflejos castaños. A veces, si los iluminaba el sol, parecían pelirrojos. Recordaba cómo a Eloi le pasaba lo mismo. Nayra se echó a sus brazos y se mantuvieron abrazadas durante unos segundos. Necesitaba el cariño de su amiga, era la cura para los peores momentos. El hombro donde había llorado cientos de veces.

—Estoy aquí —le dijo ella—, lo sabes, ¿no?

—Sí... —suspiró aliviada.

—¿Tienes hambre? —sonrió Nora mientras abría la puerta del restaurante y la invitaba a entrar.

Una vez que les asignaron la mesa pidieron cada una un plato de la carta. La comida que servían allí era suficiente para quedar satisfecho con un primero. Se sabían la carta de memoria. Nayra había optado por un *risotto* de setas y Nora por unos macarrones con salsa de trufa.

—¿Qué tal te va con Álex y Paula?

—Paula apenas está en el piso. No sé, somos muy diferentes, pero nos llevamos bien.

—¿Y Álex?

—Se divierte metiéndose conmigo, me cae mejor su perro.

—Es su forma de ser. Es muy alegre, siempre se está riendo.

¿En serio? No se había dado cuenta, pensó, sarcástica.

—Relájate y no te lo tomes todo a la tremenda, verás como mejora la visión que tienes de tus problemas.

—Es que... creía que se solucionaría. Tenía la estúpida esperanza de que solo fueran unos días, los suficientes para darse tiempo. Sin embargo, ha empeorado. Deberías haber visto a mi padre el otro día, siempre había estado de mi parte, apoyándome en cualquier cosa que le pidiera, y ahora..., resulta que me ha buscado trabajo como redactora de blogs porque dice que tengo que ser realista. Es como si quisiera que abandonara.

—No lo creo. A tu padre le preocupa que arruines tu futuro intentando conseguir algo que no sabes dónde te va a llevar. Además, lo que te ha propuesto no es malo. Si por el momento no te

puedes centrar en escribir una novela, puedes escribir otras cosas. La cuestión es mantenerte activa y seguir por el camino que te has marcado. Hay pocos escritores que puedan sustentarse exclusivamente de sus novelas. No eres George R. R. Martin.

Nora era fan de *Juego de tronos*. Y tenía parte de razón.

—Tienes que prometerme que vas a volver a ser la de siempre —dijo poniéndose seria—. Sé que la vida te ha dado alguna patada, pero tú eres fuerte. Podrás superarlo.

No sabía qué Nayra era la de siempre. ¿Antes de Eloi? ¿Durante, después? Suspiró cansada.

—Lo intentaré.

—No, Nayra, lo harás.

A pesar de no tener claro nada, el convencimiento de Nora le subió el ánimo. Cuando acabaron de comer pasearon por el centro comercial mientras Nora la ponía al día de su vida.

Llegó a casa pasadas las seis de la tarde. Entró en su cuarto y dejó las bolsas que llevaba en la mano. Había aprovechado para comprarse algo de ropa.

Echaba en falta a Denver. No había salido a saludarla. Se acercó despacio a la habitación de Álex. Estaba estudiando con los auriculares puestos. Ni siquiera se había enterado de su regreso. Denver la miró estirado desde la cama. Ella le indicó con la mano que fuera a su encuentro. Cuando logró que empezara a andar, Álex se giró hacia ella.

—¿Intentas robarme a mi perro?

—¿Lo necesitas?

—Sí, me gusta su compañía.

—Pues no lo parece, nunca estás con él —le replicó—. Por las mañanas lo paseas diez minutos, luego te vas. No vuelves a aparecer hasta las siete y media de la tarde. Vuelves a pasearlo diez minutos y te apalancas en el sofá. Cenas, lo sacas a hacer el último pis y te vas a dormir.

—Sabes mucho de mi rutina —dijo impresionado.

—Porque te observo. —Y desvió la mirada arrepintiéndose de inmediato de lo que acababa de decir.

—¿Y con qué fin, si se puede saber?

—Mera curiosidad. Eres mi única distracción en esta casa.

Aquello había sonado aún menos convincente. A Álex se le escapó una sonrisa. Se notaba que había estado fingiendo seriedad.

—No sé si asustarme o alegrarme por ello...

Le indicó a Denver que podía marcharse y Nayra volvió a su cuarto junto a él.

Dentro hacía calor. La temperatura empezaba a cambiar y no encontró mejor momento para poner fin a su testarudo propósito de obligarse a escribir que abrir la ventana de par en par para dejar entrar la luz y salir de su maldito agujero.

Cuando lo miraba sentía un hormigueo constante en la barriga. Le gustaba observarlo a hurtadillas, mientras leía un libro concentrado en la trama. Mientras conducía y su mente se perdía en la carretera. Mientras dormía y soñaba, y ella soñaba también que velaba sus sueños. A veces sus ojos se encontraban y podía notar cómo le quemaban por dentro. Era perturbador amar a alguien que podía hacer tanto daño.

Te escribí te quiero.

Su vida se normalizó después de aquella tarde con Nora. En los años que crecieron juntas habían podido conocerse y entenderse mejor que nadie. Nora era capaz de minimizar sus problemas hasta el punto de convertirlos en meras anécdotas, y ayudó a Nayra tras el incidente con su padre y con el trabajo que le había encontrado. Para su asombro, el artículo que envió para el blog de jardinería les encantó y ya le habían encargado tres más. A ese ritmo podría tener un sueldo digno, su padre sería feliz y ella podría vivir por su cuenta y organizarse para escribir en sus ratos libres. Aceptando esa parte se sentía mucho mejor. Sin embargo, la separación de sus padres era más complicada. Había afectado a aspectos más profundos, necesitaría más tiempo y poner un poco de su parte. Nora la había instado a visitar a su madre tras devolverle la llamada después de varias semanas evitando enfrentarse a ella.

—¡Creí que no me llamarías nunca! —exclamó cuando escuchó a su hija al otro lado de la línea.

—He estado muy liada.

No quería que supiera que le guardaba rencor y que su relación con ella se había resentido, hasta el punto de que no necesitaba de su contacto. Pero era su madre, y merecía un esfuerzo. De todas formas, su encuentro tendría que esperar. Había organizado dos semanas sabáticas para ir a Menorca con una amiga. «Aprovechando su recién estrenada libertad», pensó Nayra con recelo, aunque eso le daría más tiempo para convencerse a sí misma de que debía perdonarla.

Fueron días tranquilos, de sanarse un poco a sí misma, descansar y construir algún que otro párrafo sin sentido. Pero era un avance. También hubo un avance en su relación con Álex y Paula. Habían adaptado sus vidas y ahora estaban en sincronía. Álex parecía no molestarse tanto por ella, ya no era una muerta viviente. Y Paula iba más por el piso y tenían alguna que otra conversación. Ella no les importunaba y ellos tampoco, así podía trabajar más a gusto. Pero ese lapso de tiempo duró poco. Un día, Paula entró en su habitación con intención de pedirle un favor; se le veían a la legua sus intenciones.

—Había pensado que ahora que tú y Álex tenéis más confianza...

Nayra se levantó de la silla de un salto.

—¿Confianza? No, yo no... —se excusó a toda prisa.

—¡Claro que sí! Os lleváis bien y he pensado que podrías hablarle de mí. Ya me entiendes...
—dijo guiñándole el ojo.

—Ah, ya veo —suspiró Nayra aliviada—. Álex te gusta.

—¡Sí! —exclamó Paula dando un saltito, emocionada—. Es tan guapo..., tiene una mirada tan...

Se quedó pensativa.

—¿Intimidante? —la ayudó Nayra.

—Quería decir profunda.

—Hacéis buena pareja —dijo encogiéndose de hombros—. De hecho, creí que estabais juntos cuando llegué aquí.

—¿Verdad que sí? Es que es tan guapo, con su pelo revuelto y esos músculos..., ¿lo has visto sin camiseta? —Se mordió el labio—. Mmmm...

¿Por qué hablaba solo de su físico? Ella hubiera dicho que era divertido, simpático, que se esforzaba por comprenderla, sabía escuchar y tenía una sonrisa que iluminaba hasta el día más gris.

—Todo eso se vuelve fofo con el tiempo —le contestó.

—¡Vamos! No me digas que no te gusta un tío así...

—Sí, pero no lo es todo. Para que una relación se sustente...

—No hablo de una relación. ¡Solo tengo veintidós años! Quiero pasar un buen rato. O varios —se rio.

Nayra no entendía qué pintaba ella en todo eso, pero no supo negarse. Tampoco sabía cómo demonios iba a encajar a Paula en una conversación con Álex, ¿qué podría decir sobre ella? Alabaría su físico, con eso bastaba para querer follarse a alguien, ¿no? Una sensación desagradable le recorrió el cuerpo. No quería creer que Álex fuera tan superficial. Después de las conversaciones que habían tenido le parecía más profundo, más sentido, una persona que ponía los sentimientos por delante de la piel. Y tras siete meses de convivencia, uno de los dos tendría que haber dado el paso. Él no parecía de esos a los que les cuesta entrar a una chica. Además, no se le ocurría una manera de empezar una conversación sin reírse el uno del otro y apuntarse el tanto.

Aquella misma noche probó suerte. Quería quitarse el muerto de encima cuanto antes. Aunque, por otro lado, tampoco había pensado cómo sería convivir con una pareja, invadiendo su espacio a cada momento. Deseaba ser positiva, pero aquello era un marrón. Hizo la cena y se fue hacia el comedor. Álex estaba viendo la tele acomodado en el sofá, reclinado hacia atrás y con un cojín debajo de la pierna. Le dejó su cena en la mesita de centro.

—¿Qué quieres? —le pregunto él arqueando una ceja.

—Nada... —Nayra se encogió de hombros.

—Nunca me traes la cena.

Ella esbozó una media sonrisa, haciéndose la inocente. Esas cosas no se le daban bien. Denver se sentó en el suelo entre los dos y los miró con curiosidad.

—¿Por qué me pediste que dejara entrar a Denver en mi habitación? —le preguntó recordando los días anteriores.

Él la miró con intensidad unos segundos.

—Porque sabía que no te dejaría caer —contestó solemne.

Denver, cuánto la había ayudado sin saberlo.

—No estaba tan mal... —mintió.

Álex recibió un wasap y dejó de observarla por unos instantes. Lo agradeció, aquello había sido un plan para hablar de Paula y tenía pinta de convertirse en un repaso al pésimo control de su vida.

—Javi, paso de ir allí. Es caro y está lleno de pijos —le oyó decir mientras grababa un mensaje de audio.

—¿Vas a salir? —preguntó esperanzada.

Era viernes. Podría salir con Paula, y entre copa y copa... Se le revolvió el estómago imaginándolos.

—Sí, ¿a qué viene ese interés? ¿Quieres apuntarte? —respondió incrédulo.

—Yo paso de fiesta, pero tienes otra compañera de piso a la que le encantaría acompañarte.

Él la miró sorprendido.

—Paula es un coñazo. ¿Por qué no te vienes conmigo? Siento curiosidad por saber cómo eres con unas copas de más.

Aquel comentario la molestó.

—Exactamente igual, porque no bebo.

—Joder, qué sosa.

—No necesito beber para pasármelo bien, eso es de críos.

—Yo tampoco lo necesito, pero te vendría bien para quitarte ese escudo de chica guerrera.

Nayra sonrió y puso los ojos en blanco.

—Pues aún no me has visto sacar la espada.

Álex se echó a reír. Volvía a perder el hilo, no era difícil sacarle su carácter fanfarrón y últimamente ella se lo pasaba en grande con sus tonterías.

—Invita a Paula, por favor —le pidió.

—Solo si te vienes tú también.

—Eso es chantaje y no cuela.

—Tu plan para endosarme a Paula tampoco.

Resopló, frustrada, y tuvo la tentación de chantajearlo con la cena, pero ya estaba cansada de interceder por Paula.

—Y dile que la próxima vez le eche ovarios y me lo pida ella.

—¿Tanto se ha notado?

—No eres muy buena celestina —se burló.

Sonrió dándole la razón. Cuando llegó Paula una hora más tarde le contó lo que había pasado. Ya eran mayorcitas para jugar a esas gilipolleces.

—¡Joder, Nayra! No hacía falta que fueras tan directa.

—No sé disimular, ¿qué quieres que te diga?

—Da igual, sé que mañana estará en una fiesta que organizan en la discoteca. Le diré que voy con él.

Bueno, al menos tenía un plan B. Después de un rato los dos se fueron y Nayra pudo ponerse a escribir. Estaba cansada y no paraba de imaginarse a Álex y a Paula juntos. Se sentía triste y no sabía por qué.

Mañana de sábado. Nayra volvía de pasear a Denver. Ahora que los días se alargaban y el sol permitía ir sin chaqueta de invierno era un gusto salir a la calle. No le gustaba el calor abrasante, pero el invierno se hacía demasiado largo hasta para los amantes del frío. Lo peor del mes de abril era la lluvia. Nunca le había importado que las calles estuvieran mojadas ni el caos que se generaba. Adoraba las tormentas, acurrucarse en el sofá con una manta y observar la lluvia desde la ventana. Sorprenderse del poder de la naturaleza y asustarse de su fuerza. Pero desde que paseaba con Denver, los días lluviosos eran un fastidio. Sujetarlo con la correa, llevar un paraguas en la mano y esquivar los charcos con unas deportivas resultaba demasiado complicado. Al final se compró unas botas de agua y pensó en comprarle un chubasquero a Denver. Cuando llegaba al piso tenía que secarlo a conciencia, y aun así el olor a perro mojado invadía el piso. Un día probó a secarlo con el secador, pero Denver no se estaba quieto y acabó hecha un asco. Seguía preguntándose cómo había llegado a ese punto en que lo trataba como si fuera suyo. Era tan adorable que la engatusaba como quería y él, a cambio, le proporcionaba amor a raudales.

Se sorprendió al ver a Paula levantada tan pronto. Ya estaba vestida, maquillada y lista para marcharse en cuanto se acabara el café que sostenía en las manos.

—Te estaba esperando, vamos a ir de compras —le dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Vamos? Creí que ya había quedado claro que no quería cambiar mi estilo.

—Es para mí..., necesito que me ayudes. Quiero estrenar *look* para esta noche.

Casi lo había olvidado. Esa noche sería especial, porque iba a salir con Álex.

—¿Realmente es necesario que vaya contigo? Pensaba ponerme a limpiar...

Los turnos rotativos que había ideado funcionaban bien, y no entraba en sus planes saltarse sus propias normas.

—Puedes hacerlo luego, vamos. —Paula la cogió de la mano y la arrastró hacia la calle.

A Nayra le gustaba comprar, pero tenía un estilo bastante clásico comparado con el de Paula. Las tiendas que ella miraba no le interesaban lo más mínimo, pero necesitaba complacerla para que la tortura acabara rápido.

—¿Qué te dice esto? —le preguntó Paula mientras le enseñaba una camisa con un escote en

pico y cubierta de transparencias.

—Si quieres que te mire a la cara deberías buscar algo más discreto.

Paula se echó a reír.

—Gracias por el consejo.

No sabía mentir. Quizá era lo que Paula buscaba, alguien sincero para aconsejarla adecuadamente. Tres tiendas después fue capaz de dar con un vestido de color negro que no distaba demasiado de su estilo y al menos era elegante. De vuelta a casa, en el metro, le habló un poco de su vida. Del chico con el que había salido durante tres años y con el que decidió romper.

—Nos fuimos a vivir juntos al año de empezar a salir. Le alquilamos el piso al padre de Nora.

—¿Vivíais los dos en el piso?

—Sí. Cuando rompí con él se marchó, y meses después vino Álex. Creo que por eso no me he fijado antes en él. Aún estaba olvidando a mi ex, necesitaba estar sola.

—¿Y por qué rompiste con él?

—Me di cuenta de que no quería comprometerme tan pronto. Soy joven, tengo toda la vida por delante. Además, descuidó la relación y eso es lo que al final acaba matando a una pareja.

—La rutina.

—Exacto. Si no se mantiene viva la ilusión, el amor se esfuma.

Llegaron a casa a la hora de comer. Se habían pateado unas cuantas calles y estaban agotadas. A Nayra aún le quedaron fuerzas para hacer la comida, recoger la cocina y limpiar los baños. Cuando se sentó en el sofá a descansar no pudo evitar quedarse dormida.

Sonaba la tele de fondo. No recordaba haberla encendido. Denver volvía a dormir encima de sus piernas, esa costumbre mal aprendida le estaba dejando dolor de espalda. Abrió los ojos despacio y se desperezó. Odiaba echarse la siesta, le daba la sensación de que perdía la mayor parte del día, de que durmiendo no hacía nada de provecho.

—Roncas mucho, ¿lo sabías?

Álex estaba sentado al otro lado del sofá. Nayra se levantó y apartó a Denver para poder mover las piernas.

—No es verdad —dijo desconcertada.

—Es inquietante que una carita tan angelical suelte toda esa fuerza por la nariz.

—Vete a la mierda. —Le lanzó el cojín a la cara.

Él se echó a reír como un loco.

—No veas lo bien que me viene reírme, he tenido un día asqueroso.

—¿Mucho trabajo?

—Clientes imbéciles.

Nayra sonrió a la vez que estiraba los brazos de nuevo y se percataba de la poca luz que entraba por la ventana.

—¿Qué hora es? —preguntó en un susurro.

Tenía la boca muy seca.

—Las siete de la tarde.

—Mierda.

—¿Tienes prisa?

—Tengo que escribir..., intentar escribir —rectificó.

Se levantó del sofá tambaleante para ir a su habitación.

—Los escritores tienen musas que los inspiran. A lo mejor deberías buscarte un novio —le soltó Álex antes de que se fuera.

—No necesito a ningún hombre. Solo traéis problemas.

—¿Y tú escribes novelas de amor?

Prefirió no contestarle y cerró la puerta. Así podría concentrarse. La hoja en blanco ya no le daba tanto pavor. Había descubierto que si la miraba demasiado rato sin conseguir una sola palabra esa imagen la perseguía durante días. En cambio, si se sentaba enfrente de la pantalla, respiraba hondo y tecleaba lo primero que le veía en gana —por muy estúpido que fuera—, a los diez minutos podía sacar algo bueno. Y si no, redactaba artículos. El hecho de trabajar ya le proporcionaba algo de ritmo para continuar y no frustrarse.

Si sigo por ese camino ya no querré volver. He estado allí antes, sé que la ilusión te ciega, y que la esperanza que te otorga el amor te lanza a creer en lo que parecía imposible. Y te aferras hasta que duele demasiado y decides marcharte. No me apetece cruzar esa línea. No quiero volver. No quiero hacerme daño.

Aquella tarde se sentía inquieta. Dejó de escribir cuando Paula entró en su habitación. Ya se había vestido y necesitaba que Nayra le diera su aprobación.

—Estás preciosa —le dijo para animarla.

Realmente lo estaba.

—Caerá seguro, ¿no?

Asintió, sin ánimo de esconder su malestar. Álex se acercó a ellas y miró a Paula, resignado.

—Diez minutos, Paulina, ni uno más.

—Ya estoy, espera un segundo —contestó ella, y se fue corriendo hacia el baño.

Él llevaba unos vaqueros ajustados y una camisa de seda negra, se le marcaban mucho los hombros. Se había peinado poniendo orden en sus mechones descontrolados. Le quedaba mejor revuelto, algún día se lo diría.

—¿Te vienes de fiesta? —le preguntó apoyándose en el marco de la puerta con su chulería habitual.

—No —contestó Nayra con sequedad.

—Ya veo que sigues cavando tu querido agujero —la provocó.

—Convives con una ermitaña, asúmelo —respondió ella usando sus propias palabras.

—Pero no puedes quedarte ahí plantada para siempre.

—No estoy plantada. Me muevo, ¿ves? —Se levantó de la silla—. Además, intento escribir. Y si me dejas en paz estoy segura de que lo conseguiré.

—Muy bien. Beberé y follaré por ti —dijo con desdén.

Ella soltó un bufido, se quedaba sin recursos. Cómo odiaba perder.

—Vale, pero luego no me cuentes los detalles, no quiero imaginarte. —Simuló una arcada.

—Quizá podrías escribir sobre mí.

—No escribo sobre chulos de piscina que se follan lo primero que encuentran, eso no le interesa a nadie.

A Álex no le sentó bien el comentario.

—Ah, sí, olvidaba que escribes novelas de amor de hombres que solo traen problemas.

Nayra sonrió de mala gana.

—Por cierto —dijo acercándose a ella—, no soy ningún chulo de piscina. Deja ya tus prejuicios de lado, creo que te he demostrado que no soy como pensabas, ¿no?

Y se marchó cerrándole la puerta. Parecía molesto, y la victoria le supo amarga. Sacaba de nuevo a relucir las ideas preconcebidas que tenía de ellos y era cierto que empezaban a demostrarle que se equivocaba. Aunque en esa ocasión se lo hubieran buscado.

Tenía el resto de la noche para estar tranquila y recuperar el tiempo perdido en su maldita siesta, no le entraría el sueño hasta entrada la madrugada. Y quizá Paula y Álex volvieran enrollados. Quizá se lo montarían en la habitación de al lado. Con el mal aislamiento de aquella maldita casa, iba a ser de lo más incómodo. El panorama no resultaba esperanzador, pero tendría que acostumbrarse. Si algo bueno podía sacar de aquellas semanas que llevaba fuera de la protección de su familia y de su vida acomodada era que el control sobre su día a día estaba dejando paso a un poco de improvisación. Y no le venía nada mal darse cuenta de que, de vez en cuando, debía superar contratiempos.

No los oyó llegar. Cuando se despertó y salió al comedor todo seguía en silencio. La puerta de la habitación de Álex estaba cerrada y no parecía haber movimiento al otro lado. Quizá no había dormido allí. Se acercó un poco para comprobarlo y entonces la puerta se abrió de repente.

—¡Joder! —exclamó Nayra dando un salto—. Me has asustado.

—¿Me estabas espionando?

—¡No! Solo quería saber... cómo os fue ayer.

Álex negó con la cabeza y volvió a entrar en su cuarto. Ella le siguió, era la primera vez que se atrevía a invadir su intimidad. Su habitación se parecía bastante a la suya, solo que con más desorden. Encima del escritorio tenía ropa mal doblada y sus apuntes. Hubo de esquivar unos cuantos zapatos para no caerse. Álex sacudió las sábanas y abrió la ventana.

—Bueno, ¿os liasteis o no? —preguntó nerviosa.

—¿Paula y yo? ¿Te has dado un golpe en la cabeza?

—¿Qué pasa?

—Lleva un pijama rosa de conejitos, por Dios...

Nayra se echó a reír y la inquietud que la había rondado la noche anterior se esfumó.

—No sé, os hacía tal para cual —dijo sentándose encima de la mesa.

—Vuelves a sacar tus prejuicios. De verdad, háztelo mirar —repuso con seriedad.

—No quería ofenderte —se disculpó ella—, no creo que seas un chulo de piscina. Solo un chulo a secas.

Álex esbozó una sonrisa y le tiró una camiseta en la cara. Después se dejó caer en la cama, que empotró contra la pared. Si Paula seguía durmiendo ya se habría despertado. Ni siquiera había mirado la hora.

—Entonces ¿por qué debería gustarme?

—Es muy guapa y tenéis aspectos en común. Yo creo que le atraes.

Debía seguir intentándolo, al menos durante unos cuantos días más. Álex soltó un bufido.

—No necesito que me busques novia. Sé hacerlo solo.

Ella se encogió de hombros e hizo ademán de marcharse.

—¿Vas a comer aquí?

Se dio la vuelta para mirarlo. Su sonrisa inocente le provocó ternura.

—Sí, ¿qué te apetece?

—¿Puedo elegir? —preguntó sorprendido.

—Me pillas de buen humor...

—¿Sabes hacer arroz?

—Por supuesto que sé hacer arroz, de todos los tipos que quieras.

—Tú sí que eres un buen partido.

Ella volvió a reírse.

—No me hagas la pelota, no es necesario.

—¿Quieres que te ayude?

—No, luego te encargarás de fregar los platos.

—Trato hecho.

Tuvo que salir a comprar pescado. Eso le pasaba por hablar demasiado. Si iba fardando de cocinitas ahora tendría que demostrarlo, y no había mejor manera que preparando una paella. Era el plato estrella de su abuela para los fines de semana veraniegos en los que se juntaba toda la familia. Aún recordaba la sartén gigante que apenas cabía en el fuego y las horas que se pasaba en la cocina con la ayuda de unos pocos —incluida ella— que pelaban las verduras y tenían el privilegio de conocer todos los secretos de aquel plato. A pesar de ello, nunca había conseguido hacerlo igual. Los ingredientes, las medidas, el fuego..., todo era susceptible de cambiar el gusto de aquel recuerdo de su infancia. Y su abuela, por desgracia, ya no tenía fuerzas ni ganas de repetirlo. Pero hoy le estaba quedando bien, había tenido que recalcular las medidas para que no le saliera arroz para una semana entera y aun así tenía buena pinta. Álex le dio su aprobación cuando lo llevó a la mesa.

—Huele muy bien —dijo acercando la cara al plato.

—Lo sé —sonrió orgullosa.

Él se metió la primera cucharada en la boca, sin esperar a que se enfriara un poco. Comía muy

rápido, cada bocado equivalía a dos de los de ella.

—¿Puedo preguntarte algo? —le dijo Nayra.

—Claro —contestó con la boca llena—, esta paella vale por un interrogatorio entero.

—En realidad solo tengo una pregunta, ¿puedo cambiar el resto por favores?

—No te pases...

—Bueno, me preguntaba por qué querías ser policía. ¿Tradición familiar o algo así?

Álex bebió un poco de Coca-Cola y esbozó una sonrisa socarrona.

—Porque se liga más vestido de uniforme.

—Vamos...

—No lo sé —contestó pensativo—. He de hacer algo con mi vida. Repartir paquetes todos los días no es muy motivador. Tengo veinticinco años, no voy a ponerme a estudiar una carrera, tampoco me veo capaz. Y levantarme todos los días, salir a la calle y no saber lo que me voy a encontrar... es emocionante.

Para ella sería un sinvivir. Un poco de emoción estaba bien, siempre y cuando pudiera elegir pararla, pero una situación fuera de control poniendo en riesgo la vida era una locura.

—Yo diría que es muy arriesgado. Y valiente.

—¿Y qué es la vida sin riesgo?

—En cierta medida vale..., pero tú ya juegas a un nivel experto. Ahí las caídas son más duras.

Álex la miró como si intentara escudriñar en su mente.

—Todas las heridas se curan, Nayra.

—No soporto que me mires así... —le dijo apartando la vista.

Aquella conversación se estaba poniendo demasiado intensa. Con lo bien que habían empezado.

—¿Te pongo nerviosa? —se rio él.

Desde luego que sí. Sus ojos la desnudaban. No en plan guarro, que también podía ser, porque al final los tíos siempre te repasan de más. Pero su mirada no era lasciva. La despojaba de muros y fronteras. Le desnudaba el alma.

—A ver..., ahora me toca preguntar a mí —dijo emocionado.

Dio un último trago a su bebida y apartó el plato. A ella aún le quedaba la mitad, pero se le había quitado el hambre.

—¿Por qué escritora?

Se relajó al instante. Había esperado algo inquieta su pregunta, pero de momento no se lo ponía muy difícil.

—Eso no se elige —respondió sonriendo abiertamente—, te encuentra. Es una necesidad que cada vez se va haciendo más grande. En realidad, podría considerarse un vicio. Cuanto más lo haces, más adicta te vuelves.

—Pero de alguna forma debiste empezar.

—Ni siquiera lo recuerdo. Siempre me ha gustado inventar. Tenía muchas historias en la

cabeza, algunas se quedaban durante años conmigo. Luego, cuando pasaba el tiempo e intentaba recordarlas, ya se habían borrado. Pensé: ¿por qué no escribirlas? No quería compartirlas, solo eran para mí. Hasta que...

Conoció a Eloi. Ahí paró de hablar y prefirió no seguir haciéndolo.

—¿Hasta qué...? —la presionó Álex.

—Decidí escribir un libro —respondió ella encogiéndose de hombros.

La emoción que había puesto en sus palabras se había esfumado. Álex lo notó, no fue capaz de disimular lo suficiente —consecuencias de dejarse llevar—, y ahora tendría que salir del paso como fuera.

—Cuando hablo contigo siempre tengo la sensación de que escondes algo —le dijo él.

—No quieras saberlo todo —contestó secamente.

—Las chicas guerreras no se esconden, Nayra.

Ya empezaba con su juego de provocación. La puerta de la habitación de Paula se abrió, salvándola de la encerrona que había causado ella misma. Eran las dos del mediodía, iba sin maquillar y parecía resacosa. Llevaba una toalla en la mano y solo la cubría una bata de seda de color beis.

—Buenos días —los saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

—Buenas tardes, bella durmiente —le dijo Álex.

Paula aprovechó para ponerle la mano encima del hombro. Él pareció no inmutarse.

—¿Quieres comer? Ha sobrado algo de arroz —le ofreció Nayra.

—Más tarde, ahora me apetecía tomar el sol. Hace un día estupendo y tengo que empezar a prepararme para el verano. ¿Quién se apunta?

Acto seguido se desabrochó la bata con disimulo y se inclinó hacia Álex esperando una respuesta. Llevaba un bikini de color dorado, la parte de arriba le presionaba tanto los pechos que parecían a punto de salirse de su sitio. Nayra se sintió incómoda, dudó si levantarse con la excusa de ir a buscar algo y dejarles espacio.

—No, gracias —contestó Álex mirándola a los ojos con una sonrisa amable.

Le sorprendió su pasividad; ni siquiera cuando Paula se dio la vuelta contoneándose con elegancia se giró para observarla.

—No sé si lo has notado, pero se estaba insinuando —le advirtió, de nuevo relajada.

—Pensé que te había dejado claro que no me gusta.

—Pues tiene muy buen cuerpo.

No podía negar que guapa era un rato.

—¿De qué coño va esto? —preguntó molesto—. No me digas que Paulina me ha incluido en su lista de capturas.

Nayra se mordió el labio para aguantarse la risa.

—Pues sí. Me pidió ayuda.

Álex resopló enfadado y a pesar de ello no pudo evitar reírse. Tenía una expresión muy

divertida, como un niño con pataleta.

—¿Sabes lo que estás haciendo? Creía que éramos amigos... —dijo negando con la cabeza y haciéndose el ofendido.

—Solo quiere pasar un buen rato contigo, o varios —respondió ella recordándole sus palabras.

—¿Eso te ha dicho? —Nayra asintió—. Está chalada. Para que luego digáis que somos los tíos los que solo buscamos sexo.

—Mira, me da lo mismo si acabáis juntos o no. Solo me estoy esforzando por ser una buena compañera de piso.

—Pues no te esfuerces más. No necesito ninguna *follamiga*, solo traen problemas —sonrió guiñándole el ojo.

Nayra rio y le tiró la servilleta en un gesto amistoso. ¿Por qué se sentía tan feliz?

—¿Tú no vas a tomar el sol? —le preguntó él.

Abrió los ojos, sorprendida.

—Yo tomo la sombra y ni con esas me salvo de ponerme como una gamba.

Odiaba la playa, el sol y todo lo que tuviera que ver con el calor.

—Eres rara de cojones —soltó una carcajada.

—Ahora me voy a escribir mientras tú cumples con tu parte del trato y te encargas de recogerlo todo.

Se levantó de la mesa y pasó por su lado para ir a su cuarto. Álex la detuvo cogiéndola de la mano con suavidad, como si temiera romperla a pedazos. Tenía las manos grandes y ásperas.

—No te encierres demasiado.

—Solo un poco —dijo ella en un susurro; se le había secado la garganta.

Fue una respuesta estúpida, pero la había dejado anonadada. Álex le dedicó una mirada profunda y después la soltó. Por primera vez en meses, necesitaba escribir.

Las manos que le acariciaban el pelo eran las mismas que se le clavaban en las muñecas impidiéndole huir. Eran dolor y consuelo. Amor a ratos y rabia que le amorataba la piel. Eran fuego, y a veces tenía miedo de salir ardiendo.

Te escribí te quiero.

Su padre la había llevado a su restaurante favorito. Solían ir allí para celebrar los cumpleaños o algún otro acontecimiento. Pero aquel día no tenía nada de especial. Estuvo tentada de mirar el calendario, por si se le había pasado algo. Aún estaba desubicada y perdía la noción del tiempo. Pero cuando él la vio y la abrazó fuerte durante unos segundos supo que simplemente necesitaba recompensarla por todo lo que había ocurrido. Ya estaba bien instalado en el piso nuevo, llevaba semanas sin ver a su exmujer, pero Nayra sabía que hablaban por teléfono y que ella le mandaba recados, como si aún se creyera con el derecho a manejar su vida y la de los demás.

—Tienes que prometerme que irás a verla —le suplicó.

Iban por el segundo plato. Había tardado mucho en pedírselo. Pero a su padre no se le daban bien esas cosas, mareaba la perdiz con temas banales. Le había estado hablando del trabajo y de los nuevos vecinos, del tráfico de la zona en la que vivía ahora y del arañazo que le habían hecho a su querido coche. Aquello era como una especie de calentamiento hasta que se veía capaz de abordar temas serios.

—Volvió esta semana de su viaje. Iré mañana, te lo prometo.

Él sonrió, satisfecho.

—Por cierto, me alegro de que hayas decidido aceptar el trabajo que te ofrecí. Quizá no estuve muy acertado a la hora de decírtelo. La verdad es que me está afectando pasar menos tiempo contigo.

A Nayra le sobresaltó aquella confesión.

—¿Qué quieres decir? —le dijo—. Si me necesitas puedo trasladarme hoy mismo, papá.

Él le pidió con las manos que frenara, siempre utilizaba ese gesto para tranquilizarla.

—No me refiero a eso, estoy bien. Es solo que te noto distinta, has vuelto a hacer un cambio.

—Y estás preocupado.

—No, te veo mejor. Parece que te ha ido bien lo de independizarte.

Su padre siempre estaba atento a sus cambios de carácter. Eloi se cargó su personalidad con el paso de los años, pero fue lo suficientemente meticuloso para que las personas que los rodeaban apenas se dieran cuenta. Primero la convirtió en una persona sumisa, débil e indecisa. Después en

la Nayra triste y perdida. Ahora todavía trataba de encontrarse y había recuperado algo de su carácter fuerte, cortesía de su madre.

—Al final no fue tan mala idea —dijo encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿tu intención es seguir así?

—Sé que no era lo que teníais planeado para mí...

—Bueno, compartir piso con otras personas no me parece la opción más adecuada. Quizá podríamos barajar otras alternativas.

—¿Qué estás pensando?

No quería volver a mudarse. Ahora que se había habituado a su rutina cualquier cambio supondría un engorro.

—Siempre he querido comprar un piso pequeño, como inversión, pero si tú lo necesitas podrías usarlo. Y te ahorrarías el alquiler.

Hace unos meses le hubiera parecido la mejor idea del mundo, pero ya no le apetecía estar sola. Sus compañeros le daban la compañía que necesitaba. Y tenía a Denver.

—De momento quiero seguir donde estoy. Pero te lo agradezco.

Él la miró sorprendido, pero asintió.

—Bueno, lo único que me falta para estar tranquilo es que retomes la relación con...

—Sí, con mamá —continuó ella de mala gana—. Lo haré, pero ya sabes lo complicada que es.

Su padre sonrió con nostalgia. Comprendió que estaba recordando tiempos pasados cuando ya le había dado diez vueltas al café.

—A veces me daba la sensación de que me quería no más de lo estrictamente necesario.

La miró avergonzado, como si acabara de decir una estupidez. Pero no lo era. Nayra sabía a qué se refería, su madre se sentía vulnerable cuando abría su corazón. En el fondo a ella le ocurría igual con Álex, evitaba hablar de sus asuntos más íntimos por miedo a sentirse expuesta. Solo tras mucha confianza era capaz de romper esa barrera, y pocos chicos tenían el tiempo y la disposición para esperar el tiempo necesario.

—En ese caso, estarás mejor sin ella.

Deseaba con todas sus fuerzas que siguieran juntos, pero ante todo quería que fueran felices. Había llegado el momento de tragarse el orgullo. De dejar de lado la tristeza que le producía ver cómo su familia se partía en dos. Ellos habían elegido su futuro igual que ella el suyo. Por eso, decidió que era hora de visitar a su madre. Le haría la pregunta que había temido hasta entonces. La razón por la que había roto toda una vida juntos. Y aunque evitaría responderla, Nayra estaba dispuesta a traspasar los muros con que su madre se protegía. Era su hija, le debía una explicación.

A la mañana siguiente salía del metro rumbo a su antiguo vecindario y, mientras caminaba, pensaba en la manera de empezar la conversación. No le apetecía abrazarla, pero tampoco quería hacer evidente la reticencia que sentía. En el fondo, a su madre también le debía doler.

—Puedes decírmelo, mamá... —practicaba en su mente—. Si necesitas desahogarte habla

conmigo...

Sonaba torpe e incoherente. Con su padre nunca pensaba lo que iba a decir. Eran como dos piezas de un puzle, siempre destinados a encajar del derecho o del revés. Una sola mirada era suficiente para hacerle entender al otro que algo no iba bien. Dobló la esquina de la calle. Observó que había luz dentro. Al menos estaba en casa, no la había avisado de su visita. Eran las seis de la tarde y empezaba a oscurecer, la había ido retrasando durante todo el día y tendría que volver de noche. Con la poca gracia que le hacía el metro a esas horas. «Le pediré que me lleve», pensó. Problema resuelto. Abrió la puerta de la casa con la llave. No se las había devuelto, seguía siendo su casa. Su padre también le había dado una copia de las de su piso. Quién iba a pensar que invadiría su intimidad. La luz del comedor estaba encendida, pero no la encontró allí. Con lo pesada que podía llegar a ser con las malditas luces, ¡apágala, que gasta!, y ella no se aplicaba el cuento. Subió las escaleras después de buscarla en el piso de abajo. ¿Por qué no la llamó? Por una extraña razón: su voz no quería salir de su mente. Aborrecía tener que enfrentarse a aquello.

—¿Mamá? —llamó a la puerta de su cuarto.

Ya me tienes aquí, ¿contenta?, pensó para sí. Oyó voces dentro. La voz de su madre. Alarmada, sorprendida y después nerviosa. Las palabras se le trababan en la lengua como si estuviera bajo los efectos del alcohol. Segundos más tarde, la voz grave de un hombre que hablaba en susurros. Hacían ruido y se movían con torpeza. Uno de ellos golpeó la mesita de noche y ahogó un gemido. Nayra no sabía por qué demonios esperaba en el pasillo. La posibilidad de que fuera una alucinación era bastante lejana. Entonces tuvo un impulso —podía contar con los dedos de una mano los que había tenido en su vida—, la rabia le tensó los músculos y le pegó un manotazo al pomo de la puerta para abrirla. Se acabó ayudando con la pierna y finalmente la puerta rebotó contra la pared con un gran estruendo. Su madre ya estaba vestida. El hombre, en cambio, solo llevaba puestos los pantalones. La cama que había compartido con el que aún era su marido estaba revuelta. El hombre se quedó inmóvil, su madre tragó saliva para controlar la respiración.

—Y yo que venía a pedirte perdón...

Su voz sonó distante, como si no fuera de este mundo. Quizá aún se resistía a salir del todo de su mente. Esperó unos segundos antes de escapar de allí e ir a coger aire. No porque esperara que su madre fuera a decir algo. Las explicaciones podía metérselas por donde le cupieran mejor. Ella permanecía de pie, estática, los dos parecían estatuas de cera. Nayra se dio la vuelta y bajó las escaleras corriendo. Quería marcharse y no volver. Nunca más pisaría aquella casa. La escena que acababa de ver empañaría los buenos recuerdos. Cómo la odiaba en ese momento.

—Nayra, ¡espera! —gritó su madre detrás de ella—. ¡Lo siento, no tendrías que haberlo visto. Lo siento muchísimo!

—En la misma cama. En nuestra casa. Cómo has podido... Eres...

No le salían las palabras. Sollozó para deshacerse del nudo que le oprimía la garganta. Habían llegado a la calle y solo las alumbraba una pequeña farola. La casa de Nora se hallaba a escasos metros de allí, si gritaba un poco su amiga podría escucharla.

—Por más que lo intente no querrás entenderme —le dijo su madre con la esperanza de serenarla.

—Cualquiera con dos dedos de frente se negaría a entenderte. ¿Cuánto hace que te acuestas con él?

—Eso no te incumbe.

Soltó un bufido.

—Papá lo ha dado todo por nosotras...

—Querer a alguien no se elige, cariño, y dejar de quererlo tampoco.

—¡Podrías habérmelo dicho! —exclamó.

—Tú nunca has confiado en mí, Nayra. Ni siquiera me contaste lo que te hacía Eloi —le reprochó.

Dejó de respirar, conteniendo la ira que la atizaba con fuerza. Si cogía aire no podría controlarla y solo tenía ganas de empujar a su madre y tirarla al suelo.

—¿Cómo te atreves a decirme eso? —le gritó escupiéndola cada palabra.

Su madre le indicó que bajara la voz.

—¿Crees que a mí no me dolió aquello? Saber que habría podido ayudarte si tan solo me lo hubieras pedido.

—¡Me daba vergüenza! Todos lo alababais como si fuera el mejor novio del mundo. Me hubierais tratado de loca.

—Eso no es cierto, jamás te hubiera puesto en duda.

—¡Basta ya! No tienes derecho a sacar mi pasado y usarlo como excusa. ¿Quién te has creído que eres?

—Soy tu madre y no te permito que me faltes al respeto.

—Para ser respetada primero tienes que tener decencia. Y acabo de pillarte follando con alguien que no era tu marido, así que hoy has perdido la poca que te quedaba.

Se dio la vuelta para huir de nuevo. La oscuridad la abrazó y le entró el miedo. Correr le iba a sentar muy bien.

Iba llorando en el metro. Se había puesto los auriculares y estaba acurrucada contra la ventana. El barrio de Gracia acababa de pasar a toda velocidad delante de sus ojos. No quería detenerse. Prefería seguir huyendo. Seguir en movimiento. Podría haberse refugiado en casa de Nora, pero ni siquiera sabía si estaba allí y tampoco le apetecía dar explicaciones. No tenía ganas de hablar. La escena seguía intacta en su mente y cada vez que la proyectaba rescataba algún detalle que le había pasado inadvertido. El sujetador de su madre tirado en el suelo. Las copas de vino encima de la mesita. La foto familiar que había reposado en la cómoda y que había desaparecido. Además había tenido el valor de defenderse tratándola de ingenua, pisoteando su dolor para no herir su orgullo. Dejando al descubierto su pasado y añadiendo más culpabilidad a la tanda de reproches que se lanzaba ella misma. No podía perdonárselo. Le daba la sensación de que ya no le importaba perder a su hija y encima no se esforzaba por disimularlo. Era feliz sin ella y que no

pudiera adaptarse a las circunstancias solo era un pequeño inconveniente. Apretó los puños con fuerza. Se vio tentada de llamar a su padre para contárselo, pero prefirió evitarle el sufrimiento. ¿Cómo se lo hubiera dicho? «Eres un cornudo, papá. Bienvenido al club». Recordaba el momento en que Eloi le confesó su infidelidad, cargándose la poca autoestima que le quedaba. Pero su padre no podría hacer borrón y cuenta nueva, su presente y su futuro seguirían ligados a ella aunque le doliera, porque eran una familia. Una familia rota donde el único punto en común que quedaba era ella.

Cuando estaba llegando a la última parada Álex le envió un wasap. Eran casi las ocho de la tarde.

¿Dónde estás?

No encontrarla en casa debió ser toda una novedad para él.

Dando vueltas en el metro

¿Te has perdido?

Él siempre tan gracioso.

No tendré esa suerte. Simplemente no quiero volver.

La llamó. Nayra no tenía ganas de dar explicaciones a nadie y estaba llorando. Pero Álex no colgaba y sabía lo insistente que podía llegar a ser.

—¿Qué quieres? —contestó sorbiéndose los mocos.

Eso era lo mejor de su relación, que no sentía la más mínima necesidad de mantener los modales ni de disimular ni fingir que era alguien que no era.

—¿Estás llorando?

—Eso parece.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, Álex, nada...

—No me digas que nada cuando estás llorando, joder.

Parecía muy preocupado. Ella no contestó y ahogó un sollozo. Se sentía una niñaata.

—¿Piensas bajarte algún día del metro? —preguntó él exasperado.

—Ahora no me apetece —lloriqueó.

—¿Cuál es la próxima parada?

—Acabo de parar en ella —carraspeó—, estoy en Plaza Catalunya.

—Vale, pues espérame ahí, que voy a buscarte.

Tendría que haberle colgado, pero se puso de pie y empezó a andar hacia la puerta.

—Nayra, espérame, por favor.

—Vale —susurró. Y colgó el teléfono.

Tuvo que darse prisa antes de que se cerraran las puertas. Tenía ganas de verlo, le reconfortaba

no sentirse sola. Al abandonar el metro la música de un hombre que tocaba el violín la obligó a pararse. La melodía le llegó al alma. Se dejó envolver por ella y se quedó allí, inmóvil, como si hubiera sido capaz de hipnotizarla con los movimientos que hacía con el brazo. Arriba y abajo y ese sutil balanceo que rasgaba las cuerdas para darle un sonido más vibrante.

—¿Qué haces tocando aquí? —le preguntó al músico, maravillada, una vez que cesó su actuación.

No se merecía tocar en la boca de un metro.

—Tocar el violín para quien lo necesite.

Le sonrió y puso unas cuantas monedas en la funda del violín. Esperó a Álex en la entrada, sentada en el banco más iluminado de la calle. No tardó más de cinco minutos en llegar. Corrió hacia ella como si le fuera la vida y tuvo que coger aire antes de hablar.

—¿Qué ha pasado?

Ella se levantó y lo miró, se sentía muy vulnerable cerca de aquellos ojos tan profundos.

—Nayra, puedes confiar en mí. Puedo ayudarte...

Suspiró envolviéndose en la ternura que desprendía su voz.

—Fui a ver a mi madre y... —frenó un sollozo para seguir hablando— la pillé acostándose con otro hombre.

Álex soltó aire por la boca, como si intentara tranquilizarse.

—¡Joder, Nayra! —exclamó— ¡Tenía el puto corazón en la boca! Creía que alguien te había hecho daño.

La abrazó. La estaba abrazando. Nayra tragó saliva y se quedó tiesa como un palo hasta que él la soltó.

—No es tan grave, pero me ha dolido...

—Lo sé, menuda putada.

—No la voy a poder perdonar nunca.

—Lo acabarás haciendo, es tu madre.

—No, Álex. Apenas hace dos meses que mi padre ha abandonado esa casa. Lo más seguro es que ya se acostara con ese antes. ¡Nos ha engañado a los dos! —espetó con rabia.

—Ahora estás enfadada, pero con el tiempo lo verás de otra forma.

Tenía frío. Se abrazó con sus propias manos, pero no le dieron el mismo calor que había encontrado en los brazos de él.

—Tengo una idea —se emocionó Álex de repente—. Como no estás de humor para cocinar un plato de esos increíbles que haces, ¿qué te parece si te invito a cenar?

—No tengo hambre.

—Para comer *sushi* no hace falta tener hambre. Vamos. —Y la rodeó con el brazo para guiarla hasta la moto.

Álex la llevó a un restaurante japonés cerca de donde vivían. Había estado alguna vez, era bastante conocido. Tenían un bufé libre a buen precio y la comida era de calidad. Se acercó al

camarero para pedirle una mesa.

—¿Nos puedes atender rápido? Tenemos algo de prisa... —le escuchó decir.

Lo observó desde la distancia. Tenía una seguridad en sí mismo envidiable y lo demostraba en cada paso que daba y en la firmeza que transmitía su voz. Cuando hablaba gesticulaba y movía las manos con soltura. Ella siempre las escondía en los bolsillos, o se cruzaba de brazos, o se agarraba una mano con fuerza, como si tuviera miedo de que se le escapara. Álex, en cambio, las dejaba caer libres y le daban ese toque de gracia. Lo que más admiraba de él era su alegría contagiosa, sus ojos inyectados en luz cuando sonreía.

Le indicó con un gesto que la siguiera. Se sentaron en una mesa pequeña justo al lado de la cinta que transportaba la comida. Todo tenía muy buena pinta, pero ella seguía sin apetito. Álex empezó a coger platos y los colocó en la mesa.

—Este está buenísimo —dijo acercándose.

Había tres *makis* de *sushi*, con arroz, algas y salmón y rebozados en cebolla crujiente.

—He dicho que no tenía hambre... —se quejó.

—Vamos, Nayra, es un bufé. Si no comes tres platos como mínimo no sale a cuenta. Tú prueba algo y verás como se te abre el estómago.

Ella suspiró, fatigada. Solo había palillos encima de la mesa. No sabía usarlos bien, le habían enseñado un par de veces pero se le resistían. Álex parecía muy acostumbrado a ellos.

—¿Te apañas? —preguntó esbozando una sonrisa burlona después de contemplar sus dos intentos fallidos.

Nayra negó con la cabeza, frustrada.

—Fíjate bien. —Le hizo una demostración.

Le enseñó a colocar la mano en la posición correcta y el movimiento del dedo para pinzar la comida. Mojó el *maki* en la salsa de soja y se lo zampó entero. Ella intentó imitarlo sin demasiado éxito. Álex le cogió las manos para corregirle la posición, estaba dispuesto a que saliera de allí con la lección aprendida, pero tras varios intentos perdió la paciencia.

—Joder, te doy por imposible.

Ella se echó a reír.

—¡Es muy difícil!

El camarero pasó al lado de su mesa y Álex le pidió un tenedor.

—Oye, aún no me he rendido.

—Preferiría que dejaras de hacer el ridículo, siento vergüenza ajena —bromeó.

Esta vez se rieron los dos. Su compañía le estaba sentando bien, por un momento había conseguido olvidar aquella maldita tarde.

—No deberías enfadarte así con tu madre —dijo él de pronto poniéndose serio, como si hubiera recordado de repente por qué estaban allí.

—Vaya, ahora que empezaba a estar de mejor humor... —contestó Nayra de mala gana.

—Es que no sabes los motivos que la han llevado hasta ahí.

—¿Por qué la defiendes? —exclamó indignada. Se suponía que debía estar de su parte.

—Porque una relación es más complicada de lo que parece...

—Llevaban treinta años juntos.

—La gente cambia con el tiempo. Se pueden tener otras aspiraciones, otras metas de futuro.

—Quizá sí, pero... es que ellos eran un amor de película, de los que duran para siempre.

Álex la miró, incrédulo.

—Eso es pura ficción, la vida real es más complicada. Yo estuve cinco años al lado de la persona con la que creía que iba a pasar el resto de mi vida. También creía en el para siempre, pero a veces querer a alguien no es suficiente.

—¿Qué pasó?

—Pues que empezamos siendo unos críos y cuando nos hicimos mayores no veíamos el futuro de la misma manera. A ella le gustaba viajar, no quería comprometerse, tener hijos..., dejamos de ser compatibles.

Álex sacudió la cabeza como si quisiera borrar esos recuerdos de su mente.

—Hazme caso y respeta su decisión —insistió.

—No pienso hacerlo —dijo ella con sequedad.

—Nayra, no eres la única que ha pasado por esto. Mis padres también están separados desde que mi hermana y yo éramos pequeños y el muy cabrón ni siquiera le pasaba la pensión a mi madre. Tuvo que trabajar mucho para sacarnos adelante.

—No me entiendes —continuó, ofuscada—. Hay otras cuestiones de fondo.

—¿Quieres explicármelo?

—Solo te diré que me ha tirado mierdas a la cara que aún me duelen.

—En caliente se dicen muchas cosas que no se piensan.

Nayra apartó los platos con nerviosismo. De algún modo el fracaso de sus padres era su fracaso. La última esperanza que guardaba del amor bonito y verdadero.

—Álex —suspiró—, te agradezco que intentes ayudarme, pero es mi vida, y soy yo quien decide cómo llevarla.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cavar otro agujero?

Lo miró estupefacta. Cerró los puños para ahogar su rabia e intentó serenarse antes de volver a hablar.

—¿Puedes llevarme a casa, por favor?

Álex la miró decepcionado, pero asintió. La vuelta a casa la hicieron en silencio.

El perdón que le había concedido no arreglaba nada, aunque intentara fingir que todo seguía igual. Algo empezaba a romperse. Y no lo había hecho la otra, era la percepción de que todo se iba a pique por su incapacidad de mantenerlo a flote. Porque cuando veía a otras parejas, felices y enamoradas, sentía una envidia tremenda. Ellos no eran así. Ellos eran amor y odio. Alegría y tristeza, y no a partes iguales.

Te escribí te quiero.

Estaba cabreada con él, pero tenía razón, volvía a su asqueroso agujero. No sabía desde cuándo le gustaba refugiarse allí. Era una costumbre que se había instalado en ella para quedarse. Aunque no deseaba que fuera así, no le apetecía hacer nada para evitarlo. Y mientras duraba el encierro no admitía compañeros. Denver volvía a quedar excluido, la puerta permanecía cerrada. Tiempo atrás no hubiera creído que pudiera caer tan bajo. Años atrás nada ni nadie hubieran quebrado su felicidad.

Álex ya sabía reconocer los signos de alarma y hacía todo lo posible por sacarla de allí. Aquella mañana le abrió la puerta para dejar entrar a Denver y, tras prepararse un ligero desayuno —era sábado y a Nayra le sorprendió que la noche anterior no hubiera salido—, entró en su habitación dispuesto a continuar la conversación que dejaron a medias.

—Ayer me pasé de listo, lo siento —le dijo sentándose a los pies de la cama—. Es que no me gusta verte así, Nayra. Otra vez te estás dejando caer.

Ella se sentó sobre la cama, apoyada en la pared, y se abrazó a la almohada. Necesitaba poner distancia con aquella mirada que intentaba escudriñar en su interior. Volvía a sentirse vulnerable. Le resultaba realmente fácil hablar con él, pero aún no era capaz de derrumbar del todo el muro que había construido en su interior.

—Necesito estar sola... —dijo con la esperanza de que él la dejara en paz.

—No voy a irme. He estado pensando en ello toda la noche... Sé que tu madre lo ha hecho demasiado pronto y de la peor manera posible, pero tarde o temprano iba a rehacer su vida.

—Sigues sin entenderlo.

—¡Vamos! Claro que lo entiendo, yo no he pasado por esto, pero puedo ponerme en tu lugar.

—No... —insistió con lágrimas en los ojos—, no sabes lo que es que te pongan los cuernos. Pensar cómo será la otra, sentirte como una mierda porque te han sustituido...

Álex la miró sorprendido y, después de unos segundos en los que pareció procesar lo que le acababa de decir, asintió.

—Vale. Así que esto no va solo de ella, sino también de ti y de un cabrón que te hizo daño.

—Eso ahora no importa. Lo que no quiero es que mi padre tenga que pasar por esto, no se lo merece. Ni siquiera sé si debo decírselo.

—Deberías esperar a que se calmaran las cosas. Ya te dije que con el tiempo se ve diferente, a tu padre le ocurrirá lo mismo.

No la convencía del todo, aunque tuviera algo de lógica.

—¿Vas a contarme ahora qué te pasó con ese tío?

Ella se revolvió nerviosa encima de la cama. No estaba lista para explicarle lo que le había ocurrido con Eloi. Aunque podría omitir información.

—No puedo contártelo todo.

—¿Por qué? ¿No confías en mí?

—Sí, pero nunca he hablado de ello con nadie y no me siento preparada para hacerlo. Puedo contarte una parte...

Soltó la almohada y se preparó para dejar expuestos sus recuerdos. Él se acomodó al lado de ella, como si fuera a ver una película. A Nayra le hizo gracia y la ayudó a empezar. Le explicó que el día en que Nora y Eloi llegaron al barrio se sintió atraída al instante por él, por su fluidez a la hora de hablar y relacionarse con los demás.

—Te impulsaba a seguirlo. Si no hubiera tenido tan claro su vocación de ingeniero podría haber sido relaciones públicas —sonrió al recordarlo—. Mis padres tenían por costumbre llevar algún detalle a los nuevos vecinos, y así fue como hicimos amistad. Eloi siempre mostraba cierta debilidad por mí: me miraba con picardía, era el único al que le interesaban mis tonterías de cría, se preocupaba y solía acompañarme cuando volvía a casa después de visitar a su hermana, que se había convertido en mi mejor amiga. Para mí era el chico perfecto. Nuestra relación empezó demasiado pronto, a espaldas de todo el mundo, hasta que Nora nos descubrió besándonos en la habitación de él. Tuve miedo, no sabía cómo se lo tomarían mis padres, pero, para mi sorpresa, recibieron la noticia con alegría. Lo conocían, confiaron en él, creyeron que había tenido suerte de encontrar a alguien tan decente y responsable tal y como estaba el mundo, ya ves qué ironía. Luego fueron pasando los años..., él se fue a Londres, y luego vino lo de la infidelidad.

—¿Le perdonaste? —preguntó Álex.

—Sí, él lo era todo para mí.

—¿Y qué pasó después?

—Volvió a marcharse —«Me sentí libre después de tanto tiempo», pensó—, y, de nuevo en la distancia, decidí cortar con él.

—Fue lo mejor que pudiste hacer. Hay personas que no se merecen segundas oportunidades. Y mucho donde elegir.

Nayra se mordió el labio, no tenía intención de seguir contando sus intimidades. Sin embargo, se sentía tan liberada hablando con Álex...

—Eloi ha sido el único, no he estado con nadie más desde entonces —dijo encogiéndose de

hombros.

—Pero... ¿de cuánto tiempo estamos hablando?

—Tres años.

—¿En serio? ¿Tres años? —alucinó—. No creí que tu desinterés por los hombres fuera tan literal. Cuando llevas tiempo con alguien se hace duro tener que dejarlo. Yo no he tenido nada serio desde entonces, pero me he enrollado con tías. ¿Tiene algo que ver... la otra parte que no me has contado?

—Quédate con que me traicionó, me hizo mucho daño. Demasiado.

—Nayra, tuviste mala suerte. No todos somos así —le dijo remarcando la última frase.

Ella sonrió entristecida. Aquello le servía para sus dos versiones del cuento.

—Prefiero no arriesgarme.

—Algún día tendrás que hacerlo. Estoy seguro de que hay un chico dispuesto a demostrarte que vale la pena volver a intentarlo.

Lo miró fijamente. Esta vez no tuvo miedo de hacerlo. Álex le sostuvo la mirada y esbozó la sonrisa que a ella le gustaba tanto, la que delataba su complicidad. Sintió ganas de abrazarlo y esconderse en sus brazos para olvidar el día anterior. Alejar todo lo que le hacía daño, borrar los recuerdos que aún le impedían seguir avanzando. A veces, cuando creía que estaba sola, él aparecía y por unos instantes le hacía sentir mejor.

—¿Qué hacéis aquí metidos? —dijo Paula asomando la cabeza por la puerta.

—Hablando, ¿qué pasa? ¿Estás celosa? —contestó Álex provocándola.

—¿De Nayra? Qué va.

Nayra puso los ojos en blanco y miró a Álex con fastidio. Él esbozó una sonrisa granuja, como si supiera lo que estaba pensando. Paula y su ego.

—Ay, Paulina, no te enteras de nada... —dijo saliendo de la habitación.

—Dijiste que me ayudarías —le reprochó Paula a Nayra cuando Álex ya no podía escucharlas.

—No necesitas ayuda. Mírate, eres preciosa y perfectamente capaz de hacerte valer por ti misma. Si no le gustas, él se lo pierde.

—Qué casualidad que me lo digas ahora que tenéis más confianza...

—No me gusta —le contestó Nayra bajando la voz—, no pegamos ni con cola. Es mi amigo y me da apoyo emocional.

Paula se acercó a ella y la cogió de las manos.

—Pues déjame que te diga que no necesitas el apoyo de nadie para salir del hoyo. Eres fuerte y tienes carácter. ¡Reacciona de una vez!

La miró sin saber qué decir. Algo acababa de hacer clic en su interior. Paula, la que no se enteraba de nada, le había abierto los ojos con unas simples palabras.

A veces hace falta el empujón de quien menos esperas para salir de un bache. Darse cuenta de cuándo la tristeza empieza a ser demasiado evidente a los ojos de personas apenas conocidas. Nayra entendió que no era momento para flaquezas. Que aun con el peso que llevaba a cuestas

seguía siendo fuerte. Una chica guerrera. Le demostraría a Álex que en lo que empezó siendo una broma para vacilarla había parte de verdad. Tiempo atrás le hubiera gustado ser valiente, y ahora tenía la oportunidad de serlo. Casi no recordaba nada de la Nayra de antes de Eloi, había tenido que construirse de nuevo. No obstante, admiraba una cualidad innata de su madre que también vivía en ella: la sinceridad. Por eso le costó tanto decidir qué versión le contaría a su padre. Y no acabó de entender las razones que la llevaron a seguir el consejo de Álex, pero evitarle el sufrimiento le pareció la mejor opción.

Su padre debía estar esperando a que lo llamara, pero Nayra supuso que, tras tanto esperar y tras agotar su paciencia, había decidido tomar la iniciativa. Estaba cenando cuando le sonó el móvil. Pensó que le iba a sentar mal la cena. Álex ya había comido y se preparaba para salir y Paula estaba desaparecida, para variar. Decidió salir a la terraza antes de contestar para tener algo más de intimidad. Una estupidez, porque hacía frío, y de todas formas se lo acabaría contando a Álex más tarde. Su padre disimuló las ansias por saber de su encuentro y primero le preguntó cómo estaba, si había avanzado algo en sus escritos y si seguía enviando artículos. Luego le contó varias tonterías sin importancia sobre el trabajo y la relación con algún vecino, con quien, por lo visto, había salido a tomar algo después del trabajo. Todo un logro viniendo de él, un hombre hogareño y no demasiado amigo de los bares.

—¿Y con tu madre cómo fue? —preguntó al fin.

—No demasiado bien...

Empezó siendo sincera, con un poco de suerte no querría saber más detalles.

—¿Pero hablasteis?

—Sí..., aunque acabamos discutiendo otra vez.

Arrastraba demasiado las frases, como si dudara y necesitara pensarlo dos veces. «Céntrate, Nayra», se dijo.

—¿Por qué motivo?

—Yo le reproché que... no me contara los motivos de vuestra ruptura, y ella me dijo que yo tampoco le conté lo de Eloi.

El asombro de su padre no pasó inadvertido a través del teléfono.

—Vaya, qué poco acertada estuvo.

—Desde luego. Me enfadé muchísimo y me fui.

A su padre se le escapó un largo suspiro.

—No debió haber mezclado una cosa con la otra, pero estoy seguro de que la situación se le escapó de las manos.

—Pues la próxima vez tendrá que aprender a controlarse. Y será dentro de mucho tiempo, cuando se me olvide la decepción que tengo.

—Hablaré con ella.

—¡No! —exclamó asustada—. No quiero que te metas en nuestras cosas, papá. Por favor, quédate al margen.

—Es que me disgusta que estés así.

—Ya lo arreglaremos.

Algún día. Aunque por el momento ese día lo veía muy lejano.

—Está bien. No insistiré más. —Se quedó callado unos segundos—. Nayra, siento mucho que nuestra separación esté causando tantos estragos, ojalá lo hubiéramos hecho de un modo menos traumático.

—Tú no tienes la culpa. —Apretó los puños con fuerza para mantener la serenidad.

—Te quiero, hija.

Colgó antes de que pudiera contestarle. Sonrió y le envió un wasap segundos después:

Y yo también.

Que su padre le hubiera dicho aquellas palabras teniendo en cuenta lo poco que le gustaba expresarse dejaba entrever su preocupación. Y aunque no había ido tan mal, y parecía que no había dado pie a la duda, se sintió ruin. Cuando entró de nuevo en el comedor, Álex ya se había ido. Le extrañó que no se despidiera, le hubiera apetecido contarle cómo había sorteado la situación. Se acurrucó en el sofá y encendió la tele. Volvió a recordar toda la conversación. Y a repetir en su mente el *te quiero* con voz temblorosa. Las pocas veces que se lo había dicho coincidían con momentos importantes en su vida. Dejó escapar un sollozo. Se prometió que serían las últimas lágrimas que derramaría, a partir de ahora tocaba ser fuerte. Denver subió al sofá y se acercó a ella con sumo cuidado. Le pareció graciosa su manera de mover las patas, una a una, con lo bruto que podía llegar a ser cuando le podían más la curiosidad y las ansias. Pero una vez que tuvo delante aquellos ojos de color miel no encontró picardía e inocencia como de costumbre, sino algo que jamás hubiera creído encontrar en un perro: comprensión. Le lamió las lágrimas y se tumbó junto a ella. Al cabo de unos minutos había logrado que dejara de llorar y que acompasara su respiración hasta quedarse dormida.

Alguien la palmeó en el brazo con delicadeza.

—Nayra —susurró.

Ella gimió a modo de contestación.

—Deberías irte a la cama.

Se levantó despacio y miró a Álex medio dormida. Acababa de llegar, apestaba a alcohol y tabaco.

—Has fumado —le dijo.

Estaba sentado a su lado. Podía notar el calor que desprendía su cuerpo. Lo tenía tan cerca que podía olerle el aliento.

—Un poco. ¿Cómo lo sabes?

—Apesta. Así no conseguirás ligar con nadie.

Él soltó una risita.

—Lo tendré en cuenta para la próxima vez. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —dijo con convencimiento—. Solo necesito dormir.

—Vale —susurró mirándola con una sonrisa—. Entonces, buenas noches.

Estaba extraño. Demasiado amable, demasiado cercano. Permaneció inmóvil sin dejar de mirarla. Tenía tanto sueño que podría haberse dormido con la imagen de aquellos ojos clavados en su mente y seguiría soñándolos toda la noche. Ay, Álex, ¿qué me estás haciendo?, se dijo, y acercó la mano para taponarle la cara. Él se rio.

—Estás borracho.

—Qué va, estoy completamente lúcido.

—Entonces soy yo, estoy borracha de sueño.

—¿Te llevo hasta la cama?

Ay, Álex.

—Sé caminar —dijo secamente—. ¿No estarás ligando conmigo?

Él se echó a reír otra vez.

—Somos amigos, ¿no?

Eso no valía como respuesta.

—Sí, amigos —contestó ella con énfasis—, vete a dormir la mona.

Lo apartó para poder levantarse.

—No estoy borracho, mira.

Levantó la pierna hacia arriba manteniendo el equilibrio, pero ella lo empujó y cayó hacia un lado.

—Lo que yo decía... —se burló de él y se dirigió hacia su habitación.

—Adiós, chica guerrera.

Estaban a finales de abril y los días se hacían más largos. Seguía paseando a Denver cada mañana. Sin embargo, las cuatro paredes de su cuarto la aprisionaban. Por eso empezó a escribir en el comedor. El ventanal de la terraza dejaba entrar mucha luz y no se sentía tan encerrada. Paula vio en ese gesto la señal de que sus palabras habían surtido efecto y no tardó en apuntarse el mérito.

—Me alegro de que hayas salido del zulo —le dijo, orgullosa—. Verás como aquí encuentras algo de inspiración.

—Eso espero. La verdad es que tengo que agradecerte que me abieras los ojos.

—No fue nada —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Qué es eso de que Paula te ha abierto los ojos? —intervino Álex sorprendido.

Cuando los dos estaban en casa era imposible mantener una conversación privada.

—¿Qué pasa? ¿Estás celoso? —le dijo Paula devolviéndole el golpe del otro día.

Nayra no pudo evitar reírse.

—Pues sí. Sobre todo después de hacer tantos esfuerzos por ayudarla.

Paula levantó las manos como si no fuera con ella y volvió a su cuarto. Álex continuaba indignado.

—Empecé haciéndome el borde para ver si reaccionabas, le pedí ayuda a Nora, intenté convencerte de que perdonaras a tu madre, te invité a cenar... ¿Se puede saber qué te ha dicho Paula?

—Lo que me haya dicho no hubiera tenido importancia sin todo lo que hiciste por mí. Eres un encanto —sonrió.

—¿Eso vale como piropo? —indagó con una sonrisa cómplice—. Me alegro de que empieces a estar bien.

Su escritura también lo había notado. Volvía a soñar despierta, a tener ideas sueltas. Aunque no fueran sólidas ni la acabaran de convencer se centraba en ellas porque así se sentía útil. De la misma manera le resultaba agradable hablar con Paula por las tardes, las dos estiradas al sol —aunque a Nayra le gustara más estirarse a la sombra—. Era un momento de desconexión que también la ayudaba a tomar consciencia de temas que se le escapaban. Como los cotilleos de sus compañeras de la perfumería o los consejos de belleza, que le parecían la mayoría una estupidez, pero más de uno le había servido de ayuda. Después llegaba la compañía de Álex a la hora de cenar. Desde que empezara a compartir sus platos no había faltado ni un día. Le sorprendía la confianza que le había cogido en tan poco tiempo. Pero esos tres meses habían sido muy intensos en el terreno emocional. Y él contribuía a que esa confianza creciera haciéndola partícipe de su rutina. Aquella tarde, sin ir más lejos, la llamó para pedirle ayuda. Nayra siempre acudía sin pensarlo, no podía negar que le gustaba pasar tiempo con él y que ya le tenía cariño.

—Te necesito, compañera.

—¿Por qué siempre me pides favores a mí?

—Somos amigos, los amigos se ayudan mutuamente.

—¿Y bien? —preguntó cruzándose de brazos.

Álex le mostró las manos, que había mantenido escondidas detrás de la espalda. Tenía en ella una máquina para cortar el pelo.

—¿Quieres que te rape? —preguntó escandalizada.

Le encantaba su pelo revuelto, sería un sacrilegio.

—No, solo quiero cortarlo un poco. ¿Qué pasa?

—Te queda bien así.

—Pero si parezco un loco —dijo pasándose los dedos entre los mechones para despeinárselo aún más—. Vamos, será un momento.

Colocó una silla en el centro del comedor y empezó a desnudarse.

—¿Qué haces?

—No quiero llenar la ropa de pelos.

Se había quitado la camiseta. Cuando vio que se desabrochaba el botón del tejanos se acercó a él para frenarlo.

—Ni se te ocurra. No pienso pelarte en calzoncillos.

—¿Te pongo nerviosa? —bromeó.

—No empieces —le advirtió muy seria.

Él suspiró resignado y se sentó en la silla. Nayra estaba nerviosa. Muy nerviosa. Se colocó a su espalda, parecía un nadador profesional. Y su piel era morena y firme. Le nacían algunos pelos sueltos en el cogote. Enredó los dedos en aquella maraña y la cogió con fuerza.

—¡Ay! —se quejó él.

Nayra sonrió. A Álex le gustaba tener el control y ahora no podía verla, sus ojos no podrían hipnotizarla.

—¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Hasta aquí —ordenó marcando una línea imaginaria en la parte superior de la cabeza—. Lo quiero corto, y lo de arriba un poco más largo. Prueba con el número cuatro o cinco. Tampoco quiero pasarme.

—¿Y ya te fías de mí?

Le había cortado el pelo a su padre varias veces, pero no era una experta.

—Siempre puedo ponerme una gorra —respondió soltando una risita.

Ella suspiró intentando calmarse. Preparó la máquina y le cogió la cabeza por arriba para que no se moviera. Allá voy, se dijo.

—Sin miedo, Nayra —la animó como si le leyera el pensamiento.

No tenía miedo, pero su corazón latía tan fuerte que le daba la sensación de que se había acoplado al sonido de la máquina. El pelo empezó a rodar por su espalda, un mechón parecía resistirse y quedó atrapado en su hombro derecho. Lo sopló suavemente y lo impulsó hacia delante, cayó hacia su abdomen y de ahí al hueco del botón desabrochado de sus pantalones. Menuda puntería, pensó. Él se lo sacudió de un manotazo. Ahora entendía a qué se había referido Paula. Álex tenía un abdomen bien marcado. Aunque no exagerado, como el de los típicos que se machacan en el gimnasio. «A lo mejor seguía una dieta especial antes de que yo llegara», pensó, quizá estaba engordando con sus cenas. Sonrió ante esa idea estúpida.

—¿De qué te ríes?

—¿Cómo sabes que me río?

—No lo sé, me lo ha parecido. ¿Qué estabas pensando?

—Tonterías.

Él soltó un bufido.

—Da igual, también me interesan.

Suspiró fingiéndose molesta.

—Pensaba en si seguías alguna dieta especial para mantenerte en forma.

—Qué va, paso de esas chorradas. Empecé a ir al gimnasio para preparar las pruebas físicas de las oposiciones.

—¿Son complicadas?

—Eso dicen. Antes era más constante, iba todos los días sin excepción, pero después de tres años me lo tomo más a la ligera...

Se colocó delante para cortarle la parte de arriba. Ya estaba expuesta a él. Álex la miró con una media sonrisa.

—Menuda cara de concentración. Que quede bien, ¿eh?

Ella omitió su comentario. No quería despistarse.

—Pero ¿cuántas veces te has presentado al examen? —preguntó para recuperar el hilo de la conversación.

—Esta será la tercera. Y la vencida, porque te juro que como no apruebe lo envío todo a la mierda.

Ahogó una risita.

—Sí, venga, dilo, soy un palurdo.

Le empujó levemente la cabeza para que se pusiera de lado, le repasó el lado de la oreja y las patillas. Llevaba unos días sin afeitarse y notó su piel rasposa cuando deslizó los dedos por encima. Tuviera la postura que tuviera, no dejaba de mirarla.

—No iba a decir eso. No te niego que pueda ser difícil. Solo necesitas dedicarle más tiempo. Y estudiar sin música.

Álex sonrió ampliamente.

—Ya estabas tardando. Te hice caso y he empezado a grabarme los temas.

—Así me gusta. Bueno, esto ya está.

Se levantó sacudiéndose el cuerpo para que cayera todo al suelo, pero algunos pelos eran tan minúsculos que los llevaba enganchados a la piel. Se fue directo al baño a mirarse al espejo.

—Pues para no ser peluquera, no está nada mal —gritó desde allí.

—Tú lo has dicho, no soy peluquera. No vuelvas a pedírmelo.

Álex se rio y cerró la puerta. Un rato después se metió en la ducha.

Aquella noche soñó con él. Estaban los dos estirados en la cama y ella le pasaba la mano por el pelo. Notaba tan claramente su tacto sedoso que le pareció real, como su respiración cerca de la suya y sus ojos profundos, que allí, en su mundo, le parecían menos imponentes.

No podía seguir viviendo de recuerdos. Ocupaban tanto espacio que no dejaban lugar para el presente. Olvidaría sabiendo que el tiempo se encargaría de traerle la nostalgia en los días señalados. Y el dolor, a pesar de ser menos abundante que la felicidad que construyeron, acabaría borrando los buenos momentos.

Te escribí te quiero.

Faltaba un día para Sant Jordi. Era uno de sus días favoritos. Desde que era una niña lo había celebrado junto a sus padres, pero desde que conoció a Nora tenían por costumbre pasar el día juntas. Se iban a comer fuera y después paseaban por La Rambla y asistían a alguna firma de libros. Sin embargo, su madre la llamó para proponerle que fuera con ella después del trabajo. Se olvidaba de que no habían hablado desde el incidente —por llamarlo de alguna manera— y de que ni siquiera aprovechando su buen humor conseguirían hacer las paces.

—Ya sabes que quedo con Nora —le contestó con sequedad.

—Creí que podrías hacer una excepción.

—Pues no, mamá, no puedo. Y por si te lo estás preguntando, voy a estar enfadada hasta que me apetezca. No soy yo quien la ha cagado.

—Hija, esto te está afectando más de la cuenta. Ya han pasado tres meses desde la separación. El querer irte de casa..., en fin, sé que lo del otro día empeoró las cosas, pero... quizá deberías buscar ayuda.

—¿Te refieres a un psicólogo? —Lo que le faltaba por escuchar—. Muy bien, lo vas arreglando.

Y le colgó el teléfono.

Estaba indignada, enfurecida. Había pasado tres meses intentando buscar una razón, ubicándose en esa nueva situación familiar. Preguntándose cómo demonios iba a partirse en dos en las fechas señaladas, si podrían verse de todas formas si algún día los necesitaba a los dos o se odiarían y ella tendría que hacer de intermediario. No deseaba meterse en sus problemas. En una relación quienes sabían la verdad eran los implicados, y las terceras personas estaban de más. No ayudaba que otro se metiera a poner paz, lo había comprobado meses atrás. No volvería a repetirlo. La llamada de su madre le quitó las ganas de desayunar. Álex devoraba un tazón de leche con cereales en el comedor y Denver estaba sentado a su lado, esperando a que su dueño se dignara a compartirlo. Lo llamó para que fuera hasta ella y lo hizo entrar en el cuarto. A un psicólogo, se repitió mientras acariciaba a Denver para mitigar su rabia. ¡Ni que estuviera loca! No era ella la

que había roto una relación de treinta años. Abrió el ordenador y, cuando se disponía a poner música, Álex apareció por la puerta.

—¿Todo bien?

—Me apetecía compañía.

—Eso tiene arreglo —dijo sentándose en la silla con entusiasmo—. ¿Puedo cotillear un poco?

Nayra se encogió de hombros sin ánimo de negarse. Álex iba a hacerlo de todos modos y quizá aprendiera algo de cultura musical.

—Funambulista... —dijo mirando el listado de canciones—. ¿Qué es esto?

—Melodía y letra en perfecta conjunción.

—¿Beret?

—Pura poesía.

—No sé si quiero seguir... —se burló.

Se acercó y buscó una canción que tenía en mente. Tuvo que pasar el brazo por delante del cuerpo de él para alcanzar el ratón y notó su boca rozando la tela de su camiseta. Lástima que llevara manga larga, hubiera sido como robarle un beso.

—Si fueras una canción..., sin duda serías esta.

—*Esa luz*. ¿Por qué?

—Porque iluminas.

A Álex se le escapó una sonrisa y la miró intensamente. Mierda.

—Así que ilumino, ¿eh? Vamos a ver cómo suena.

Le dio al *play*.

*Como una puesta de sol,
como los pájaros del verano,
como me suena el tambor
cuando te tengo yo aquí a mi lado.*

*Como la vida se va,
como la balsa de la esperanza,
como el camino hacia el mar,
como este corazón de mudanzas.*

*Como esa luz
que se va apagando lenta en el sur.
La luz, esa que nunca se apaga si vienes tú.*

Genial, Nayra, se reprendió, menuda declaración de intenciones acabas de hacerle a tu compañero de piso...

—Si la sigues escuchando te gustará —le advirtió.

Él no decía nada. Permanecía concentrado con una seriedad que llegó a asustarla. La había cagado. Y lo peor de todo es que se sentía idiota por cagarla, decepcionada. Pero, por otro lado,

quería que le diera igual. O no, o sí..., se suponía que eran amigos. Y ya está.

—Ya es suficiente —dijo parando la música—, tengo que trabajar un poco.

—Vaya, ahora que nos habíamos puesto serios.

—Qué va, yo bromeaba todo el rato.

Álex sonrió alegre y se levantó de la silla.

—Avísame si quieres que te ilumine.

No pudo evitar devolverle la sonrisa.

El resto de la mañana se la pasó escribiendo artículos. Había adquirido la rutina de dedicarse a los blogs recién levantada, cuando su mente aún estaba un poco espesa, y a su proyecto de novela por la tarde o noche, cuando ya llevaba todo el día estrujándose el cerebro. A veces, en los ratos en los que descansaba o iba a pasear a Denver, conseguía algo de inspiración. Tenía el móvil lleno de notas sueltas y desordenadas. Muchas incoherentes, otras que empezaban a perfilarse como una idea fija. Pensamientos, frases, reflexiones..., cualquier cosa le valía. Tarde o temprano todo seguiría un mismo camino y ya tendría la estructura principal. Era lo más divertido, crear el mundo y los personajes centrados en una idea, y lo más difícil, desarrollarla. Podía tardar meses y en el transcurso de ese tiempo darle un giro inesperado y cambiar la historia lo suficiente como para que volviera a parecerle una idea original. Quizá era lo que más le gustaba de escribir, que dentro de su vida ordenada se permitía un caos interior donde todo era posible.

Denver había salido de su cuarto sin que ella se diera cuenta. Normalmente la despertaba al levantarse de la cama. Escuchó cómo Álex lo llamaba para salir a pasear. Cuando volvían ella solía estar ya levantada y a veces hasta le daba tiempo de desayunar con él. Nunca había sido de dormir hasta las tantas. De hecho, pocas veces necesitaba el despertador. Álex, en cambio, se ponía la alarma y minutos más tarde le sonaba el móvil, y siempre se iba quejándose de que llegaba tarde. Ese día habían sido especialmente silenciosos y Nayra no se despertó hasta que Denver le puso el hocico húmedo en la cara. La golpeó con algo que no supo identificar, murmuró medio dormida y sintió la risa de Álex.

—¿Qué pasa? —preguntó cubriéndose los ojos con el brazo.

Había demasiada luz. La noche anterior, las noticias habían dicho que haría calor.

—¡Despierta, dormilona! Denver quiere darte algo.

Se incorporó despacio y miró a Denver con curiosidad. Llevaba una rosa entre los dientes, Álex le había quitado las espinas para que no se hiciera daño.

—¿Para mí?

—Claro. Eres la primera chica que tiene el placer de recibir un regalo de su parte.

—Es todo un honor, gracias —dijo participando de aquel teatro.

No podía negarle que había sido muy original.

—No me lo esperaba —confesó intentando coger la rosa de la boca de Denver.

Él lo había tomado como un juego y no dejaba de dar vueltas huyendo de la mano que quería robársela.

—¿Dónde está mi libro? —le preguntó.

—No sabía que eras aficionado a la lectura.

—No lo soy, pero podrías haberme regalado el tuyo.

—Bueno, estoy a tiempo.

Abrió el armario y cogió el ejemplar que se había traído de casa.

—Aquí tienes —dijo entregándoselo.

—Gracias.

Álex lo hojeó rápido y se lo guardó bajo el brazo.

—¿Qué hacen los escritores en un día como hoy?

—Los de baja categoría, como yo, simplemente pasean por La Rambla y compran libros. He quedado con Nora. ¿Y tú? ¿A cuántas chicas vas a regalarles una rosa?

—A mi madre y a mi hermana. Iré a verlas esta tarde después de trabajar.

—¿Quieres que pasee a Denver?

—No te preocupes, me dará tiempo. Pero seguro que mi madre insiste para que me quede a cenar.

—Si me abandonas esta noche no lo tendré en cuenta —dijo ella con ironía.

—Me voy mucho más tranquilo —sonrió burlón.

Le costó trabajo quitarle la rosa a Denver. Cuando lo consiguió la puso en agua y salió al balcón para ver el movimiento en la calle. Había vendedores ambulantes de rosas en cada esquina. Era un día laborable, pero La Rambla se llenaría de gente enseguida. Tenía unas horas antes de prepararse e ir a buscar a Nora. Cuando vivía con sus padres siempre cogían el metro juntas desde Sant Gervasi, pero ese año el paseo de Gracia, donde empezaba el bullicio, le quedaba a diez minutos a pie. Así que la esperaba a la entrada del metro.

Las calles estaban repletas de gente. Le costó dar con ella y tuvo que llamarla por el móvil. Una vez juntas, se unieron a la marea y caminaron hacia La Rambla. Parecía muy feliz, a las dos las ilusionaba ese día. Sant Jordi no es solo el patrón de Cataluña. También es el día de los amantes de los libros y la oportunidad de muchos escritores de relacionarse con sus lectores. El día del amor en todos los sentidos, no solo desde el punto de vista romántico, sino también del de la amistad y la familia. El sentimiento de felicidad se respiraba en el aire, olía a flores frescas y a libros nuevos amontonados en las mesas. Tenía una manía que se había acabado convirtiendo en una tradición sagrada. Siempre se llevaba tres a casa. El libro del que hablaba todo el mundo y que tenía que leer para poder opinar por sí misma, el de la portada más impactante y que solo por ello merecía acabar entre sus manos, aunque le costara una decepción. Y, finalmente, aquel libro escondido, raro, que olía diferente a los demás y tenía un no sé qué especial que obligaba a comprarlo. Sobre estos últimos, Nora tenía la teoría de que eran ellos los que te acababan encontrando. La celebración más vistosa se hacía en Barcelona, por eso cada año había más gente, tanto turistas como vecinos de las poblaciones cercanas. Casi todos los restaurantes estaban llenos y optaron por tomar unas tapas en el primer sitio donde les ofrecieron una mesa.

—¿Vas a decirme qué te inquieta? —le preguntó Nayra.

Su amiga parecía más nerviosa de lo habitual, y no solo porque estuviera emocionada, que podía ser una opción, sino porque algo dentro de ella peleaba por salir.

—Hoy tendré que irme antes de lo previsto... —dijo como si tuviera miedo de que Nayra se enfadara—. Es por una buena causa.

—¡Cuéntamelo! —le pidió.

Debía ser una razón de peso, nunca habían pospuesto su encuentro, ni siquiera cuando ella salía con Eloi.

—He conocido a alguien. Bueno, ya lo conocía, pero nuestra relación ha avanzado un paso más.

—Así que me abandonas por un chico, ¡pues vaya!

—No es un chico cualquiera, Nayra, es el chico del que estoy enamorada —le confesó pestañeando con exageración y juntando las dos manos debajo de la barbilla.

Nayra se echó a reír.

—¿Pero qué demonios me he perdido?

—Estabas tan triste con lo de tus padres que no me pareció buena idea hablarte de algo así...

Ella negó con la cabeza recordando esos meses nefastos.

—¿Y quién es?

—Un chico de la universidad, se llama Luis y estudia Derecho.

—Un futuro abogado, ¡menudo partidazo! Tu padre estará contento.

Nora soltó un bufido. Su padre era una persona muy estricta y de costumbres anticuadas. Pocos amigos pasaban el filtro, excepto Nayra. Y, aun así, las noches que se había quedado a dormir en su casa no le había permitido dormir con Eloi.

—¿Y qué ocurrirá hoy? —le preguntó a su amiga con una sonrisa burlona.

—Me invitará a tomar algo, me regalará una rosa y espero, por favor, que se atreva a besarme.

—¿Se han juntado dos tímidos? Menudo peligro...

—Ya..., pero creo que hoy es el día.

Acabaron de comer hacia las tres. Caminar por el centro de las paradas de libros era una auténtica locura. De vez en cuando evitaban la corriente pasando por las calles paralelas, se paraban en las librerías a mirar algún libro y si encontraban algún autor interesante hacían cola para conseguir una firma. Así estuvieron las dos horas siguientes. Nayra no sentía las piernas. Habían recorrido todo el paseo de Gracia y la mitad de La Rambla.

—¿Te imaginas estar aquí algún día?

—Creo que cualquier escritor sueña con eso. Es increíble.

Nora la cogió del brazo y la estrujó con cariño.

—Si con el próximo libro no tengo más éxito cambiaré de género —dijo, distraída.

Era una gilipollez, no sabía escribir de otra cosa que no fuera amor.

—¿Por qué? Es tu fuerte, Nayra, tienes el romanticismo en las venas. Eres capaz de transmitir

esa ilusión que nace cuando conoces a alguien y la mantienes en cada página hasta que haces saltar la chispa.

—Qué buena amiga eres...—le agradeció, con ironía.

—Es cierto, cuando te leo soy capaz de enamorarme yo también.

—Pero no puedo hablar de amor si ya no creo en él.

Nora se paró en seco y la arrastró hacia un lado para dejar pasar a la gente.

—Nayra, todos los hombres deben morir, pero nosotras no somos hombres —sonrió.

Ella y sus fricadas de *Juego de tronos*.

—La madre de dragones tiene razón.

Lo que significaba que debía enterrar el fantasma de Eloi sin enterrarse a ella misma.

—Te volverás a enamorar, es inevitable. Pero debes estar receptiva, si no enviarás malas vibraciones.

Nayra puso los ojos en blanco y se le escapó una risita. Cuando su amiga empezaba con el rollo de las energías se hacía insoportable. Su mirada se perdió entre la gente mientras escuchaba su voz de fondo, que seguía dándole consejos. De repente alguien la estiró del brazo y la apartó de su amiga.

—¡Álex! —gritó sorprendida.

—¿Te alegras de verme?

Sonrió contento y le rodeó el cuello con el brazo para darle un achuchón amistoso. Luego se acercó a Nora y le dio dos besos. Aún llevaba el uniforme del trabajo azul pitufo. Era horrendo, pero él conseguía que todo le quedara bien.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Nayra sin poder esconder la emoción.

Justamente en la misma calle y en el mismo sitio que ella, una casualidad o el maldito destino, como diría Nora.

—Acabo de plegar ahora mismo, Barcelona está intransitable. ¿Habéis comprado algo?

—Nos hemos autorregalado unos cuantos libros —contestó Nora alegre.

—Eso está bien. Oye, ¿me dejas que me lleve a Nayra un momento?

—Sí, claro.

Álex sonrió con picardía y la cogió de la mano para no perderla, con la misma suavidad que la primera vez. A pesar de que iba recibiendo empujones de la gente que sorteaban se sintió como si flotara. Cuando se detuvieron enfrente de una parada llena de rosas, ya había entrelazado los dedos con los suyos y ninguno de los dos hizo nada por soltarse.

—Elige dos para mi madre y mi hermana, siempre se quejan de que se las llevo mustias —le pidió.

Se echó a reír e hizo ademán de acercarse a la mesa, pero él no la soltaba.

—Uy, perdón —rio.

Estaban envueltas en plástico y llevaban un ramillete de espigas. Buscó las del centro, que habían manoseado menos, y se las dio.

—Ahora necesito una especial.

Ella lo miró con curiosidad y volvió a observar las flores. Escogió una con el capullo más grande y de un color rojo más intenso; estaba envuelta en una malla de tela y llevaba un dragón hecho de cartón.

—Pues sí que me vas a salir cara —bromeó mientras pagaba a la florista.

Miró la rosa que llevaba en la mano y se permitió ilusionarse un poco. Lo justo para darse cuenta de que cuando no estaba en casa lo echaba en falta. Que se buscaban por cualquier tontería y sus bromas le hacían más gracia. Nunca había tenido un amigo así.

—Álex, con la de esta mañana ya me valía.

—Eso era una chorrada que se me ha ocurrido para hacer la gracia. No seas modesta, te he visto la cara cuando la cogías y te ha gustado.

—Me ha encantado —dijo con sinceridad—. Muchas gracias.

Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Iba recién afeitado y tenía la cara muy suave, nada que ver con el día en que le cortó el pelo. Aunque de las dos formas resultaba agradable al tacto.

—Nora nos está empezando a mirar raro —sonrió divertido.

La cogió de la mano de nuevo y fueron en su busca.

—Te la devuelvo —anunció haciendo un poco de teatro.

—¡Menudo regalo! —exclamó Nora.

—Me cuida muy bien.

—¿Te vienes a tomar algo? —le propuso Nayra.

—No, tengo que irme ya. Aún he de pasar por casa a ducharme. Nos vemos luego. —Le acarició el brazo—. Cuídate, Nora.

—Adiós.

Apenas se había perdido en la lejanía cuando Nora empezó a dar saltos, emocionada.

—¿Pero cuándo pensabas decírmelo? —preguntó.

—¿Decirte qué?

—¡Pues que tenéis una relación tan estrecha!

Nayra resopló y retomó el paseo en dirección contraria. Empezaba a hacerse tarde y a Nora se le acercaba la hora de reunirse con su enamorado.

—No inventes, somos amigos.

—Nayra, un amigo no te compra esta rosa —dijo señalándola.

—Sabe que he tenido una mala racha, intenta ser amable.

—Un simple amigo no me informa de tu estado día tras día, preocupado porque no sales de tu cuarto.

Desvió la mirada para que no viera lo que la habían sorprendido aquellas palabras. Sabía que continuaría por ese camino, pero no quería escucharla. Algo se revolvía dentro de ella y empezaba a sentirse mareada.

—Para ya, ¿vale? Solo hace tres meses que nos conocemos.

—Tres meses que convives con él —la corrigió— valen el doble. Además, está bueno.

—Me da igual que sea guapo, simpático... —Nora sonrió con malicia—, o que tenga la sonrisa más bonita del mundo. Es mi amigo y no tengo intención de que sea nada más.

—¡Te gusta! —gritó volviendo a saltar como una cría. Nayra la fulminó con la mirada—. Vale. No insistiré, te da miedo el amor. En ese sentido sois iguales.

La miró extrañada. Dudaba de que Álex, que la había animado a dar una oportunidad a los hombres, tuviera el mismo problema que ella.

—¿Qué quieres decir?

—Conozco a una chica que estuvo con él unos meses y cuando le pidió más compromiso le dijo que aún no estaba preparado. Hacía poco que había salido de una relación bastante larga.

—¿Cuánto hace de eso?

—Pues hará casi un año...

Recordó que le había explicado que no había tenido nada serio desde su ex. ¿Estaría preparado ahora? Y aunque lo estuviera, ¿por qué se lo estaba preguntando? La que no estaba lista para ninguna relación era ella. Aun así, a veces se comportaba como una idiota cerca de él, como si le gustara. Y no podía gustarle, era su amigo. ¡Maldita sea!

Después de dejar a Nora en el sitio acordado hecha un manojo de nervios volvió a pie hasta casa. Solo tenía ganas de estirarse en el sofá y descansar.

Su padre llegó unas horas más tarde para entregarle la rosa. Era la primera vez que entraba en el piso y no parecía muy contento. Miró a un lado y a otro sorprendido, un solo vistazo bastaba para abarcar todo el espacio. Ella le enseñó las habitaciones y el baño y dejó la terraza para lo último, para que no se le quedara mal cuerpo. Allí se sentaron en una tumbona y le ofreció una cerveza. A esa hora le hubiera sentado mejor una copa de vino, pero en la nevera solo había cervezas, agua o Coca-Cola *light*.

—Creía que sería... diferente.

—¿Más nuevo?

—Más grande.

Ella sonrió. No le gustaba, se lo veía en la cara.

—Sé sincero, papá.

—Parece un agujero.

Nayra se echó a reír. Un agujero donde refugiarse era exactamente lo que había buscado cuando se marchó.

—Te acostumbras y al final te acaba gustando.

—¿Entonces es definitivo? Tenía la esperanza de que valoraras lo que te dije.

—No quiero que me compres un piso, aquí estoy bien. Por ahora.

—Pero compartir espacio con otras personas..., ya no eres una estudiante.

—Eso es lo de menos. Me llevo muy bien con mis compañeros.

Él suspiró resignado y bebió un trago de cerveza. Ni siquiera le había ofrecido un vaso. Le

hacía gracia verlo trajeado, medio recostado en una tumbona y bebiendo cerveza mala. Esa era la principal diferencia entre sus padres. Él era capaz de seguirle la corriente, su madre luchaba para ganarle el pulso y después le recordaba el triunfo.

Álex llegó pasadas las once de la noche. Nayra ya estaba durmiendo, pero la despertaron la puerta y el ruido de las patas de Denver repicando en el parqué. Se levantó y se dirigió al comedor.

—¿Te he despertado? —le preguntó él al verla.

—Creía que era Paula, no la he visto en todo el día y quería preguntarle cómo le había ido.

Se recogió el pelo en una coleta alta y se frotó los ojos. Aún usaba el pijama largo, pero aquella noche hacía calor.

—Es jueves universitario, no la esperes despierta.

—No había caído en ello.

Paula tenía amigas que iban a la universidad y siempre salía con ellas ese día.

—¿Te han regalado más rosas?

—Mi padre me ha traído una.

—¿Mejor que la mía? —preguntó fingiendo estar preocupado.

—No se lo curra tanto.

Sonrió satisfecho.

—¿Y a ti te han regalado algo?

—¡Qué va!

—¿Ninguna chica especial?

No sabía por qué insistía tanto.

—Yo no tengo de eso —se rio.

Entonces Nayra recordó lo que le había contado Nora.

—¿Por qué me animas a abrirle la puerta al amor si tú no lo haces? —le preguntó.

Álex la miró curioso, como si no entendiera el propósito de aquella pregunta.

—Lo haré cuando encuentre a la chica adecuada.

—¿Y cómo lo sabrás?

—Porque... —contestó acercándose a ella con lentitud— sentiré un hormigueo en el estómago que no me dejará dormir, y ya no habrá dudas.

La miró con intensidad durante unos segundos y sonrió orgulloso.

—¿Te lo estás leyendo? —preguntó desconcertada.

Le había recitado una frase de los primeros capítulos de su libro.

—Claro que sí, por algo te lo pedí.

—Pero te lo he dado esta mañana.

—Lo he empezado en el metro, ¿sorpresa?

—Mucho —respondió sonriendo al fin.

—Me da la sensación de que estoy conociendo una parte de aquello que me ocultas. —La

información que había omitido—. Nunca me había interesado tanto un libro.
Al menos lo estaba aficionando a la lectura.

Ya no podía pararlo. Era dueño de sus pensamientos, de sus gestos, de la sonrisa que acababa con los días tristes. Su visión del mundo había cambiado, cuando llegaba el amor lo envolvía todo de magia y cualquier detalle resultaba digno de admirar. Ya no podía hacer nada para evitarlo. Necesitaba su presencia como el aire para respirar. Y ese hormigueo en el estómago no la dejaba dormir, ya no había dudas.

Te escribí te quiero.

Lo tenía decidido. Escribiría sobre el miedo a enamorarse, sobre las experiencias que marcan las futuras relaciones y de cómo el amor puede sanar viejas heridas. Recelaba de escribir sobre sus propios problemas, aunque acababa haciéndolo con frecuencia. Escribir siempre había sido la vía para escapar del mundo real, pero ahora no podía pensar en nada más que no fuera en esa amistad que había empezado con Álex. Tenerlo tan cerca, preguntarse constantemente qué eran todos esos sentimientos extraños que la invadían. Y esa contradicción continua que versaba en torno a la atracción física sumada al cariño que le tenía. Aquello le había generado un dilema. Y ahí se centraban todos los esfuerzos, en saber si ese cariño podía convertirse en algo más poderoso. Y, de ser así, en si tendría el valor de dejarse llevar y ahuyentar sus miedos. De volver a sonreír por amor. El simple hecho de pensarlo le producía escalofríos. No estaba lista, pero si se aferraba a ello al menos podría tener un proyecto en el que trabajar.

A veces escribía cosas que la asustaban, pero entonces recordaba que solo eran una invención. Solo estaba jugando a imaginar. Solo creaba situaciones, personajes. Solo eso. Sin dolor ni consecuencias. Aunque su subconsciente no estuviera tan convencido.

Paula y Nayra tomaban el sol en la terraza. Era un sábado por la tarde, no hacía demasiado que habían comido los tres juntos. Era la segunda vez desde que vivía allí que conseguía reunirlos a los dos. Y había optado de nuevo por la paella. Nunca había visto comer tanto a Paula, iba a tener que hacer horas extras en el gimnasio, aunque observando su cuerpo escultural pensó que no le hacía ninguna falta. No es que a ella le sobraran unos kilos, más bien todo lo contrario, pero mientras que Paula lucía unas curvas bien marcadas y definidas, si a ella la miraban por detrás parecía un palo. No se podía quejar de pechos, sin embargo apenas tenía culo y caderas. Unos días antes había decidido ir a la peluquería para acabar con el flequillo que le cubría los ojos. Optó por escalárselo un poco, lo justo para darle algo de forma sin perder la comodidad de recogerse en una coleta cuando le viniera en gana. Paula llevaba semanas insistiendo para que se hiciera un cambio de *look* y logró contentarla con eso.

—¡Nayra, te necesito! —exclamó Álex desde el comedor.

—¿Qué te pasa? —le preguntó inclinándose en la tumbona.

—Tengo una cita y necesito que me digas cómo me ves. Ven un segundo —dijo sacando la cabeza por la puerta.

Luego volvió al comedor. Ella se levantó a regañadientes.

—¿Ahora también ayudas a Álex? —preguntó Paula—. Veo que le estás cogiendo afición a tu papel de celestina.

—Sois vosotros los que me habéis atribuido esa afición y sigo sin entender por qué.

—Porque nos dices lo que piensas sin importarte una mierda. Y eso es genial.

Le dedicó una mirada incrédula.

—Vaya, si hubiera querido caeros mal no hubiera sabido cómo hacerlo.

Entró en el comedor con los ojos entrecerrados, hasta que se acostumbró al cambio de luz. Álex la esperaba apoyado en el sofá. Recordó que iba en biquini y que era la primera vez que la veía con tan poca ropa. Se sintió avergonzada mientras sus ojos la repasaban con disimulo.

—Creía que no te gustaba tomar el sol.

—Yo también creía muchas cosas hasta que llegué aquí...

Álex bajó la vista hacia su camiseta como si intentara recordar para qué la había llamado.

—¿Puedes decirme qué te parezco?

Lo miró con descaro, por una vez que podía hacerlo decidió ponerlo nervioso. Se paseó a su lado con una sonrisa maliciosa. Llevaba unos pantalones tejanos ajustados —le marcaban el trasero— y un polo de color blanco. Se había peinado el pelo hacia un lado, dejándose un pequeño tupé.

—Me siento observado —dijo contagiándose de su sonrisa.

De repente, recordó cuál era la finalidad de aquella inspección y se sintió molesta. No quería que tuviera una cita con otra. Pero tampoco quería que la tuviera con ella. Vivan las contradicciones.

—¿Para qué necesitas mi aprobación?

—Porque eres mi amiga y quiero tu consejo.

Ella suspiró indignada. Cualquiera chica con dos ojos lo encontraría guapísimo.

—A ver, acércate. —Él obedeció al instante.

Se puso de puntillas agarrándose a su hombro y le despeinó el pelo con la otra mano. Aún lo tenía mojado.

—¡Eh! ¡Me ha costado mucho dejarlo aceptable!

—Pues te quedaba fatal, despeinado estás más guapo.

—¿Algo más?

—Apesta a colonia.

—Pero eso no es malo. ¿Crees que tengo posibilidades?

—Sí, sí..., vas a enamorarla —contestó con desgana.

Hizo ademán de marcharse hacia la terraza cuando Álex volvió a hablar.

—Eso espero, tengo expectativas de acabar en su cama.

—¿De verdad todo se reduce a eso? —Se dio la vuelta sorprendida.

Sabía que Álex estaba jugando a sacarla de quicio, pero ese comentario le escoció un poco.

—No puedo enamorarme de ella sin más, primero tengo que conocerla a fondo en todos los ámbitos. —Y soltó una sonrisa de suficiencia.

—Me vas a hacer vomitar. Recuérdame que la próxima vez que me necesites para estas cosas te envíe a la mierda.

Álex se echó a reír.

—Hacía días que no sacabas a la chica guerrera. Nota mental —dijo poniendo un dedo en su frente—. No hacer bromas machistas a Nayra.

—¡A mí no me hace gracia, Álex! —protestó ella.

—Vale... —admitió levantando las manos en son de paz—, me he pasado de listo, solo quería cabrearte. Es divertido. —Se encogió de hombros.

—¡Hasta que te suelte un tortazo!

—Nayra... —dijo conteniéndose la risa.

Ella soltó un gruñido de rabia y negó con la cabeza dándole por imposible.

Por la tarde llamó a Nora. Quería preguntarle cómo había ido su cita con Luis, pero no le hizo falta arrancarle una palabra, nada más contestar al teléfono soltó un grito de alegría. Ahora solo sabía hablar de él. Habían avanzado hacia la siguiente fase de la relación. Los primeros meses eran idílicos y resultaba imposible encontrarle defectos al otro. Y cualquiera que se prestase a contradecirlos era un enemigo potencial y un elemento tóxico que solo quería arruinar el futuro de la pareja. Así que intentó contagiarse de su positivismo. No es que quisiera desconfiar de él, pero conocía las exigencias de Nora y al final siempre acababan saliendo ranas. Pero por el momento le tocaba aguantar sus locuras y los adjetivos exagerados que le atribuía a Luis, que más que un futuro abogado introvertido parecía supermán. Solo podía esperar que se le pasara la ilusión desmesurada y que el pobre Luis siguiera siendo el adecuado después de superar el huracán de sentimientos de Nora.

Empezaba a odiar los viernes. Cenaba sola y se iba a dormir con la casa en completo silencio. Ya habían entrado en el mes de mayo y, como las noches eran más agradables, optaba por sacar a Denver y contagiarse del ambiente que había en las terrazas. Así se recordó a ella misma por qué no le gustaba salir, porque evitaba el alcohol y, sobre todo, porque evitaba los bares. En dos ocasiones presencié una pelea y en otra tuvo que aguantar los piropos desagradables de unos chicos que fumaban a la entrada de un *pub*. Denver parecía haber desarrollado un instinto de sobreprotección con ella, y cuando alguien se acercaba demasiado o tenía una pinta extraña empezaba a gruñir. No le gustaba premiar esas reacciones, aunque no podía negar que se sentía más segura gracias a él.

Aquella noche Álex llegó muy temprano de su cita. Acababa de subir del paseo y estaba en la

habitación poniéndose el pijama cuando lo oyó entrar. Ni siquiera había cerrado la puerta de su cuarto —nunca lo hacía, siempre estaba sola a esas horas—, así que la empujó con una patada antes de que a él se le ocurriera entrar y la pillara a medio vestir.

—¿Nayra? —preguntó él—. ¿Puedo entrar?

Denver movió la cola, contento de oír su voz.

—Un segundo.

Se puso la parte de arriba, que no era más que una camiseta vieja de manga corta, y abrió.

—Me estaba cambiando.

—¿Has salido? —se extrañó.

—A pasear con Denver.

Álex lo saludó dándole unas palmadas en el lomo y la miró como si esperara algo. No quería volver al tema de su cita, solo de pensarlo se ponía de mal humor.

—¿Aún estás enfadada conmigo?

—No...

—Entonces, ¿no vas a preguntarme cómo ha ido?

—Soy tu amiga, pero hay cosas que prefiero no saber.

—¿Y con quién debería desahogarme? —preguntó indignado.

—¿No tienes más amigos?

—Javi me dirá que me la tendría que haber tirado.

Toma ya. Se sentó en la silla soltando un largo suspiro.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque yo no soy así —respondió apoltronándose en su cama—, no soy capaz de tirarme a una tía solo porque esté buena.

Menos mal, había estado a punto de perder la esperanza en los hombres.

—¿No te gusta?

—Es guapa y simpática, pero no tiene sentido del humor.

—Entonces contigo tendría los días contados —rió y se acomodó a su lado.

Se sentía más relajada, y además le estaba hablando de sus sentimientos sin tapujos. Tenía un cosquilleo en el estómago producido por la emoción.

—Eso mismo he pensado yo. No te imaginas las ganas que tenía de volver a casa. Encima hemos ido al japonés.

—¿Sabía usar los palillos?

Él levantó un poco la cabeza para mirarla y sonrió.

—Sí, eso ha sido un punto a su favor.

—Qué va, solo los frikis del *sushi* saben usarlos.

—La verdad es que me lo pasé mucho mejor contigo. Tendríamos que repetirlo.

Los dos se echaron a reír. Los ojos de Álex brillaban y en las comisuras de la boca se le formaban arrugas si sonreía con fuerza. Esos detalles le habían pasado inadvertidos a Nayra hasta

ese momento, cuando pudo observarlo tranquila en toda su plenitud. No se dio cuenta del rato que llevaba mirándolo sin decir nada cuando un silencio incómodo cayó sobre ella y se topó de nuevo con la profundidad de sus ojos. Se había puesto serio.

—Ay, Nayra... —dijo volviendo a sonreír con cariño—, lo que daría por estar aquí dentro. — Y le dio unos toques suaves en la frente.

—¿Qué esperarías encontrar?

—Lo que no quieres decirme. Aún recuerdo esa parte oculta de tu historia.

Ella desvió la mirada y se mordió el labio.

—Estoy cansada —dijo excusándose—, si me devuelves mi cama me iré a dormir.

Él se incorporó para ponerse a la altura de su cara.

—Buenas noches.

—Buenas noches —repitió ella sosteniéndole la mirada.

Se levantó de la cama y esbozó una sonrisa burlona. Era Álex, no podía irse sin más.

—Por cierto, el sol te ha ido bien. Has conseguido cambiar de tono, de blanco nuclear a blanco roto.

—Vaya..., yo que aspiraba a convertirme en vampiro —dijo en tono sarcástico.

Deshizo la cama para meterse dentro mientras Álex parecía resistirse a salir por la puerta. Denver ya se estaba acomodando en la alfombra.

—Tú sí que eres un chico listo... —dijo acariciándole la cabeza.

Y después se marchó.

No había vuelto a ver a su abuela desde la separación de sus padres. Sabía que tampoco le había sentado bien y que como madre sufridora le preocupaba el bienestar de su hijo, abocado por fuerza a convivir sin una mujer que le organizara la vida.

En los tiempos en los que su madre aún gobernaba sus vidas —y parecía que llevaba siglos sin hacerlo— era la abuela quien se preocupaba de invitarlos a su casa. A su madre nunca le había gustado cocinar y su querida suegra le recordaba habitualmente lo mal que lo hacía en las ocasiones en las que no tenía más remedio. Así que, cuando las burlas le agotaban la paciencia, optaba por comprar comida preparada o contratar un *catering* si se trataba de un número elevado de personas. Pocas veces organizaban fiestas en el jardín, pero la última había sido en honor de sus abuelos y sus cincuenta años de casados, antes de que el abuelo muriera de un ataque al corazón dos años después. Su madre se pasó dos meses enteros preparándolo todo, quería que fuera algo especial. Quizá guardaba esperanzas de agrandar a su suegra de una vez por todas. Su padre siempre se había tomado aquello como una batalla divertida y ni siquiera se molestaba en defenderla.

Quizá Álex tuviera razón y una relación fuera más complicada de lo que parecía. La convivencia, los años, los rencores guardados pero no olvidados. Pequeños detalles que acababan desgastando hasta el pilar más fuerte.

Aprovechando que era sábado, su padre había ido a recoger a la abuela para comer los tres

juntos. No podía ocultar la ilusión que le hacía aquel encuentro. Madre e hijo eran iguales, capaces de comprenderla sin apenas mediar palabra.

—Le ayudé a decorar el piso —le contó Nayra mientras ponía la mesa.

Debió imaginárselo, su hijo no tenía muy buen gusto.

—Os ha quedado muy bonito —contestó inspeccionándolo todo desde el sofá.

La abuela había accedido a hacerle una visita a su hijo, pero no tenía por costumbre moverse demasiado. A su edad los viajes en coche no eran nada apetecibles. Necesitaba la ayuda de un bastón para caminar y un paseo largo podía dejarla en cama al día siguiente. Aun así, se desenvolvía bien sola, aunque su padre no descartaba llevarla al piso para poder cuidarla si fuera necesario.

—¿Has hecho tú la comida?

—Papá no me ha dejado, no quería darme faena. Ha comprado canelones.

—Buenos estarán también. ¿Y cuándo ibas a decirme que te has independizado?

Suspiró y se sentó en el sofá junto a ella.

—Lo necesitaba. Ha sido duro...

—Lo sé, mi niña.

Apoyó la cabeza en su regazo y se acomodó en el sofá. Le gustaba ponerse así desde que era una niña y seguiría haciéndolo hasta que pudiera. Las manos firmes que le acariciaban la cabeza se habían vuelto temblorosas con los años, pero le daban el mismo consuelo.

—No se ha independizado, comparte piso —matizó su padre.

Llevaba la bandeja de canelones recién hechos y los dejó encima de la mesa. A pesar de haberle prometido que no insistiría más, lo seguía haciendo con discreción.

—Son cosas de jóvenes, tienen que vivir experiencias. ¿Tú estás bien, hija?

—Mejor que nunca.

Se sorprendió por su respuesta. Algo en ella estaba cambiando. Volvía a ilusionarse. Había creado una rutina, pero se permitía un punto de improvisación que le daba la emoción necesaria. Era la primera vez que apostaba por dejarse llevar.

—Es verdad —le susurró la abuela sin que pudiera escucharla su padre—, estás espléndida.

Porque se sentía libre.

Cuando volvió a casa por la tarde encontró a Álex viendo una película en la tele. Le había enviado un mensaje hacia la hora de comer para preguntarle dónde estaba. «Me has abandonado», le escribió, «y encima sin decirme una palabra, pero no te lo tendré en cuenta». Él siempre había entrado y salido a su antojo sin informar a nadie de sus planes. Aunque últimamente pasaban juntos mucho tiempo.

—¿No has salido? —le preguntó extrañada.

—No. Llevo todo el día aquí.

—¿Estás enfermo?

—No, me reservo para esta noche. —Esbozó una sonrisa traviesa—. He quedado con Javi

después de cenar.

Le indicó con la mano que se sentara a su lado. Ella se dejó caer en el sofá. Denver se acomodó entre los dos obligándolos a mantener las distancias.

—¿Qué tal tu comida familiar?

—Bien, pero mi padre sigue pensando que esto no es la mejor opción.

—¿Por qué? —preguntó Álex sorprendido.

—Cuando estuvo aquí dijo que vivíamos en un agujero. Me hizo gracia que usara la misma palabra que tú.

—Yo me refería a tu cuarto a oscuras, no al piso entero.

Asintió dándole la razón.

—Teniendo en cuenta que tiene ciento cincuenta metros cuadrados para él solo, puedo llegar a comprenderlo.

—Joder, olvidaba que venías de un barrio pijo —dijo soltando un bufido.

—Estoy segura de que mi padre cambiaría su dinero por recuperar la vida que tenía antes —sonrió entristecida.

—Lo sé, el dinero no da la felicidad.

—Exacto. Mi madre es más materialista en ese sentido. Su sueño hubiera sido... —Se interrumpió de repente.

Álex la miró interrogante.

—No empieces a omitir información —se quejó.

Suspiró como si le costara la vida continuar.

—Para ella Eloi era un partidazo. De familia bien, ingeniero, futuro prometedor... Creo que me culpa de lo que pasó.

Su madre era valiente, jamás hubiera permitido que otro ejerciera el control sobre ella.

—Tu madre me da igual, pero tú, Nayra —dijo poniéndose serio—, ni se te ocurra por un momento pensar eso.

Se mordió el labio, pensativa, y negó con la cabeza para quitarse los recuerdos de encima. Quizá con el tiempo se sentiría capaz de contarle la otra parte de la historia.

—En fin, por mucho que me insista mi padre —volvió al tema principal—, prefiero seguir aquí.

—Me alegro, no podría sobrevivir sin tu comida.

Nayra soltó una carcajada.

—Vaya, así que solo te intereso porque cocino... —fingió sentirse dolida.

—Me interesa todo de ti —dijo él poniendo énfasis en la palabra *todo*.

Y la miró con intensidad. Demasiada intensidad.

—No intentes arreglarlo... —pronunció con voz temblorosa.

Sentía calor. El corazón le palpitaba a mil por hora. Se levantó del sofá para irse a su cuarto. Necesitaba poner distancia para pensar con claridad.

—Espera, Nayra —la frenó—, he estado pensando que podríamos salir a cenar algún día, si te apetece.

—Claro, siempre y cuando no me lleves a ese maldito japonés.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Somos amigos, ¿no?

—No me has entendido —respondió poniéndose serio—. Quiero una cita. Contigo.

Joder, Álex. Se le escapó una risa tonta. Hacía cuatro meses que se conocían. Todo estaba yendo demasiado rápido. No tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida. No tenía ganas de entregarse a alguien para que volvieran a darle una patada.

—No sabes dónde te metes. Estoy segura de que tienes mejores opciones, no te compliques.

Se quedó descolocado, no debía estar acostumbrado a que le dieran calabazas. No se lo merecía, ni sentirse rechazado ni meterse en el lodazal en que se había convertido su vida. Sentirse tan indecisa le producía dolor de cabeza, con lo bien que estaba en su zona de confort. Sin tantas paranoias mentales.

Cenaron con normalidad, sin comentar nada de lo que había ocurrido. A ratos los invadía un incómodo silencio que recordaba que algo iba mal. Fue muy raro y no pudo evitar preguntarse si a partir de ese momento ya siempre sería así. Después, Álex se fue a su cuarto a prepararse para salir y ella se puso a escribir intentando que su personaje no se convirtiera en ella misma y deseara trasladarse a un mundo ficticio. Cuando los ojos empezaron a dolerle llamaron al timbre.

—Nayra, ¡abre! —le gritó Álex desde su habitación.

Ella se levantó a regañadientes. Detrás de la puerta había un chico esperando.

—Eres Nayra, ¿verdad?

Asintió sin demasiado ánimo.

—Soy Javi.

—Encantada —le saludó y le invitó a pasar—. Creo que no le queda mucho.

—Es peor que una mujer.

—No todas las mujeres somos impuntuales —se defendió.

—Ya, claro... —sonrió divertido—. Me pillo una cerveza de la nevera.

Y se fue hacia la cocina sin esperar una respuesta. Debían tener suficiente confianza para que se pasara por el piso como si viviera allí. Lo observó de soslayo. Era muy moreno, y la camiseta blanca que llevaba no hacía más que acentuar esa tonalidad. También tenía pinta de ir al gimnasio.

—¿Sabes dónde ha metido el abridor? —gritó desde la cocina.

—Ni idea —le contestó ella.

Volvió al comedor y echó un vistazo rápido, intentando encontrarlo.

—Bah —murmuró, y acto seguido arrancó la chapa con los dientes.

—¡Dios mío! —exclamó Nayra—. ¡Eso ha dado mucha grima!

Javi soltó una risita.

—Nunca se me resiste una cerveza.

—A este paso te quedarás sin dientes.

—Qué va, son fuertes.

Álex salió de la habitación. Se había puesto unos tejanos oscuros y un polo de color azul. Le entraron ganas de despeinarle el pelo para darle su toque personal.

—Bueno, preparados para la acción —dijo Javi animado—, a ver si pescamos algo.

—Si te bajas el cuello de la camisa y no abres cervezas con la boca, quizá tengas algo de suerte —le soltó ella.

Javi se echó a reír. Ella lo imitó. Tenía una de esas risas contagiosas que te obligaban a seguirlo.

—Eres muy graciosa —le dijo Javi.

—Me lo has puesto fácil.

—¿Nos vamos? —los interrumpió Álex con sequedad.

Se había limitado a mirarlos con expresión ausente, como si fuera un mero espectador. Javi pareció notar su tensión y le lanzó una mirada inquisitiva.

—Sí, vámonos... —le contestó yendo hacia la puerta—. Hasta otra, Nayra.

—Adiós.

Álex esbozó una media sonrisa y le guiñó el ojo antes de salir, pero no pronunció una palabra. Nayra se quedó de pie mirando la puerta cuando esta se cerró. Necesitaba seguir escribiendo.

Su mano acariciaba su pelo revuelto mientras miraba por la ventana distraído. Perdido en sus pensamientos, ajeno a la electricidad que empezaba a invadir el ambiente y lo cargaba de aquella tensión que no podía soportar más. En su mente intentaba catalogar todas las sonrisas que le había visto esbozar hasta ahora. La sonrisa alegre, cuando volvía de trabajar, la sonrisa canalla que le robaba un suspiro aunque pretendiera burlarse de ella, la sonrisa cómplice que le dedicaba...

Dejó de escribir para coger aire. Su personaje se estaba convirtiendo en él. Ay, Álex..., maldito el momento en el que había entrado en su vida. Se puso a pensar en la pelusilla que le recubría los brazos y le oscurecía un poco más la piel. A veces sentía la necesidad de acercarse para compararla con la suya, ella era tan pálida..., pero reprimía las ganas. Ya le debía parecer suficientemente rara, sobre todo cuando la pillaba observándolo embobada. Entonces sonreía, y cuando lo hacía su cara era víctima de un efecto dominó: la boca se abría, los labios subían hacia arriba como si se tratase de compuertas que dejaban al descubierto los dientes, los mofletes se le hinchaban y en consecuencia sus ojos parecían más pequeños y tenían ese brillo tan auténtico. Estaba convencida de que si le tapara la boca sabría si sonreía solo mirándolo a los ojos. Suspiró aferrándose a la mesa, reconociendo ese cosquilleo que la recorría. Le estaba ocurriendo otra vez. Y tenía miedo.

Se quedó dormida encima del teclado con el ordenador abierto y el sonido sordo del ventilador en la oreja, en una postura de lo más incómoda que al despertar le hizo acordarse de todas y cada una de las partes de su cuerpo. Se levantó con dificultad y buscó a Denver, que al parecer había salido de la habitación. Fue entonces cuando escuchó ruidos en el baño. El móvil marcaba las cinco de la mañana.

—¿Paula? ¿Álex? —susurró en el pasillo.

—Soy yo, Nayra... —contestó Álex. Su voz sonaba pastosa y quebradiza.

La puerta del baño estaba entreabierta. Se acercó despacio.

—¿Ocurre algo?

Sintió cómo se golpeaba contra la pared y soltaba una maldición. Después abrió la puerta del todo y tuvo que apartarse a causa del hedor que emanaba de su aliento.

—Álex..., ¡apestas a alcohol! ¡Es horrible!

A él se le escapó una risita. Estaba borracho y tenía una pinta lamentable.

—No me pillas en mi mejor momento —dijo haciendo aspavientos—, pero en el fondo soy un buen partido.

—¿De verdad crees que emborrachándote vas a gustar a alguien?

—A ti, por ejemplo —sonrió acercándose a ella.

—Pues empiezas mal, guapo —le puso la mano en el pecho para detenerlo—, paso de tíos que vuelven pedo y no se acuerdan ni de lo que han hecho. Búscate a otra que comparta esas aficiones.

—A lo mejor prefiero que me compliques la vida.

Le hubiera gustado que todo ocurriera de verdad. En otro contexto, en una situación diferente. Sin los efectos del alcohol nublando su mente. Porque sabía que en condiciones normales no hubiera sucedido jamás, simplemente Álex hubiera aceptado la derrota y se hubiera buscado a otra que no tuviera tantas mierdas por arreglar. Se entristeció solo de pensarlo. Eran tan diferentes... en todos los sentidos. Se llevaban bien, se reían, quizá Álex sintiera atracción hacia ella. Pero nada más. Reprimió las ganas de recorrerle con los dedos la línea curva de sus labios. Siempre sonreía, y eso le encantaba de él. Pero para hablar de sentimientos uno tenía que ponerse serio.

—Álex... —Lo miró a los ojos y suspiró para serenarse.

Y justo cuando iba a hablar otra vez él la cogió de la cintura y la empujó contra la pared. Mierda. Acercó su boca a la suya dispuesto a besarla y... le dio un bofetón.

—¡Joder! ¿Estás loca?

—¡No vuelvas a hacer eso!

¿Cómo había podido? ¡Echaba chispas! Estaba furiosa. Después de todo lo que le había contado, del miedo que aún le hacía sombra en su vida. Dejó ir un sollozo y se secó las lágrimas con rabia.

—Nayra..., yo... —balbuceó.

—No juegues conmigo, Álex —dijo mirándolo muy seria—. Me hicieron daño una vez. Una vez, no pienso caer más.

Él la miró entristecido, sus ojos ya no parecían nublados. Se le había pasado la cogorza de golpe.

—Yo no pretendía... —se interrumpió y cerró los ojos.

—No lo estropees más, por favor.

Salió del baño a toda prisa y cerró la puerta de su cuarto de un portazo. El enfado dio paso a la confusión. Le había pegado una bofetada, ¡por Dios! ¿Cómo se le había ido la mano? Cuando lo único que quería era tirarse a sus brazos. Sentir de nuevo sus manos en la cintura con esa seguridad arrolladora que en el fondo la había asustado. En su imaginación era inofensivo, pero en la vida real, por mucho que lo deseara, le daba pánico.

La mañana siguiente amaneció tormentosa. Tenía artículos retrasados por entregar y se levantó temprano para trabajar. Antes sacó a Denver aprovechando que el chaparrón se había convertido en una capa fina de agua. Aun así, llegaron empapados. Se dio una ducha de agua caliente y desayunó. Cuando Paula decidió levantarse ya llevaba dos horas en el ordenador sin parar de teclear y eran las doce del mediodía. Álex seguía durmiendo la mona.

—Odio los días de lluvia —se quejó Paula asomando la cabeza por la puerta—, lo único que

puedes hacer es refugiarte en algún centro comercial. ¿Te animas?

—Imposible. Aún no he terminado los artículos y tengo que enviarlos hoy sin falta.

—Vaya, pues sí que te está cundiendo esto de los blogs.

—No me puedo quejar. Tengo pendiente uno para un blog de moda.

Paula abrió los ojos sorprendida.

—Quién lo iba decir, Nayra dando consejos sobre moda, con lo que odias esas tonterías...

—Las vueltas que da la vida... —respondió negando con la cabeza sin parar de escribir.

Paula se echó a reír y se acercó para darle un achuchón cariñoso.

—Oye, ¿y Álex no se ha despertado aún?

No quería contarle lo que había ocurrido. Ni Paula, ni nadie, sabía que le gustaba. Aunque le daba la sensación de que todos sospechaban, incluso él. Quizá no disimulaba lo suficiente.

—Ayer llegó borracho —dijo fingiendo indiferencia.

—Qué extraño, nunca le he visto llegar así. No se lo tengas en cuenta, a veces crees que puedes aguantar una copa más y de golpe se te sube todo a la cabeza. ¿Por qué no lo despiertas?

—No pienso entrar en su habitación —afirmó rotunda.

Paula la miró con curiosidad. Debía estar esperando una explicación para el mosqueo más que evidente que llevaba encima, pero Nayra hacía esfuerzos para no recordarlo. Cuando comprendió que no iba a moverse de su silla ni a soltar una palabra se fue directa a la habitación de Álex. La oyó entrar con sus tacones —pisando más fuerte de lo habitual— y subir las persianas de un tirón. Álex murmuró, quejándose.

—¡Qué pestazo echa este cuarto! —gritó.

Abrió las ventanas para ventilar.

—¿Te metiste en la cama con ropa? Pues sí que la pillaste fuerte...

—¿No tienes nada mejor que hacer? —replicó enfadado.

—Son las tantas, Álex, levántate de una vez de la cama.

La oyó susurrar en voz baja.

—Ya lo sé, soy gilipollas —le contestó Álex.

Paula volvió a susurrar y sintió cómo Álex se levantaba de la cama.

—Me voy —le dijo Paula a Nayra cuando regresó a su cuarto—, no sé qué te hizo ayer, pero seguro que podéis arreglarlo.

Nayra le sonrió agradecida. No tenía ni idea de lo que le había dicho a Álex, pero estaba claro que le había echado la bronca y se había posicionado a su favor. Álex esperó a que la puerta de la entrada se cerrara para acudir a su encuentro. Llevaba los mismos pantalones de la noche anterior, iba sin camiseta y tenía el pelo enmarañado. Nayra se perdió en su pecho descubierto y acabó en la línea marcada de su abdomen, se le veía el borde del calzoncillo. No era justo que fuera a hablar con ella medio vestido, así no podía centrarse.

—Ayer la cagué —admitió—. No iba tan borracho como para no acordarme. Lo siento.

Ella no contestó y lo miró con severidad.

—Estaba frustrado. No sabía cómo volver a intentarlo... —continuó.

—No necesito tus explicaciones.

—Es obvio que las estás esperando.

—¿Qué intentas decirme?

Álex suspiró como si aquello le costara la vida. No le estaba obligando a nada, ya le había dicho que no necesitaba escuchar sus razones. Pero ahí seguía, pensando la manera de arreglarlo. Mirándola de nuevo con esos ojos intensos que le pedían que lo perdonara.

—Que eres alguien especial para mí.

Y volvía a caer. El corazón le latía tan fuerte que le daba miedo que Álex lo escuchara desde la puerta.

—Está bien —respondió hablando despacio—. Ahora quiero olvidar lo que pasó ayer. ¿Es posible?

—Si es lo que quieres...

—Gracias.

Volvió la vista hacia su ordenador. Se suponía que la conversación acababa ahí, pero él parecía no tener bastante.

—¿Qué trauma tienes con los hombres?

—¿Vienes a pedir perdón o a interrogarme?

—Siento mucho lo de ayer, ya te lo he dicho. No volveré a tocarte. Si tú no quieres —matizó.

Lo miró incrédula y soltó un bufido.

—¿Es que nunca te rindes?

—No puedo rendirme, me gustas.

—Vale. Pues muy bien.

—Y sé que tú sientes lo mismo.

—¿Ahora eres adivino?

—¿Puedes dejar de estar a la defensiva? Te estoy confesando mis sentimientos.

Nayra se tapó la cara con las manos y dejó ir un gemido.

—Dime que no quieres nada conmigo y te dejaré en paz. Te lo prometo.

—Es que... no sé si voy a poder.

—Si no lo intentas nunca lo sabrás —dijo con un hilo de esperanza en la voz.

—Tendrás que ir muy despacio.

—No me importa. —Ya sonreía.

—Será complicado.

—Pero no imposible, ¿no?

—Vale, está bien. Me gustas.

Álex se mordió el labio para evitar sonreír, pero ya se había contagiado de su emoción.

—¿Y ahora en qué punto estamos? —le preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Quiero saber en qué fase de la relación estamos.

Relación. ¿Cuándo habían hablado de eso? Solo se gustaban, aún no conocía toda su historia, no quería dar pasos en falso.

—Me he perdido. ¿Cuándo hemos empezado algo?

—Desde que nos hemos dicho lo que sentimos.

Respiró hondo para recobrar la serenidad. Quería seguir hacia adelante, aunque el miedo le hiciera perder el aliento y las manos le temblaran cada vez que le oía hablar.

—Nos estamos conociendo. —Lo miró intensamente. Como él hacía a menudo.

Porque los sentimientos salían más por los ojos que por la boca. Y si algo no podía negar es que Álex era de emociones reales.

Se había cansado de su propia historia, la que tenía anclada dentro y volvía con frecuencia para recordarle que no pudo ser feliz. Que el amor falló. Quizá desde el primer momento, y sin quererlo siguió forzándolo con el anhelo de que el ideal que había creado en su mente se hiciera real. Eloi había sido un sueño que persiguió durante años y cuando lo tuvo delante no se parecía demasiado a lo que había imaginado. Aun así lo quiso más que a nada en el mundo. Creó una dependencia que Nora le había criticado en más de una ocasión.

—¡Es que te pasas todo el día con él! —le decía—. Yo también existo y sigo siendo tu amiga.

Y aquel arraigo que se volvió enfermizo la destrozó cuando Eloi se marchó. No entendía muchas cosas de aquella relación. Cómo fue capaz de minar su voluntad, de convertirla en algo que no era. Quizá ese rencor que sentía hacia sí misma por haberse dejado manipular era lo que le impedía pasar página. Tener a Álex a las puertas de su corazón le traía demasiados recuerdos. El amor volvía, pero traía consigo las viejas heridas.

No tenía nada que ponerse. Había llegado al piso cargada con la ropa de invierno y después de cuatro meses era el momento de recoger el resto de sus cosas. Si no lo había hecho antes era porque no acababa de creerse que fuera algo definitivo, pero ya se sentía en casa. Podría haber salido a comprar ropa y darse un capricho. Le hubiera dolido el bolsillo, pero se habría ahorrado un disgusto con su madre. Le había enviado varios mensajes para intentar convencerla de que se vieran, pero ella seguía dándole largas. Estaba tentada de presentarse en casa sin avisarla y cruzar los dedos para que no estuviera. Sin embargo, el recuerdo de la escena con aquel hombre seguía latente. Aunque tuviera que enfrentarse a su madre, era preferible a pillarlos de nuevo en la cama. Así que acabó enviándole un mensaje que ella no tardó en contestar.

Estoy ahí en dos horas. Espérame, por favor.

Nayra sabía que su madre iba a intentar tener una charla con ella, hasta le insistiría para que se quedara a cenar, quizá a dormir. A ratos echaba de menos su fortaleza arrolladora, que la ayudaba a afrontar las dudas, aunque su falta de tacto se la llevara por delante. Y a pesar de que seguía enfadada, al fin y al cabo era su madre y no deseaba hacerle daño. Necesitaba que alguien le

recordara que después podría arrepentirse de sus palabras. Mientras pensaba en todo aquello sus pies ya habían recorrido medio camino hacia la habitación de Álex.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Iba a ponerme a estudiar. Me queda un mes para el examen.

—Oh. —Se mordió el labio decepcionada.

—Cualquier plan que me propongas será mejor que eso. ¿Qué tenías pensado?

—En realidad... quería pedirte ayuda. Tengo que ir a casa de mi madre a buscar ropa y no me apetece ir sola.

Álex sonrió.

—¿Me vas a llevar a conocer a tu madre?

Soltó un suspiro mientras rebuscaba entre un montón de ropa.

—¿Qué vas a hacer?

—Ponerme guapo.

Cogió un polo de color azul claro y se lo cambió por la camiseta que llevaba. Después se puso desodorante y un poco de colonia. Resultaba irresistible de cualquier manera.

Nayra llevó la maleta vacía y una bolsa de mano. Esperaba que le cupiera todo. De todas formas, viajaban en el metro y tampoco podían cargarse demasiado. Se le hacía extraño estar con él en otro ambiente que no fuera el piso. Era como si se sintiera desubicada. No podía dejar de mirarlo, como si se tratase de un espejismo y su imagen fuera a disolverse tarde o temprano. Pero era real, estaba allí. Dispuesto a dar un paso más para entrar en su vida.

Cuando llegaron a la urbanización eran las cinco de la tarde y disponían de una hora antes de que su madre llegara para aguarles la fiesta.

—Esta es la casa de los padres de Nora —le dijo cuando pasaron por delante.

La valla que envolvía el terreno no dejaba ver del todo el jardín, pero la casa sobresalía entre los setos perfectamente cortados y alineados.

—Menudo caserón.

—Sí, es muy bonita. Ya te la enseñaré, cuando Nora nos invite a la piscina en verano.

Siguieron caminando. Estaba tan ilusionada que no se dio cuenta de lo mucho que había acelerado el paso hasta que le dejó atrás.

—Aquí es —anunció con una sonrisa.

Abrió la puerta del jardín y le indicó que pasara.

—¿No tenéis perro?

—Mis padres nunca han tenido tiempo para animales. Por detrás hay más jardín. —Señaló con el dedo en dirección a la parte trasera—. Prefiero no enseñártelo. Dudo mucho que mi madre se haya preocupado de cortar la hierba.

Álex soltó una risita. Entraron en la casa. Las fotografías que colgaban de la pared de la entrada seguían intactas. Él las observó unos segundos y después la siguió hacia el comedor.

—Esto sí que es un comedor y no la mierda que tenemos allí.

Ella se echó a reír. Desde los ventanales se podía ver la parte del jardín que no le había querido enseñar antes. Para su sorpresa, la hierba estaba recién cortada.

—Creo que vive con ella.

O había contratado un jardinero, una de las dos opciones.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé, tengo esa sensación.

En el tiempo que Nayra llevaba fuera de casa, su madre había cambiado ciertas cosas de lugar. No había tocado los muebles, pero ciertos detalles no le pasaron desapercibidos. Las plantas que adornaban la mesa de centro. La chaqueta de hombre que colgaba del perchero de la entrada.

—Tenía tantas ganas de enseñarte dónde vivía..., pero ahora no lo reconozco. Ya no es mi hogar —suspiró con tristeza.

—Estoy seguro de que tu habitación sigue intacta. Mi madre aún no ha tocado la mía, y mira que hace dos años que me fui —dijo él negando con la cabeza con gesto divertido.

Ella volvió a sonreír. Había acertado pidiéndole que la acompañara, su presencia lo hacía todo más llevadero. Subieron las escaleras hacia el piso de arriba. Le enseñó el despacho de su padre, que apenas se había tocado, y los baños. Prefirió no entrar en la habitación de su madre.

—Esta era la mía.

Las persianas estaban medio bajadas. Las subió y abrió el balcón para admirar el paisaje y la ciudad que se veía al fondo. Echaba de menos aquellas vistas. Álex observaba la habitación con curiosidad. Tenía un armario enorme con puertas correderas y espejos en los frontales. Ese detalle le hubiera encantado a Paula, pensó, dejaría de hacerse fotos con el móvil para verse de cuerpo entero. Las dos estanterías estaban repletas de libros, Nayra tiraba mucho de bibliotecas, pero compraba aquellos que merecían una segunda lectura, y ya había agotado el espacio. Su padre siempre bromeaba con montar su propia biblioteca y ella le había robado varios estantes de su despacho. En el escritorio también encontró el reproductor y sus cedés de música. Puso el primero que cogió sin mirar y sonrió cuando reconoció la melodía. *Emocional*, de Dani Martín, le pareció perfecto para aquel momento.

—¡Pero si tenías cama de matrimonio! —exclamó Álex tumbándose con los brazos abiertos.

—¡Oh, mi cama! —dijo ella tumbándose a su lado—. Ni te imaginas lo bien que se duerme aquí.

—Podrías llevártela al piso. Si quitas el escritorio te cabe.

—No sería mala idea —se rio.

—¿Sigue igual que antes?

—Sí, tenías razón.

Alargó la mano para tocar el atrapasueños que colgaba de la cabecera. Se lo había regalado Nora en uno de sus cumpleaños, lo había hecho ella misma.

—Que me hayas traído hasta aquí hoy significa mucho para mí —dijo de pronto Álex cogiéndola de la mano.

Hubiera querido quedarse así el resto de la tarde. Los dos estirados en la cama, mirando hacia el techo y notando la suavidad de sus dedos acariciándole la piel. No le hacía falta más.

—Dime algo —susurró Álex.

—¿Por qué te molesta tanto mi silencio?

—Porque no sé qué estás pensando.

—Que se pare el tiempo.

Él dejó escapar un suspiro de felicidad. De reojo, le vio sonreír y se imaginó besando su boca muy despacio. Recorrería su barba incipiente con los dedos, los escondería entre su pelo. Volvería a besarlo, después en el cuello. Podría hacerlo. A fin de cuentas, aquello también valía para conocerse.

Pero la realidad rompió su instante mágico. Sintió a su madre entrar por la puerta y se levantó de la cama de un salto, no quería que los pillara en plan romántico.

—¡Joder! Qué susto me has dado —exclamó Álex.

—Ayúdame —le pidió.

Abrió la maleta y empezó a meter su ropa dentro.

—¡Nayra, ya estoy aquí! —gritó su madre desde abajo.

—¡En la habitación! —contestó ella con voz enérgica.

Ni siquiera sabía de dónde la sacaba, tenía la boca completamente seca.

La oyó subir por las escaleras. Estaba nerviosa, era el segundo chico que traía a casa. Y después de Eloi costaba hacerse a la idea. Su madre no lo dijo, pero se sorprendió al ver a Álex.

—No me dijiste que ibas a venir acompañada.

Llevaba su mejor vestido. El que se reservaba para las ocasiones importantes. Había estado con él, era evidente.

—Tú también estabas acompañada la última vez que estuve aquí.

Se tensó encajando el golpe y miró a Álex, que no sabía dónde meterse.

—¿No vas a presentármelo?

—Soy Álex —dijo él adelantándose—. Encantado.

Fue directo a darle dos besos, pero la madre de Nayra le ofreció la mano antes de que tuviera tiempo de acercarse y se la apretó con fuerza. A pesar de su baja estatura, su carácter y determinación le hacían parecer una mujer de armas tomar.

—Ana, igualmente. ¿Y vienes en calidad de...?

—Novio.

—¡Amigo! —rectificó Nayra de inmediato, y lo fulminó con la mirada.

¿Pero en qué estaba pensando? Vio cómo él disimulaba una sonrisa. Quizá lo había hecho para rebajar la tensión, pero no quería darle explicaciones a su madre.

—Ya veo que cada uno tiene aspiraciones diferentes —dijo ella intentando parecer indiferente.

—Nos estamos conociendo —contestaron los dos a la vez.

Maldita telepatía. Esta vez Álex no hizo esfuerzos por aguantarse la risa.

—Al menos estáis de acuerdo en algo. ¿Me dejas que hable un momento con Nayra? —le preguntó a Álex.

Él miró a Nayra esperando una respuesta. Y ella le indicó con la mirada que no pasaba nada. Era increíble lo bien que se comunicaban por gestos.

—Está bien, esperaré abajo.

—En la nevera hay refrescos, tú mismo. Estás en tu casa —le dijo la madre.

Nayra no podía imaginárselo bebiendo una cerveza en el comedor donde ella había crecido. De haber estado allí su padre, le hubiera enseñado las variedades raras que encontraba en los supermercados especializados. Probablemente hubieran hablado de coches y le habría enseñado el Mercedes. Estaba segura de que también disfrutaba con ese tipo de cosas. En cambio, Álex estaba allí solo, esperando a que ellas acabaran una conversación que no sabían ni cómo empezar.

—Parece un buen chico.

Que le hubiera dado buena impresión dejaba entrever lo desesperada que estaba por reconciliarse.

—No he venido a hacer las paces contigo...

—¿No crees que lo estás alargando demasiado?

—A lo mejor si hubieras hecho las cosas de otra manera, sin llevarte a todo el mundo por delante...

Su madre se puso las manos en la cabeza.

—¡Lo siento! —exclamó—. No debería haberte echado en cara lo de... —Se interrumpió al ver su expresión de incredulidad—. Todo ha salido al revés de lo que esperaba. Pero no pretendía haceros daño. Si me dieras la oportunidad de explicártelo...

—Hoy no —respondió ella zanjando el tema—. No es el momento y no quiero hacer esperar a Álex.

Puso las cuatro cosas que le faltaban en la maleta y bajó hacia el comedor. Su madre la siguió.

—Espero verte otro día —le dijo rozándole el brazo con cariño—. Y a ti también, Álex, puedes volver cuando quieras.

—Gracias —contestó él con educación.

Nayra la miró con tristeza y se marchó sin añadir nada más.

—¿Piensas perdonarla algún día? —le preguntó él mientras caminaban hacia la parada del metro.

Empezaba a hacerse de noche. Álex arrastraba la maleta por la acera pedregosa haciendo un ruido ensordecedor y acaparando las miradas de los pocos viandantes que paseaban por allí. Nayra se agarró de su brazo con fuerza, como si intentara encontrar consuelo con ese gesto.

—Espero que sí. La echo mucho de menos.

—No recuerdo qué ocurre a continuación. Me quedé anclada en los finales tristes. En el adiós que se pronuncia con amargura porque no eres tú el que te vas.

—Tú solo mírame a los ojos y yo haré el resto.

—¿Sobre qué estás escribiendo?

Dio un respingo y dejó de escribir. Álex la miraba con curiosidad desde la puerta, no lo había oído llegar. Aunque intuía que no se había esforzado para que lo escuchara.

—Sobre una persona que abre su corazón después de mucho tiempo. —Bajó la pantalla del ordenador.

Él estaba leyendo su libro y lo más seguro era que acabara leyendo ese también, pero no le gustaba enseñar los esbozos de sus proyectos. Tenían sentido en su cabeza, donde cada pieza estaba puesta en su lugar esperando a ser rescatada en el momento preciso. Sin embargo, para alguien que no conocía sus intenciones solo serían palabras inconexas.

—De qué me suena eso... —dijo él acercándose.

Ella esbozó una media sonrisa.

—¿Así que escribes sobre ti?

—No exactamente. Son personajes inventados que viven experiencias parecidas a las mías. Les pongo un poco de mí y otros rasgos que me gustaría tener.

—¿Como por ejemplo?

—Valentía.

—Eres valiente, Nayra.

Ella negó con la cabeza.

—Aunque intente aparentar lo contrario, soy una cobarde.

Nunca le dijo lo que pensaba a Eloi por miedo a quedarse sola. Se fue entregando a él poco a poco, fue perdiendo su identidad, su vida.

—Me llevé un bofetón por intentar besarte. Eres una chica guerrera.

Su mirada estaba llena de admiración. Por ella. Se estaba haciendo una idea equivocada, quizá se estaba enamorando de alguien que no podía ser.

—No, Álex. Me fui de casa de mis padres porque se estaban separando. A eso se le llama salir huyendo.

—Solo evitabas que te hicieran daño. A eso se le llama ser una chica lista.

Volvió a negar con la cabeza, sabía dónde iba a acabar aquello.

—¿Qué coño te hizo ese desgraciado para que sigas arrastrando tanta inseguridad?

—No quiero seguir por ahí —contestó tajante.

—No voy a salir corriendo.

—Me da vergüenza.

—Es que así no puedo... —dijo frustrado.

—Te advertí que sería complicado.

Él suspiró aceptando la derrota y bajó la cabeza, meditabundo.

—Vale, ¿sabes qué? —preguntó recuperando el tono alegre—. Si no hubieras huido jamás nos hubiéramos conocido.

—Es verdad —sonrió ella.

—Todos tenemos un pasado, solo tienes que aprender a convivir con él.

Su madre lo siguió intentando. La llamó a la hora de cenar, cuando Álex y ella veían una película. Nayra adoraba los musicales y hacía tiempo que esperaba la oportunidad de ir a ver *El Principito*. Era un cuento que había disfrutado de niña y que más tarde, siendo una adolescente, comprendió.

—Ven a verlo conmigo, pasaremos la tarde juntas.

Pero ella seguía estancada y su orgullo le impedía ceder.

—Así te haces más daño —le dijo Álex cuando colgó el teléfono. En su mirada le pareció descubrir una intención escondida.

Unos días más tarde, Álex le pidió que se preparara para salir. Ella no se olió nada raro hasta que, en el último momento, lo vio tirado en el sofá.

—¿Tú no vienes? —le preguntó con los brazos en jarras.

Él negó con la cabeza y le pidió que se sentara.

—Le prometí a tu madre que te convencería para ir al musical.

—¿Que has hecho qué? —gritó Nayra furiosa—. ¿Cómo te atreves?

—Tienes que escucharla...

—¿Cómo has conseguido su número? —le interrumpió.

¿Habría sido capaz de mirar su teléfono, de rebuscar en sus cosas?

—Se lo pedí a Nora.

Nayra apretó los puños con rabia y se levantó de golpe.

—¡Deja de meterte en mi vida!

Se encerró en su habitación dando un portazo. Álex no tardó en ir a buscarla.

—Nayra, abre. Al menos deja que se explique, es tu madre. Dale una maldita tarde. Vamos, estará a punto de llegar.

—Tú te has metido en este lío. ¡Solúcionalo tú solo!

—Ábreme, por favor.

Finalmente, cedió y abrió la puerta. Nerviosa, no dejaba de moverse por toda la habitación.

—Tengo la sensación de que intentas salvarme de algo, de que te has convertido en mi

protector. Y yo no necesito eso.

Álex la miró sorprendido.

—Solo intento ayudarte, pero no te dejas. Desde el primer día que entraste aquí nos has hecho creer que eres alguien que... por momentos me parece que no existe.

A Nayra le volvió el mismo pensamiento de días anteriores.

—Pues quizá el problema sea ese, que te estás enamorando de alguien que no soy.

—¡Y quién eres, joder!

No lo sabía. No se encontraba. Todo era demasiado confuso, hasta lo que sentía hacia él.

—Si te soy sincera, lo que necesito es estar conmigo misma. No me hace falta un compañero.

Álex había conservado cierta calma hasta ese momento, pero la perdió al instante.

—¿De verdad es lo que quieres? —masculló dolido.

Nayra asintió, aunque sin demasiado convencimiento.

—Pues muy bien, tiro la toalla.

Minutos más tarde lo escuchó hablar por teléfono sin percatarse de la conversación. Su madre la llamó varias veces. Que hubieran tramado a sus espaldas aún la enfurecía más.

Tenía un tema pendiente con Paula. Se le notaba a la legua que su interés por Álex no se resumía en una simple amistad, por mucho que su relación estuviera colgando de un hilo. Pero nunca habían hablado abiertamente de lo que sentía. Era muy incómodo evitar un asunto que ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. El primer día que llegó al piso pensó que sus diferencias no le permitirían congeniar demasiado con ella, y ahora se había convertido en una persona imprescindible. Lo mismo le había ocurrido con él. De algún modo ambos habían llegado a su vida en el momento justo, para apoyarla cuando más lo necesitaba. Por eso Paula se merecía su sinceridad. Recordaba cómo había intentado ayudarla para conquistarlo en los primeros meses; mirándolos desde la distancia, comprendió que en aquel momento no hizo más esfuerzos porque sus celos no la dejaron.

Estaban las dos en su cuarto, doblando ropa que acababan de sacar de la lavadora. El estilo clásico de Nayra no dejaba de sorprender a Paula. Lo único que mereció sus elogios fue una blusa con la espalda descubierta que su madre le había regalado en su último cumpleaños.

—Paula, hay algo que quiero decirte y no sé cómo hacerlo... —Fue directa al grano. No le gustaba dar rodeos—. Es sobre Álex.

—¿Habéis empezado a salir? —preguntó ella emocionada.

—No —le contestó disimulando su sorpresa.

—Pues sí que os va a durar el tonto...

—¿Es que no te importa?

Paula se rio como si acabara de contarle un chiste. Nayra se sintió idiota.

—No estaba enamorada de él, solo me atraía. Además, vosotros habéis congeniado desde el primer momento. Tendrías que habernos visto a nosotros, cuando nos conocimos, tardamos semanas en mantener una conversación coherente.

—Pero ahora sois amigos, ¿no?

Ya no sabía qué esperar. Paula era del todo impredecible.

—Sí, claro. Lo que intento decirte es que hay personas que están predestinadas a quererse.

—Me temo que no es nuestro caso... Llevamos dos días sin hablarnos.

—¿Qué ha pasado?

—Se metió en un tema delicado y no reaccioné bien.

—Álex tiene buen corazón, Nayra. Siempre se hace el duro, pero cuando está contigo puedo leerle en los ojos lo que siente. Está en ese punto en que ya no puede esconder sus sentimientos. Y a ti, a pesar de lo mucho que disimulas, también se te nota.

—Vaya, pues sí que nos tienes controlados.

—Sois mi culebrón favorito desde hace semanas —se rio—. No te obceques, estoy segura de que solo quería ayudarte.

—No es excusa.

—Tampoco se lo estás poniendo fácil.

Era verdad. En realidad, no fue consciente de que Álex se rendía hasta que lo vio pasearse delante de ella como si no existiera. Sintió un vacío momentáneo. Él seguía estando allí. Ella se había ido muy lejos para que no la alcanzara. Y su orgullo se prestó a aquel juego de ignorancias.

Denver se hallaba en una encrucijada que solucionó trasladándose al pasillo, cerca de los dos, a la espera de que aquel comportamiento tan extraño se disipara.

Álex volvía a salir, a no estar en casa. Y a Nayra ya no le daba miedo la soledad, pero temía perder a alguien que se le había presentado como caído del cielo. Por eso, cuando lo vio llegar y él la miró a los ojos por primera vez después de cinco días, suspiró aliviada.

—Hola —le saludó indecisa.

—Hola.

Álex también había abandonado la tensión. Tenía una mano detrás de la espalda, como si ocultara algo.

—Lo siento, Nayra. Dijiste que echabas de menos a tu madre y quise darte un empujón para que lo solucionarais de una vez. No creí que fuera a sentarte tan mal.

—Sé que lo hiciste con buena intención, pero arreglarlo solo me concierne a mí. —Ladeó la cabeza para mirar detrás de él—. ¿Qué llevas ahí?

—¿Prometes no reírte?

Descubrió la mano inseguro, llevaba unas flores silvestres.

—Vaya, no sabía que eras un romántico.

—No lo soy, me siento un poco imbécil.

Nayra se echó a reír y cogió el manojito de flores, que entre las manos fuertes de él se habían aplastado un poco.

—Soy incapaz de rendirme... —le confesó.

—No quiero que lo hagas —dijo ella.

Esbozó una sonrisa ligera que no le llegó a los ojos.

—Me cuesta entenderte, Nayra.

—Dame tiempo, por favor. —Entrelazó sus dedos con los de él.

Volver a la normalidad fue relativamente fácil. Superar un obstáculo le dio alas para seguir adelante. Y eso también le valió a Álex, que acogió la nueva oportunidad con más ganas y como señal inequívoca de que Nayra estaba dispuesta a esforzarse.

Aunque no podía evitar sentirse incómoda. Ahora que habían dejado de esconder sus sentimientos delante de Paula, cualquier situación cotidiana se les iba de las manos y se convertía en un momento íntimo. Nayra intentaba poner tierra de por medio para frenar sus ganas de entregárselo todo. Quería ir despacio, necesitaba ordenar su cabeza y abrirse a él no solo en cuerpo, deseaba abrirle su alma, porque si no lo hacía la relación no iba a funcionar. Y Álex merecía la pena. Tenía que merecerla para que después de tres años su corazón hubiera bombeado con ganas cerca de él.

Para Paula no debía ser fácil convivir con dos personas en trámites de enamorarse. Y ellos muchas veces olvidaban que no estaban solos. Aquella tarde volvían a coincidir los tres en el piso. Álex hacía media hora que había llegado de trabajar derrochando alegría y Nayra dejó que se la contagiara. Se había pasado toda la tarde tecleando sin parar algo que ya empezaba a llamar novela.

—Voy a darme una ducha antes de preparar la cena —le dijo despegándose del teclado.

Él se había tumbado en su cama —se tumbaba tan a menudo allí que el colchón ya había adoptado su forma— y se levantó veloz para cortarle el paso.

—Yo primero, vengo sudado de trabajar.

—¡Hace una hora que estás aquí! —se quejó ella.

Lo hacía para sacarla de quicio y no iba a permitir que se saliera con la suya. Empezaba la competición.

Álex salió corriendo hacia el baño —con las piernas tan largas que tenía le bastaron tres zancadas para plantarse delante de la puerta— y Nayra lo siguió sin poder aguantarse la risa.

—Ni hablar —dijo bloqueándole la entrada con su cuerpo.

Nayra se movió hacia un lado y luego al otro para hallar un hueco libre por donde meterse. Tras varios intentos, logró vencer su defensa por el lado izquierdo, alcanzó la bañera y corrió la cortina.

—¿Piensas ducharte con ropa?

—Sin ropa —dijo recalcando cada palabra—, pero tú no me verás.

Se quitó la camiseta y se quedó en sujetador. Álex veía su sombra detrás de la cortina, ella sacó la mano por una esquina y le tiró la camiseta en la cara. Él soltó una exclamación de sorpresa.

—No te creía tan provocadora...

Nayra soltó una carcajada nerviosa, ya no sabía cómo acabar el juego y no quería seguir

quitándose ropa. De repente, Álex apartó la cortina y quedó expuesta delante de él.

—¡Menuda decepción! Olvidaba que llevabas el sujetador.

Abrió los ojos, escandalizada, y se abalanzó hacia él para pegarle un manotazo, pero Álex le pilló las manos al vuelo.

—Te recuerdo que has empezado tú y yo no soy de piedra, nena.

Uff, nena. Aquella palabra pronunciada en su boca entreabierta le llegó hasta dentro, avivando el deseo que crecía hasta convertirse en una respiración agitada. Álex jadeó y la soltó mientras tragaba saliva.

—Vamos a refrescar un poco el ambiente...

No reaccionó a tiempo para impedir que cogiera la manguera de la ducha y la rociara con agua helada. Soltó un grito seguido de una maldición y cerró el grifo. Él se desternillaba de risa.

—Por cierto, llevas un sujetador muy bonito —dijo regodeándose.

—Hace un momento te quejabas de que lo llevara puesto.

—Hace un momento te lo habría arrancado con los dientes si no hubiera recordado que nos estamos conociendo.

Suspiró intentando calmar el deseo que crecía de nuevo. Las palabras de él eran como electricidad que cargaba el aire y lo hacía irrespirable.

—¡Puaj! Apestáis a amor y a tensión sexual no resuelta.

Los dos se giraron para observar a Paula, que los miraba desde el pasillo. En parte Nayra agradeció que pusiera fin al juego subido de tono. No sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero con el escándalo que habían montado podría haberlos sentido desde la calle. Si era su culebrón favorito, aún le quedaban capítulos para emocionarse.

Más tarde, mientras Álex se duchaba, llegó Javi. Era miércoles, le extrañó que viniera a buscarlo. Paula seguía en el piso y no tenía intención de irse, aunque tampoco se había puesto el pijama. Podía cambiar de planes en el último momento.

—¡Paula! ¡Cuánto tiempo! —la saludó sorprendido.

Por la manera en que la miró, parecía que le había alegrado el día. Se sentó en el sofá con una cerveza en la mano y puso los pies sobre la mesa de centro. Su descaro no tenía límites.

—Oye, Nayra, hoy tenemos cena de chicos, no te importa, ¿no?

—Sois libres de hacer lo que os venga en gana.

—Lleva días sin cogerme el teléfono, creía que lo tenías secuestrado.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Qué coño haces aquí? —le soltó Álex cuando lo vio.

Llevaba ropa de deporte y aún se estaba secando la cabeza con la toalla. Si tenían planes, él no se acordaba de ellos.

—Hombre, yo también me alegro. Le decía a Nayra que hoy toca cena de chicos.

—¿Ah, sí? ¿Desde cuándo hacemos esas chorradas? —Le palmeó el brazo con cariño.

Se dirigió a la cocina para coger una cerveza de la nevera y Nayra fue detrás de él. Se sentía

culpable, no quería que dejara a su amigo de lado. Se habían acostumbrado a una rutina y cada vez disfrutaban de más momentos juntos, y le gustaba que fuera así, pero la experiencia le decía que se empezaba por ahí y se acababa por abandonarlo todo por el otro, y no quería volver a cometer el mismo error.

—Nuestras cenas no son sagradas, Álex —intentó convencerle.

Él le acarició la mejilla con cariño.

—No teníamos nada planeado, se lo está inventando.

—¡Me estás fallando! —gritó Javi desde el comedor.

—Está celoso. Se piensa que lo voy a abandonar porque paso más tiempo contigo.

—No me gustaría interferir en vuestra amistad.

—No te preocupes, le vendrá bien —dijo sonriendo con malicia—. Estaba creando demasiada dependencia.

Cuando volvieron al comedor Javi ya se había rendido e intentaba engatusar a Paula.

—Vamos, Paula, me harías muy feliz...

—No seas pesado —decía ella.

Por su expresión se podía adivinar que ya la tenía convencida, pero se hacía la dura.

—Te invito yo, va...

—Eso ya lo daba por hecho —contestó finalmente, indignada, y se levantó para ir a buscar su chaqueta.

Javi saltó del sofá, emocionado, y se acercó a Nayra.

—¿Estoy bien? Me he bajado el cuello de la camiseta.

Como si ese gesto sumara posibilidades.

—Sí, pero no la atosigues. Y trátala bien o te las verás conmigo —le advirtió.

Él levantó el pulgar dando su conformidad.

—Esta me la apunto, traidor. —Se despidió de Álex dándole un toque amistoso en la barriga.

—Pero si te he hecho un favor, capullo.

Javi tenía pinta de ser un rompecorazones. Sin embargo, los que fingían serlo resultaban los más sensibles. Y él parecía de los que vivían la vida aceptando con una sonrisa todo lo que le viniera. De los que eran felices por naturaleza y deseaban encontrar a su otra mitad, pero sin prisa, cómplice de la noche, porque sabía que era joven y algún día se agotarían las ganas y el tiempo.

—Javi es muy divertido —comentó Nayra mientras cenaban.

Se preguntaba qué pensaría Paula de él. Si detrás de aquella fachada de chica dura se esconderían las ganas de conocerlo.

Álex la miró con fingida preocupación.

—¿Más que yo?

—¿Estás celoso?

—No sería la primera vez que lo prefieren a él...

De ahí su reacción cuando lo conoció, la mirada acusadora, las prisas por sacarlo de allí.

—No es mi tipo. Bueno —rectificó—, ninguno de los dos lo sois.

—¿No te parezco guapo?

Ahora parecía realmente preocupado.

—Sí, claro. Me atraes muchísimo. —Demasiado, y eso le dificultaba contenerse—. Me refiero a que somos muy diferentes. Nunca imaginé que pudiera ser tu chica ideal.

—Los ideales no existen, nena. Cuando te enamoras, lo haces y ya está.

Le gustaba aquello de «nena», cada vez que lo pronunciaba algo se revolvía en su interior.

—No es tan simple —replicó.

—Claro que lo es. Sois las mujeres las que lo hacéis todo demasiado complicado. —Le dedicó una mirada profunda—. Es tan simple como... hacer lo que sientes —sonrió cómplice—. ¿Qué te pide tu corazón?

Quería morderle los labios. Coger su cara entre las manos y notar el tacto de su barba otra vez, rasgarse las mejillas. Revolverle el pelo, esconderse en sus brazos. Dejarse arrastrar por las incontrolables ganas de enamorarse.

Volvió a coger aire y apartó los ojos de él. Necesitaba serenarse.

—Vamos a pasear a Denver.

El tiempo estaba cambiando. Se había nublado el cielo y la noche parecía más negra que de costumbre. El silencio invadía las calles. Un miércoles por la noche no había demasiado ambiente, y las terrazas habían recogido pronto. Decidieron irse al parque para poder soltar a Denver. A esas horas estaba vacío, salvo por una perrita que corría alocada detrás de la pelota. Reconocieron a Lola enseguida y a María, su dueña, que estaba sentada en el único banco que quedaba alumbrado por la farola.

—Dichosos los ojos —los saludó.

Nayra se sentó a su lado mientras Álex soltaba a Denver. Los dos perros se entendían tan bien que ni siquiera hacía falta tirarles la pelota. Uno de ellos corría con el juguete en la boca mientras el otro lo perseguía, y cuando se cansaban intercambiaban los roles. Solo cuando entraba en escena otro perro ajeno a ellos aquella complicidad desaparecía y era necesario intervenir para poner paz.

María analizaba cada uno de sus movimientos. No habían hecho nada que dejara entrever que su relación había cambiado. Sin embargo, ella se lo olía. Era la primera vez que iban juntos al parque. Nayra había fantaseado muchas veces con ese momento. Con algo tan estúpido como contarle las payasadas que hacía Denver para atraer a una hembra de labrador que solía aparecer por las mañanas. Y los increíbles saltos que pegaba para coger la pelota al vuelo.

—¿Qué hace tu perro? —le preguntó entonces Álex.

Se había alejado de ellos para perderse en la oscuridad. Tenía por costumbre beber de la fuente, que hacía semanas que estaba rota y perdía agua.

—Ahora vuelve, tranquilo. Pero te recuerdo que su dueño eres tú.

—Desde que va contigo ya no me quiere igual...

—Llevas mucho tiempo comportándote como un padre ausente, qué esperabas.

—Es cierto. Deberíamos repetir esto más a menudo —sonrió.

Nayra estornudó y se frotó los brazos con las manos. Se había levantado aire y empezaba a refrescar. Y se sentía exhausta.

—¿Estás bien? —le preguntó Álex.

—Tengo frío.

—Tendrías que haber cogido una chaqueta. Anda, ven.

Se acercó a ella y la rodeó con el brazo. María les sonrió con cariño. Si le quedaba alguna duda, acababa de resolverla.

—Se avecina tormenta —les dijo señalando el cielo. A lo lejos se veían relámpagos—. Más vale que nos resguardemos —añadió.

Llamó a Lola para atarla con la correa y Álex hizo lo mismo con Denver.

El camino de vuelta a Nayra le pareció largo. No se sentía bien, y el frío le había calado hasta los huesos, no dejaba de temblar.

—¡Estás ardiendo! —exclamó Álex cuando acercó la barbilla a su frente.

Llegaron a casa justo a tiempo para escapar de la lluvia. Cuando Nayra se metió en la cama, las gotas repicaban en la ventana con fuerza. Se había puesto el pijama de invierno y aun así no dejaba de estremecerse.

—Mira qué te traigo —dijo Álex al rato entrando en la habitación—, remedio infalible de mi madre.

Nayra se sentó sin dejar de temblar y cogió el vaso humeante entre las manos.

—Leche con miel y un paracetamol. —Dejó la pastilla encima de la mesita—. Verás como dentro de nada estás como nueva.

Ella sonrió y le dio un sorbo a la leche, estaba riquísima. Le recordaba a la abuela, usaba la miel para casi todo, decía que tenía propiedades curativas y que endulzaba la vida. Su madre solía recurrir a las sopas instantáneas para curar los resfriados.

Álex le trajo una manta fina de su cuarto y se la puso por encima. La abrigó a conciencia, parecía que alargaba el momento para no tener que irse.

—Llámame si necesitas algo. —Acarició su mejilla con suavidad.

Ella puso su mano sobre la de él, para retenerlo más tiempo. No quería que se marchara. Le apetecía acurrucarse a su lado hasta quedarse dormida. Se lo pedía el corazón.

—¿Puedes quedarte?

—Estaba deseando que me lo pidieras —sonrió emocionado.

Se quitó las bambas con rapidez y se acomodó junto a ella. La cama era demasiado pequeña para los dos, pero Álex lo solucionó poniéndole el brazo bajo la nuca para que se recostara encima de él. Se estaba excediendo, pero se lo permitió encantada. Le dio el vaso de leche para que lo dejara encima de la mesita y reposó la cabeza sobre su pecho. Cerró los ojos y se dejó

envolver por su calor, el vaivén de su respiración y el eco de un corazón que empezaba a acelerar el paso.

—Otra vez ese silencio... Nayra, dime qué piensas.

—Que todo se precipita y ya no puedo pararlo.

—Pues no lo hagas. —La apretó contra sí.

Su corazón debajo de su oreja.

—Te palpita muy rápido —susurró.

—Porque estoy contigo.

Hacía calor. Estaba sudando. Los rayos de luz entraban a través de la persiana con intensidad, lo que indicaba que era tarde y la tormenta se había disipado. Se movió con sigilo para quitarse la manta de encima. Álex la tenía rodeada con el brazo y el movimiento lo despertó.

—¿Qué pasa? —murmuró medio dormido.

—Me sobra la manta.

—Espera.

Tenía el pelo más revuelto que de costumbre. Empujó la manta con fuerza y la tiró al suelo. Se quedó observando por la ventana durante unos segundos y luego la miró, alarmado.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Nayra miró el despertador soltando un bostezo.

—Faltan quince minutos para las nueve.

Y era jueves. Por un momento le había dado la sensación de que era fin de semana, pero enseguida agudizó el oído y sintió a Paula en el lavabo, preparándose para ir a trabajar.

—¡Me cago en...! —exclamó Álex saltando de la cama—. ¡Joder!

Cogió sus bambas del suelo y se tambaleó, golpeándose con el escritorio. Volvió a maldecir y salió escopetado de la habitación. Nayra se incorporó despacio, aún se sentía mareada, pero ya no tenía fiebre. Oyó cómo Álex daba golpes en la puerta del baño.

—¡Abre, Paula! —gritaba—. ¡Es una emergencia!

Fue al pasillo para observarlo. Tuvo que morderse el labio para aguantarse la risa viéndolo ponerse el uniforme dando saltos delante de la puerta.

—¿Te has dormido? —preguntó Paula al salir del baño.

Llevaba el rímel en la mano y medio ojo pintado. Álex se metió veloz en el baño y les dio la espalda para mear. Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta.

Paula miró a Nayra con extrañeza cuando se percató de su presencia.

—¿Os habéis acostado? —preguntó sin tapujos.

Álex soltó una risita mientras se subía la cremallera del pantalón.

—No, no —se apresuró a contestar ella—, hemos dormido juntos.

—Luego te llamo —le dijo Álex.

Le dio un beso rápido en la frente y salió del piso dando un portazo.

—¿Te ha besado en la frente?

Paula la miraba con la boca abierta, como si se tratara de un bicho raro.

—Eso parece.

—¿Pero qué mierda de relación es esta?

Se tapó la cara con las manos y dejó escapar un suspiro. No tenía ganas de pensar. La cabeza aún le daba vueltas, no sabía si a consecuencia de la fiebre de la noche anterior o por haber dormido acurrucada en los brazos del chico que le hacía hormiguitar el estómago.

—Aún no estamos saliendo...

—¡Pero si habéis dormido juntos! Nayra, por favor, bésalo como Dios manda cuando vuelva.

—También puede hacerlo él.

—Chica, después de calzarle un guantazo cualquiera se atreve...

Quizá era el momento de perder la cordura, de atreverse a dar el paso ella misma. Sería un comienzo distinto, una esperanza a la que acogerse.

—Álex sigue el ritmo que tú le marcas —le explicó Paula en un tono más amable—. Mira, mañana saldré con Javi, ¿por qué no os venís?

Y si entraba en su mundo, sería más fácil.

—Está bien —contestó decidida.

Aquella relación no le permitía ser feliz. Cuando se refugiaba en sus brazos tenía la sensación de que no la consolaban. Eran su prisión. No la dejaban volar libre.

Aun así, no podía marcharse de su lado. Lo amaba.

Te escribí te quiero.

Necesitaba a Nora, la persona que más la conocía en el mundo, su otra mitad, esa que la miraba a los ojos y la llenaba de calma y seguridad. Ella ordenaría su cabeza y no permitiría que se volviera a equivocar. Aunque a veces había fuerzas más grandes que se llevaban por delante hasta lo más preciado de nuestra vida. Había vendas que no querían caer, errores que no dejaban seguir hacia delante. Sabía bien que el amor podía ser así. Podía ser el agua que calma la sed, pero también el fuego que lo quema todo a su paso. Y Eloi había sido las dos cosas en una, el ángel camuflado de demonio. El que sabía ser agua delante de los demás y la incendiaba cuando nadie estaba allí para verlo. Nora no la vio caer, no se dio cuenta de que el problema era mucho más grave de lo que parecía. Pero sí la advirtió, le aconsejó que se alejara, aunque tuvieron que arrancárselo de su lado para que se le cayera la venda. No quería volver a enmendar un error que aún la carcomía por dentro.

Ya habían terminado las clases de la universidad, Nora aún ultimaba su trabajo de fin de grado y había conseguido un puesto en una multinacional para trabajar durante las vacaciones de verano. Así que le quedaban unas pocas semanas para disfrutar de lo que restaba de mayo y olvidarse del viaje que su familia organizaba cada año. Era justo lo que Nayra quería, tenerla cerca por si algo salía mal. ¡Pero qué sufridora eres!, le decía siempre. Era verdad, y odiaba esa faceta de ella misma, aunque cuando le contó sus progresos con Álex hasta se sorprendió de que hubiera avanzado tanto en tan pocas semanas. Estaban desayunando en un bar cerca de su casa. La había llamado temprano, antes de que se le fuera todo de las manos.

—No puedo huir de él, lo tengo a mi lado a cualquier hora del día. Y hay algo que me empuja a acercarme, llámalo atracción, deseo...

—Amor.

—Es una palabra muy grande.

—Pues tú la usaste mucho tiempo con Eloi y no se la merecía. Álex no tiene la culpa de lo que te pasó, no le hagas pagar por ello con una espera innecesaria.

—Estás siendo un poco brusca, ¿no? —Se molestó.

—Es que has tardado tanto en ilusionarte con alguien que no quiero que desaproveches la

oportunidad. Déjate llevar de una vez.

—Entonces tengo tu bendición... —suspiró.

Nora le cogió las manos por encima de la mesa. Nayra sonrió con ternura a aquella pequeña niña traviesa que se había convertido en una mujer fuerte y responsable. Sus ojos chispeaban de alegría, siempre había envidiado sus ojos verdes, tan bonitos. Los de ella eran marrones, como los de casi todo el mundo, no tenían nada de especial. Los de Álex también eran marrones, pero él era capaz de destacar ese rasgo tan común cada vez que se reía. E iluminaba el mundo, la iluminaba a ella.

Tenía el estómago cerrado, hacía media hora que masticaba su sándwich y su cabeza no dejaba de dar vueltas. Él era la luz al final de su maldito agujero y aún no se atrevía a llamarlo amor. Pero lo pensaba a cada segundo y lo sentía con una intensidad exagerada. Se perdían el uno en el otro sin necesidad de decirlo porque no había dudas. Eran ellos sin más. Solo quedaba salvar el último muro que los separaba: su historia. ¿Aquella parte oculta los alejaría? No podía hacer partícipe a Nora de su preocupación porque tampoco sabía toda la verdad. Antes de que pagaran la cuenta, recibió la llamada de Álex.

—¿Cómo está mi chica guerrera?

Casi había olvidado su estado febril, se había levantado con un dolor de cabeza que se había disipado por sí solo con una ducha caliente.

—Como nueva.

Nora se acercó a ella para poner la oreja en el teléfono.

—El remedio de mi madre es infalible —rio.

—Yo creo que fue la compañía.

—Seguro que sí. —Soltó un suspiro que a Nayra le despertó las mariposas de su estómago. Intentó apartar de su lado a Nora, que no sentía ningún reparo en robarle la intimidad de un momento que solo era suyo. Álex pareció darse cuenta de que no estaba sola.

—¿Dónde estás?

—Desayunando con Nora.

—¿Puedes pasármela un momento?

Ella se encogió de hombros y le pasó el teléfono a su amiga con fastidio.

—¡Hola, Álex! —lo saludó alegre—. Sí, me lo ha contado.

Silencio. La impaciencia doblegando su buen humor. Necesitaba su voz e imaginarse la sonrisa cómplice que la animaba a lanzarse más lejos.

—Sí, sí..., pero ve con calma —contestó su amiga al fin—. Vale, te la paso.

Le devolvió el teléfono.

—¿Qué estáis tramando? —le preguntó cuando retomaron la conversación.

—Necesitaba un consejo... Nunca me lo habían puesto tan difícil.

—Forma parte de mi encanto.

—Lo sé. —Nayra podía sentir cómo sonreía—. Nos vemos esta tarde, nena.

—Vale, no te canses demasiado.

Cuando parecía que iba a despedirse, Álex se acordó de algo.

—Nayra, he dormido muy bien esta noche —dijo con voz profunda.

—Yo también, tendremos que repetirlo.

Se quedó en silencio unos segundos. ¿Era posible que sintiera aquella tensión a través del teléfono?

—Eso es más que conocerse —le dijo él en tono sugerente.

Respiró hondo y puso el freno de mano.

—Si es como esta noche, no...

—Entonces tendrás que atarme las manos —se rio.

—Adiós, Álex.

—Un beso, nena.

Colgó. Nayra estaba temblando. Nora la miró con seriedad y después sonrió.

—Nunca te había visto tan enamorada.

—No digas tonterías —farfulló ella.

Nayra la miró como si intentara recordarle mentalmente a su querido hermano.

—Deja de compararlo, eso no era amor. Fue un sucedáneo, si es que llega. Solo hay que ver cómo escribes ahora... —Nora era la única a la que le permitía leer sus esbozos.

Desde que conoció a Álex, había sido capaz de expresarse con el corazón en la mano, sin renegar sobre el amor y sus consecuencias. Quizá empezaba a descubrir su lado bueno.

—Nayra, no tengas miedo. Esta vez todo saldrá bien. Sé que nunca llegarás a contarme todo lo que te hizo mi hermano. Pero sé que te dolió y que cambió cosas que no volverán a su lugar.

—Ya hemos hablado de esto antes.

No quería ponerla en contra de Eloi, eran familia y por eso había preferido ahorrarle algunos detalles. Nora tan solo había sabido lo que resultaba evidente, como los celos y las manipulaciones.

—Sí, el pasado debe quedarse donde está. Ahora quiero que seas feliz.

Su padre la llamaba con frecuencia. No se lo confesaría, porque hubiera sido exponerse demasiado, pero en la soledad de su casa el recuerdo de su hija viajaba en el tiempo y se quedaba anclado en la infancia. Quizá por su deseo de volver atrás, de sentirse especial recordando aquellos años en que para Nayra él era como un superhéroe capaz de solucionar el mundo. Y seguía siendo un referente para ella, pero los hijos se distancian y acaban por enfrentarse solos a la vida. En la adolescencia ya empiezan a guardar secretos y las charlas inocentes desaparecen y se convierten en interrogatorios en los que resulta complicado sortear lo que no se quiere responder. Con Nayra había sido diferente. El hecho de que Eloi fuera como de la familia le ayudó a saber más de su vida amorosa. Y a pesar de eso, el control que aquel chico ejerció sobre su hija le pasó inadvertido. Ahora que ya no compartían la misma casa, tenía la sensación de que la

relación estrecha que habían mantenido siempre se marchitaba. Los dos lo habían notado, pero ninguno se atrevía a decirlo en voz alta.

Su padre no acostumbraba a salir entre semana después de un día largo en la oficina, sin embargo, las excepciones eran frecuentes desde que se había separado. Había hecho alguna amistad en el barrio donde vivía, aunque aún prefería aprovechar el tiempo libre para pasarlo con su hija. La llamó después de salir del trabajo para invitarla a cenar. Ella no quiso decirle que no, aunque dejar a Álex tirado a la hora de la cena no le hacía demasiada gracia después del acelerón que habían dado en su relación; parecía que quisiera huir. Hacía días que el paseo de la tarde con Denver lo daba sola, porque él se quedaba estudiando para las oposiciones. Quedaban menos de tres semanas y estaba nervioso, aunque había logrado canalizar su ansiedad en los buenos momentos que pasaba con ella. Cuando llegó del parque aún seguía encerrado en la habitación. Entró despacio para no molestarlo, tenía los auriculares puestos y los ojos cerrados, concentrado en memorizar el temario. Él la oyó de todos modos y sonrió mientras le indicaba con la mano que esperara unos segundos.

—Listo —dijo dejando los auriculares encima de la mesa—. ¿Ya es hora de cenar?

Ella negó con la cabeza.

—Mi padre me ha invitado a salir, quiere llevarme a un restaurante nuevo que han abierto. Creo que es bastante pijo.

Hizo un gesto de fastidio y Álex se rio.

—¿Necesitas que te lleve?

—No, vendrá a buscarme aquí. ¿Te apetece conocerlo?

—Claro, ¿puedo decir que soy tu novio?

—No, Álex, mi padre es muy sentido para esas cosas. Además, aún no estamos saliendo. No hemos llegado a esa fase.

—Lo de las fases no me queda demasiado claro. ¿Dormir juntos no nos ha hecho avanzar?

—Sí, pero aún no nos hemos besado.

—Eso podemos solucionarlo ahora mismo.

El corazón le dio un vuelco. Álex se levantó con la intención de acercarse a ella, pero se detuvo en el último momento.

—Joder, tienes la misma expresión de pánico del otro día...

—Lo siento —susurró.

—No tienes que sentir nada, me avisaste de que sería complicado. Es solo que a veces me parece que estás lista y, de repente, vuelves a encerrarte.

—Lo sé, no puedo evitarlo.

La miró con intensidad, no como lo hacía siempre, fue una expresión distinta, sus ojos se ahogaron en los suyos compartiendo su dolor.

—¿Es por esto? —dijo alzando el libro de Nayra con una mano.

Y su pregunta encajó por sí sola la última pieza del puzle.

—Dijiste que eran vivencias parecidas a las tuyas —insistió.

Era cuestión de tiempo que acabara relacionando la historia que había inspirado su libro con la suya propia. Aun así se resistió a dejarla salir. A pesar de dar por hecho que había llegado el momento. Las lágrimas ya empezaban a delatarla, pero no bastaba llorar para afirmar que era cierto.

—Quiero saberlo todo, Nayra. Cuéntamelo —le suplicó—. Necesito entenderte y ponerme en tu piel, si no... no podrá funcionar.

—Nunca se lo he contado a nadie —le explicó con un hilo de voz.

—¡Pero escribiste el libro!

—No es lo mismo, no soy yo, solo tiene una parte de verdad.

—Pues cuéntame tu verdad.

Y lo hizo. Dejó volar sus recuerdos libremente, los que había estado escondiendo para que no le hicieran daño. Le gustaba pensar que fueron amor durante un tiempo, que la suerte cambió de lado y los catapultó a una relación enfermiza que envenenó cada gesto que Eloi tenía con ella. Solo era una niña, cayó a sus pies desde el primer momento y él fue haciéndola suya poco a poco. El control empezó a dominar su vida, su rutina, su ropa, su teléfono, sus amigos, sus ideas. Y Eloi siguió avanzando con paso seguro hasta convertirse en un déspota. ¿Fue amor u obsesión lo que le impidió huir? Eligió salvarlo a él en vez de salvarse ella. Resistió con la esperanza de verlo cambiar. Fue tan cobarde...

—No fuiste cobarde —masculló Álex entre dientes—, te topaste con la persona equivocada.

—Déjame acabar. Voy a llegar hasta el final aunque me rompa.

Porque lo peor llegó más tarde, los últimos meses que pasaron juntos. Eloi descargó toda su ira contra ella y la culpó de que tuviera que marcharse a Londres. Lloró de rabia, de tristeza y de vergüenza cuando recordó la noche en que la abandonó en la carretera durante una hora por alguna de sus estúpidas discusiones. La despreciaba con frecuencia. Mírate, le decía, estás en los huesos. Das asco, no tienes culo. La tenía sometida a tal estrés que perdió mucho peso, parecía una enferma. ¿A quién vas a encontrar que aguante tus tonterías de niñata? Ella no era nadie, él la hacía importante. Cuando Nayra intentaba rebelarse Eloi la amenazaba: como no hagas esto me largo y no me vuelves a ver, le diré a todo el mundo lo zorra que eres...

Recordaba el último día que lo vio como si fuera ayer. Sus ojos verdes limpios de culpa cuando al fin le confesó su desliz, el «juntos para siempre» que se repitieron al despedirse y que sonaba igual desde hacía años. Esta es la última vez, le prometió él, cuando vuelva todo será como antes. Esas palabras no revalidaron su fe. Nayra no quería un antes, quería algo que en realidad nunca llegó a tener y que veía en los ojos de las parejas que se sentaban en el parque. Los envidiaba porque ella ni siquiera era capaz de poner nombre a ese sentimiento que ellos mostraban. Y solo era amor. Solo se querían sin dolor.

Nayra lloró mucho rato en el regazo de Álex, mientras él la abrazaba y le acariciaba el pelo. Hasta que logró vaciarse por completo. Después permanecieron juntos, recostados en la cama,

dejando pasar el tiempo en silencio. No hacía falta preguntar en qué pensaban, cada uno necesitaba procesar lo ocurrido a su manera. Se sentía orgullosa de haberse desahogado, el peso aún estaba allí, pero ya era menos pesado, y Álex también seguía con ella y no tenía intención de marcharse, de momento.

—¿Por qué no llamas a tu padre y lo dejáis para otro día?

—Sabrá que me pasa algo. ¿Tengo muy mala cara?

—Estás más pálida.

—Eso se arregla con maquillaje.

—Se me hace raro separarme de ti después de una charla tan intensa.

La abrazó y ella se agarró a su cintura y hundió la cara en su pecho.

—Estoy contenta de habértelo contado, ya no tengo secretos contigo.

—Gracias, nena.

Su padre llegó puntual a la cita. Para entonces Nayra se había recompuesto y quitado el nudo del estómago. Él parecía emocionado por llevarla a un lugar nuevo del que hablaban muy bien. Intentó contagiarse de su estado de ánimo, aunque cualquiera hubiera notado que tanto ella como Álex estaban apagados.

—¿Estás lista? —le preguntó cuando entró en el piso.

—Papá, este es Álex, mi compañero de piso.

—Carlos, mucho gusto. —Le dio la mano con educación.

—Pues sí que es pijo el sitio donde vais... —bromeó Álex.

Su padre llevaba un traje negro, como los que usaba para ir a la oficina, pero se había puesto una corbata de color azul claro para darle un toque más alegre a su atuendo.

—Siempre viste así —sonrió Nayra.

—Que no te engañen las apariencias, no soy tan serio.

—Entonces ya sé de quién le viene su sentido del humor.

—Tienes un trozo de tortilla en la nevera —le dijo Nayra con cariño mientras se ponía la chaqueta y cogía el bolso.

Su padre la miró con curiosidad.

—No sabe cocinar —le explicó ella—, no sé cómo sobrevivía antes.

Él sonrió y volvió a darle la mano a Álex.

—Un placer conocerte —le dijo a modo de despedida—. La verdad es que tenía ciertas reticencias a que compartiera piso con un chico...

—No te preocupes, me mantiene a raya. Conozco de primera mano su carácter, nunca mejor dicho, ¿eh, nena? —bromeó mirándola con una media sonrisa.

—¿Nena? —preguntó su padre sorprendido.

—La confianza, papá... —soltó una risa nerviosa—, ¿nos vamos?

Abrió la puerta para salir de allí antes de que Álex volviera a cagarla.

—Nayra —le dijo antes de que se marchara—, lo siento, es que me sale solo.

—No tienes remedio —le sonrió.

Hizo ademán de salir, pero él volvió a frenarla.

—Nayra, yo... —vaciló— estaré aquí cuando vuelvas.

Ella supo que lo había dicho con doble sentido.

El restaurante estaba atestado de gente. Su padre había tenido que llamar dos semanas antes para conseguir una mesa. Alguien le había dicho que ostentaba las tres estrellas Michelin. Lo cierto es que a Nayra le gustaba la cocina tradicional, la de toda la vida, la que hacía su abuela y le evocaba recuerdos de la infancia. No entendía las nuevas tendencias ni esos menús basados en veinte platos distintos con aquella sofisticada elaboración.

—¿Pasaremos hambre? —bromeó mientras esperaban a que los acomodaran en la mesa.

—Se trata de degustar, no de hartarte hasta que te duela la barriga.

Era amplio y lujoso, con distintos salones de toques rústicos, aire minimalista y suelos de parqué. Le gustaban los espacios que llamaban al orden y daban sensación de limpieza. Gustos que había heredado de la maniática de su madre. El camarero que los acompañó parecía un comensal más con el traje y la corbata que llevaba. Cruzaron un primer comedor repleto de personas elegantes. Observó las mesas con disimulo: gente elegante y con clase, muchos hombres de negocios, la gran mayoría de mediana edad. En su rápido reconocimiento, una de aquellas caras hizo saltar todas las alarmas. Era un hombre robusto, con barba abundante y el pelo canoso. Tuvo que fijarse varias veces para cerciorarse, pues la única vez que lo había visto llevaba menos ropa. Pero cuando su madre tomó asiento a su lado no tuvo la menor duda. Miró a su padre sin fingir su sorpresa, él pareció no inmutarse.

—Sí, la he visto.

Salieron del primer comedor y entraron en otro más pequeño y acogedor. El camarero les indicó cuál era su mesa y les invitó a sentarse. Nayra estaba temblando. Colgó el bolso en la silla y se sentó intentando recobrar el aliento. Miró a su padre esperando que dijera algo. Que maldijera, que se cagara en ella y en la vida en general. Que rebotara algún cubierto. Nada. Esa pasividad la dejó helada. Se acercó un nuevo camarero, sería el encargado de servirles a partir de ese momento. Ella pidió agua y su padre eligió un vino. Quería que el camarero se marchara de una vez para acabar con aquel silencio incómodo. No soportaba la desmesurada atención que ofrecen en esos sitios, interrumpen la intimidad de uno con cualquier tontería. Para llenar las copas, para explicar la elaboración de un plato o simplemente para preguntar si todo va bien. No, no iba bien. Su padre parecía molesto, dolido y decepcionado. Todo a la vez. Y eso no auguraba nada bueno.

El entrante ya estaba en la mesa y a Nayra se le había cerrado el estómago.

—Dime una cosa, Nayra..., ¿lo sabías? —le preguntó fingiendo serenidad.

Ella lo miró entristecida y asintió.

—Ahora lo entiendo todo —asintió también—, me resultaba exagerado todo ese tiempo sin hablarte con ella.

—Lo siento —susurró.

No sabía cómo defenderse, a fin de cuentas, esconder el engaño la convertía en cómplice.

—No estoy enfadado contigo. Estoy dolido. —Puso énfasis en la última palabra, como si quisiera remarcar la frustración que sentía—. La separación ha sido dura, pero darme cuenta de que también estoy perdiendo a mi hija...

—Eso no es cierto —respondió enseguida—, yo siempre voy a estar a tu lado. Solo quería ganar tiempo, creía que así el golpe sería menos doloroso...

Nunca lo había creído, en realidad había sido idea de Álex, y ahora se arrepentía de haberle hecho caso.

Su padre la miró como si su explicación no le convenciera en absoluto.

—Tú no eres así, Nayra. Siempre me lo has contado todo. Y aquí es donde quería llegar. Desde que te fuiste no te reconozco.

—No quería hacerte daño —volvió a excusarse.

—¿Y cómo crees que me siento ahora?

Traicionado por los dos bandos. Y ella no podía esconder su abatimiento. Su padre había sido uno de los principales apoyos cuando se alejó de Eloi y ahora que la necesitaba parecía dispuesta a abandonarlo.

—No quiero culparte —suavizó el tono—, tu madre debería haber sido sincera conmigo. Pero maldita sea, podrías habérmelo dicho.

—Tienes razón.

Al menos no se le ocurría preguntar cómo lo había descubierto.

—Y no es solo eso —continuó—. Es evidente que entre ese chico y tú hay algo más que simple compañerismo. Y tampoco me lo has contado. ¿Entiendes por qué me siento tan ofuscado? Parece que quieras excluirme de tu vida.

—Papá..., ni siquiera sé qué hay entre Álex y yo —contestó, sincera—. No eres tú el problema. Quizá sea verdad que he cambiado y aún no he tenido la oportunidad de conocerme de nuevo...

Él suspiró transformando su expresión por otra más conciliadora y le cogió la mano por encima de la mesa.

—Pues no te alejes de mí, y veremos juntos en qué demonios te has convertido.

Ella sonrió y apretó su mano con fuerza.

No volvieron a verla a la salida del restaurante. Ya se había marchado. A su padre le hubiera gustado saludarla fingiendo indiferencia, solo por hacerla sentir incómoda. Hubiera sido divertido verlo.

Cuando Nayra llegó al piso todo estaba a oscuras. Eran las once y media de la noche y Álex ya dormía. Denver la saludó adormilado y con los ojos entornados a causa de la luz. Era la primera vez que se veía obligada a entrar de puntillas para no hacer ruido. Se puso el pijama, se lavó los dientes y se metió en la cama. La manta que Álex le había traído la noche anterior seguía ahí. Se

levantó indecisa, pero no podía irse a dormir sin más. Abrió la puerta del cuarto de Álex con sigilo. Denver volvía a estar estirado en su cojín. Hacía meses que dormía con ella, pero esa noche se había quedado allí, como si conociera sus intenciones.

—¿Álex? —susurró.

Estaba tumbado en la cama, tapado hasta la cabeza. Soltó un gemido cuando la oyó. La habitación estaba completamente a oscuras. Nayra se acercó hasta su cama y le puso la mano encima del brazo.

—¿Estás dormido?

Qué pregunta tan estúpida. Quería que se despertara y encontrar una buena excusa para tumbarse a su lado. ¿Cómo se colaba en su cama sin parecer ansiosa por hacerlo? Él volvió a gemir y se agitó como si quisiera zafarse de su contacto. Ella retrocedió a regañadientes.

—¿Ya estás aquí? —murmuró.

—Sí.

Nayra volvió a acercarse. Buscó el borde del colchón a tientas y se sentó. Álex encendió las luces led que colgaban del cabezal. Eran de color azul y emitían una luz muy tenue.

—Hola —saludó ella sonriendo.

Él tenía los ojos medio cerrados, pero también sonreía.

—¿Llevas el pijama puesto?

Le estiró la camiseta con suavidad por la parte de abajo. El escote descendió ligeramente. No llevaba sujetador, así que se lo subió deprisa para volver a colocarlo en su sitio.

—Ven a dormir conmigo —la invitó mientras apartaba las sábanas. Esa propuesta indecente guardaba ganas de más—. No te tocaré, te lo prometo.

Se quitó las zapatillas y se estiró en la cama. Adoptó la misma posición que la noche anterior, con la cabeza reposando en su pecho. Álex le acarició la espalda y apagó la luz.

—¿Cómo ha ido la cena? —le preguntó.

—He comido diez platos de cosas que no sabría describirte y no me he quedado llena.

Él soltó una risita.

—Ha ocurrido algo... —susurró.

—¿Qué ha pasado?

Álex la abrazó pegándola a su cuerpo, había notado cómo se estremecía.

—Hemos sorprendido a mi madre con ese hombre. Ella no se ha dado cuenta. Si hubieras visto la cara de mi padre... Estaba muy decepcionado conmigo por no habérselo contado.

—¿Le has dicho que la pillaste con ese tío?

—¡No! —exclamó—. Ha dado por sentado que yo lo sabía y lo ha aprovechado para recriminarme que últimamente no le cuento nada. Y tiene razón, entre él y yo nunca hubo secretos.

—No sabía que tenías tanta confianza con tu padre.

—Me conoce muy bien, pero está asustado porque he cambiado y cree que voy a alejarme de él. También ha supuesto que tú y yo tenemos algo...

Se le aceleró el corazón.

—¿Le has dicho que era tu novio?

—No. Le he dicho que no sabía qué había entre nosotros.

Álex se puso tenso y aguantó la respiración. Estaba molesto.

—¿No sabes...? —suspiró—. Si te sirve para aclarar tus dudas, yo no duermo con cualquiera.

—Tengo miedo, Álex.

Volvió a relajarse. Se hizo el silencio. Cuando parecía que se iban a dormir volvió a hablar en un susurro.

—Yo no soy como él.

Hubiera necesitado media vida para olvidarlo. Demasiado tiempo para empequeñecer el recuerdo que un día la hizo grande. Entonces entendió que hay amores que solo están de paso, que nos ayudan a crecer y nos preparan para los que vienen después.

Te escribí te quiero.

Olía a él. Su nariz estaba impregnada de aquel aroma. A desodorante, a colonia fresca, dulce y envolvente. A sudor. Los dos estaban sudando. El calor ya era insoportable. Le pegó una patada a la sábana y liberó un pie. Adoraba la sensación de frío y calor. No alcanzaba a ponerlo en el suelo, hubiera resultado más placentero y el contraste la hubiera despertado del todo. Se dio la vuelta hacia él y acarició su pecho. La mano subía y bajaba al ritmo de su respiración. Observó su rostro, desde aquella perspectiva podía ver todo su cuello, la nuez, la barba que empezaba a crecerle y le ensombrecía la cara. Paseó sus dedos por encima y notó el tacto rugoso. Parecía estar soñando. Movía la cabeza y murmuraba palabras incomprensibles.

—Álex —susurró.

Miró el reloj que tenía encima de la mesita, eran las ocho de la mañana de un viernes. El despertador sonaría de un momento a otro, pero ella había sido más rápida. Álex cambió de postura y le puso un brazo por encima para acercarla a él. Estaba demasiado cerca de su boca. Podía respirar su aliento.

—Quédate aquí —le dijo sin abrir los ojos.

Esta vez vocalizó bien y Nayra pudo entenderlo. El despertador empezó a pitar y dio un respingo, no estaba acostumbrada a ese ruido, siempre lo paraba antes de que sonara. Él se revolvió en la cama.

—Para ese puto trasto.

Alargó el brazo, pero no consiguió tocarlo. Álex la mantenía aprisionada y prefería continuar así. Que olvidaran que existían el trabajo y la vida cotidiana. A la mierda el mundo. Solos ellos dos.

—No llego —dijo después de hacer unos cuantos esfuerzos más.

De haberlo parado, Álex se habría vuelto a dormir y ella se hubiera quedado unos minutos más observándolo, pero él se incorporó y lo tiró al suelo con todas sus fuerzas. Ahora tenía su abdomen encima del pecho y el corazón le latía tan rápido que tuvo que concentrarse para respirar.

—He soñado que te ibas del piso —dijo él volviendo a su lugar.

—Te he escuchado. ¿Siempre hablas en sueños?

La miró con intensidad durante unos segundos.

—Solo cuando estoy nervioso.

Saltó de la cama para vestirse. Estaba extraño. Apenas dijo una palabra mientras desayunaban, permanecía cabizbajo y supuso que el sueño que había tenido estaba relacionado con la preocupación que le hacía fruncir el ceño. Habían sido días intensos en los que habían avanzado mucho casi sin pensar. Tirando de sentimientos. Hablándose con sinceridad, sin esconder un ápice de sus intenciones. Pero de repente le parecía que Álex dudaba, y no por lo que pudiera sentir hacia ella. Sus ojos no mentían jamás. Sabía leer en ellos lo poco que se afanaban por esconder. Era más bien una duda que hablaba sobre su capacidad de dejar el pasado atrás y su disposición para seguir hacia adelante sin echar el freno al deseo que ya los desbordaba.

—Paula me preguntó si queríamos salir con ella y Javi esta noche —le propuso para captar su atención.

Él la miró sin dejar de masticar. Le gustaba el sonido de los cereales crujiendo en su boca.

—Le dije que sí —volvió a decir.

—¿Vas a salir de fiesta con nosotros? —respondió aún con la boca llena.

Su rostro era una combinación de sorpresa mezclada con esperanza.

—Hace tiempo que me lo pides.

—Pero nunca pensé que accederías.

—Soy un poco tozuda, pero si insistes..., acabo cediendo. —Esbozó una sonrisa esperando que captara la indirecta.

Él también sonrió con dulzura y después negó con la cabeza mientras rebañaba su bol con la cuchara.

—Lo de poco es discutible. Pero yo tengo mucha paciencia.

A la hora de irse, se despidió de él abrazándolo con fuerza. Álex hundió la cara en su cuello y la apretó contra sí.

—¿Puedo darte un beso? —le preguntó indeciso.

—Seguro que es la primera vez que lo preguntas.

—Pues sí. Tengo miedo de equivocarme, no por lo que arrastras, sino por lo que podemos llegar a ser. No voy a dejar perder esta oportunidad, contigo no. —Soñarlo era inofensivo. Desearlo y tenerlo sin consecuencias, una locura—. Ay, nena..., ¿aún crees que voy a salir corriendo? —preguntó pegando su frente a la de ella.

—No, pienso que es demasiado bueno para ser verdad.

—También te mereces que te pasen cosas buenas. Eres increíble, inteligente —la besó en la frente—, guapa —en los párpados, que mantenía cerrados—, divertida. —Terminó de besarla en la mejilla.

La cogió de la barbilla para que lo mirara.

—Me fascina esa facilidad que tenemos de comunicarnos, como si te conociera desde siempre,

como si tuviera un hueco en mi interior que solo pudieras llenar tú.

Rozó sus labios suavemente, un beso ligero y tímido. Un beso que venía fuerte, cargado de sentimiento, y frenó a tiempo para quedarse ahí, como una prueba de fuego. Cuando se fue se quedó mirando la puerta embobada. Tenía ganas de más, mucho más.

Hacía días que canalizaba todas las emociones en su nuevo proyecto, ya tenía cuarenta mil palabras de algo que se atrevía a llamar novela. Y recababa esfuerzos para seguir con un ritmo de unas mil palabras por día. Si conseguía su objetivo, en menos de dos meses la tendría lista. Pero sus propias circunstancias a veces la volvían a dejar en blanco. Y ese día en concreto no podía empaparse de suficiente imaginación como para dejar su realidad de lado. Era incapaz de concentrarse. La realidad se tornaba demasiado intensa. Había llegado más lejos que su protagonista, con la que compartía el miedo a enamorarse. Así que las expectativas a corto plazo estaban por descubrir.

—¿Qué va a pasar hoy? —le preguntó Paula cuando llegó de trabajar.

Para su asombro, había sido más puntual que de costumbre y tenía intención de quedarse a cenar. Álex también había llegado antes, a veces se quedaba con algún compañero a tomar una cerveza después del trabajo, pero hacía semanas que eso no ocurría. Quizá deseaba pasar más tiempo con ella. Se habían saludado con menos intensidad, un abrazo y un beso en la mejilla. Tenía paciencia, mucha paciencia. Después salió a pasear a Denver sin esperar a que Nayra se ofreciera a acompañarlo, como si quisiera forzarla a hablar con Paula.

—En mi cabeza no dejo de imaginar el momento en que me lanzo a su boca.

—¿Pues a qué esperas?

—Estoy intentando ser valiente.

Paula se cruzó de brazos y la miró con los ojos entornados.

—Para Álex eres su chica guerrera, demuestra que no se equivoca.

—No quiero que me haga daño.

—Ignoro lo que debió pasarte antes, pero no me importa. Que te quede clara una cosa: ningún hombre es capaz de destrozarnos. Nosotras somos más fuertes que ellos.

Paula era fuerte y ella podía serlo. Sintió que Álex llegaba con Denver.

—Ya están aquí.

—Dile que hoy pedimos *pizzas*. Me apetece ponerte guapa, ¿me dejas?

La miró atemorizada, pero al ver su expresión suplicante no tuvo elección. Dijo que sí.

Paula tuvo la amabilidad de hacerla partícipe de sus intenciones a medida que las iba llevando a cabo. No puso ningún impedimento cuando la peinó y le onduló el pelo. Alguna vez se lo habían hecho en la peluquería y le favorecía. Pero cuando llegó la hora de maquillarla no aceptó que le pusiera la base ni el colorete. No tenía imperfecciones y era demasiado pálida para el color que pretendía usar con ella, hubiera sido como ponerse una máscara.

—¿Qué problema tienes con el maquillaje?

—Se supone que también le tienen que gustar mis defectos.

—¡No es para él! —exclamó Paula—. Es para ti. Para sentirte guapa, mírate. —Le prestó un espejo de mano.

—Estoy diferente.

—¡Estás preciosa!

Le bastó lápiz de ojos, rímel y un poco de pintalabios para verse más arreglada de lo normal y otorgarle a aquella noche el privilegio de ser especial. La emoción que derrochaban Paula y Álex dejaba claro que lo era. No estaban acostumbrados a verla dispuesta a compartir su afición por las salidas nocturnas. Y aunque hacía tiempo que había superado su animadversión por alejarse de la rutina, no pudo evitar pensar que en aquel ambiente se sentiría fuera de lugar. Iría de la mano de Álex, con la expectativa de dar un paso más, y eso, sumado a su presencia, hizo disminuir su preocupación.

Después de la cena llegó el momento de vestirse. Paula no se iba a conformar con menos, tenía que prestarle su ropa. Abrió el armario y empezó a sacar minifaldas, camisetas con pedrería, vestidos con escotes de infarto y zapatos sobre los que dudaba si podría mantener el equilibrio.

—No pienso ponerme nada de todo esto —zanjó poniendo fin a su paciencia.

Paula intentó convencerla.

—Estarías increíble...

—No me veo. No es para nada mi estilo.

—Qué sorpresa... —contestó Paula con sarcasmo.

Rebuscó entre las pocas cosas que quedaban en el armario con la esperanza de encontrar algo que no enseñara parte de sus pechos. La ropa de Paula era un claro ejemplo de lo orgullosa que se sentía de su cuerpo. No es que ella no estuviera a gusto consigo misma, solo que no sentía la necesidad de exhibirse ante el mundo.

—¡Oh, ya sé! —exclamó de repente.

Sorprendió a Nayra cuando sacó un vestido de color azul oscuro con la espalda descubierta.

—¡Es bonito!

—Elegante y clásico, como a ti te gusta.

—Voy a probármelo —dijo emocionada.

En ese momento entró Álex en la habitación. Ya estaba vestido, se había puesto unos vaqueros oscuros de pitillo y una camisa negra arremangada hasta los codos.

—¿Qué hacéis? —les preguntó.

—Elegir ropa. —Nayra le enseñó el vestido que llevaba en las manos.

—¿Por qué no la ayudas a ponérselo? —sugirió Paula en tono burlón.

Se metió en la habitación y dejó la puerta entreabierta. Una parte de ella deseaba que entrara y la otra hacía una llamada a la calma. Eligió el mejor conjunto de ropa interior que tenía —braguitas y sujetador negros de encaje— y unas medias finas, la noche era fresca. Álex entró cuando iba a ponerse el vestido. Se giró de espaldas hacia él y se vistió olvidando que la observaba para conservar la entereza. La lentitud con la que se subió el vestido por las piernas

era culpa del temblor que dominaba sus manos, aunque bien podría haber sido pura provocación. No llegaba a abrocharse el botón que tenía en la espalda.

—¿Me ayudas? —le preguntó con voz trémula.

Respiró hondo varias veces. Él no dijo nada, pero Nayra sintió cómo se acercaba a ella. Respiraba ruidosamente. La cogió de la cintura con delicadeza y la acercó a él.

—Más cerca —le susurró en la oreja.

No podía mirarlo a los ojos para saber qué pensaba, pero su voz sonaba terriblemente seductora a sus espaldas. Álex le apartó el pelo con las dos manos, rozándole el cuello y los hombros con suavidad. Se estaba recreando. Ella esperaba expectante, con los ojos cerrados, concentrada en sus manos. Su cuerpo la acariciaba en cada movimiento, como si se tratara de un baile sensual y ella siguiera sus pasos. Cuando le abrochó el botón, deslizó la mano por su espalda descubierta y la abrazó hundiendo la cara en su nuca.

—Vas a volverme loco —le dijo con voz contenida.

Nayra estaba jadeando. No quería girarse para mirarlo. Se perdería en él. Aún no estaba lista para dar el salto. Se hallaba al borde del precipicio, calculando la distancia, sopesando la caída. Porque si caía iba a doler. Mucho.

—Voy a enseñárselo a Paula —logró decir mientras le cogía las manos para deshacerse de su abrazo.

Él la retuvo unos segundos antes de que se marchara. Lo miró a los ojos, brillaban. Aún no se había rendido.

La llevaban a la discoteca más popular y atestada de gente del distrito. Observó la puerta de entrada, custodiada por dos porteros con cara de pocos amigos, y disimuló un gesto de fastidio. La agobiaban las aglomeraciones, la música alta, los malditos tacones que se había puesto pensando que aquel sitio no estaría tan lejos. Habían caminado hasta allí aprovechando el buen tiempo. Javi tenía coche, pero encontrar aparcamiento era tentar a la suerte. Y ahora tenían que hacer cola.

Álex la cogió de la mano para llamar su atención. Llevaba una chaqueta de cuero que le marcaba mucho los hombros. Se mordió el labio para contener las ganas de comérselo.

—Verás como lo arregla Paula —le dijo en voz baja.

Paula acababa de acercarse a uno de los porteros y lo saludaba con dos besos. Charlaron unos minutos animadamente y después se giró hacia ellos para indicarles que ya podían pasar. Dicho y hecho. Javi soltó una risita de satisfacción.

—Es la reina de la noche.

Entraron adelantando a la gente con descaro, mientras las personas que hacían cola de manera ordenada los miraban con una mezcla de odio y envidia.

Paula se quitó el abrigo y le pidió que le diera el suyo.

—Tengo una amiga en el guardarropa.

Ella asintió y le entregó sus cosas. Seguía delante de la puerta y un golpe de aire le erizó la piel. Álex y Javi estaban en las taquillas comprando las entradas. Sin la chaqueta y el bolso se

sentía desnuda, como si le faltara algo a lo que poder agarrarse. Y no se había dado cuenta de lo corto que era el vestido hasta ese momento. Se estiró la parte de abajo esperando ganar algún centímetro, sabiendo que era inútil y que tendría que acordarse de ese detalle cada vez que se sentara si no quería enseñar de más.

—Eres todo un espectáculo.

Álex la observaba con una sonrisa llena de ternura.

—Recuérdame que no vuelva a confiar en Paula.

—Estás increíble. Ese vestido te queda muy sexi.

Ella volvió a mirarse, indecisa.

—¿Tú crees? Es que no me siento yo.

—¿Y quién eres tú? —le preguntó divertido.

—Alguien que no vendría nunca a este lugar —contestó con sinceridad.

—Pero aquí estás.

—Por ti.

Álex la observó muy serio y se acercó a ella para hablarle en voz baja.

—No necesito que hagas cosas que no te gustan por mí. No funciona así. Y ahora dime la verdad, ¿te apetece entrar o nos vamos?

Ella se perdió en sus ojos color miel durante unos segundos. Quería estar allí para poder lanzarse de una vez. Si volvían al piso, a su zona segura, no se atrevería a arriesgar.

—Vamos a entrar.

Él sonrió alegre y la cogió de la mano.

Había perdido de vista a Javi y a Paula. El local era amplio, pero se llenó enseguida y les fue imposible localizarlos entre la gente. Álex la condujo hasta la barra para pedir una consumición.

—¿Qué quieres tomar?

—Una Coca-Cola.

—¿En serio? Es la primera vez que pido una Coca-Cola en una discoteca —se rio.

Le indicó a la camarera que se acercara. La barra estaba completamente iluminada con un color azul intenso que iba cambiando de intensidad a medida que las luces, que se proyectaban por toda la sala, se movían.

—Qué vergüenza he pasado —dijo entregándole su copa.

—Tú no tienes de eso.

Delante de ellos había unos sofás con unas mesas en el centro y unos metros más adelante estaba la pista de baile, donde se aglomeraba la gente.

—¿Vamos a bailar?

Sonaba música *dance*. Exactamente el mismo chumba chumba que Álex escuchaba en su cuarto y retumbaba por toda la casa.

—No sé bailar —respondió acercándose a él para hacerse oír.

—¡No me lo creo! —exclamó, y le dio un trago a su copa mientras se movía al ritmo de la

música.

La cogió de la mano y la arrastró hacia él para animarla a seguirlo.

—Baila conmigo. —La cogió de la cintura y la balanceó a un lado y a otro—. Esto es más bailable que lo que a ti te gusta.

—La música que yo escucho es para sentir, emocionarse, tumbarse en la cama y cogernos de la mano.

—Dicho así suena muchísimo mejor que esto. ¿Nos vamos?

Se echaron a reír y ella lo pisó sin querer. Álex hizo una mueca y volvió a reírse.

—A ver, cierra los ojos —le dijo al oído—, imagina que estás en tu cuarto sola y nadie te mira.

Decidió aceptar el reto y cerró los ojos. Empezó a mover las caderas a un lado y al otro guiándose por la melodía que inundaba sus oídos. El eco era ensordecedor, pero no escuchaba a nadie. La ventaja de bailar rodeada de tanta gente es que cada uno iba a lo suyo sin fijarse en nada más, pensó, así que podía hacer el ridículo con total libertad. Nayra se creció y dio una vuelta sobre sí misma para chocar contra un chico que acabó tirándose su bebida por encima. Se tapó la boca sorprendida y le pidió perdón juntando las manos a modo de súplica. El chico le indicó que no pasaba nada y continuó bailando. Cuando volvió a mirar a Álex, se estaba desternillando de risa.

—¿Te diviertes? —Le pegó un manotazo amistoso y siguió moviéndose.

—No vuelvas a emocionarte o le joderás la copa a alguien más —respondió él sin parar de reír.

Observó a las personas que tenía alrededor y entonces se dio cuenta de que justo detrás de ellos bailaban Paula y Javi. Los saludó con la mano y Javi le guiñó el ojo sonriendo. Paula se movía con soltura y de vez en cuando se acercaba a él para besarlo.

—A ella se le da mejor —le dijo a Álex indicándole dónde estaban.

Al menos no parecía un pato mareado. Álex volvió a cogerla de la cintura.

—Os había imaginado juntos muchas veces —le confesó mientras le acariciaba el pecho—, pero Javi también le queda bien.

A él le hizo gracia que hablara de parejas como quien se cambia de camiseta.

—A mí me quedas mejor tú —contestó sin perder su sonrisa.

—¿Aunque no sepa bailar?

—Tienes otros encantos.

Le cogió la copa vacía de las manos y la dejó en una de las mesas que estaba libre.

—Vamos, quiero llevarte a un sitio que te gustará más.

Cerca de la barra había una puerta con una escalinata que conducía a una sala inferior. La decoración era diferente, menos sofisticada y de un estilo más alternativo. Las paredes estaban repletas de cuadros de conciertos antiguos, sonaba música pop de fondo, el volumen no estaba demasiado alto y podía hablarse con normalidad. La estancia estaba dividida en dos ambientes, una barra con sofás y mesas para tomar algo y otra zona con juegos recreativos. Vio varios

futbolines y sacos de boxeo para medir la fuerza, pero lo que más le llamó la atención fue la mesa de aire.

—Este juego me encantaba de niña —dijo acercándose emocionada.

Cogió el empujador con las manos y tocó los agujeros por donde salía el aire.

—Vamos a recordar viejos tiempos —le propuso Álex poniendo una moneda.

La mesa se iluminó y los empujadores flotaron libremente. Álex sacó un disco y lo puso en la mesa, preparado para empezar. Ella practicó unas cuantas veces antes de que se lo pasara.

—Te dejo los honores —le dijo cediéndole el disco.

Ella lo colocó en el centro y golpeó con todas sus fuerzas. El disco salió disparado hacia una esquina y volvió hacia ella. Esta vez la encontró más preparada. Nayra aprovechó la velocidad que llevaba para volver a darle con decisión, pero de nuevo salió volando hacia la cabeza de Álex, que logró esquivarlo en el último momento.

Asustada, soltó una exclamación y fue corriendo hasta él.

—Lo siento, estoy desentrenada.

—Se trata de meter el disco en la ranura... —dijo él poniendo cara de circunstancias. Nayra se tapó la boca para aguantarse la risa—. Mira que juego cada semana y hasta ahora nunca había temido por mi vida.

—Como compensación te cedo el saque. —Recogió el disco del suelo.

—Qué amable... —contestó con sarcasmo y se lo robó de las manos.

Se remangó la camisa, que se le iba deslizando hacia abajo, y se pasó la mano por el pelo. Estaba tan guapo, tan sexi.

—Nena, como sigas mirándome así me va a dar algo.

—Tengo unas ganas locas de besarte.

—Joder, pues hazlo.

—Estaba sopesando las consecuencias...

—¡A la mierda con las consecuencias! No puedes privarte de lo que deseas por el miedo a sufrir después. Eso no es vivir, Nayra.

—Me siento tan valiente cuando estoy contigo...

—No te hago falta para ser valiente. Ya lo eras. Solo tenías que recordarlo.

Se acercó a ella, salvando poco a poco la distancia que los separaba.

—No te adelantes. —Le detuvo poniéndole un dedo en los labios—. Quizá no lo entiendas, pero es importante para mí marcar una diferencia.

Cerró los ojos mientras notaba un calor abrasante quemándola por dentro. Sentía su aliento, su cercanía, su olor. Si deseaba que funcionara con él —y lo deseaba de verdad— debía empezar de una manera muy distinta a como empezó con Eloi. Tenía que llevar la iniciativa. Recordaba la manera en que Eloi la besaba, cogiéndole con brusquedad la cabeza para acercársela, suplicante, con un miedo escondido del que nunca hablaba. Aquellos besos siempre le habían sabido a despedida, a final triste, a historia imposible. Sin embargo, el sabor de Álex, que conocía aun

antes de haberlo probado, era ternura, comprensión, delicadeza. Lo rozó despacio y besó la comisura de sus labios, siguiendo el borde de su sonrisa. Era alegría en estado puro. Casi siempre sonreía, y adoraba sus ojos iluminados que ahora permanecían cerrados, saboreando el momento. Puso las manos sobre la cara de él para mantener el control y lo besó de nuevo. Y se quedó atrapada durante unos segundos que hubiera hecho eternos. Álex entreabrió su boca y se acopló a la de ella, ambas se movían al unísono, bailando una encima de la otra. El corazón le palpitaba muy rápido. La lengua de Álex acarició la suya, la tenía fría y sabía a ron con cola. Nayra saltaba por dentro, pataleaba y gritaba en estado de pleno júbilo. Deseaba pasar la noche allí, pegada a su boca y escondida entre aquellos brazos que la abrazaban con fuerza.

—Ay, que me muerdo... —murmuró Álex cogiendo aire—, eres muy intensa.

—Porque lo que siento es de verdad. —Volvió a besarlo.

Él sonrió y le cogió la mano para ponerla encima de su pecho.

—Yo siento que me estoy enamorando de ti.

Ella sentía lo mismo, aunque se aguantara esas emociones ya corrían libres por todo su cuerpo. Sintió cómo su corazón palpitaba a la par que el de él y sonrió alegre.

No se dieron cuenta de que Paula estaba cerca de ellos inmortalizando aquel momento.

—Sois una monada —dijo aún con el móvil en la mano.

—¿Nos has hecho una foto? —preguntó Álex molesto.

Se acercó a ella para quitarle el teléfono de las manos.

—Joder, nena, eres muy fotogénica.

Solía pasarle cuando la pillaban desprevenida, posar ya era algo más complicado.

—¿Me dejas que la suba a Instagram?

Javi se echó a reír cuando sintió a su amigo.

—Este es un adicto a las redes, solo le falta colgar una foto cagando.

Nayra se contagió de la risa de Javi y se acercó a Álex para darle su aprobación. Los había pillado medio abrazados, sonriéndose con complicidad. Sería un bonito recuerdo.

—Súbela si quieres —dijo encogiéndose de hombros—, yo no soy mucho de estas cosas.

—No podéis ser más diferentes... —comentó Paula poniendo los ojos en blanco.

Lo eran, y Nayra aún no sabía si aquello les haría bien o mal.

Volvieron a casa dos horas más tarde, cuando los zapatos que le había dejado Paula le hicieron rozaduras en los pies. Cada paso le recordaba lo poco que le gustaban los tacones altos.

—¿Quieres que te lleve en brazos? —le preguntaba Álex cada vez que ponía cara de sufrimiento.

Ella negaba con la cabeza y se cogía a él para amortiguar el dolor. Fueron los veinte minutos más largos de su vida. Hubiera podido caminar descalza —un sábado por la noche no resultaba tan extraño—, pero la repugnancia que le producía tocar el suelo era mayor que el esfuerzo que estaba haciendo. Se los quitó nada más traspasar la puerta con un suspiro de alivio.

—Voy a cambiarme... —le dijo a Álex.

Denver la siguió moviendo la cola con energía. Para ser las tres de la mañana parecía dispuesto a todo, su vitalidad era inagotable. Se quitó las medias y se miró los pies con fastidio. Tenía rozaduras en todos los dedos, y en dos de ellos se le había hecho herida. Se puso un poco de crema e intentó despojarse también del vestido, pero entonces se acordó del maldito botón. Corrió a la habitación de Álex, tenía la puerta cerrada y ni siquiera se le ocurrió preguntar. La abrió de golpe y lo encontró con el pantalón del pijama en las manos y completamente desnudo. Se quedó sin respiración durante unos segundos y murmuró una disculpa apenas audible mientras volvía sobre sus pasos. Pero antes de salir del cuarto se paró en seco y decidió rectificar. Cerró la puerta y se volvió de nuevo hacia él. Álex tenía la boca entreabierta, expectante.

—Necesito que me desabroches el vestido.

La sensualidad que destilaba su voz le obligó a tragar saliva.

—Tendrás que acercarte.

Junto a la puerta se sentía valiente, pero cuando comenzó a caminar hacia él tuvo que cerrar los puños para disimular el tembleque. Avanzó despacio, sin poder desviar su mirada de él, repasándole, ya había soltado el pantalón, que estaba en el suelo. Le puso una mano sobre el pecho desnudo, recorrió sus pectorales y después lo besó siguiendo la línea imaginaria que habían trazado sus dedos. Su piel estaba caliente y jadeaba.

—Date la vuelta —le susurró cogiéndola de los hombros.

Le sorprendió que se mantuviera sereno cuando su cuerpo dejaba entrever el deseo urgente que lo invadía. Liberó el botón del vestido y se lo bajó despacio, mientras las manos le iban acariciando suavemente la piel. Nayra se estremeció cuando le desabrochó el sujetador. Lo tiró al suelo y se dio la vuelta. Lo abrazó fuerte, absorbiendo su olor, notó su pene duro como una piedra en la barriga. Él le alzó la barbilla con la mano y la besó, recorrió su boca con la lengua, rápido,

desatando las ganas que había estado conteniendo. La sujetó por las caderas y la alzó en volandas, dejando ir un gemido que quedó ahogado en su boca. Luego la dejó caer en la cama con sumo cuidado y se tumbó encima de ella. Su lengua abrasaba. Cada centímetro que recorría sobre su cuerpo la incendiaba por dentro. Y todo iba demasiado rápido, y ella quería mirarlo, tocarlo, saborearlo más despacio. Se incorporó y se puso encima de él a horcajadas. Le cogió las manos y le besó los dedos con dulzura, Álex soltó una risita.

—Me haces cosquillas —se quejó.

Nayra volvió a recorrer su pecho, fijándose en la diferencia de tono entre su piel y la de él. Somos café con leche, se dijo, y acto seguido sonrió. ¡Cómo era capaz de pensar esas cosas en un momento así! Se concentró de nuevo y besó la línea de su abdomen. Le agarró el pene con una mano y lo movió arriba y abajo. Álex cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios...

Se estaba derritiendo de placer gracias a ella. Se sentía poderosa. Arriba y abajo. Sintió la humedad entre sus dedos. Ella también estaba mojada. Álex la miró de nuevo, tenía los ojos muy abiertos, estaba ido. Sus manos acariciaron sus caderas y tomaron rumbo hacia sus pechos. Quemaban. Pero era un calor placentero, le hacía perder la noción del tiempo. Volvieron a intercambiar posiciones y Álex introdujo dos dedos dentro de ella. Dejó escapar una exclamación. Quería gritar, pero tenía la garganta seca. La habitación daba vueltas. O su cabeza. No importaba. Tuvo la sensación de que ya no era ella, de que observaba desde algún lugar lejano, de que su cuerpo había tomado vida propia y asumía sus decisiones. El peso del cuerpo de él le cayó encima. La abrazaba, la poseía y, consciente, Nayra se dejaba hacer encantada. La besaba, la acariciaba y el hormigueo incesante en el estómago le hacía respirar con dificultad. Se deslizó dentro de ella con suma facilidad, ahogó un grito y empujó hasta el fondo, primero despacio, acomodándose a esa nueva sensación. Sus piernas lo rodeaban por la cintura muy fuerte, como si tuviera miedo de perderlo. El calor era casi insoportable y aquella sensación crecía y crecía..., tenía que explotara de un momento a otro. Y quería que lo hiciera, necesitaba liberarse de ella. No podía sujetarla por más tiempo.

—Me estás matando... —dijo Álex entre jadeos.

No sabía si se había puesto el condón. Aquella duda la despistó. ¿Y si no se lo había puesto? Sí, el envoltorio estaba encima de la mesita.

—¿Estás bien? —Se detuvo.

—No pares —le suplicó ella entre dientes.

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—No quería correrme tan pronto. —Y volvió a penetrarla, esta vez más rápido.

Nayra no quería que hablara. Le hacía tomar consciencia de la realidad. Deseaba perderse en él y no volver. No volver jamás..., hasta que explotó soltando todo el aire que había estado conteniendo.

—¡Joder! —exclamó Álex dejándose caer. Aún jadeaba.

Lo mantenía rodeado con las piernas. Lo liberó despacio, seguía dentro de ella. Oyó cómo rascaban la puerta de la habitación y dio un respingo.

—Es Denver —la tranquilizó él dándole un beso ligero en los labios.

Cuando abrió la puerta, Denver se colocó en su cama y se echó a dormir.

—Ahora vuelvo.

Le oyó ir al lavabo. Sin el calor de su cuerpo tenía frío. Se tapó con la sábana y antes de que regresara ya se había dormido.

No sabía cuánto tiempo llevaba durmiendo, la luz de la mañana entraba por la puerta. Tenía mucho sueño, pero su cerebro estaba programado para despertarse con las primeras luces del día y además tenía frío. Álex se había enredado a ella varias veces, pero ahora permanecía pegado a la pared y se había llevado la sábana.

Estaba desnuda. Y al recordar por qué sonrió y se sintió feliz. Había hecho el amor con Álex, ella había elegido el momento y cómo hacerlo. Y se había sentido libre entregándose a él.

Se levantó de la cama despacio y vio su pijama encima de la mesita, Álex debió traérselo cuando se quedó dormida. Se lo puso rápidamente, intentando no hacer ruido. Denver se incorporó de su cama y movió la cola pensando en su paseo matutino. Hoy le tocaría esperar. Negó con la cabeza mirándolo con seriedad y volvió a tumbarse. Nayra se metió en la cama otra vez y rozó sin querer la espalda de Álex, que abrió los ojos sobresaltado.

—¿Ya estás despierta?

—Sí, tenía frío. Siento haberte despertado.

Le dio un beso ligero en los labios y recostó la cabeza en su pecho. Le gustaba aquella posición, le recordaba a la abuela cuando le acariciaba la cabeza y le hacía sentir segura.

—Álex —susurró.

No sabía si se había vuelto a dormir. Su respiración era muy relajada y apenas se movía. Él dejó escapar un murmullo como respuesta. Estaba muerto de sueño, pero Nayra necesitaba hablar sobre la noche anterior, sincerarse de nuevo y sacudirse los malos recuerdos que reflataban cada vez que daba un paso hacia delante.

—Quiero que sepas que ayer fue muy especial para mí.

Captó la intensidad de aquellas palabras y suspiró profundamente. Ella se incorporó sobre un brazo y le miró. Había abierto los ojos otra vez.

—No me refiero solo al rato que pasamos en la discoteca, sino también a...

¿Por qué le daba tanta vergüenza hablar de ello? Él sonrió burlón al notar su nerviosismo.

—Para mí también fue muy especial hacer el amor contigo.

Esbozó una sonrisa, aliviada. Qué facilidad tenía para hablar de las cosas sin tapujos. Le acarició la cara con cariño y la empujó suavemente para que se tumbara encima de él. Aún no había acabado de decir lo que quería, así que resistió las ganas de dejarse caer en aquellos brazos y se mantuvo firme en su posición.

—Espera un momento. Lo que intento explicarte es que... con Eloi no disfrutaba del sexo.

Acabó por convertirse en una obligación.

Él se puso serio de repente y levantó las manos para restregarse la cara.

—Ay, Nayra..., a veces preferiría no saber nada.

—Eres la primera persona con la que puedo desahogarme. Ni siquiera Nora lo sabe todo.

—Creía que era tu mejor amiga.

—Pero también es su hermana. No querría hacerla sufrir por partida doble.

—No me digas que te forzaba... —Seguía con las manos sobre los ojos.

Ella se las retiró con suavidad para que la mirara. Estaba muy tenso.

—No, no me refería a eso. Yo siempre cedía para que no me montara una escena o me hiciera sentir culpable diciéndome que no le quería. Pero nunca me violó. —Aquella palabra sonaba demasiado fuerte—. No le creo capaz de algo así. Quizá no sepa tratar a las mujeres, pero no es un monstruo.

No sabía cómo definir la sensación que tenía mientras lo hacían. Se sentía humillada. Incómoda, fuera de lugar. Se sentía una marioneta. ¿Violada? No. Porque ella cedía, aunque no quisiera. ¿La forzó? Sí, mediante el chantaje. ¿Y no era eso violación? Tragó saliva y aplacó el fuego que se había instalado en su tripa. No deseaba pensar en ello. Quería volver a repetirlo con Álex y sentir cómo la hacía volar mientras estaba en su interior.

Él abrió los ojos de par en par.

—¿Lo estás defendiendo? Nayra, ese tío al que tú prefieres llamar por su nombre para mí es un maltratador. Te dejó heridas psicológicas que sigues arrastrando, marcó tu relación con los hombres —afirmó.

—No lo defiendo, es que... era mi familia. Mi vida se reducía a él.

No era un monstruo, volvió a repetirse.

—¡Eso no lo hace menos malo! —exclamó él alzando la voz.

Chasqueó la lengua, frustrado, y la apartó con cuidado para poder levantarse. Le temblaba todo el cuerpo de rabia.

—¿Estás enfadado porque te lo he contado?

—¿Qué? Joder, Nayra..., no quiero gritarte. Deja que me calme un momento. —Cogió aire varias veces y se giró hacia ella—. Vale, nena, a ver..., te dije que quería saberlo todo, pero lo que realmente me cabrea es que hables de él como si aún fuera especial para ti. ¡Después de todo lo que te ha hecho!

—Hay cosas que no voy a olvidar.

—Yo no he dicho eso —dijo muy serio—. ¿Aún es especial para ti?

—Especial no es la palabra. Ocupa un espacio, pero jamás volvería con él. Solo quería que lo supieras para que entiendas el gran paso que he dado.

Suspiró más relajado y abrió los brazos hacia ella.

—Ven aquí. —Nayra se acercó y él la abrazó con fuerza y le besó el pelo con dulzura—. Siento haberme puesto así, es que cuando pienso en lo que te hizo...

—Lo sé, yo hace tiempo que dejé la rabia atrás.

Ahora solo le quedaban la culpa y la tristeza, compañeras que parecían resistirse a abandonarla.

—No estropeemos la mañana con esto, volvamos a la cama.

Lo besó hundiéndose en su boca con fuerza, descargando aquel peso que se había vuelto a acumular en su pecho. Rozó su lengua convirtiendo la tensión en deseo. Álex gimió y le acarició la espalda por debajo de la camiseta. Ella recorrió su barba mientras a él se le escapaba un bostezo.

—Deberíamos irnos a dormir —le sugirió poniéndose en su sitio, de espaldas hacia él.

—Solo me estaba desperezando.

La cogió de la cintura y la besó en el hombro con delicadeza. Nayra soltó una risita y se dio la vuelta para que se tumbara sobre ella. Flexionó las piernas para acoplarse a su cintura, encajaba a la perfección. Minutos más tarde sintieron la puerta. Había dado por hecho que Paula habría pasado la noche con Javi.

—No hagas ruido —le susurró Álex mientras la acariciaba por debajo del pantalón.

No podía concentrarse, estaba atenta a los movimientos de Paula.

—Chicos, ¿estáis despiertos? —preguntó desde el otro lado de la puerta, que permanecía cerrada.

—Para, Álex.

Él soltó una maldición. Todo el calor que la invadía se enfrió de golpe. Paula entró cuando aún estaba encima de ella.

—Gracias por respetar nuestra intimidad, compañera —se quejó Álex echándose a un lado.

—Es lo que tiene vivir en un piso compartido —contestó Paula con una sonrisa burlona.

—¿Ahora llegas? —preguntó Nayra.

Llevaba los zapatos en la mano y la misma ropa de la noche anterior.

—Sí, nos hemos parado a desayunar.

—Pero ¿qué hora es? —exclamó Álex sorprendido.

—Las ocho de la mañana —se rio Paula—, eres muy madrugador para lo que te interesa.

Él se cubrió la cabeza con la sábana.

—Dejadme dormir...

Paula le indicó a Nayra con la mano que saliera de la habitación. Lo hizo, de todas formas ya no podía dormir.

—¿Te lo has follado? —le preguntó Paula, una vez en el pasillo. Parecía muy emocionada.

Nayra hizo una mueca fingiéndose molesta.

—Yo no follo, yo hago el amor.

—Qué fina eres..., pues yo sí que he follado. Y en los lavabos de la discoteca —declaró orgullosa.

—¡Qué asco!

—Olvidaba que vosotros vais de románticos. —Le hizo señas para que la siguiera al comedor.

Sacó el móvil del bolsillo y bajó la voz. No sabía si Álex había estado escuchando, de todos modos no parecía importarle gritar a los cuatro vientos que se había acostado con Javi.

—¿Has visto lo que ha puesto en la foto?

Nayra se encogió de hombros. Había olvidado la famosa foto subida a Instagram. Miró el móvil de Paula y leyó la frase.

Esa felicidad que no puede expresarse con palabras.

Esbozó una sonrisa bobalicona. Álex también podía ser romántico cuando se lo proponía.

—Parece muy enamorado... —se burló Paula.

Ignoró su comentario y se sorprendió al ver el número de personas que habían indicado que les gustaba.

—Dios, pero ¿cuánta gente lo ha visto?

Tenía cien me gustas y diez comentarios.

—Conoce a mucha gente, le gusta relacionarse.

Le devolvió el móvil y se fue a su cuarto. Las palabras de Paula la noche anterior vinieron a su cabeza. «Sois tan diferentes...» Y era cierto. Ella no tenía cientos de amigos ni tampoco le interesaba tenerlos. Le bastaba con disponer de varias personas en quienes poder confiar plenamente. Y no le importaban las diferencias si sumaban algo positivo en su vida. Ya le había demostrado que podían complementarse y entenderse sin problemas.

Tras esa determinación se sintió más satisfecha del camino que estaba tomando y recuperó la calma. Paula se había ido a dormir. El piso estaba en silencio y dentro de ella había demasiado ruido. Salió con Denver a pasear. Necesitaba su espacio antes de que Álex se despertara. Había entrado el mes de junio y olía a verano. Las mañanas ya permitían pasear en camiseta de manga corta y cada vez que Denver corría un poco jadeaba y llevaba colgando su larguísima lengua. La hierba ya no estaba húmeda, el aire parecía más seco y el parque se había llenado de flores. Pero empezaba a haber mosquitos. Hacía diez minutos que se había sentado en el banco y ya le habían picado dos veces. No le apetecía volver a casa tan pronto. Llamó a Denver y decidió sentarse a desayunar en la terraza de un bar cercano. No acostumbraba a hacerlo, pero estaba de tan buen humor que necesitaba acompañarlo de aquel ambiente. Pidió un café y un sándwich. Denver se tumbó en el suelo a observar a las personas que pasaban por su lado. Una chica se paró a acariciarlo y sonrió. Le recordó a Nora, a ella también se le marcaban los hoyuelos en las mejillas cuando sonreía. Aún no le había contado a su amiga lo sucedido la noche anterior. Quizá ya lo hubiera visto en Instagram. Cogió el móvil y entró en el perfil de Álex, tenía cientos de fotos. Con Denver en el parque, alguna en el gimnasio, con amigos tomándose unas copas. Había una chica que se repetía en varias de ellas. Enseguida pensó en su ex, pero eran bastante recientes. En una salían delante de una tarta, era de finales de junio del año anterior, Álex acababa de cumplir veinticinco años. Lo que quería decir que faltaban exactamente veintidós días para su cumpleaños. Pero ¿cuándo pretendía decírselo? Tenía que pensar en un regalo y quería que fuera especial, a la altura de la ilusión que sentía en aquel momento.

Regresó una hora más tarde. Para su sorpresa ya estaba despierto y desayunando en el comedor. No se lo preguntó, pero estaba segura de que la intensidad de los acontecimientos tampoco lo dejaba dormir.

Se acercó a él y lo besó con una sonrisa cargada de entusiasmo.

—¡Falta menos de un mes para tu cumpleaños! —exclamó.

Adoraba esos días especiales, le parecían mágicos, cargados de sorpresas y en los que cabía esperar cualquier cosa.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno..., he estado mirando tu Instagram. —Le enseñó su foto de la tarta con la chica que aún no identificaba.

Él esbozó una sonrisa traviesa.

—Yo hace tiempo que miro el tuyo.

—¿Ah, sí? Pero si apenas tengo nada...

—Busqué en las fotos de Nora.

—No te creía tan cotilla.

—Sentía curiosidad por ti y apenas me hablabas —se justificó.

Álex observó la foto con expresión melancólica.

—Ya no me acordaba de esta. —La miró esperando que ella dijera algo—. Por si te lo estás preguntando, es mi hermana Claudia.

Debería haberlo imaginado. Tenían cierto parecido. La misma nariz. Los mismos ojos expresivos. Ella parecía mucho más joven.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho. Tengo que ir a verla a ella y a mi madre la semana que viene. ¿Querrás acompañarme?

Conocer su pasado le producía cierta atracción y, de todas formas, ella ya le había presentado a sus padres.

Allá va otro paso de gigante.

—Sí, claro.

Nora, ¡tenemos que hablar!

Parecía una reprimenda, pero en realidad era un grito mezcla de su entusiasmo y el vértigo que la llenaba de adrenalina. No podía quitarse esa ansiedad de encima. Aunque no la acongojaba, era una ansiedad fruto de la valentía que se venía demostrando y de la que se sentía más que satisfecha. Necesitaba contarle a su amiga lo que había progresado. Nora le contestó minutos después recordándole que aquella misma tarde habían quedado. ¿Cómo había podido olvidarlo? ¡La exposición de *Juego de tronos*! Llevaba un año entero dándole la lata, desde que salió el maldito anuncio, desde que corrió a comprar las entradas. Tenía una hora para vestirse antes de que viniera a buscarla. Se puso unos tejanos rasgados, un polo de manga corta y sus deportivas.

No sabía cuánto iba a durar la exposición, pero de todos modos le apetecía ir cómoda después de haberse destrozado los pies la noche anterior. Paula, para variar, estaba en el baño y tuvo que llamar a la puerta para que la dejara entrar y le cediera un sitio. Desde que tenían más confianza ya no les importaba compartirlo si la otra se duchaba o se estaba maquillando. Era mejor así, teniendo en cuenta el tiempo que se pasaba Paula encerrada en el lavabo.

—¿Vas a salir? —le preguntó Álex cuando salió al comedor.

—Había olvidado que he quedado con Nora. Vamos a ver la exposición de *Juego de tronos* que hacen en el Museo Marítimo.

Álex la miró sorprendido y luego sonrió.

—Vuestro frikismo empieza a asustarme...

—No es para tanto. —Le acarició con cariño la mejilla.

Escuchó el bufido que soltaba Paula desde el pasillo.

—¿Vais a pasar la tarde en un museo? Hace un día precioso para pasear y estar en una terraza.

—No espero que nos entiendas...

El móvil emitió un pitido. Nora ya estaba abajo, esperándola.

—Tengo que irme. ¿Estarás aquí cuando vuelva? —le preguntó a Álex.

—Sí, aprovecharé para estudiar.

Le dio un beso largo en los labios y se despidió de Paula.

Se subió en el coche de Nora y le dio un beso en la mejilla. Estaba muy seria, fingiendo estar enfadada. Le tiró el móvil en el regazo y la acusó con la mirada.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

La maldita foto. Ese simple gesto parecía su presentación en sociedad.

—Por eso quería hablar contigo.

Durante el trayecto le contó con detalle la noche anterior. El tiempo corría demasiado rápido. Tan solo habían pasado unas horas desde que cambió la indecisión por el atrevimiento. Nora valoró su gesto cuando le contó que fue ella quien lo besó primero. No podría haber sido de otro modo, necesitaba diferenciar el pasado del presente.

Llegaron en veinte minutos. Nora daba saltos de impaciencia. La cola para entrar avanzaba a paso lento pero decidido. Hacía meses que esperaba aquella visita y no podía disimular su nerviosismo. Quizá su amiga fuera una friki, pero cuando entraron en el museo y vio su cara de felicidad no pudo evitar contagiarse de su alegría. Un dragón gigantesco adornaba la entrada y empezó a hacerse fotos con él. Por mucho que Nayra hubiera leído los libros, no conocía ni la mitad de lo que ella sabía. Nora aprovechó para contarle las curiosidades que había leído sobre el rodaje y las especulaciones sobre las próximas temporadas mientras iban entrando en los diferentes salones, donde se exponían los objetos usados en las grabaciones y parte del vestuario de los actores. Todo estaba muy bien ambientado, en cada salón exponían los símbolos de cada casa. No podía negar que el universo de Poniente era increíble.

—Álex cree que somos unas frikis por estar aquí.

—No es su estilo, eso está claro —asintió—. Nunca imaginé que pudiera acabar contigo.

Nayra se mordió el labio, indecisa.

—No te he dicho que... hicimos el amor.

Eran pocas las veces que hablaba de ese tema con ella. Le había contado su primera vez con Eloi, un día en que Nora y sus padres no estaban en casa y se quedaron solos. Tenía dieciséis años y apenas hacía unas semanas que habían anunciado su relación. A pesar de que él la trató con paciencia y delicadeza, fue un desastre. ¡El sexo duele!, le dijo a Nora al día siguiente. Tras darle varios detalles pactaron no volver a hablar del tema si el implicado era su propio hermano.

—Fue como hacerlo por primera vez, quiero decir..., sin dolor, claro, pero me resultó totalmente nuevo. Era como si él entendiera en todo momento lo que le pedía mi cuerpo y se uniera a mis deseos, como si fuéramos uno.

—Debió ser espectacular para que me lo estés explicando —dijo Nora con una sonrisa incrédula.

—Antes no lo hacía porque te incomodaba.

—Sí, que me contaras las habilidades de mi hermano no me hacía gracia. —Se echaron a reír—. Has cambiado, Nayra. Antes no podíamos hablar de él sin que te pusieras tensa —añadió cogiéndola de la mano.

Nora no sabía que la mitad de lo ocurrido con Eloi se lo había guardado para ella: el seguimiento que hacía de sus conversaciones por wasap, los reproches cuando quedaba con algunas amigas y, según él, lo dejaba abandonado, las reprimendas si se ponía ropa que no le gustaba y un largo etcétera acumulado durante años. Al principio le parecieron pequeños inconvenientes que intentó minimizar para no darse cuenta de que la relación que había idealizado en realidad no existía. No, Nora no sabía nada. Había disimulado demasiado bien. Su querida amiga solo presencié alguna pelea que atribuyó a los celos incontrolables de Eloi. Recordaba aquella vez en que se puso furioso porque se detuvo a saludar a un compañero de la universidad. Le gritó en medio de la calle. Nora fue testigo y aquello la dejó completamente desconcertada. «¿Es que te has vuelto loco?», le reprendió entonces a su hermano poniéndole una mano encima del pecho para que retrocediera. Eloi siempre le gritaba a la cara, sabía que así la intimidaba más, la hacía pequeña. «No exageres, hombre, solo me he puesto un poco nervioso», se excusó él.

Fue a partir de entonces cuando empezó a calificar su relación de enfermiza.

—Sí, he cambiado —contestó tras sacudirse los recuerdos.

Quizá empezaba a superarlo.

Fueron tres horas intensas en las que Nora disfrutó como una niña y que culminaron con su amiga sentada en el trono de hierro, como buena fanática. Eran las siete de la tarde cuando volvió a dejarla en casa. Se habían parado a comprarse un batido y Nayra esperó a terminarlo antes de despedirse.

—Me fascina la Edad Media —comentó Nora distraída.

Nayra se atragantó con la bebida.

—Oh, sí, una época dominada por los señores feudales donde las mujeres eran monedas de cambio y la violencia estaba a la orden del día. Fascinante.

Nora frunció los labios desaprobando su comentario.

—No fue tan oscura como la pintan, ¿sabes? Hubo muchos avances tecnológicos.

—Sí, las máquinas que inventaron para torturar a la gente fueron todo un progreso para la humanidad.

Nora se rio tan fuerte que le salió batido por la nariz.

—Nayra —dijo poniéndose seria de repente—, ¿me prometes que esta vez me lo contarás todo?

Ella sonrió y la cogió de la mano.

—Esta vez no tengo motivos para esconderte nada.

Quería imaginarse entera en un futuro, aunque ahora se sintiera rota y maltrecha. Aunque le dolieran las ganas de intentarlo, ansiaba recoger sus pedazos. No pretendía ser la persona que fue. Dejaría atrás aquella niña con ideales mal concebidos. Olvidaría los príncipes azules para dejar de vestirse de princesa y ser una mujer fuerte que deseaba comerse el mundo a bocados.

Te escribí te quiero.

Cuando volvió a casa y saludó a Denver le pareció estar en otro mundo. Nora pertenecía a su otra vida y a una parte de su pasado que quería olvidar. Ya se había encontrado en esa encrucijada años atrás. Al intentar borrar el recuerdo de Eloi, se dio cuenta de que Nora también era parte de él. Los tres estaban unidos y sería imposible eliminar a uno de su mente sin llevarse al otro. Cuando lo comprendió, las palabras de Álex cobraron sentido: «Debes aprender a convivir con el pasado». Tenía razón. Olvidar era demasiado ambicioso, debía esforzarse por verlo todo desde otra perspectiva.

Álex sonrió aliviado al verla entrar en la habitación. En un primer instante no se percató de su presencia, tan absorto estaba en lo que hacía. Nayra lo había observado, silenciosa, fijándose en los gestos de concentración que le arrugaban la frente y le otorgaban un aspecto más severo. Fruncía los labios cuando se veía obligado a parar a causa de algún error. Y aquellas dudas que cambiaban su expresión lo hacían parecer más vulnerable.

—Por fin, llevo toda la tarde encerrado aquí. —Se quitó los auriculares—. Me va a estallar la cabeza.

Se acercó a él y le dio un beso desesperado en los labios. Después se sentó en su regazo.

—¿Va todo bien?

—A veces Nora y yo nos ponemos demasiado intensas...

Él la miró como si supiera de qué hablaba, aunque no comentó nada.

—¿Qué tal la exposición?

—Ha sido interesante —contestó con una pizca de indiferencia.

Le había hecho un favor a Nora acompañándola, a pesar de que al final acabara contagiándose de su entusiasmo.

—Tenía algo más divertido para esta noche...

Nayra intentó disimular un gesto de preocupación, pero no tuvo éxito.

—No te voy a llevar de fiesta otra vez, tranquila —se rio Álex.

—Vale —sonrió—, ¿tengo que cambiarme?

—No, estás guapísima.

Se le revolvieron las entrañas de placer. Se preguntó si siempre sería así. Su cuerpo sucumbiendo a sus cumplidos en un estallido de satisfacción.

Mientras esperaba a que Álex se cambiara, Paula salió de su cuarto soltando un grito emocionado.

—¡Chicos, me voy a Ibiza!

—¿Cuándo?

—En agosto, ya lo tengo todo reservado.

Nayra parpadeó dos veces antes de decir algo.

—Faltan más de dos meses.

—Si no planeas con antelación, corres el riesgo de quedarte sin vacaciones. Y no pienso tirarme aquí todo el mes de agosto.

—Claro, sería horrible —repuso Nayra con sarcasmo.

Sintió la risa de Álex dentro de la habitación.

—Para mí, sí.

—¿Y con quién vas a ir?

—Con unas cuantas amigas, aunque estoy intentando convencer a Javi.

—Yo no perdería el tiempo con él —intervino Álex en un tono demasiado seco—. ¿Nos vamos?

Nayra asintió y le siguió hacia la puerta. Esperó a que estuvieran dentro del ascensor para reprocharle la dureza con la que había contestado a Paula. Él se excusó diciendo que solo había sido una estrategia para que se le cayera la venda y no se hiciera ilusiones con él.

—La verdad es que así, a primera vista, no me parece que tenga que ir con cuidado —le explicó—, pero conozco a Javi y su debilidad por las mujeres, las pocas veces en que se ha metido en una relación no han terminado demasiado bien.

Iban a cenar fuera y, aunque Álex no le dijo dónde, Nayra le hizo prometer que no iba a ser necesario usar los palillos. No hacía frío y había mucho ambiente. Caminaban por la calle cogidos de la mano. Ese gesto que acabaría por convertirse en algo cotidiano la mantenía dentro de una burbuja de felicidad. Seguía sintiéndose extraña cuando salían a la calle juntos. En casa, en su universo particular, podía ser diferente. Pero en público resultaba demasiado evidente que eran muy distintos. Él disfrutaba rodeado de gente y ella prefería la soledad. Él tenía una seguridad en sí mismo envidiable y ella luchaba por aparentar lo mismo sin conseguirlo. Sabía que no era fea, aunque tampoco de una belleza fuera de lo común. Paula le decía muchas veces que era guapa, solo que no hacía nada por destacar. En parte, pensaba Nayra, porque no veía la necesidad de venderse como si fuera un trozo de carne. Siempre había creído en otro tipo de belleza, la que no se ve, la que tiene que buscarse un poquito más hasta que se encuentra. Álex tampoco hacía nada por destacar, aunque brillaba por encima de los demás gracias a su sonrisa, a sus ojos del color de

la miel, siempre tan expresivos, a sus andares, que parecían despreocupados pero pisaban más fuerte que los de cualquiera.

Se pararon delante de un local, cuatro calles más abajo de su casa. Estaban muy cerca del parque donde solían pasear a Denver. Nayra había pasado varias veces por delante sin fijarse en que era un restaurante. No lo parecía, tenía más bien aspecto de antro nocturno. Sin embargo, una vez dentro, el suelo de madera, las paredes de piedra y el estilo roquero lo convertían en un lugar peculiar y acogedor. Apenas había mesas para comer y el espacio reducido hacía que casi todo el mundo se concentrara en la barra. Los condujeron a una terraza interior donde se escuchaba música de fondo, cubierta por una lona engalanada con bolas de luz. Delante del espacio reservado para las mesas había un escenario preparado para interpretar música en directo.

—Por favor, dime que es romántico. —Álex esbozó una sonrisa de medio lado esperando su aprobación.

—Es precioso, se nota que has pensado en mí.

—Tenía que compensar el esfuerzo de ayer...

Parecía que hubiera pasado una eternidad y solo habían transcurrido horas. Ella sonrió complacida. Quizá con el tiempo llegarían a disfrutar de las aficiones del otro o, al menos, a compartirlas sin que resultaran un agravio.

—No fue para tanto —contestó ella.

Por la cara que puso Álex, no había sonado muy convencida.

—No aguantaste más de dos horas... —se rio.

—Los zapatos de Paula no ayudaron mucho —se excusó.

La miró intentando buscar dentro de ella, como hacía siempre cuando algo no le encajaba. En ese momento el camarero les indicó que podían sentarse a la mesa. La zona de la terraza estaba llena, la mayoría era gente joven. A su lado había un grupo de chicas que no paraban de reírse. Solo cuando escucharon los acordes de una guitarra bajaron el tono. Eran las primeras pruebas de sonido antes de que empezara la actuación. En la carta había tapas y hamburguesas, no tardaron mucho en decidirse. Cuando les tomaron nota y Álex volvió a concentrarse en Nayra, siguió el hilo de sus pensamientos.

—Me preocupa que hagas cosas de las que puedas arrepentirte... —dijo distraído, por un momento le pareció que pensaba en voz alta.

—¿Te refieres a lo que pasó ayer entre nosotros?

Él frunció los labios y después sacudió la cabeza.

—Espero que no, porque ya te dije que estoy enamorado de ti.

—En realidad dijiste que te estabas enamorando, no que ya lo estuvieras.

Álex esbozó una sonrisa inocente, y supo que se había equivocado adrede.

—Me refiero... a que la Nayra que me gusta no hubiera dejado que Paula la vistiera, ni hubiera salido de fiesta si no hubiéramos insistido.

—A veces hay que hacer cosas distintas para enfrentarse al miedo. —Lo cogió de la mano—.

Quería seguir hacia delante, pero no sabía cómo hacerlo sin que me entrara el pánico, no quería volver a huir de ti. Hubiera sido la opción más cómoda, estos tres años he estado arrinconando recuerdos, creyendo que si fingía que no estaban allí con el tiempo desaparecerían. Y he tenido que volver a enamorarme para darme cuenta de que eso no sirve. De que, sin quererlo..., cada vez que hago algo nuevo contigo no puedo evitar compararlo con lo que tuve antes. Sé que no es muy alentador escucharme decir esto, pero... es una manera de hacerte entender que esos pasos inseguros y torpes que he dado son fruto de mi terrible miedo a volver a depender de alguien.

Solo había amado dándolo todo, incluida su propia persona. Le asustaba dejarse llevar, enamorarse demasiado y volver a ceder terreno para perderse otra vez.

—Me gusta que te sinceres conmigo. Me ayuda a comprender lo que pasa por tu cabeza.

—Soy complicada, lo sé.

Él negó con la cabeza.

—Sé que no es fácil, pero esto también es nuevo para mí. Necesito que me cuentes lo que te preocupa para saber si voy por el buen camino.

—Vale —dijo ella asintiendo con energía.

Ya no le asustaba tener conversaciones profundas con Álex. Se sentía aliviada y serena. Había pasado mucho tiempo guardando secretos, era genial tener a alguien con quien vaciarse.

—A veces creo que voy demasiado rápido y no quiero asustarte. —Álex se encogió de hombros.

Aquel era un gesto que ella hacía con frecuencia, le pareció gracioso que él lo hubiera adoptado como suyo en tan poco tiempo. Aunque parecía un síntoma de inseguridad, le otorgaba ternura e inocencia.

Cenaron mientras un joven talento tocaba rumba catalana sobre el escenario. No era demasiado su estilo, pero la facilidad con la que movía las manos por las cuerdas de la guitarra la maravilló. Tras digerir un poco la comida, Álex consiguió sacarla a bailar. Aquel sitio no estaba tan concurrido como la discoteca de la noche anterior, allí no podía pasar desapercibida, pero él puso tanto empeño que pronto se olvidó de los ojos que la miraban. No sabía de dónde le salía esa nueva afición por el baile, no se le daba mal y era capaz de adaptarse a cualquier tipo de música. Al final optó por dejar que él la guiara y le diera vueltas de un lado a otro. Fue divertido.

Paula acababa de irse cuando llegaron a casa, la vieron salir con la moto antes de entrar en el portal.

—El piso para nosotros solos —dijo él con una sonrisa maliciosa mientras subían en el ascensor.

Denver los saludó con efusividad en cuanto entraron por la puerta. Últimamente estaba más nervioso que de costumbre, debía haber alguna perra cercana en celo. A veces lloraba por las noches y la ansiedad le quitaba incluso el hambre. Si seguía así tendrían que pensar en castrarlo.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dijo Álex de pronto, tras leer un mensaje en el móvil—. Javi se va a Ibiza con Paula.

—¿Lo ha convencido? —preguntó Nayra asombrada—. A lo mejor te equivocabas y él está cambiando.

Volvían a dormir en el cuarto de él. Se quitó los pantalones y los tiró a un rincón de la habitación, después hizo lo mismo con la camiseta y se quedó en calzoncillos. La noche era especialmente calurosa.

—No lo sé, sigo sin verlo claro. Espero que no le haga daño.

—Yo los veo el uno para el otro, son bastante parecidos.

—Y tú y yo no nos parecemos en nada, ¿no? ¿De verdad crees que hay que hacer un test de compatibilidad para saber si funcionará? Lo único que debe importarte es si eres feliz o no con la persona con la que estás.

—Antes creía que el amor lo podía todo. Que las personas podían cambiar para amoldarse a quien amaban.

—Eso es muy egoísta. Te enamoras de alguien por cómo es. Jamás se me ocurriría pedirte que cambiaras. Y si el tiempo me demuestra que no eres lo que busco, cada uno seguirá por caminos diferentes. El amor verdadero no existe, nena. Tú y yo no estamos predestinados a querernos, ni vamos a forzar un «por siempre» que nos condene a los dos.

—Álex —sonrió con dulzura—, eso ha sido muy bonito.

Él soltó una risa nerviosa.

—¿Bonito? ¿Que lo nuestro no va a ser para siempre?

—Sí, ojalá hubiera comprendido eso antes.

Ojalá no se hubiera atado a una relación que le destrozó la vida.

Tumbados en la cama, observaban la ciudad a través de la ventana. La habían dejado medio abierta y se sentía el ruido de la calle.

—¿Tú no te vas de vacaciones? —preguntó Álex con curiosidad.

—Nora y yo llevamos dos veranos yendo a Inglaterra para mejorar nuestro inglés. Pero este año nos quedaremos aquí. Ella ha encontrado trabajo y yo quiero acabar mi libro.

—Sois pijas hasta para eso —se rio.

Ella le propinó un manotazo cariñoso.

—¿Y tú qué tienes pensado?

—Trabajar todo el verano. Claudia empieza la universidad este año y... —hizo una pausa, como si dudara de lo que iba a decir— mi madre no se puede hacer cargo de todo. La matrícula, buscarle un piso aquí...

—Eso dice mucho de ti. —Lo miró con ternura.

—Que soy un buen hermano y que algún día tendrá que compensármelo.

—Me da la sensación de que la cuidas mucho.

Se recostó en su pecho, quería volver a sentir su respiración y los latidos de su corazón mientras él le acariciaba la espalda.

—Mi madre me tuvo muy joven, con diecisiete años. Y Claudia era muy pequeña cuando mi

padre se marchó, así que, de alguna manera, me tocó adoptar el papel de padre en aquella casa. Empecé a trabajar con catorce años para poder ayudarla.

Mientras lo escuchaba se alegró de haber tenido una vida tan acomodada. Se mordió el labio para disimular su asombro, no quería ofenderlo.

—No pensé que tu vida fuera tan dura...

—No te montes historias en tu cabeza —dijo con sequedad—, no nos ha faltado de nada. Pero mi madre ha tenido que sufrir mucho. A ella le hubiera gustado que yo estudiara, pero estaba harto de verla trabajar todo el santo día.

—¿Dejaste el instituto?

—No, empecé a trabajar en un taller de coches de un vecino. Iba todas las tardes después de clase. Bueno, también hacía algún trapicheo, para qué nos vamos a engañar...

A ella se le escapó una sonrisa.

—¿Y ahora quieres ser policía?

—La gente cambia, nena.

Álex se movió hacia un lado haciéndola caer sobre el colchón y se tumbó encima de ella. Ya se había cansado de hablar de su vida, o quizá ese tema lo incomodaba demasiado. Otra diferencia evidente entre ellos. Aunque esa, en concreto, a Nayra no le importaba lo más mínimo. Algo que le había enseñado su padre desde niña era que el dinero podía llevarte a la cima, pero también destruirte. Solo era un medio que podía facilitar un fin, y al alcanzar la meta lo único que quedaba era el recuerdo de las buenas personas. Aun así, estaba segura de que Álex seguía considerándola una pija y eso le molestaba.

—No soy una pija —dejó escapar casi sin darse cuenta.

Álex la estaba besando con apremio y había empezado a acariciarla.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Me lo has dicho antes y no quiero que me veas así. No estaría viviendo aquí, eso para empezar.

Álex suspiró y esbozó una sonrisa inocente.

—Vale..., lo siento. —La besó recorriendo el camino hacia su escote, pero ella lo apartó con cariño y se sentó en la cama. Él hizo lo mismo sin disimular su sorpresa.

—¿No quieres...? —preguntó contrariado.

Ella sonrió y se quitó la ropa.

—Sí, pero me apetece ser yo la que te guíe.

Se puso a horcajadas encima de él. Álex la agarró de la cintura. Suspiraron a la vez cuando se sintieron el uno dentro del otro.

—Me gusta cuando me miras así —le susurró cogiéndole la cara entre las manos mientras se movía lentamente.

Una descarga de placer recorrió su cuerpo.

—¿Así, cómo? —masculló entre dientes.

—Como si fuera valiente. —Lo besó con fuerza.

—Es que lo eres, Nayra, eres muy valiente.

Su padre se sacudió la camisa con la esperanza de que le entrara algo de aire y aliviara el sofoco que le producía el sol del mediodía. Tanto en invierno como en verano seguía llevando la camisa de manga larga y la corbata bien anudada al cuello. Formaba parte de su vestimenta de ejecutivo, debía aparentar seriedad y transmitir confianza. Y se le daba muy bien, era como un don, sabía calar a la gente, les decía lo que querían oír, se los metía en el bolsillo y después los arrastraba a su terreno. Liderar es más fácil cuando la otra parte siente esa cercanía, y así había conseguido él que dentro de su equipo todos fueran a una. La comunicación le parecía fundamental. Habían aparcado el coche dos calles más abajo. Buscar aparcamiento en el barrio era un coñazo, por eso Nayra siempre iba a pie o usaba el metro. Pero su padre era un señorito en ese sentido y le veía en la cara que le fastidiaba tener que caminar por la calle y dejar su querido coche a merced de los vándalos. No es que Gracia no fuera seguro, pero en todas partes podía haber algún listo que decidiera rayarle el coche por pura diversión.

El portero del edificio donde acababan de entrar los saludó. Cogieron el ascensor en silencio. Su padre llevaba demasiado rato sin hablar, pero esbozaba una sonrisa de suficiencia. Eso no auguraba nada bueno.

—No me ha pasado desapercibido el cariño que le has cogido a este barrio tan... —la miró dudando de la palabra que estaba a punto de usar—... pintoresco.

Antes de entrar en el portal se habían cruzado con un chico que llevaba una cresta enorme de color azul; en la plaza, otros dos cantaban flamenco mientras los niños corrían detrás de las palomas. Quizá fuera un barrio ciertamente singular, pero ella veía personas diferentes conviviendo en perfecta armonía y le parecía bonito. Seguía sin comprender la finalidad de aquel paseo que le había propuesto su padre y por qué demonios acababan de entrar en un piso vacío. El suelo era de parqué oscuro, tenía una entrada estrecha que llevaba a un comedor más amplio. Por las ventanas entraba muchísima luz. Daban a la plaza de enfrente, donde se concentraba el ambiente de la zona. El balcón no era gran cosa. El piso estaba muy bien situado, a cinco minutos a pie de donde vivía, así que también era céntrico. No entendía por qué su padre lo estaba evaluando como posible vivienda.

—¿Te gusta?

—¿Tendría que gustarme? —Arqueó una ceja esperando una respuesta.

Él la cogió del brazo y casi tuvo que correr para seguirle los pasos hacia la cocina. También era amplia, tenía espacio para poner una mesa pequeña y disponía de muchos armarios. Después le enseñó el resto de la casa: un lavabo de cortesía y tres habitaciones más, la de matrimonio con baño propio.

—Es perfecto, ¿verdad?

—Lo has comprado. —Era un afirmación, acababa de darlo por hecho.

Lo conocía demasiado bien para saber que cuando se le metía algo en la cabeza no paraba

hasta conseguirlo. En asuntos laborales era una cualidad que resultaba muy práctica, pero en los personales le había acarreado más de un problema. Se imaginaba a su madre lidiando con esa personalidad todos los días. Debía ser un poco frustrante. Pero la cabeza de Nayra no le daba vueltas a aquello, sino a la conversación que había tenido el día anterior con Álex. Él se iba a pasar trabajando todo el verano para ayudar a su hermana a pagar la universidad y a ella su padre le regalaba un piso. Se sentía ruin.

—No lo necesito, ya te lo dije —repuso nerviosa. Sus pensamientos la estaban martirizando.

—No hace falta que vengas a vivir ahora si no quieres... También podría alquilarlo. —No sonó muy convencido—. Aunque me parece una tontería que pagues un alquiler teniendo piso propio.

Lo observó en silencio. No sabía cómo salir del atolladero, no quería mudarse, pero tampoco herir sus sentimientos.

—Tiempo atrás me hubieras aplaudido la idea —insistió él.

—No quiero irme del piso.

—¿Por qué? —preguntó con un deje de desesperación.

—Porque Álex y yo estamos saliendo.

Ya está. Ya lo había dicho.

Su padre suspiró y bajó la cabeza.

—Así que era eso...

Ella asintió.

—Y... ¿tú estás bien?

Su padre no quería verla sufrir de nuevo. Hasta ese momento se lo había puesto fácil, llevaba tres años sin salir con nadie y convivía con ellos. La tenía cerca, podía estar atento a cualquier cambio y evitar que ocurriera otra vez. Pero ahora se había distanciado y le acababa de confesar abiertamente que tenía una relación. Su preocupación era evidente.

—Estoy bien, sí. Vamos despacio.

—Todo lo despacio que se puede ir teniendo en cuenta que vivís juntos...

—Papá, no tengo secretos con él. Sabe todo lo que me pasó y lo comprende. Confía un poco, por favor.

Él dejó caer los brazos soltando una exhalación. Después se acercó a ella sonriendo con ternura.

—Eres mi niña, no quiero que vuelvan a hacerte daño.

Debía estar muy preocupado para que le soltara esa cursilería. Lo abrazó y se apretó contra su pecho. El olor de su colonia le golpeó la nariz. Hacía años que la usaba y formaba parte de él, pero la falta de convivencia le había hecho olvidar esa fragancia tan intensa. La esencia de Álex era diferente, más juvenil, alocada, dulce. Sonrió pensando en él. Y supo que todo iría bien.

Vendrían más historias después de aquella. El amor tenía otras caras que no conocía y cuando el dolor la abandonara quizá se atrevería a probar de nuevo. Aunque el dolor solo era un escudo indeleble incapaz de impedir el arrollador desfile de sentimientos.

Te escribí te quiero.

Fue una semana intensa. Estaba a punto de acabar su novela. Dos meses en los que se había dedicado en cuerpo y alma a ella. Plasmando en su universo paralelo lo que había sentido con Álex. Abriendo su corazón a la par que su protagonista. Y ahora las dos estaban preparadas para seguir su camino. Le entristecía tener que abandonar a aquellos personajes tan pronto, se le había hecho demasiado corto. Por lo general, las ideas maduraban en su cabeza durante un tiempo prolongado, hasta que se decidía a escribir. Y esta vez las palabras le habían brotado a borbotones, como si ya hubieran estado ahí sin que se diera cuenta, esperando la oportunidad de salir disparadas de su subconsciente. Se sentía satisfecha, aunque empezaba a temer el momento de sacarla a la luz. Cuando sientes algo tan tuyo, dejarlo a merced de las críticas se hace complicado.

Álex llevaba toda la mañana y parte de la tarde estudiando. El día siguiente iba a ser «el gran día», el de su examen para las oposiciones. Nayra había salido a pasear a Denver y volvía después de quince minutos intentando engatusarlo para que se dejara poner la correa. Aquello no era típico de él, cuando olía a perras en celo se transformaba en otro. Deambulaba de un lado a otro olisqueando cada rincón, parecía estar más irascible y pasaba olímpicamente de las órdenes que le daban. Se lo hizo saber a Álex cuando entró en su cuarto para llevarle un café. Tenía ojeras y parecía cansado.

—Creo que deberías plantearte capar a Denver. Está descontrolado, ha intentado montar a Lola.

Y la pobre perrita había huido despavorida, Denver era mucho más grande que ella.

—No voy a quitarle los testículos a mi perro.

—Pero lo pasa mal...

—Como todos cuando reprimimos las ganas. —Soltó una risita.

Nayra resopló y se cruzó de brazos.

—No estoy bromeando —dijo poniéndose seria.

—Lo sé, cuando bromeas entornas los ojos y se te escapa una sonrisa por este lado. —Le rozó el labio con los dedos.

—Álex...

Él la estiró de la mano y la sentó en su regazo.

—Dame un beso —susurró.

—No sé si te lo mereces..., y menos si no me tomas en serio.

—Un beso se da porque se siente, no porque el otro se lo merezca.

—Entonces me pasaría el día besándote.

—Es una buena opción. —La besó.

Nayra hundió su boca en la suya con más fuerza, pero tras varios segundos se apartó.

—Me estás desviando del tema.

—Me gusta ser una distracción. —Otro beso.

—Pues a mí me da rabia que seas tan increíblemente guapo, porque así no puedo concentrarme.

Álex se echó a reír. Le brillaban los ojos.

—Nena, ¿acabas de piropoarme? Eso no lo haces muy a menudo.

Era cierto, no solía expresar esa clase de pensamientos en voz alta. Aún sentía reparos, nunca creyó que pudiera volver a enamorarse. No porque pudiera evitarlo —sabía que era incontrolable—, sino por la poca confianza que le daba abandonarse a un sentimiento que una vez la entregó a alguien que solo pretendió hierla. El amor era algo así como la polilla que se acerca a la luz aunque sabe que puede quemarse. Un acto suicida. Y reconocer que Álex era increíblemente guapo la había acercado a él irremediamente. Ahora ya se estaba achicharrando.

Se dio una ducha rápida para quitarse el sudor del paseo. Tras vestirse y arreglarse un poco, salió al comedor. Había llegado Javi, que pasaba mucho tiempo allí desde que salía con Paula, y escuchó cómo Álex le pedía prestado el coche.

—¿Vas a llevar a Nayra a conocer a tu madre?

—¿Qué pasa?

—Sí que te ha dado fuerte...

—Más fuerte te ha dado a ti, que llevas más de una semana con la misma tía, no te jode.

Javi resopló dándole a entender que su respuesta esquivaba el tema.

Nayra interrumpió la conversación antes de que se dieran cuenta de que estaba escuchando.

—Podemos ir con mi coche.

Los dos se giraron para mirarla.

—Tienes un coche —dijo Álex asintiendo como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Nunca lo uso. Para desgracia de un fanático de los coches como mi padre, odio conducir.

—¿Y por qué te lo compraste? —soltó Javi.

Álex puso los ojos en blanco adivinando su respuesta. Ya le había contado lo de su nuevo piso y que su padre era un hombre de ideas fijas y de una tozudez insoportable.

—Me lo compró él, yo no se lo pedí. Y ahora está cogiendo polvo en el garaje.

—Dile a tu padre que yo aceptaría sus regalos encantado —se rio Álex—. Me sorprende que seas tan poco materialista con lo que tienes a tu alcance.

—Ya te dije que no soy una pija.

—¿Ah, no? —preguntó Javi con sarcasmo.

Álex le rio la gracia y Nayra los fulminó con la mirada.

—No te enfades, nena, estábamos bromeando. Podemos ir a buscarlo después del examen.

Ella asintió recordando que tendría que ver a su madre. Volvería a ver a Álex. Volvería a sacar conclusiones y tendría que decirle que era su novio. Le asustaba la reacción que pudiera tener.

Las pruebas teóricas se hacían en la universidad. A pesar de las pocas plazas convocadas, había mucha gente esperando. Algunos repasaban el temario y lo comentaban con los compañeros. Álex no había llevado nada. «Si no lo he memorizado ya, es perder el tiempo», le había dicho. Nayra se ofreció a acompañarlo para darle apoyo moral. Aunque él insistió en que no lo necesitaba, se había pasado la noche dando vueltas en la cama. Y al menos hasta que abrieran las puertas le haría la espera más amena.

—Está plagado de gente —dijo mirando de un lado a otro.

—Tú tienes ventaja, llevas años estudiando y ya has hecho el examen dos veces.

—Sería una ventaja si no lo pusieran cada vez más difícil. —Chasqueó la lengua con fastidio —. Joder, no sé si me acordaré de todo.

—Álex, relájate. Tienes que enviar energías positivas hacia tu propósito.

Él esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Qué chorrada es esa?

—Nora siempre lo dice y a veces funciona.

Empezó a jugar con el DNI que llevaba en la mano.

—Álex Cebrián, menudo careto —lo picó.

En la foto parecía un auténtico macarra y llevaba el pelo mucho más corto.

—Ya me gustaría ver el tuyo. Nayra... ¿qué más?

—Álvarez.

—Cebrián Álvarez, suena muy bien.

—Álvarez Cebrián suena igual de bien.

Álex se echó a reír.

—Pues también es verdad. Si en un futuro te haces famosa tener tu apellido te abrirá más puertas.

Era el turno de Nayra para partirse de risa.

—No creo que eso ocurra.

—Sea como sea, lo discutiremos en su momento.

Eloi y Álex se diferenciaban en tantas cosas que hubiera necesitado un capítulo entero para nombrarlas. Pero el simple hecho de estar hablando del orden de sus apellidos con total naturalidad ya decía mucho de él. No hacía falta mencionar que Eloi hubiera zanjado el tema argumentando que el apellido del hombre va antes que el de la mujer, de toda la vida. Y se hubiera quedado tan ancho.

Acababan de abrir las puertas y los aspirantes se ponían en fila.

—Allá voy.

Nayra lo abrazó con fuerza y después lo besó.

—Te quiero.

No supo cómo dejó escapar aquellas palabras. ¿Realmente habían salido de su boca? Recordaba haberlas pensado días atrás con la certeza de que se estaba volviendo loca. De que se estaba precipitando. Y de que cuando llegara el momento de decírselas lo haría de una manera muy diferente a como acababa de hacerlo. Álex la miraría con adoración y complicidad. No con la cara desencajada a consecuencia de su sorpresa.

—Joder, nena, ¿cómo me dices eso ahora? No voy a poder pensar en otra cosa.

Luego le dedicó una sonrisa espléndida. Sus ojos parecían más grandes, más brillantes, más profundos. Apartó la mirada maldiciéndose a sí misma, pero él le cogió la barbilla para captar su atención.

—Eh, yo también te quiero. —Se lanzó a su boca y la besó con urgencia, con deseo, con un nuevo sentimiento que acababa de liberarse.

Las tres horas siguientes dio vueltas por el centro, se compró ropa y llamó a Nora. Había empezado el trabajo y estaba muy contenta con el puesto que le habían asignado, pero tenía poco tiempo libre. Luis residía en la costa todo el verano, así que solo se veían los fines de semana. Entraron en un debate sobre las ventajas de mantener cierta distancia en las relaciones sentimentales. Nora creía que la ilusión del primer momento moría con la monotonía. Nayra coincidía con ella, aunque sabía, por propia experiencia, que la convivencia diaria daba la oportunidad de conocerse de otra forma. Y la persona con la que se compartía todo acababa siendo parte indispensable de nuestra vida. Álex y Paula se habían convertido en su familia. Era consciente de que su relación con Álex cambiaría con el tiempo. No harían el amor cada día, no se mirarían con la misma intensidad, no se reirían con las mismas ganas y quizá viviría con el temor de que algún día todo pudiera acabar. El miedo también formaba parte de aquellas emociones, y un poco de miedo estaba bien, le hacía sentir viva. Ahora le apetecía saborear cada instante como si fuera el último. No se arrepentía en absoluto de haber dicho te quiero, y cuando Álex salió de la universidad, la saludó radiante y volvió a repetírselo, supo que él tampoco se arrepentía lo más mínimo. Parecía satisfecho del examen, aunque no bastaba con aprobar, tenía que ser de los mejores, y para ver el resultado debería esperar unos días.

Le había enviado un mensaje a su madre: iré a buscar mi coche esta tarde. Simple y conciso, sin desvelar más de lo necesario. Ya se encargaría ella de hacerle las preguntas. No quería ponerse nerviosa antes de tiempo, así que intentó distraerse con lo que pudo hasta que llegaron a su casa. Su madre ya los estaba esperando. Se sorprendió al volver a ver a Álex, lo saludó con una sonrisa amable y le dio dos besos, un gesto poco habitual en ella.

—Vengo a buscar mi coche —le dijo Nayra mientras cogía las llaves del cajón de la entrada sin esperar su respuesta.

—¿Tu coche? —preguntó por fin su madre.

—Sí, nos vamos a Badalona.

—Pero si odias conducir.

—Lo llevaré yo —intervino Álex.

Su madre lo miró con desconfianza.

—¿Conduces bien? El padre de Nayra es muy maniático con los coches, si le ocurre algo...

—Mamá, se pasa todo el día en la carretera.

—Oh, ¿y en qué trabajas?

—Soy repartidor en una empresa de transporte —dijo él con una sonrisa espléndida.

Solo Álex podía mostrarse simpático mientras lo estaban evaluando con tanto detenimiento.

—¿Y no tienes estudios?

Su madre metiéndose en la vida de la gente.

—Estudiar no es lo mío —contestó riéndose.

—¿Y qué se os ha perdido en Badalona?

—Vamos a ver a mi madre y a mi hermana.

Nayra jugueteaba con las llaves en la mano con impaciencia, haciendo más ruido del necesario.

—Vaya —dijo su madre asombrada—, ¿tienes por costumbre presentarles a todas tus amigas?

—Solo a las que me importan de verdad.

Álex estaba sorteando bien el control exhaustivo, pero tras su última pregunta Nayra se vio obligada a intervenir.

—Estamos saliendo, mamá. Y ahora deja de interrogarlo.

—Estamos saliendo —repitió ella para sí—, ¿eso qué quiere decir? ¿*Follamigos*, novio formal...?

—Por Dios, no puedo creer que hayas dicho eso.

Vio cómo Álex se aguantaba la risa.

—Bueno, hoy en día hay muchas formas de quererse.

Sabía por dónde iba y empezó a ponerse tensa.

—Nosotros hemos escogido la versión clásica —dijo Álex tomándoselo en broma.

Su madre lo miró con cara de pocos amigos.

—Creo que mi hija entiende lo que quiero decir.

—Sí, y no quiero que le juzgues. No le conoces de nada.

—Por eso no me fio —suavizó el tono y miró a Álex—, no es nada personal..., pero quiero asegurarme de que Nayra hace lo correcto.

—Claro, siempre he tomado decisiones de mierda. ¿Por qué esta iba a ser mejor?

—Nayra...

—¿Sabes? —la interrumpió—. Papá y tú os creéis con el derecho de decidir por mí sin tener en cuenta mis consideraciones, que soy adulta y madura y que hago lo que me da la gana con mi vida. Dejadme en paz de una maldita vez.

Entró en el garaje y Álex la siguió. Su BMW serie uno estaba tapado con una lona de tela, la

estiró despacio y lo dejó al descubierto. Era de color azul oscuro, estaba limpio y reluciente. Su padre le debió hacer el mantenimiento antes de mudarse. Álex silbó cuando se subió en el asiento del conductor.

—Está nuevo.

Cuando dejaron la casa atrás la cogió de la mano.

—¿Estás bien?

—Siento que hayas tenido que aguantar esto —suspiró entristecida.

—No la culpo. Debe ser difícil para ella.

—Y suele decir sin tapujos lo que piensa...

—Me recuerda a alguien —sonrió.

—Yo tengo más filtros. A ella no le importa herir a la gente.

—Oye, no se lo tendré en cuenta. Seguro que la próxima vez nos hacemos amigos.

Se le escapó una sonrisa. No se imaginaba a su madre manteniendo una conversación normal con Álex. Ni siquiera con ella misma. Parecía que cada vez estaban más distantes. Y aunque se hiciera la dura, le dolía.

Salieron el domingo por la mañana. Álex solía pasar todo el día en casa de su madre cuando iba a visitarlas. Nayra se había puesto un vestido de manga corta de color azul y sus sandalias de esparto. Estaban a punto de inaugurar el verano y el calor ya era insoportable. No hacía demasiado que habían salido de Barcelona y conducían por la autopista. Álex estaba distraído tocando los mandos del coche y aprovechando cualquier oportunidad para adelantar y pisar el acelerador. Llevaba puestas las gafas de sol y Nayra no podía ver sus ojos, pero sabía que estaba disfrutando. Ella prefería observar el paisaje. De vez en cuando él acercaba la mano a su muslo desnudo y la acariciaba con dulzura, como si le leyera el pensamiento e intentara tranquilizarla. Se sentía inquieta, quería gustar a su familia. Álex hablaba de su madre y de su hermana con adoración, las quería con locura y aquello no hacía más que acentuar sus ganas de dar una buena impresión. Le dijo que su madre trataba a todo aquel que entraba en su casa como si fuera de la familia y que no se sentiría como una extraña.

—Y mi hermana ya ha dejado de ser una estúpida adolescente.

Nayra sonrió. Sabía a qué se refería. Los dos años que le sacaba a Nora le habían permitido corroborar que la adolescencia era una mierda. Cuando ella ya había hecho el cambio hacia su etapa adulta, Nora seguía cargada de tonterías.

Había conseguido relajarse cuando llegaron al barrio donde vivía su familia. Era muy austero, pisos viejos, pequeños comercios, plazas con menores de edad fumando en los bancos.

—Sé lo que estás pensando... —dijo Álex.

—Sorpréndeme.

—Que no andarías sola por estas calles.

—Has acertado.

Él hizo una mueca de disgusto.

—No es tan malo como parece, hay buena gente. Ahí me juntaba con mis amigos —dijo señalando un rincón de la plaza por la que acababan de pasar. Llevaban las ventanillas bajadas y el aire apestaba a marihuana.

—¿A fumar porros?

—No te pases —le advirtió—, es mi barrio y le tengo cariño. Y sí, alguno me fumaba, pero no era un porreta. ¿Tú no hacías esas cosas cuando eras una cría?

Ella suspiró y siguió observando la calle.

—Tienes que pensar que conocí a Eloi con trece años. Los dos siguientes nos los pasamos tonteando. A los quince empecé a salir con él, era tres años mayor y muy responsable para su edad. Se comportaba como un padre conmigo. Así que no, no hice nada de todo eso.

Se giró para mirarlo. Él tardó unos minutos en hablar.

—¿Cuántos años estuvisteis saliendo?

—Sin escondernos, cuatro.

—Es mucho tiempo.

No entendía a qué se refería con «mucho tiempo».

—Dijiste que tu relación anterior había durado cinco años —contestó a la defensiva.

—Sí, pero solo nos veíamos los fines de semana. Ella era de Barcelona. Por eso me fui a vivir allí. —Hizo una pausa que a Nayra le pareció eterna—. Es mucho tiempo para que nadie se diera cuenta.

No hubiera entendido lo fácil que resultó caer en sus brazos y empeñarse en hacer funcionar algo que estaba muerto antes de empezar por culpa de sus ideales románticos preconcebidos.

—Ya hemos llegado.

Álex dejó el coche en un aparcamiento pequeño. Delante había tres edificios de pisos idénticos, de unas cuatro plantas. Estaban en la parte de atrás, por una de las ventanas vio a una señora mayor tendiendo la ropa. Él la saludó con la mano. Luego se acercó a una de las ventanas de la planta baja y llamó con fuerza. Segundos después salió un chico de unos dieciséis años.

—¿Y tu hermano? —le preguntó Álex.

—Trabajando. —Le estrechó la mano con firmeza. Llevaba un cigarro en la boca.

—Vigíame el coche. —Y lo señaló.

—¿Es de tu *churri*?

Álex asintió. El chico la repasó sin decir una palabra.

—Está buena —se rio.

Imbécil, pensó ella. Odiaba a los hombres que te hacían sentir como un simple trozo de carne.

—No seas capullo —dijo Álex intentando darle un manotazo a través de la rendija. El chico se rio más fuerte y le cerró la ventana.

Antes de que llegaran al portal Nayra lo detuvo cogiéndole por el brazo.

—Ni se te ocurra llamarme *churri*.

Él soltó una risita.

Álex se abrazó a su madre cuando le abrió la puerta. Ella le dio un sonoro beso en la mejilla y después otros dos a Nayra, con una sonrisa que le iluminaba la cara. Se llamaba Carmen y tenía el mismo carisma que Álex, aunque con unos años más. Por lo que él le había contado, calculó que tendría cuarenta y dos, pero su forma de vestir, moderna, la hacía parecer más joven. El piso estaba en la planta baja y nada más entrar ya se accedía al comedor, pequeño y decorado con muebles sencillos. Era viejo, pero estaba bien cuidado.

—Claudia está durmiendo —les explicó Carmen—. Ayer le tocó turno de tarde en el supermercado y después salió con unas amigas.

Eran las doce y media de la mañana.

—Voy a despertarla —dijo Álex sonriendo con malicia.

Nayra se sintió un poco desamparada cuando desapareció en el pasillo, pero Carmen la llevó hacia la cocina y le ofreció algo para beber. Minutos más tarde escuchó risas en una de las habitaciones.

—Se llevan muy bien —se sorprendió.

Ella era hija única, pero la mayoría de hermanos que conocía solían tener discusiones típicas debido a la diferencia de edad.

—Sí, siempre han estado muy unidos. Aunque tuvieron una época en la que no se entendían demasiado. A Álex le encantan los niños, le costó aceptar que su hermana había crecido y dejaba de estar interesada en sus juegos. ¿Tienes hermanos?

—No, pero sí primos que han sido algo parecido a hermanos.

—La familia es muy importante.

Quizá eran cosas suyas, pero el énfasis que había puesto en sus últimas palabras le llevó a pensar que Álex le había contado sus problemas para asumir la separación de sus padres.

Mientras Claudia se arreglaba pusieron la mesa entre los tres. Carmen había hecho albóndigas a petición de su hijo, que no paraba de alabarlas como si fueran el mejor plato del mundo.

—El día que hagas unas albóndigas como estas, me caso contigo —le dijo cogiéndole la cara y plantándole un beso en la boca.

Carmen soltó una carcajada. Aunque olían realmente bien, de cualquier forma los talentos culinarios de una madre son insuperables.

Claudia entró en el comedor en el momento en que ponían los platos.

—Escaqueada —le susurró Álex.

Ella le hizo un gesto despectivo con la mano y se acercó a Nayra para saludarla y darle dos besos. Era la copia idéntica de su madre. Alta, pelo castaño, ojos claros y la vivacidad que caracterizaba a los tres.

—Ya era hora —la regañó Carmen—, la próxima vez no vuelvas a las siete de la mañana.

—Tengo que aprovechar lo que me queda. Cuando empiece la universidad, entre estudiar y trabajar no tendré vida social.

—No seas exagerada.

—¿Qué grado has elegido? —le preguntó Nayra.

—Finanzas.

—Yo también hice el mismo.

—¿En serio? —Se sentó a su lado en la mesa—. ¿Es difícil?

—Para alguien como yo, que odio los números, un poco, la verdad.

Claudia frunció el ceño.

—¿Y por qué lo escogiste?

—Mis padres me convencieron de que era lo mejor. Los dos son economistas.

—¿En qué trabajan?

—Mi padre es director ejecutivo de una multinacional y mi madre, directora de un banco.

Claudia soltó un silbido de admiración.

—¿Os imagináis que llegara a ser ejecutiva? —exclamó emocionada.

Álex puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eso lo damos por sentado. Tu madre y tu hermano no se están matando a trabajar para que aspire a menos.

Nayra no les contó que en esas profesiones el tiempo que se dedica al trabajo suele ser mayor que el que se da a la familia, y hasta las personas más ambiciosas acababan por resentirse. A su padre le había tocado viajar bastante, salir del trabajo a las tantas de la noche y mil quebraderos de cabeza. Ahora había aprendido a delegar funciones, pero siempre lo recordaba con el teléfono en la oreja cuando ella era pequeña.

Consiguió encontrarse cómoda enseguida. Carmen y Claudia eran muy cercanas y, tal como le había dicho Álex, no se sintió como una extraña en ningún momento. Mientras Carmen fregaba los platos aprovechó para ir al baño. A la vuelta, la escuchó hablar con Álex y no pudo evitar prestar atención cuando pronunciaron su nombre.

—La última vez que hablamos dijiste que estabas bien solo —le decía su madre en voz baja.

—Porque no me apetecía meterme en ninguna relación. Hasta que llegó ella.

Le pareció que Carmen suspiraba mofándose de él.

—¿Te gusta de verdad?

No escuchó la respuesta de Álex, pero sí su risita.

—Me gusta para ti, solo hay algo que... —No acabó la frase.

—Ahora tienes que decírmelo, si no, no hubieras empezado.

—Que ella está acostumbrada a un nivel de vida que tú no puedes seguir.

—Mamá, vive en un piso alquilado y lo comparte con dos personas más. Ya se le han ido todas las manías de pija.

Y entonces no pudo evitar intervenir.

—¿Y qué manías tenía antes? —preguntó mientras entraba en la cocina y se cruzaba de brazos delante de él.

Carmen disimuló una sonrisa.

—Te recuerdo que nos pusiste normas de convivencia y nos organizaste por turnos para limpiar el piso.

—Sí, y eso sigue en pie.

—Qué va, esta semana he pasado de limpiar el baño y no te has dado ni cuenta —se rio.

Nayra no pudo evitar contagiarse de su risa. Se merecía una buena reprimenda, pero ya le llegaría más tarde.

Álex le enseñó su habitación un rato después. Carmen tampoco había cambiado nada desde que se marchó. Tenía una cama individual, un escritorio con un estante lleno de cedés y un armario pequeño. En las paredes había algunas fotos colgadas. Eran de él, más delgado y más joven, pero con la misma sonrisa espléndida. En alguna de ellas aparecía Claudia de pequeña. Se llevaban ocho años y la diferencia era abismal. Nunca le había preguntado si había vuelto a ver a su padre desde que los abandonara. En aquellas fotos no aparecía, y no hablaba de él ni siquiera a la hora de recordar su infancia. Debió ser duro crecer sin padre y con una madre que se esforzaba continuamente por sacarlos adelante.

—Tienes una familia increíble —dijo sin dejar de observar las fotos.

—¿Por qué dices eso?

—Estáis muy unidos. Debe ser reconfortante saber que si te ocurre algo ellos van a estar ahí, siempre. Pase lo que pase.

La cogió de la cintura y la giró hacia él para que lo mirara a los ojos.

—Nayra, sé que estás enfadada porque tus padres no respetan tus decisiones. Es un error que antepongan el miedo a que te hagan daño a tu propia libertad. Pero por muy equivocados que estén, eso demuestra lo mucho que te quieren. Dales un poco de tiempo.

Sonrió agradecida por sus palabras y lo besó con fuerza. Llevaban toda la mañana sin besarse y no pudo evitar recrearse. Él gimió complacido y le devolvió el beso.

—Ahora me gustaría estar en mi lugar favorito.

—¿Qué lugar es ese?

Deslizó la mano por debajo de su vestido.

—Dentro de ti.

Una ráfaga de placer le subió por el estómago.

—Álex..., aquí no —susurró en su boca.

La puerta de la habitación estaba abierta.

—Lo sé, perdona. —Volvió a besarla.

Alguien carraspeó a su espalda. Se separaron de inmediato y miraron a Claudia, que estaba plantada en el pasillo con una media sonrisa.

—¿Cómo eres tan silenciosa, enana?

—Nahel ha venido a verte. Pero si quieres le digo que vuelva en otro momento... —se rio.

—Ya me has cortado el rollo.

Nahel era el hermano mayor del chico al que había pedido que le vigilara el coche. Eran

vecinos puerta con puerta, se conocían desde pequeños y se consideraban hermanos. Era un año mayor que Álex y trabajaba en un taller mecánico cerca de allí. Los cuatro se sentaron en el sofá y hablaron de aquellos amigos comunes a los que hacía tiempo que no veían. Le contaron a Nayra que unos habían sido padres, otros se habían separado después de diez años..., todo ello adornado con el toque de gracia de Nahel, que parecía llevar el humor en las venas.

—Y a José me lo encontré hace un mes. Nayra, ese está loco de remate —le explicó—. Vaya grupito éramos, para habernos visto entonces.

Después, Claudia aprovechó para volver a sacar el tema de la carrera y hablarle sobre sus dudas a la hora de organizarse con el trabajo. Los cuatro estaban metidos en su propia conversación cuando la música empezó a sonar.

—Oh, no, ya empieza... Tienes que saber que mi madre adora bailar —dijo—.

Una melodía salsera inundó el comedor. Carmen entró moviéndose al ritmo de la música y le indicó a Álex que la acompañara. Él se rio y se levantó veloz para unirse al baile.

—No me lo puedo creer —murmuró Nayra observando el espectáculo.

Claudia soltó una carcajada al ver su cara de asombro. Si hubieran tenido más espacio, el comedor se habría convertido en una pista de baile improvisada.

—Mi madre baila desde que tenía cuatro años, su intención era dedicarse a ello, pero entonces llegó Álex y tuvo que cambiar los planes. A mi hermano tampoco se le da mal.

Se le daba genial, ahora lo entendía todo, debía ser cosa de los genes. Los dos tenían mucha gracia moviéndose, como si les saliera sin pensar, como si la música corriera a través de sus venas. Era bonito ver lo compenetrados que estaban.

Se marcharon bien entrada la tarde. A Nayra le dio la sensación de que salían de un mundo para meterse en otro. Había sido un día muy intenso y había disfrutado mucho compartiéndolo con la familia de Álex. Si algo había aprendido con él era que cualquier ocasión podía convertirse en un acontecimiento especial.

Lo suyo no era un final feliz. No todos los finales tenían por qué ser felices. Rompían el concepto de la propia palabra: final. Se acabó. Tú te vas y yo me quedo preguntándome cómo demonios dejé que se estropeará tanto.

Te escribí te quiero.

Fin. Lo había terminado. Apenas había tenido tiempo de digerirlo y ya le había escrito un desenlace. Le sabía un poco amargo. Quería acunar a sus personajes más tiempo, el suficiente como para conocerlos a fondo y hacerlos completamente suyos. Dicen que los libros son como hijos para los escritores. Creía que se trataba de un tópico, pero ahora podía declarar que era cierto. Se sentía unida a ellos por un cordón invisible. Las críticas, los logros y la trayectoria que seguían le hacían crecer no solo como profesional, sino también como persona. Aún recordaba los primeros esbozos de *Te escribí te quiero*. Empezó como una especie de diario para desahogarse hasta que descubrió que en la mayoría de sus textos, además de lamentarse de su pasado, se soñaba escogiendo otro camino. Y decidió crear un personaje que la sustituyera e hiciera en su mundo imaginario lo que ella no pudo hacer en el real. Si algo debía agradecerle a la escritura era que le permitía evadirse de la realidad, que a veces era una mierda. Había llegado la hora de reposar, de conservar aquella historia dentro, en un lugar privilegiado, y dejar paso a otras nuevas. Tiempo de leer un buen libro tirada en el sofá, sin parar, hasta quedarse casi ciega por la emoción de llegar al final. De encontrar inspiración en los demás. Llegaba la hora de dedicarse un poco a ella, descansar y no hacer nada. Es decir, unas vacaciones.

Aquella tarde, cuando Álex volvió del trabajo y la encontró releendo toda la novela —estaba tan ansiosa por enviarla a la editorial que ya había empezado con la fase de corrección—, no la saludó como de costumbre. Se quedó en la puerta observándola con una sonrisa de aquellas que esconden algo importante y bueno. Nayra lo apremió en silencio para que hablara. Nadie que los mirara en ese momento se hubiera percatado de que se estaban comunicando entre ellos. Era su lenguaje secreto, además de la telepatía, que también usaban con frecuencia.

—He aprobado —dijo al fin.

Ella lo miró atónita. Él permaneció así unos segundos, imperturbable, pero Nayra sabía que se estaba conteniendo.

—¡Álex! —exclamó—. ¡Es genial, felicidades!

Se lanzó hacia él para abrazarlo con fuerza.

—Joder, no sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí.

—Te lo mereces.

—Sí, me lo merezco. —Suspiró aliviado y luego la cogió de la cintura para alzarla en brazos. Ella empezó a reírse y lo besó.

—Aún tengo que pasar las pruebas físicas.

—Las pasarás, lo sé. —Apretó su cara contra la suya—. Te quiero.

No habían vuelto a pronunciar esas palabras desde el día del examen. Quizá porque aún les quedaban demasiado grandes o porque temían que se convirtieran en un gesto cotidiano susceptible de perder significado.

—Te quiero —respondió él recalcando cada palabra.

Se tumbaron en la cama y adoptaron su posición de siempre.

—Me encantan tus ojos —le dijo ella.

Álex sonrió y Nayra aprovechó para taponarle la boca. Se quejó, pero no dejó de sonreír.

—Desde que te conozco he tenido la necesidad estúpida de hacer esto, comprobar que tus ojos sonreían por sí solos. Y además se te forman unas arrugas aquí al lado muy sexis.

—¿No serán patas de gallo? —dijo él cuando lo liberó.

—Aún no tienes de eso —rio.

—El día que las tenga, por favor, sigue diciéndome esas cosas tan bonitas.

Una semana antes del cumpleaños de Álex, Javi fue a verla al piso. Se aseguró de que no hubiera nadie, ni siquiera Paula. Aunque les hubiera sido de ayuda, tenía problemas para guardar los secretos.

—Voy a montarle una fiesta sorpresa —declaró emocionado.

A Nayra le dio un vuelco el corazón. Solo hacía dos días que había acabado de ultimar los detalles de su regalo. Lo tenía todo organizado.

—¿Cuándo? —le preguntó.

Ya sabía la respuesta. Por suerte, caería en sábado y podrían aprovechar todo el fin de semana, pero con aquella pregunta tan obvia ganaba tiempo para serenarse.

—El sábado. ¿Cuándo quieres que sea?

—Había planeado el día entero para nosotros...

—Pues tendrás que hacer un hueco para los demás.

Le daba la sensación de que competía con Javi por el mejor regalo y por el tiempo invertido. Se sentía patética. Al fin y al cabo, los cumpleaños son también para los amigos.

—Está bien. ¿A qué hora es la fiesta?

—A partir de las nueve. Un colega me deja el local, organizaremos una cena y pondremos algo de música. ¿Qué tenías pensado?

—He reservado una hora de conducción con un Ferrari en el circuito. Y después he alquilado una *suite* romántica.

Javi soltó un silbido.

—Joder, por qué no me habré buscado una novia pija...

—Que mis padres tengan dinero no me convierte en una pija —replicó con sequedad—, yo trabajo para poder permitirme estas cosas. Además, quería que fuera algo especial. Algo que recuerde durante mucho tiempo.

Necesitaba agradecerle a Álex todo el apoyo que le había dado desde que se conocieron y demostrarle que, aun con los pasos que le quedaban por dar, ya no tenía dudas.

—¿Y para qué te esfuerzas tanto? Si ya lo tienes *apollardado*.

—No seas idiota. Y que no se te escape nada de lo que te he dicho —le advirtió.

Empezaba la cuenta atrás.

Nora ya había leído los primeros capítulos. La llamó días después para darle su opinión.

—¡Me encanta! —gritó nada más contestar al teléfono.

Como lectora cero, su misión había consistido en comprobar que la trama era coherente y que no había fallos garrafales en cuanto a gramática. Le gustaba contar con ella, siempre le subía el ánimo y le hacía soñar más de la cuenta. Y para el caso, no le venía mal, esperaba volver a publicar y que aquella vez le sirviera para darse el empujón que le hacía falta. Su padre también había recibido una copia. Le dio un poco de reparo enviárselo, hacía meses que le parecía que la tenía bajo vigilancia y las palabras que había escrito no dejaban de ser un reflejo de sus sentimientos. Mostrarle la novela era como despojarse de su escudo. Hay un momento en la vida de una hija en que es preciso guardarse ciertas cosas que a un padre le incomodan. En el caso de Nayra, una de esas cosas era su relación con Álex. No pretendía esconderle a su padre que le quería y que deseaba estar con él. Pero, dentro de su consensuada telepatía, debía empezar a alzar muros que evitaran dar detalles sobre emociones más profundas. No habían vuelto a hablar del piso. No quería cambiar nada de lo que tenía en ese momento. Y al menos en ese aspecto él parecía respetarla.

El brazo de Álex le rodeaba la espalda. Sentía su aliento en la cara. Hacía calor, estaban enganchados por la calurosa humedad. La noche anterior no se habían molestado en volver a ponerse el pijama después de hacer el amor y aun así estaban sudando. Denver llevaba semanas durmiendo encima de las baldosas del lavabo, allí parecía encontrar algo de alivio. Era el día de Álex y, como si se tratara del suyo, Nayra se había despertado con la emoción revolviéndole el estómago. No podía seguir durmiendo, así que se levantó con cuidado de no despertarlo y salió a dar un paseo rápido con Denver. Habían salido más pronto que de costumbre, solo había unos pocos madrugadores y los *runners* que aprovechaban las primeras horas de la mañana, antes de que apretara el calor. Volvieron justo cuando Álex se levantaba. Eran las nueve. Denver devoraba el pienso como un poseso cuando él entró en el comedor.

—Me estoy acostumbrando a tus horarios...

Se apoyó en la puerta del pasillo y la miró esbozando una sonrisa adormilada. Iba sin camiseta y tenía el pelo revuelto. Estaba para comérselo.

—Eres tan increíblemente guapo. —Se acercó a él y lo besó con fuerza—. Felicidades, mi amor.

Él ladeó la cabeza, sorprendido.

—Me gusta cumplir años, te otorga ciertos privilegios. Como que tu novia te diga *mi amor* por primera vez.

—En realidad, es lo único que no tenía planeado —dijo ella mordiéndose el labio.

—Pues déjate llevar más a menudo, me encanta —sonrió con dulzura—. ¿Desayunamos?

—Sí, pero quiero llevarte a mi cafetería favorita.

El café Parc estaba justo al lado del parque Güell. Era un local pequeño, apenas cabían más de treinta personas y no tenía nada fuera de lo común salvo las tazas de colores donde servían el café, que recordaban a las esculturas de Gaudí, y los mejores churros de la ciudad. Se sentaron en una de las mesas y Nayra pidió una ración y dos cafés con leche. Ni siquiera le preguntó a él. Diez minutos más tarde ya tenían el desayuno en la mesa.

—¿Te gustan, verdad?

—¿A quién no le gustan los churros?

Ella sonrió con cariño.

—A Nora. Dice que el placer de comerlos no compensa la cantidad de grasa que te metes en el cuerpo.

—Pues a mí me compensa. —Le dio un bocado enorme después de remojarlo en el café y siguió hablando con la boca llena—. No sé de dónde hemos sacado una amiga tan rara.

Nayra se rio.

—Nunca me has contado cómo la conociste.

Álex se chupó el aceite restante de los dedos y se limpió la boca. Hasta comiendo de la manera más grosera le parecía sexi.

—Cerca de la universidad hay un bar con mesas de billar donde se juntan muchos universitarios al salir de clase.

—Sí, he ido alguna vez.

—Javi y yo íbamos una vez por semana.

Ella lo interrogó con la mirada.

—Es un buen sitio para ligar... —Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Ay, no me digas que intentaste ligar con ella...

Que su novio hubiera coqueteado con su mejor amiga no le hacía ni pizca de gracia, aunque hubiera sido en el pasado.

—No, por aquel entonces aún estaba con mi ex. Solo acompañaba a Javi. Mientras él intentaba entrarle a alguna tía, yo jugaba al billar con Nora.

Nayra se echó a reír, en parte aliviada por la aclaración.

—Se le da muy bien. Su padre tiene un billar en el sótano, es todo un aficionado —le explicó.

—Ya decía yo que no era normal..., siempre me ganaba. Al principio no hablábamos mucho, pero cuando lo dejé con Sara —era la primera vez que decía su nombre— intuyó que me pasaba algo y me desahugué con ella. La pobre tuvo mucha paciencia —se rio.

—Sí, eso no se le puede negar...

Recordó las semanas que se pasó llorando junto a ella después de dejar a Eloi.

Cuando salieron de la cafetería pasaron por el parque.

—Ya que estamos aquí entramos, ¿no? —sugirió Álex.

Ella asintió, necesitaba caminar para bajar toda aquella comida. El parque Güell era como un oasis en medio de la gran ciudad. Un lugar mágico que se elevaba hacia la montaña y permitía admirar las magníficas vistas, además de las peculiares esculturas del arquitecto Antoni Gaudí. Sus formas geométricas invitaban a soñar y la gran mayoría estaban decoradas con mosaicos de colores, lo que les daba un aspecto singular que no dejaba indiferente a nadie. Hubieran podido encontrar un rinconcito de paz entre aquellos jardines, pero era temporada alta y estaba lleno de turistas, así que decidieron alejarse de las zonas emblemáticas.

—La primera vez que vine aquí fue con mi padre.

Lo observó con curiosidad. Se había sentado en un muro de piedra y tenía la mirada perdida.

—Nunca me has hablado de él.

—Porque no lo tengo presente. Excepto el día de mi cumpleaños, cuando me envía su mensaje de felicitación.

—¿No lo has vuelto a ver desde que se separaron?

Asintió en silencio.

—Se marchó cuando yo tenía nueve años. Claudia era un bebé, no lo recuerda. Años más tarde se puso en contacto con mi madre para vernos, pero ella lo envió a la mierda. Ya te puedes imaginar el panorama, habíamos crecido sin él y había dejado a mi madre tirada con dos hijos, sin ninguna ayuda, y encima pretendía volver como si nada.

—Lo entiendo..., debió ser muy duro.

—Sí, pero yo no dejaba de darle vueltas. Así que quedé con él sin que se enteraran. Fue una estupidez, me arrepiento de haberle dado esa oportunidad, no se la merecía.

—Está claro que él espera recuperarte.

—Pierde el tiempo, no he vuelto a verlo ni tengo intención de hacerlo.

—¿Y nunca le has contado a tu madre y a tu hermana que lo viste?

No entendía cómo les había escondido algo tan importante.

—No, les hubiera dolido demasiado. Eres la primera persona a quien se lo cuento.

—¿Por qué?

—Tú me has confiado tus secretos, me parecía justo hacer lo mismo. Además, sienta bien.

Sí, los secretos pesan demasiado para cargarlos uno solo.

—Gracias —sonrió sincera.

Volvieron al piso para comer y pasear a Denver. Le daba pena tener que dejarlo allí todo el día. Claudia llegaría por la tarde para asistir a la fiesta y le había pedido que se encargara de él. Javi la había agregado a un grupo de WhatsApp donde ya acumulaba cuatrocientos mensajes.

Odiaba esas cosas, la mayoría eran tonterías que poco tenían que ver con la finalidad del grupo. Como no se había molestado en contestar, Javi optó por enviarle mensajes privados.

Eres rara hasta para esto...

De todas formas, lo único que necesitaba saber era que debían presentarse en el lugar que le había pasado a las nueve en punto. Y para que Álex no sospechara nada, lo mejor era que no volvieran al piso. Así que le pidió que hiciera la maleta con el pijama, el bañador y una muda para salir.

—¿Nos vamos de viaje?

—Sí, pero no muy lejos.

Estaba intrigado y ella se propuso mantener la incógnita. Salieron de casa y cogieron el coche.

—Conduce hasta el circuito de Montmeló.

Su cara no tenía precio.

Estuvo todo el camino intentando sonsacarle información y se regodeó en sus nervios y la inocencia que le hacía parecer un niño. No era habitual verlo así y resultaba muy gracioso. Nayra no dijo una palabra hasta que se vio obligada a entregar el resguardo en la recepción.

—Tenemos una reserva —le dijo a la chica que la atendió, y después miró a Álex— para conducir un Ferrari.

Él se echó a reír y se llevó las manos a la cabeza.

—Eres increíble.

Los recibieron en los boxes del circuito y lo prepararon para la primera vuelta de reconocimiento. Lo acompañaría un piloto profesional. Nayra le hizo un par de fotos antes de que se pusiera el casco y se montara en el coche. A la siguiente vuelta le tocaría pilotarlo a él. Estaba alucinado, no dejaba de hacer preguntas técnicas mientras le daban las indicaciones pertinentes. En la última vuelta le tocó acompañarlo. Se sintió un poco culpable por no haber invitado a Javi, lo hubiera disfrutado más que ella, que se pasó la mayor parte del tiempo sufriendo y pisando un freno imaginario con su pie izquierdo. Enseguida supuso que Javi estaría organizando la fiesta. Ya había mil mensajes en el condenado grupo.

—Joder, ¡ha sido una pasada! —exclamó Álex dando un trago a su Coca-Cola.

Estaban en el bar del circuito, recuperándose del subidón de adrenalina.

—Gracias, de verdad. —La abrazó con demasiada fuerza y Nayra gimió de dolor—. Lo siento, nena. La emoción.

—Ahora nos iría bien relajarnos.

—Y una ducha —dijo secándose el sudor de la frente—. ¿Vamos a casa?

—No, pero podrás ducharte, tranquilo.

Condujeron hacia el hotel en silencio. Cada uno ensimismado en sus pensamientos. El viaje la adormiló un poco y cuando Álex aparcó el coche se le escapó un bostezo. Y aún tenía que sobrevivir a la fiesta de Javi. Iba a ser un día muy largo.

Pidió las llaves en recepción. Era un hotel de tres estrellas, con decoración minimalista y nada ostentoso. Abrió la puerta de la *suite* y le echó un vistazo rápido. Le pidió a Álex que cerrara los ojos. Todo estaba como había pedido: pétalos de rosa esparcidos en la cama, una caja de bombones y una botella de champán. Lo guio hacia el interior y le indicó que ya podía mirar.

—Vaya.

—Noche romántica, ¿qué te parece?

—Que te lo estás currando un montón —dijo mirando a su alrededor con una sonrisa de oreja a oreja.

Nayra abrió la caja de bombones y le puso uno en la boca, después eligió otro para ella.

—Esto, sumado a los churros, equivale a dos kilos de grasa para el cuerpo —bromeó Álex.

—Te sientan genial con ese año de más. —Le cogió de la mano—. Ven, hay una sorpresa en la terraza.

Cruzó los dedos para que la imagen fuera idéntica a la de la página web. Abrió la balconera. El suelo era de madera y había dos tumbonas blancas con dos toallas encima dobladas a conciencia. Las vistas eran mejorables —se sentían los coches que pasaban veloces por la carretera—, pero las compensaba un *jacuzzi* debajo de la carpa. Vieron un camino de velas sin encender alrededor. Eran las siete de la tarde y aún brillaba el sol. De noche debía ser espectacular.

—Tenemos *jacuzzi* privado —dijo Álex boquiabierto.

—¡Sí! —exclamó ella dando saltos emocionada—. Podemos darnos un baño ahora o cuando volvamos por la noche.

—¿Y por qué no ahora y después también?

Nayra se echó a reír.

—Es verdad, hay que aprovecharlo al máximo.

La observó en silencio durante unos segundos. Mirada escudriñadora.

—Ay, nena..., no me equivocaba cuando dije que estabas chalada.

Se estaba poniendo en plan serio, aunque no abandonó del todo la sonrisa.

—No estropees el momento, por favor.

—Vale. Es que empiezo a entender cómo funciona tu complicada cabeza. Así que déjame decirte que no tienes que agradecerme nada. Una persona que te quiere, de verdad, hace todo lo posible por hacerte feliz sin esperar nada a cambio.

—Lo sé, es una de las cosas que he aprendido de ti. —Le acarició la mejilla con cariño—. Vamos a bañarnos.

A pesar de que la tarde había sido calurosa, fue fantástico sumergirse en el agua caliente. Nayra cerró los ojos para notar las burbujas, que le hacían cosquillas por todo el cuerpo. Álex había llevado el champán y llenó dos copas sentado en uno de los escalones del *jacuzzi*.

—¿Por qué no bebes alcohol?

—Por culpa de una borrachera que me dejó por los suelos. Desde entonces me da asco.

—¿Tanto como para no brindar conmigo?

—Puedo hacer un esfuerzo...

Le ofreció la copa y Álex mantuvo la suya en alto.

—Por más días como este.

Chocaron las copas y ella dio un pequeño sorbo. La acidez hizo que se estremeciera.

—Yo también las he pillado muy grandes, pero a mí no me produce el mismo efecto que a ti — dijo Álex riendo.

A él le daba por envalentonarse y confesar sentimientos aunque acabara por llevarse un bofetón. Nayra se mordió el labio para aguantar la risa.

—Recuerdo la última de ellas.

—Sí, yo también. Si pretendías alejarme con aquello, provocaste justo lo contrario. Mi único objetivo desde aquel día ha sido enamorarte.

—Y mira dónde estoy ahora. —Lo abrazó—. Eres muy tenaz, Álex.

Él mantuvo la expresión seria.

—Te quiero mucho.

—Ese mucho es nuevo. Suena muy intenso. —Lo besó—. Muy profundo.

—Las burbujas se me están subiendo a la cabeza...

—¿Las del champán o las del *jacuzzi*?

—La combinación de ambas.

Abrió la boca para decir algo, pero él se la tapó para interrumpirla.

—Deja de hablar de una vez. —Y la besó con intensidad, buscando su lengua para hacerla arder como solo él sabía.

Sus manos se deslizaron por su piel resbaladiza. Le rodeó la cintura con las piernas y notó cómo las burbujas luchaban por salir a la superficie a través del poco espacio que los separaba.

—¿Alguna vez lo has hecho en un *jacuzzi*? —le preguntó con voz sugerente.

—No.

—Será nuestra primera vez.

Álex le mordisqueó la barbilla con cariño mientras le deshacía el nudo del biquini. Aplastó la cara contra sus pechos y le agarró el pezón con la boca. Ella se arqueó, agarrada a su cuello. Se le resbalaron las piernas. Todo era demasiado escurridizo. Volvió a ponerse a horcajadas encima de él y hundió la mano en el agua para tocarle por encima del bañador.

—Espera.

Se levantó y se lo quitó. Las prendas flotaban libres por la piscina.

—¿Y si nos ven?

—No creo que se asusten —se rio.

Le observó, de pie, completamente desnudo y con una sonrisa que irradiaba felicidad. Y su cuerpo... quería devorarlo entero.

—Me pone mucho que me mires así.

Se acercó a ella y la besó con fuerza, lamiéndole los labios y la garganta.

—Te quiero ya... dentro —tartamudeó.

Álex obedeció sin pensarlo y la penetró despacio. Dentro del agua se sentía diferente.

—No llevo condón.

—Quédate así un rato.

Se movió con energía, embistiéndola una y otra vez. Sin el condón era una maravilla. Más húmedo, más sensible, más él.

—Nena..., no puedo... más. —Salió y ella hizo un mohín.

—No hemos acabado —le advirtió.

Álex cogió un preservativo de debajo de la toalla y se lo colocó.

—Tendré que hacer un planteamiento...

—Me parece bien —le contestó soltando todo el aire por la boca cuando entró de nuevo.

Con Eloi tomaba la píldora. Él se lo había pedido y a ella no le importó. No le gustaba mucho hacer el amor con él. Pero con Álex descubría sensaciones nuevas cada día, era capaz de encontrar el placer en rincones donde solo sabía llegar ella. Álex entendía el idioma de su cuerpo, cada movimiento, cada gesto; una respiración acelerada, o hasta el más mínimo suspiro, era una señal que lo conducía al sitio correcto. Nayra había aprendido algo crucial. Que el sexo era cosa de dos. De él arriba y ella abajo. O al revés, no importaba. Compartían miradas cómplices, se reían, se preguntaban «¿te gusta?», «sí, más fuerte, así, ahí, uff».

Le bastaron unas cuantas embestidas más para llegar al límite. Nayra gritó cuando explotó y escondió la cara en su cuello mientras las sacudidas hacían convulsionar su cuerpo.

—Mírame —le pidió Álex con voz salvaje.

La agarró por las nalgas y siguió empujando fuerte hasta que él también se abandonó con un gruñido que le salió desde lo más hondo. Ambos se percataron del burbujeo incesante del agua cuando cesaron los jadeos. Había mucho silencio.

—Estoy seguro de que nos han oído.

Llegaban tarde. Eran las nueve en punto y les quedaban diez minutos de camino. Nayra golpeaba la ventanilla del coche con impaciencia. Se miró de nuevo la camiseta que llevaba puesta. Se la había comprado dos semanas antes, en un intento por rebelarse contra sí misma. Tenía un escote muy pronunciado y se sentía indecente.

—¿Voy demasiado provocadora?

Su pregunta lo pilló en medio de un bostezo —se había quedado dormido mientras ella acababa de arreglarse— y la sonrisa que esbozó se convirtió en una mueca extraña.

—Yo diría que estás arrebatadora e increíblemente guapa.

Lo miró arqueando una ceja y se echaron a reír.

—Ponme algo de cultura musical, anda, estoy asqueado de la radio.

—¿En serio?

Abrió la guantera y rebuscó entre los cedés que tenía guardados. Encontró el último disco de

Funambulista que había comprado. Álex suspiró, resignado, aunque ella estaba segura de que exageraba. Minutos más tarde, tamborileaba los dedos en el volante. Empezó a sonar *Quédate* y no pudo resistirse a cantar el estribillo. Él soltó una carcajada cuando se dejó llevar por la emoción y cantó a todo pulmón olvidando que Nayra estaba a su lado.

*Para ir creciendo y eres tú
Que me ha salido fuego de nombrarte
Que bailas a mi lado sin rozarme...*

—Túúúú —acabaron cantando al unísono.

Que te has cansado y ya no esperas...

—Te la acabarás aprendiendo.

—Es fácil.

—El día que me la cantes entera, me caso contigo.

—Qué poco necesitamos para ser felices...

La simpleza de la vida. A Álex le bastaban unas albóndigas bien hechas para hacerla la mujer de su vida, y a ella, una canción que le removiera el alma. Hubiera sido bonito creerse aquello durante un rato, pero la realidad era que su pesada consciencia seguía reflatando el pasado.

Javi había reunido a veinte personas que recibieron a Álex al grito de «¡sorpresa!» y, aunque él ya se imaginaba de qué iba la historia cuando se plantaron delante de la puerta del local, no pensó que su amigo fuera a congregarse a tanta gente. A algunos hacía meses que no los veía y los abrazó con emoción.

—¡Cuánto tiempo! —le decían.

—Desde que se relaciona con las altas esferas y conduce Ferraris, ya no se acuerda de los pobres —bromeó Javi.

—Sí, no veas lo que mola tener una novia pija. —La miró y le guiñó el ojo.

Álex le había dicho una vez que a Javi era mejor seguirle el juego. Era de esas personas que se esfuerzan aún más en vacilarte si ven que sus comentarios molestan, aunque él lo hacía con cariño y no se le podía atribuir maldad alguna, así que Nayra acabó por no darle importancia.

Se quedó retirada del corrillo que habían formado. Apenas conocía a nadie. Claudia la saludó con efusividad y luego se agarró al brazo de su hermano, y Javi disfrutaba atribuyéndose el mérito del encuentro con exagerado orgullo. También reconoció a Nahel, su vecino de toda la vida, entre la multitud.

—Estábamos al borde de un ataque, espero que tengas una buena excusa... —le dijo Paula rodeándole el cuello con el brazo.

—Lo hemos hecho en el *jacuzzi* —le confesó ella.

Paula abrió los ojos de par en par y se rio.

—¿Te lo has tirado...? —Nayra la reprochó con la mirada—. En plan romántico, vale..., ¿y esta

camiseta? Es muy de mi estilo.

—Desde el vestido con la espalda descubierta le he cogido el gustillo a esto de enseñar carne.

—Ya era hora de que presumieras de cuerpazo.

Hubiera querido poner objeciones a su comentario, ella no era Paula. La explosiva Paula. Pero le gustaba su cuerpo y había pasado muchos años vistiéndose de manera discreta, olvidando lo bien que sienta sentirse sexi.

Álex reclamó su atención. Fue a su encuentro abriéndose paso entre la gente y le presentó a varias personas. Después se sentaron en la mesa junto a Claudia. Habían puesto un mantel de papel de color rojo y platos y vasos de plástico. Era un picoteo de embutidos, tortilla de patatas, alitas de pollo y aperitivos de bolsa.

—Creía que ibas a sentarte a mi lado —lo picó Javi.

—Donde esté mi chica guerrera que se quite todo lo demás.

—Me siento ofendida —se quejó Claudia.

—Tú siempre serás la niña de mis ojos.

—Me alegre, excepto por lo de niña.

—Venga, Álex —dijo Nahel—, que de niña no tiene nada. Dentro de poco te presenta al novio.

—Aún queda mucho para eso, ¿verdad? —Acarició la mejilla de su hermana con dulzura, pero cambió la expresión al ver la cara de circunstancias de Nahel—. ¿Verdad?

—Puede que... tenga a alguien especial.

—¿Lo conozco? —se sorprendió.

Su sonrisa era de incredulidad, aunque parecía que el descubrimiento le resultaba divertido.

—Sí que lo conoces, sí —contestó Nahel riéndose.

—¿Y se lo cuentas a este capullo antes que a mí?

—Nos vio de casualidad —respondió Claudia secamente—. ¿Podemos cambiar de tema?

—No, es demasiado interesante.

Todos se echaron a reír. Claudia se puso roja como un tomate.

—No será Juan... ¿Te acuerdas, Nahel?

—Joder, se pasó años enamoradísima de él.

Nayra dejó los cubiertos encima de la mesa con fuerza.

—Claudia, ¿los envías a la mierda tú o lo hago yo?

Ella sonrió agradecida y le dio una colleja a su hermano.

—Vale, lo pillo.

Más tarde Nayra le escuchó pedirle perdón y volver a interrogarla hasta que consiguió sonsacarle el nombre del chico. Claudia ya estaba acostumbrada a la persistencia de su hermano. Ahora que la conversación era solo entre ellos, se sintió más relajada. Cuando hacía un rato que habían acabado de comer, Javi le indicó por señas que lo acompañara. Habían guardado el pastel en una habitación. Era un bizcocho casero cubierto de chocolate, tenía buena pinta. Javi puso las dos velas y las encendió.

—Vamos, cógelo —le pidió—. Yo apago las luces.

—¿No lo llevas tú?

—Antes me ha dado un abrazo sobrecargado de cariño, no quiero que te pongas celosa.

Nayra puso los ojos en blanco y cogió el pastel con cuidado. Caminó despacio para que no se apagaran las velas —y para no tropezar con el local medio a oscuras—. La gente empezó a cantar el *Cumpleaños feliz*, parecía que no iba a llegar nunca. Lo dejó sobre la mesa, delante de Álex, que la miró con una sonrisa espléndida y la sentó en su regazo. Cerró los ojos y sopló con fuerza mientras todos aplaudían. Nayra lo besó dejándose llevar por la emoción. Les caería una foto de Paula, seguro.

No veía el momento de tumbarse en la cama. Llegaron al hotel pasadas las cuatro de la mañana y aun así se dieron el baño prometido en el *jacuzzi*, con las velas encendidas y lo poco que quedaba del champán. Álex se había fumado un cigarrillo con Nahel antes de marcharse de la fiesta y a pesar de ello su boca le pareció la más dulce del mundo.

Ya había amanecido cuando se desveló. No pudo volver a coger el sueño, así que se levantó de la cama y descorrió un poco la cortina para observar la ciudad dormida. Algo le provocaba un nudo en el estómago. Algo quería salir y ella no podía sacarlo. Álex la rodeó por la espalda minutos más tarde.

—Vuelve a la cama —le dijo con voz adormilada.

—¿Alguna vez has pensado qué sería de tu vida si no hubieras hecho ciertas cosas?

Él tardó en contestar.

—Alguna vez.

Ella lo pensaba continuamente.

La noche de San Juan nunca había sido de su agrado. Dejando de lado el simbolismo mágico y todas las supersticiones —llevar años al lado de Nora le obligaba a creer en esas cosas—, Nayra no soportaba el ruido ensordecedor de los petardos. No era una simple molestia, le daban miedo. Un año, su vecino había perdido un dedo por hacerse el chulo juntando dos petardos grandes, de esos que ya solos petan fuerte. La explosión sonó como una bomba y el reguero de sangre aún podía verse en la calle a la mañana siguiente. En casa de sus padres era posible huir de aquella locura. Las hogueras se concentraban lejos de la urbanización y lo único que se veía eran los fuegos artificiales, que al menos le parecían bonitos. Solía verlos con Nora. Pasaban la tarde en la piscina, pedían *pizza* para cenar y observaban el espectáculo desde la comodidad de sus casas. Por eso había ido, para recordárselo personalmente, últimamente no se veían tanto y quería asegurarse de que sus planes seguían en pie. Ya le había explicado a Álex que aquel era otro de sus días especiales e intocables junto a su amiga. Javi aprovechó la ocasión para convencerlo de que acudieran a una fiesta *remember* que hacían en la discoteca; solo chicos, le había recalado. De todas formas, Nayra no quería dejar solo a Denver aquella noche. Álex le había dicho que no tenía por qué sufrir, que era un perro de caza y no le daban miedo los ruidos fuertes, que lo llevaba en la sangre. Pero por la mañana, durante el paseo, Denver había salido corriendo cuando unos chicos tiraron un petardo en el parque y, al ir a ponerle la correa, lo encontró paralizado y con la cola entre las patas. «En casa no se enterará de nada», la tranquilizó Álex. Aun así, ella decidió que regresaría pronto para estar con él.

—¿Quieres que vaya a recogerte antes de irme? Preferiría que no volvieras en metro esta noche... —le sugirió Álex.

Estaban sentados en el sofá, ella en su regazo. En la otra esquina, Javi se relajaba mientras tomaba la primera cerveza de la tarde y jugaba a tirarse pistachos en la boca. Paula y Nora se pintaban las uñas en la mesa del comedor.

—Puede traerme Nora, no te preocupes. —Lo besó.

—Vale. —Se aferró a su cintura y le devolvió el beso—, te voy a echar de menos.

—Solo será una tarde.

—Pues será una tarde muy larga sin mi chica guerrera.

Sonrió como una boba, en parte porque le daba vergüenza que le dijera aquellas cosas delante de todos, aunque a él no le importara lo más mínimo que los estuvieran mirando.

—Joder, vaya escenita que estáis montando —intervino Javi.

—Empiezo a pensar que te gusto —se mofó Álex.

—Qué va, desde que te has vuelto un calzonazos has perdido todo el encanto. Lo que son capaces de hacer las mujeres...

Paula y Nora se echaron a reír.

—Oye, ¿y por qué no os venís todos a mi casa? —se le ocurrió a Nora—. Podéis iros después de cenar para llegar a tiempo a la fiesta.

—A mí me parece genial —contestó Paula.

—¡Vale! —contestaron Javi y Álex al unísono.

Nayra la miró como si se hubiera vuelto loca. Era la primera vez que invitaba a tanta gente a su casa. A su madre le gustaba la tranquilidad y no solía permitir que sus hijos llevaran a muchos amigos.

—¿Qué va a decir tu madre? —le preguntó cuando ya se habían subido al coche.

Javi y Paula los seguían detrás.

—Cuando te vea se le pasará el enfado. —Miró a Álex, que viajaba en el asiento del copiloto—. Mi madre la adora.

—No es para tanto, y no sé si te servirá para librarte —dijo ella—. Nora es como la oveja negra de la familia.

Su amiga soltó una carcajada.

—¿Con esa cara de inocente? —se burló Álex.

—En su casa todos son sumamente responsables, excepto ella, que de vez en cuando le da por hacer alguna locura. Por eso su madre me tiene tanta estima, si estoy a su lado la contengo.

Aparcaron los coches en la calle. A las cinco de la tarde el calor era insoportable. Hacía meses que no entraba en aquella casa. En verano, el jardín siempre olía a hierba recién cortada. Nora tuvo que parar la alarma cuando abrió la puerta. En ese momento Begoña salía por la puerta del garaje.

—Hola, mamá.

—Ya nos íbamos —contestó caminando hacia ellos.

Begoña era toda elegancia, en su forma de vestir, en su forma de hablar. Hasta sus gestos parecían bailar al ritmo de un compás silencioso. Todo lo contrario de su marido, serio y rudo.

—No me dijiste que traerías a más amigos. Apenas hay refrescos en la nevera.

—Ya nos espabilaremos.

Su madre suavizó la expresión y se acercó a Nayra para darle un abrazo.

—Me alegro mucho de verte, cariño. De vez en cuando hablo con tu madre, me tiene al corriente de todo. —Nayra la miró con extrañeza, no estaba segura de si ese todo incluía a su amante—. Sí, eso también lo sé. Deberías venir más a menudo, me gusta tenerte aquí. Nora está descontrolada desde que tiene novio...

Nora puso cara de fastidio y Nayra contuvo la risa.

—Nayra también tiene novio, mamá —anunció haciendo un poco de teatro.

—¿Es eso cierto?

Nayra asintió con solemnidad. Begoña no parecía sorprendida, más bien aliviada. Álex se adelantó un paso y ella lo cogió del brazo. Eran pura sintonía.

—Álex, te presento a Begoña, la madre de Nora.

—Encantado —dijo él con la mejor de las sonrisas.

—Igualmente.

—Y ellos son Paula y Javi —añadió Nora.

Se saludaron con educación y Begoña volvió a mirar a Álex. Por suerte, aquel momento tan incómodo se rompió en cuestión de segundos.

—Tu padre me está esperando en el coche, es mejor que me vaya. —Se acercó a Nayra para volver a abrazarla—. Por cierto, tu madre me ha dicho que ya tienes piso propio. ¿Cuándo vas a mudarte?

Se quedó atónita. Si su madre lo sabía era porque su padre y ella hablaban. No se imaginaba así a su padre, después de haber descubierto que lo engañaba. ¿Qué demonios se dirían? «Por cierto, Ana, el otro día te vimos con tu nuevo novio, ¿cuándo ibas a decírmelo?» El simple hecho de pensarlo le hizo gracia.

—Dentro de un tiempo —contestó secamente.

Álex la miró de reojo sin disimular su curiosidad. Ya sabía lo del piso, pero en ningún momento había mencionado que tuviera intención de vivir allí. Aunque resultaba lógico, algún día tendría que hacerlo. Y la palabra tiempo era inespecífica, podía tratarse de meses o años.

Begoña le dio un beso a su hija y se despidió de todos.

—¿Te vas del piso? —le preguntó Paula.

—En un futuro...

—¿Con Álex?

Se mordió el labio con nerviosismo. ¿Querría Álex irse a vivir con ella? No se lo había planteado.

—Deberías aprender a morderte la lengua —le soltó él.

—Estáis tan enamorados que lo más normal sería que te fueras con ella, ¿no?

—Yo me voy donde ella me pida —respondió con seriedad.

Paula sonrió triunfante, su culebrón favorito no podía acabar de otra manera que con un final feliz.

—Bueno, ¿qué os parece si os enseño la casa? —intervino Nora para sacarlos del atolladero.

Nayra le indicó a Álex que esperara mientras los demás avanzaban hacia el comedor.

—¿De verdad? —le preguntó cuando estuvieron solos.

—Siempre que pueda seguirte —matizó—. Ahora tengo que ayudar a mi familia. Tendría que... valorar mis posibilidades.

El dinero. A Álex le incomodaba hablar de ese tema. Quizá porque él tenía que tirar de dos carros además del suyo. Y una cosa era pagar una habitación y la otra compartir los gastos de un piso entero pendiente de amueblar.

—No voy a irme, Álex.

No hasta que tú estés preparado, podría haber añadido. Pero él ya sabía a qué se refería.

Antes de llegar al comedor había un lavadero y un baño de cortesía. El pasillo no parecía muy amplio, pero una vez que entrabas en la sala principal se ensanchaba. La planta baja era un espacio totalmente abierto con dos estancias diferenciadas por un pequeño desnivel, que salvaban tres escalones y separaban la gran cocina con isla del comedor con vistas al jardín y la piscina. La madre de Nora combinaba su pasión por las antigüedades con los aires modernos de aquella casa. Entre muebles minimalistas se podía encontrar alguna pieza restaurada, rescatada de los muchos mercadillos que visitaba. En la planta superior estaban las habitaciones. Nora les enseñó el despacho, el dormitorio de sus padres y su habitación. Había pasado delante del cuarto de Eloi sin mencionarlo. Álex se quedó rezagado observando la puerta con aire ausente.

—Es la habitación de Eloi —le dijo Nayra.

Álex entró. Los demás seguían en la habitación de Nora, los escuchó salir al balcón. Siguió a Álex. Algo se agitó dentro de ella. No había vuelto a estar allí desde que lo dejaron. Los recuerdos se agolparon en su cabeza. En la cama, que seguía intacta, como si no hubiera pasado el tiempo, le había dado su primer beso una tarde de verano, cuando tenía trece años. Con la excusa de devolverle un cedé de música habían acabado charlando tumbados en la cama.

—No deberías ir tan escotada —le había dicho él.

—¿Por qué?

—Porque los niños de tu edad están muy salidos.

—¿Y los de la tuya no? —se rio.

—Sí —contestó con sequedad—, pero yo sé controlarme. Ya sabes que me muero de ganas de comerte la boca.

No era la primera vez que se lo decía con semblante serio y los ojos ardiendo de deseo, dejándola temblando y suspirando de satisfacción.

—Podrías hacerlo... —Eloi la miró con una sonrisa de medio lado—. Lo de besarme.

Se acercó veloz y le plantó un beso. Ella se echó a reír, muerta de vergüenza. A Eloi debió parecerle muy tierna, porque volvió a darle otro beso, esta vez con lengua.

—No se lo digas a nadie, ¿vale? Si mi padre se entera me mata.

Allí habían pasado infinitas horas escuchando música y jugando a la *play*. Allí había perdido su virginidad. Y también habían discutido a puerta cerrada cientos de veces. Así era Eloi, podía estallar de un momento a otro. El último año fue el peor, lloraba continuamente por él. Miró las llaves que colgaban de la puerta, echó la cerradura para tener más intimidad.

—¿Estás bien? —le preguntó Álex.

No se había dado cuenta de que respiraba con ansiedad.

—Una de las últimas veces que estuve aquí... Eloi me encerró en su cuarto.

—¿Qué?

—No quería que fuera a un concierto.

—¿Te dejo aquí encerrada? —La cogió del brazo para que la mirara. Los ojos se le salían de las órbitas.

—Fue el año que empecé la universidad, estaba obsesionado con que iba a dejarle por un compañero de clase. Había quedado con una amiga, pero se empeñó en pensar que intentaba engañarlo. Discutimos, cerró la puerta con llave y nos quedamos aquí durante tres horas.

—No entiendo cómo pudiste comerte todo eso sola, sin decirle una palabra a nadie.

—Eloi era experto en darle la vuelta a las situaciones. Me fui creyendo que la culpa era mía y que todo lo que hacía era por mi bien, porque me quería.

—Menudo desgraciado —exclamó escupiendo las palabras.

Dio unas vueltas para intentar tranquilizarse, y cuando estuvo más sereno se detuvo frente al armario. Había un cuadro en el suelo, apoyado en la pared. Álex lo cogió entre las manos y lo observó con atención. Era un *collage* de fotos que Nayra le había regalado en su primer aniversario. Tenía cara de cría. Él siempre usaba esa palabra con cariño, pero con el tiempo la transformó en algo dañino, se la decía con desprecio para descalificarla.

—Pareces otra.

—Era más joven.

—No es eso. Tenías otra mirada.

—Al principio de nuestra relación era feliz.

—¿Y ahora no lo eres?

Parecía un reproche, pero por sus ojos supo que no estaba molesto, más bien preocupado.

—No me lo he planteado...

Era una respuesta estúpida. Si eres feliz no hace falta saberlo. Lo eres y punto. Y esa felicidad se transmite a los demás. Ella no lo era, ahora salía con un chico maravilloso y, sin embargo, no conseguía serlo. Y prefirió no decírselo, las expectativas de Álex eran otras. Él creía que Nayra estaba mejorando, que él iba ocupando el espacio de Eloi. Y Eloi seguía estando por todas partes. Le quitó el cuadro de las manos con brusquedad. A Álex tampoco le pasó desapercibido ese gesto. La interrogó con la mirada.

—Es un poco masoquista hacer esto, ¿no? —le preguntó. Él no contestó—. Observar al ex de tu novia, digo.

Y esbozó una ligera sonrisa para aliviar la tensión. Nayra no había visto nunca a su ex. Había revisado todas las fotos de Instagram sin encontrar rastro de ella. Tal vez las borró por despecho. Aunque le daba la sensación de que la ruptura había sido de mutuo acuerdo, a uno siempre le dolía más que al otro.

Nora los llamó desde las escaleras. Salieron corriendo a reencontrarse con ellos.

—¿Vais por libre? —preguntó su amiga cruzándose de brazos.

—Le estaba enseñando a Álex la colección de pines de tu padre.

Ella negó con la cabeza y continuó bajando hacia el piso de abajo.

—¿Os apetece un baño?

Javi inauguró la piscina, como no podía ser de otra manera, lanzándose a bomba y salpicándolos a todos. Después, en su afán por fastidiar a Álex, cogió a Nayra en volandas.

—¿Te importa que me bañe un rato con ella?

La tiró a la piscina también, no sin antes forcejear un poco. Nayra sabía desde el principio que era una batalla perdida, pero dejarse hacer sin más tampoco era su estilo.

Pidieron unas *pizzas* y cenaron en la terraza, mientras los fuegos artificiales iluminaban el cielo. Fue una tarde estupenda. Una de muchas.

Después vinieron otras tardes en casa de Nora. Se reunían allí para relajarse y tostarse al sol. Los días pasaban como si alguien pisara el acelerador. Nayra, centrada en el trabajo y esperando a que alguna editorial la llamara. Álex, tras superar las pruebas físicas, en la última fase de entrevistas personales para acabar de ganarse una plaza. No habían vuelto a hablar de su maldito pasado. Ella no deseaba estrujarse la cabeza intentando desgranar sus sentimientos, ni pensar más ni hacerse preguntas que le daba miedo contestar y que le harían darse cuenta de que no estaba bien. Prefería esquivar el tema y conformarse con ese trocito de cielo que había creado con Álex. Refugiada en sus brazos se sentía una persona menos herida, menos rota. Aunque no sabía cuánto tiempo más podría mantener la tregua consigo misma sin explotar.

Fue a mediados de julio cuando Nora llamó para cancelar una de sus quedadas. Estaba extraña, parecía alterada. Ni siquiera fue capaz de inventar una buena excusa que le sirviera para aparentar normalidad. Creo que estoy incubando la gripe, le había dicho. A Nayra se le hizo un nudo en el estómago. Su amiga no era de las que mentían.

—Nora está enferma —anunció dejándose caer en el sofá.

—Vaya, ¿qué le ocurre? —preguntó Paula.

—Nada grave, un simple resfriado.

De repente Álex gritó emocionado desde la habitación. Nayra se levantó y fue corriendo a su encuentro —tenía una ligera idea de lo que podía significar aquella alegría—, pero él la interceptó por el camino y la levantó en brazos.

—¡Tengo plaza! —exclamó aplastándola contra su cuerpo.

Apenas la dejaba respirar, pero consiguió rodearle la cintura con las piernas.

—¡Felicidades! —le dijo una vez recuperado el aliento—. Te lo mereces, mi amor. —Lo besó con fuerza.

—Enhorabuena, Álex —lo felicitó Paula abrazándolo.

—¡Tenemos que celebrarlo! —Álex cogió el móvil y le escribió un mensaje a Javi—. Llama a Nora. Que se traiga a ese novio suyo que le da vergüenza presentarnos.

—No le da vergüenza, tiene miedo de que os metáis con él —intervino Nayra—. Además, me ha llamado para decirme que no se encuentra bien.

—Bueno, pues iremos nosotros cuatro. Hoy te toca elegir a ti, nena.

—¿Estás seguro?

—A estas alturas ya no me asusto de ti —se rio—. ¡Pero que podamos bailar! Necesito

descargar adrenalina.

—Hay una discoteca en Sant Gervasi donde solíamos ir con Nora. En verano es muy bonita, tiene una terraza con unas vistas impresionantes. Y hacen buenos cócteles.

—Pues allí vamos. —Se frotó las manos con energía y volvió a abrazarla.

Estaba eufórico.

Nayra aprovechó para arreglarse el pelo cuando Paula salió del baño. Álex ya se había vestido y se apoyó en la puerta del lavabo para observarla.

—Te estoy intentando imaginar con el uniforme —le dijo ella.

—Prefiero que me imagines sin él —contestó con una sonrisa pícaro.

Se echó a reír y cogió su neceser para maquillarse un poco. Se pintó la raya del ojo y volvió a borrarla. Le apetecía probar algo nuevo, pero sus pestañas no paraban de aletear cada vez que se acercaba dispuesta a intentarlo. Si tardaba demasiado empezaría a caerle la lágrima y estaría todo perdido. Probó de nuevo.

—¿Qué haces? —le preguntó Álex con expresión divertida.

Se lo estaba pasando en grande a su costa.

—Quería probar algo que me enseñó Paula, pero no me sale.

Ya tenía los ojos grandes, si se los pintaba demasiado parecería un búho.

—No te hagas cosas raras, te quiero como siempre.

—Como siempre es aburrido.

—No, tú ya eres guapa sin nada y te aseguro que no me voy a cansar de ti.

Ella lo miró sonriendo y tiró el lápiz en la pila.

—Vale, Nayra al natural.

—Sí, así me gustas. —Se acercó a ella y apoyó la frente contra la suya—. Increíblemente tú.

Javi abrazó a su amigo nada más verlo y se unió a su entusiasmo. No dejaban de hacer tonterías y resultaba fácil contagiarse de su risa. Nayra sentía el logro de Álex también como algo suyo. Verlo feliz la llenaba de orgullo.

—No te quejarás, cabrón —le dijo Javi dándole un puñetazo amistoso en el brazo.

Habían aparcado el coche e iban de camino a la discoteca.

—Sí, la verdad es que últimamente soy un tío con suerte.

—Ya te digo.

—No lo llares suerte —se quejó Nayra—, ha sido gracias a tu esfuerzo.

Álex le rodeó el cuello con el brazo y la atrajo hacia él para besarle la sien.

—Creo que lo decía por ti, Nayra —aclaró Paula.

Oh. Tampoco creía que fuera suerte, tuvo que emplearse a fondo para que confiara en él.

Se dirigieron al local. En el interior había mucha gente y hacía demasiado calor, así que fueron directamente a la terraza. Álex iba delante. Al salir por la puerta chocó contra una chica que entraba. Se disculpó y ella negó con la cabeza, mirándolo con picardía.

—Apuesto a que antes de mí también tenías suerte —murmuró Nayra cuando se sentaron en la

barra que hacía las veces de mirador. Estaban sobre la montaña del Tibidabo y desde allí se veía la ciudad completamente iluminada.

—¡Qué va! Chicas hay por todas partes, pero con pocas se puede sentir de verdad. —La besó con intensidad.

Ella se aferró a su cuello para impedir que se separara. Necesitaba alejar de ella aquella sensación de los últimos días. Deseaba contagiarse de su optimismo, creer que solo le hacía falta un poco más de tiempo para ser libre del todo, para volar sin vértigo y dejar de mirar el suelo temiendo la caída. Lo besó con desesperación, haciéndole cómplice de sus miedos.

—Te quiero —le dijo Álex con vehemencia—, lo sabes, ¿verdad?

Su arrebato había sido un claro indicio de que algo la inquietaba y a él no se le escapaba ni una. Ella asintió y él sonrió, recuperando el buen humor, restándole importancia a lo que acababa de pasar.

—Chicos, ¡sois únicos! —exclamó Paula a su lado.

Javi se echó a reír. Era imposible tener intimidad cerca de ellos. Pero qué fácil resultaba mirarlos y contagiarse de su alegría. Y pensar que bastaba con eso para ser medianamente feliz...

Álex y Javi ya llevaban tres copas cuando ellas se fueron al lavabo. Paula se retocó el maquillaje mientras hacían cola.

—Javi y tú ¿vais en serio? —le preguntó Nayra.

Daba por hecho que sí, pero ni uno ni otro dejaban claro a qué aspiraban. Y lo que se demostraban en su presencia tampoco ayudaba a sacar conclusiones.

—No lo sé —contestó indiferente—. ¿Acaso importa?

Nayra la miró como si acabara de decir una estupidez.

—A veces tienes que dejar que las cosas fluyan por sí solas —matizó entonces—. Javi es un capullo integral con las tías, le conozco desde hace tiempo, por eso era reacia al principio, pero de momento se comporta y con eso me vale.

La chica que ocupaba el baño salió, era su turno. Alguien al otro lado parecía tener problemas digestivos. Le llegó un olor nauseabundo. Tiró de la cadena y salió escopetada.

—Creo que alguien ha vomitado en el váter de al lado —dijo haciendo aspavientos con las manos cerca de la nariz—, te espero fuera.

—Vale.

Abrió la puerta de un tirón y salió veloz al pasillo para respirar de nuevo. Se dio de bruces con un chico. Lo miró para disculparse. Las palabras se quedaron suspendidas en el aire.

Aquellos ojos verdes...

Su primer instinto fue alejarse. Podría haberse tratado de una alucinación. Había confiado su primer cóctel a las preferencias de Álex y él se presentó con un mojito. A lo mejor ya se le había subido a la cabeza.

—Nayra.

Pero su alucinación hablaba. Y su voz hizo que se tambaleara todo. Su cuerpo activó el protocolo de peligro y salió zumbando de allí. Corrió hacia la salida, esquivando a la gente que se cruzaba en medio dificultando su huida. Miró hacia atrás y le pareció haberle perdido. Pero volvió a aparecer. Eloi la seguía. Eloi ya no estaba en sus recuerdos, era real. No podía ir en busca de Álex, ¿qué le diría? Tenía que intentar deshacerse de él y volver más tarde para contarle lo sucedido. Ni siquiera llevaba el bolso, se lo había dejado a él. Tampoco lo necesitaba, dentro solo tenía la cartera y el espray de pimienta, que no usaría contra Eloi por mucho que se lo mereciera. Alcanzó la salida y salió a la calle lo más serena que pudo. Quería correr, pero hubiera dado demasiado la nota.

—Nayra, ¡para! —gritó él—. ¡No te vayas!

A Eloi no le importaba correr. La cogió del brazo para darle la vuelta. Ella notó aquellos dedos finos y largos que eran capaces de abarcar por completo su muñeca. La arrinconó contra la pared y puso una mano a cada lado, impidiendo que volviera a marcharse.

—No puedo creer que te tenga delante. —La miró fijamente.

Aquellos ojos verdes, que se volvían azulados cuando les daba la luz, le dificultaban la respiración.

—Después de tanto tiempo... —sonrió, se había dejado barba, parecía mucho mayor—, y me sigue faltando el aire cuando te miro.

Ella volvió a clavar la mirada en sus ojos, que se habían agrandado por la emoción. No. No podía mirarlo. Ya se sentía más débil, más pequeña. Se tapó la cara con las dos manos. Aún no había sido capaz de pronunciar una palabra.

—Mírame, Nayra —le ordenó con sequedad.

—No puedo.

—Me lo debes.

Ella lo miró finalmente y no pudo reprimir las lágrimas.

—Tendría que haberte llevado conmigo y nada de esto hubiera pasado.

—Tengo que irme. —Le puso las manos sobre el pecho para empujarlo. Eloi las cogió entre las suyas con fuerza para impedir su marcha.

—Nunca he dejado de quererte. —Ella negó con la cabeza, sabía lo que venía a continuación —. Podría cambiar, si me dejas...

Y se abalanzó a su boca. No podría haberlo previsto. Los besos de Eloi nunca se veían llegar. Fue extraño, como si no fuera un beso, solo unos labios apretando los suyos, haciéndole daño. Lo apartó con el brazo y se liberó de él.

—¡Eloi! —gritó alguien a lo lejos.

Nora venía corriendo hacia ellos. Álex la seguía. Y Paula. Y Javi. Eloi ya la había soltado, pero permanecía muy cerca de ella. Álex caminó hacia él con paso decidido y lo empujó con rabia. Lo hizo retroceder varios centímetros. Tenían la misma altura, pero Eloi era escuálido y Álex, todo fibra.

—¿Quién coño eres tú?

—Su novio, gilipollas. —contestó con la mirada cargada de odio.

Eloi la miró con incredulidad, como si no acabara de creer que hubiera rehecho su vida. Nora se acercó a ella y la cogió de la mano. La miró sin verla, estaba demasiado absorbida por la escena que tenía delante. Se sentía una simple espectadora.

—¿Qué te pasa, capullo? ¿Duele saber que ya no eres nada?

Eloi sonrió con malicia.

Acababa de declararle la guerra. Jamás se enfrentaría físicamente a él, no era su estilo. Manipulaba la situación para herir con simples palabras. Y vaya si lo hizo.

—En realidad, me preguntaba por qué no se ha acordado de ti mientras la besaba.

Ella se tocó los labios en un gesto instintivo, aún los tenía entumecidos. A Álex se le ensombreció el rostro, no hacía falta conocerlo para saber que ese dardo envenenado le había alcanzado directamente en el corazón.

—Creo que te duele más a ti —soltó Eloi con sorna.

Por un momento le pareció que Álex se relajaba, pero luego tensó la mandíbula y apretó los puños. Se abalanzó hacia él y le propinó un puñetazo en la cara. Algo crujió a causa del impacto. Eloi soltó un gemido de dolor y se tapó la nariz con las manos. La sangre le salía a borbotones. Nora corrió hacia él para ayudarlo.

—¡Hijo de puta! ¡Me has roto la nariz!

—No vuelvas a tocarla —le advirtió apuntándolo con el dedo—. Lo sé todo. Sé que eres un maldito cobarde.

No sigas por ahí..., suplicó Nayra en silencio. Se sentía incapaz de interceder entre ellos. Eloi escupió en el suelo y se limpió la cara con un pañuelo que le tendió Nora. Tenía una pinta lamentable.

—¡Tú no sabes nada! No eres ni una mísera parte de lo que yo fui —bramó.

—Sé que eres un puto maltratador —recalcó cada palabra como si quisiera hacerlas más grandes.

Cállate, Álex, cállate.

—¿Cómo te atreves a acusarme de eso delante de mi hermana?

—Nayra... —susurró Nora horrorizada.

—¡No le creas! —gritó Eloí cogiéndola del brazo—. ¡Nunca le hice daño!

—Te bastó hacerla sentir como una mierda.

¿Por qué hablaba en su nombre? No recordaba haberle pedido que lo hiciera. Y Nora no dejaba de mirarla como si fuera un cordero degollado. Y Paula. Y Javi. Les daba lástima. Y ella solo se daba asco.

—Nayra, dile a Nora que es mentira. Que nunca te pegué.

—Nunca me pegó —dijo con voz trémula saliendo en su defensa. Sintió como un mazazo al darse cuenta de que no había abandonado aquella vieja costumbre.

—Dijiste que me querías pasara lo que pasara. Fuiste tú la que me abandonó —le reprochó él —, yo hubiera pasado el resto de mi vida contigo.

Esa era su promesa. Eloí tenía todo su futuro planeado. Cuando acabe la carrera nos largaremos de aquí, decía, conseguiré un buen trabajo y compraremos una casa lejos de esta ciudad de mierda. Y tendremos tres hijos y hasta un jodido perro si quieres (el perro lo añadía a regañadientes, era la ilusión de ella desde niña). Pero solo era el sueño de él, a ella le encantaba Barcelona y jamás se hubiera alejado de su familia.

—Me lo prometiste —seguía diciendo.

—Déjame, Javi, que me lo cargo —gruñó Álex.

Javi lo mantenía sujeto por los brazos, aunque le estaba costando trabajo contenerlo.

—Lo siento —se oyó decir—. Lo siento mucho. Lo intenté, pero ya no podía soportarlo más.

Salió del círculo que habían formado antes de que las lágrimas empezaran a resbalar por sus mejillas. Caminó en dirección contraria a la discoteca. No sabía a dónde iba, quería estar sola. Álex la alcanzó minutos después.

—Dime que no acabas de pedirle perdón a ese imbécil.

Ella siguió caminando.

—Nayra, ¡joder!

—¿No has pensado que a lo mejor fue culpa mía? —Se giró hacia él.

—¡Tú solo fuiste una víctima!

—¡No te atrevas a decirme algo así! —gritó descargando toda la tensión contra él—. ¿Quién te has creído que eres?

—Dímelo tú —la miró atónito—, porque te juro que a veces me pierdo. No sé si soy el novio de la chica que deja atrás su pasado y decide ser valiente o de la que huye porque no tiene huevos para plantarle cara.

Nayra soltó una exclamación, perpleja. Esas palabras no podían salir de él.

—Lo siento, no quería decir eso —se tocó el pelo con desesperación—, es que no entiendo por qué le has besado...

—Se abalanzó sobre mí. Y sí, ¡soy una cobarde! Me fui corriendo cuando le vi —contestó entre

lágrimas.

Álex se acercó a ella e intentó cogerla de la mano.

—¡No me toques! ¡Yo no te pedí ayuda! ¡No te pedí que te metieras en mi vida! ¡En mis putos problemas!

—No, estoy aquí porque te quiero. —Intentaba hablar lo más sereno posible, pero le temblaba la voz—. Y creía que te importaba.

—¿Acaso te importa a ti lo que yo piense? Porque has montado este espectáculo sin mi permiso, y te recuerdo que yo era la protagonista.

—No pensé que...

—No pensaste en mí y tampoco en Nora. ¡Gracias, Álex! ¡Eres todo un héroe!

Él cerró los ojos y negó con la cabeza.

—No vas a hacer que me arrepienta —repuso recobrándose de aquella puñalada—, no iba a quedarme de brazos cruzados sabiendo que te hizo tanto daño.

—¡No eres mi salvador! —Lo empujó para que se alejara—. ¡Ni quiero que lo seas!

Álex la miró con la expresión rota. Parecía resquebrajarse por momentos. Ella era la causante de su sufrimiento, pero no quería escucharlo, ni tocarlo. Quería estar sola, como había estado hasta que lo conoció, porque tarde o temprano el dolor salía a la superficie y se convertía en rabia que escupía contra las personas que intentaban ayudarla. Ya era suficiente con que ella estuviera herida, no era necesario involucrar a los demás y convertirlos en cómplices de su infelicidad, que se anclaba a unos recuerdos que no querían marcharse. Nora tenía razón, el destino existía y el suyo era una mierda, qué vida más perra, que te azotaba en la cara con lo que más dolía y en el momento más dulce.

Nora se acercó a ellos, se le notaba que había estado llorando.

—Eloi se ha ido al hospital. No tenía buena pinta...

La abrazó y le dio un beso en la mejilla.

—No estabas enferma, ¿verdad? No querías que fuéramos a tu casa y nos encontráramos con Eloi —le dijo Nayra.

—Tú también tienes que contarme muchas cosas...

Ella asintió despacio y miró a Álex.

—Me quedaré hablando con Nora, ya pediré un taxi.

Él suspiró. Tenía las manos en los bolsillos y a pesar de parecer tremendamente cansado seguía sin rendirse.

—Puedo esperarte.

Nayra bajó la mirada, no podía quedarse con él. Necesitaba una persona que la ayudara a tener la mente fría y le infundiera valor. Y esa persona solo podía ser su madre.

—Preferiría que no lo hicieras. Pasaré la noche en casa de mi madre.

—No me parece justo que me hagas eso.

—Necesito mi espacio.

Álex parecía a punto de echarse a llorar.

—Avísame cuando llegues.

Nora paró el coche delante de su casa. No habían hablado en todo el camino, ni siquiera se habían mirado. Cuando por fin se giró hacia ella estaba llena de determinación.

—Quiero saberlo todo. Todo, Nayra. Sea lo que sea.

Le concedía la oportunidad de liberarse, y haberlo hecho antes con Álex le abrió el camino. Contarlo de nuevo, esta vez a Nora, no iba a ser tan difícil. Durante años se estuvo guardando para ella los detalles más escabrosos, y dejarlos salir le produjo cierto alivio. Una historia dolorosa no deja de serlo por muchas veces que se cuente. Pero ver los ojos de su amiga, cargados de comprensión, la despojaba un poco de culpa.

—No quiero que le odies —le pidió.

—Si le odio es porque se lo ha buscado. Además, nuestra relación no es muy estrecha.

—¿Desde que se fue a Londres?

—No, antes. Desde la bronca del día de Sant Jordi.

—Ya..., me acuerdo.

Hacia tres años de aquello. Nayra y Nora se preparaban para su día especial. Eloi se estaba afeitando, ella lo rodeó por la espalda y deslizó los dedos por sus costillas. Adoraba hacerle cosquillas. Él emitió un quejido y sonrió.

—Voy a cortarme.

—Lo siento. —Lo miró a través del espejo con inocencia.

Acostumbraba a allanar el terreno antes de soltarle la bomba. A esas alturas, cualquier situación que implicara alejarse de él era una discusión asegurada.

—He quedado con Nora para ir a La Rambla.

Cerró los ojos temiendo su reacción. Se quedó callado unos segundos. Mala señal.

—Vete. Por mí como si no vuelves.

—Me duele que me digas esas cosas.

—No te hagas la víctima. Eres tú la que me deja tirado.

—No te dejo tirado, Eloi, solo serán unas horas.

—Prefieres a mi hermana antes que a mí. Pues que te aproveche.

—¿Cómo puedes ser tan manipulador? —intervino Nora, que salía en esos momentos de su habitación y le había oído.

—No te metas, no es asunto tuyo —la cortó Eloi.

—Es que no me parece normal que tenga que elegir entre tú y yo.

—Las parejas hacen cosas juntas.

—¡Pero tienen vida propia!

—No me levantes la voz —le advirtió él.

—A veces desearía que no estuviera contigo... —murmuró. Eloi soltó un bufido.

—¿Lo acabas de oír, Nayra? Quiere que rompamos.

—¡Yo no he dicho eso!

—Quiere ponerte en mi contra.

Nayra recordaba haber sentido una decepción enorme cuando comprendió lo que pretendía Nora. Siempre caía en la trampa. Ellos continuaron la discusión.

—¡Eres un gilipollas!

—Hablas como una barriobajera. No vuelvas a faltarme al respeto.

Tuvo que ser Begoña la que subiera a poner paz.

—Eloi no deja que Nayra venga conmigo a La Rambla —se chivó Nora.

—¿Qué es eso de que no la dejas? ¿Desde cuándo tiene que pedirte permiso?

Eloi fulminó a Nora con la mirada.

—Está diciendo tonterías. Ya estoy harto de que os metáis en medio.

—Eso no pasaría si tuvierais una relación sana.

—Ya es suficiente —concluyó Begoña—. Nayra, ve a dar una vuelta con Nora, por favor. Quiero hablar con mi hijo.

Eloi temblaba de rabia cuando se acercó para darle un beso. A partir de ese día comenzó a renegar de su familia.

Nora la cogió de la mano. Era plena noche y con las luces de las farolas no podía distinguir demasiado su expresión. Las dos parecían ausentes, los recuerdos iban y venían y a ella le pareció estar viviéndolo todo otra vez. Una muestra más de que no lo tenía tan superado como creía.

—No le perdona a mi madre que lo alejara de ti. Estos últimos años apenas ha venido a vernos. —Suspiró. Nayra..., ¿te pegaba? Puedes decírmelo.

—No.

—¿Y qué fue lo que te abrió los ojos? ¿Que te puso los cuernos?

—No. Intenté que cambiara, pero... empeoró. Quería creer que sería incapaz de hacerme daño, pero algo dentro de mí me gritaba que debía alejarme.

Eloi volvió de Londres en Navidad. Una tarde le pidió a Nayra que le dejara el móvil. Ella supo que quería mirar sus conversaciones. Y aquella vez no cedió.

—Tú me has confesado que te has follado a otra y sigo aquí. Creo que eso demuestra de sobra mi lealtad.

—Dame el móvil —le ordenó de nuevo, en tono sombrío.

Ella negó con la cabeza, aunque en su interior empezaban a encenderse todas las alarmas. Eloi se acercó y le arrancó el móvil de las manos. Después lo estampó contra el suelo con todas sus fuerzas. Una y otra vez, hasta que logró partirlo en dos. Por primera vez, sintió miedo.

—Ojalá lo hubiera sabido antes... —se lamentó Nora.

—Solo yo podía salvarme.

Era hora de enfrentarse a otro nuevo reto. Necesitaba arreglar las cosas con su madre.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó su amiga.

—No, debo ir sola.

Nora la observó mientras se alejaba caminando hacia su casa. La puerta del jardín estaba cerrada y no tenía llaves. Tocó el timbre y cruzó los dedos para que su madre no llamara a la policía. Tardó varios minutos en encender la luz. Tras insistir dos veces más, consiguió que se asomara a la ventana. No había pensado qué le diría. ¿Cómo podía empezar una conversación que tenían pendiente desde hacía años? Nayra siempre sintió reparos a la hora de decirle la verdad sobre Eloi. No quería mostrarse débil y derrotada ante la que era su referente en términos de valentía. Nunca habían tenido la suficiente confianza para contarse nada, y los últimos acontecimientos habían anulado la poca complicidad que les quedaba.

Su madre abrió la puerta. Se acercó despacio mientras la miraba, arrebujaada en un fular, sin disimular su sorpresa.

—Nayra —le tendió la mano.

No había dicho una palabra y ya estaba llorando.

—Lo he estropeado todo, mamá.

Su madre la abrazó.

Su habitación olía a limpio, fresco, perfumado. Olía a hogar, dulce hogar. Aunque sus pertenencias no estuvieran allí, seguía siendo su sitio. Abrió la balconera para que entrara el aire y observó la ciudad. Desde allí parecía tranquila. Desde su piso era un bullicio constante. Se tumbó en la cama sin olvidar que la última vez Álex había estado a su lado y le hizo rozar el cielo solo con cogerla de la mano. Le escribió un mensaje en el móvil:

Ya he llegado. Tenía que darle explicaciones a Nora. Y necesitaba estar sola para pensar. Espero que lo entiendas.

Él lo leyó dos minutos después, pero tardó mucho en contestar con un simple «vale».

Su madre le trajo una infusión caliente y le prestó un pijama. Nayra le contó lo sucedido aquella noche, aunque no se esmeró en darle demasiados detalles, algún día sería capaz de decírselo todo. Se merecía saberlo. Le había demostrado que sabía escuchar sin juzgar y que ante todo le preocupaba el bienestar de su hija. Argumentos que habían estado ahí siempre, pero que el rencor le impidió reconocer. Antes de que saliera del cuarto para dejarla dormir, se acercó para darle un beso. Nayra se sintió como cuando era una niña y le leían un cuento antes de irse a la cama.

—¿Está aquí? —le preguntó, no se había atrevido a hacerlo antes.

—¿Guillermo? —Así se llamaba—. No, está de viaje de negocios. Y no vive aquí.

—He sido mala hija, ¿verdad?

—Has tenido momentos mejores, pero jamás pensaría eso de ti. —Nayra la miró, dubitativa—. Sabes que si creyera lo contrario te lo diría.

Por supuesto, su sinceridad no conocía límites. Las dos sonrieron.

—Solo quiero ser feliz, mamá.

—Ya lo eres. Cuando viniste con Álex la última vez te vi diferente.

—Pero no soy feliz, es como si viviera en una montaña rusa.

—La felicidad no es un estado de euforia continuo.

—Quizá sea ese mi problema. Que no entiendo el concepto de felicidad.

Su madre le acarició el pelo y caminó despacio hacia la puerta. Antes de salir se dio la vuelta hacia ella.

—A mí me basta... con sentirme satisfecha con lo que tengo. Y si hay algo que entorpece mi vida, lucho por superarlo.

Luchar. Se había pasado tanto tiempo huyendo y enterrando lo que le hacía daño que había olvidado que existía otra opción.

No descansó bien. En mitad de la noche le pareció sentir a Álex hablando en sueños. Pero se soñaba dormida. Estaba en el piso y cuando abrió los ojos Eloi apareció a su lado, le pidió perdón y le dijo que iba a cambiar. Ella buscaba a Álex en la penumbra y, a pesar de querer ir tras él, se dejaba consolar por los brazos de Eloi. Se veía a sí misma como una marioneta, como si no fuera dueña de su cuerpo. Al despertar le pareció que aquello había sido real. Y las emociones que se le habían desbordado eran parecidas a las que había sentido días antes junto a él.

—No. Me niego a creer que mi hermano te haya hecho retroceder tanto —le dijo Nora cuando le contó aquel sueño—. Eres diferente de cuando le dejaste. Te robó la personalidad, ni siquiera eras capaz de decidir cosas por ti misma. Y ahora mírate, eres fuerte.

Nayra negó con la cabeza. Se había obligado a creer que era fuerte. Había construido la imagen de la persona que quería ser, pero solo consiguió parecerse un poco. Y todo volvió a desmoronarse con la llegada de Eloi.

—Sigo sin ser yo. Sigo siendo frágil. Un vaivén de emociones. Y lo peor es que así es imposible continuar con lo que tengo...

—Nayra...

—No me veo capacitada para tener una relación, Nora.

Ese era el pensamiento que había estado evitando semanas atrás. Esa era la razón de que se sintiera incompleta.

—Quizá deberías buscar ayuda.

Su madre le había sugerido lo mismo meses atrás. Ya no le parecía tan mala idea.

El día que fue a recoger sus cosas, Denver estuvo a punto de tirarla al suelo. Le saltó encima con tanto entusiasmo que tuvo que recular, tambaleándose, hasta lograr apoyarse en la pared. Le había enviado un mensaje a Álex avisándole de su llegada. Él aún no había vuelto de trabajar. Aprovechó para poner la ropa en las maletas, en su presencia hubiera sido demasiado incómodo. Pero apareció antes de lo previsto. Entró en su habitación con aire despreocupado, aunque Nayra lo conocía lo bastante como para saber que solo estaba disimulando su ansiedad. Llevaba las manos en los bolsillos, la misma postura que el día que discutieron.

—Dijiste que no te irías —dijo con la voz apagada.

—Las circunstancias han cambiado.

—¿Los sentimientos también?

—Sabes que no... —susurró.

Álex soltó un bufido.

—Yo ya no sé nada. Llevas cuatro días sin aparecer.

—Pensé que no querrías verme —se excusó.

—No voy a fingir que estoy bien después de lo que me dijiste, pero esta no es la solución.

Siguió guardando ropa, si lo miraba lloraría.

—He estado pensando mucho estos días... —continuó—, y quizá tuve parte de culpa. No debí dejarme llevar por la rabia. Y te quería pedir perdón por..., Nayra, mírame, por favor.

Ella cogió aire y se dio la vuelta. Lo miró fijamente a los ojos. Sus ojos color miel, tan sinceros, tan profundos.

—Te quería pedir perdón por haberte puesto en evidencia delante de todos.

—Vale —dijo sonriendo—, yo debería pedirte perdón por las cosas tan horribles que te dije.

Álex asintió y sonrió también. Dio un paso hacia ella y la besó en la frente.

—Te quiero mucho, nena, no te vayas.

Cerró los ojos mientras el dolor le agujoneaba el pecho. Volvió a mirarlo, esta vez sin ánimo de controlar las lágrimas.

—Yo también he reflexionado mucho estos días y he tomado varias decisiones. He empezado una terapia con una psicóloga.

—Me parece bien, si crees que te va a ayudar. Sea lo que sea lo que te preocupa, podremos arreglarlo.

—Álex, si quiero que funcione tengo que estar centrada en recuperarme. No puedo empezar una relación sin haber cerrado la anterior.

Volvía a resquebrajarse delante de ella.

—¿Me estás dejando?

—Ojalá me hubieras conocido en mis mejores momentos... —sollozó.

—Lo que conozco de ti me encanta. Acabo de decirte que te quiero, ¿eso no vale para convencerte de que estamos bien?

—Me valdría si estuviéramos bien los dos. Pero yo soy una persona rota y tú no te mereces a alguien así.

Él soltó una exhalación.

—Eso debo decidirlo yo, ¿no crees? Si quiero estar con una persona rota, pues, joder, ¡lo estoy! —exclamó.

—No quiero dejarte, yo también te quiero. Pero por una vez en mi vida voy a centrarme en mí. Y me gustaría que cuando me sintiera preparada para continuar tú siguieras estando ahí.

Álex abrió mucho los ojos, como si le sorprendiera lo que le estaba diciendo. Era todo lo que podía leer en él, la suma de emociones la desbordaba y le resultaba complicado averiguar qué pensaba.

—No sé si podré hacer lo que me estás pidiendo. El tiempo cambia muchas cosas.

—¿Tanto como para olvidarme?

Bajó la cabeza, derrotado. Ella lo abrazó fuerte, lloró apoyada en su hombro. Y cuando lo besó en los labios notó el sabor salado de las lágrimas. Él también lloraba. Le secó los ojos con delicadeza y volvió a besarlo, como la fatídica noche en que se estropeó todo. Solo que, esta vez, él también le respondió con la misma desesperación.

Cada vez que recordaba ese último momento se convencía de que no lo podría haber hecho peor. Acabaron haciendo el amor, mientras ella repetía una y otra vez «te quiero» y él le contestaba «pues no te vayas». Hubiera sido fácil sucumbir a sus súplicas. Lo difícil fue marcharse, aunque sabía que era lo más adecuado y que dándole la oportunidad de volver en un futuro no destruiría su esperanza. Aun así, Álex no lo entendió, y se tomó su marcha como un final.

—Me ha sabido a despedida —le dijo.

No hablaron demasiado, absortos el uno en el otro como si intentaran retener cada instante en su mente. Había experimentado un deseo salvaje al besar su boca. Antes de que pudiera meditarlo ya tenía las manos por debajo de su camiseta y al notar su piel caliente perdió el norte. Le arrancó la ropa con tanta prisa que le rasgó la piel con las uñas, pero Álex, en vez de quejarse, soltó un sonido ronco y la empotró contra la cama. Si se lo contara a Paula, podría decirle que habían follado y que lo habían hecho ferozmente. Y no por eso fue menos bonito. Pero ahora se sentía dolorida por dentro y por fuera (tampoco había salido ilesa, tenía la marca de sus dientes en la cadera). Fue una locura. Una tremenda pero preciosa locura.

Los primeros días se le hicieron muy duros. Había dejado de escucharse hacía tiempo, porque no le gustaba lo que tenía que decir. Y entonces todos los pensamientos le vinieron de golpe. Le cabreaba dudar de ella misma y de sus propias decisiones. Porque, a pesar de que buscaba estar mejor, lo único que la invadía en aquel momento era el sufrimiento. Y cómo dolía..., demasiado. El corazón le pesaba como si hubiera crecido dentro de ella más de la cuenta, abarcando un espacio inexistente. Dolía mucho. Quería arrancárselo y lanzarlo por la ventana. Era como sentirse enferma. Su padre le decía muchas veces que la vida es dura, pero merece la pena. La vida duele, pensaba ahora. Y es jodido cuando no sabes si el camino que eliges te llevará a buen puerto. Le gustaba la vida que llevaba. El agujero que tenía como piso, el barrio ruidoso, la compañía de Denver. Le gustaba Paula, que no estaba nunca en casa, pero cuando aparecía cotilleaba detrás de la puerta para hacerlos rabiar. Javi, que se reía demasiado fuerte, que hacía bromas hasta de los temas serios, al que se le caía la casa encima si se pasaba más de dos horas sentado en el sofá. Su hermana del alma, aquella que no tuvo necesidad de añorar porque la encontró dentro de una niña tímida y vivaz a la que no le importaba ser diferente o friki, porque lo aburrido era seguir la corriente. Y echaba de menos a Álex..., esa luz que siempre lo acompañaba, sus ojos llenándola de vida, su alegría cambiando el mundo, sus manos acogiéndola sin miedo, queriéndola de forma tan sincera. Y por eso mismo dudaba. Si le bastaba una sonrisa de las suyas para echar a volar, ¿por qué no era suficiente? La seguía azuzando el miedo. Tenía

inseguridades que creía mantener bajo control y que habían salido a la superficie al aparecer Eloi..., o que simplemente se negaba a reconocer y hubieran salido de todos modos. En los brazos de Álex había descubierto el amor real. Él se lo había entregado todo y ella le había correspondido con la mitad. Aunque a él no le importara estar con una persona rota, Nayra no podía dejar que se conformara con eso.

Y como le gustaba la vida que llevaba aunque no fuera del todo sincera con ella misma, siguió buscando los lugares que le recordaban los meses anteriores. Empezando por el parque donde iba a pasear con Denver. Se sintió indignada cuando llegó al banco de siempre: le parecía exactamente igual que antes, nada se había movido de lugar, el mundo seguía girando, el tiempo no iba a parar porque ella necesitara recapacitar. Cuando se levantó dispuesta a mantener a raya sus lágrimas, María apareció a su lado.

—Nayra, Álex acaba de irse.

—Lo sé, conozco su rutina. Es que echaba de menos este parque.

Echaba de menos a Denver, salía a la calle a pasear y era como si le faltara algo. Como cuando iba sin bolso y no sabía dónde meter las manos. Echaba de menos a Álex..., aunque evitara verlo, se levantaba por las mañanas con un dolor punzante en el pecho.

—Me alegro mucho de verte. —María dudó unos segundos y luego preguntó—: ¿Quieres que me quede un rato contigo?

—Ya me iba..., pero la próxima vez tienes que ponerme al día de los cotilleos.

—Claro que sí. Ya sabes dónde encontrarme, cuídate mucho.

La idea de volver al parque le había hecho más daño que bien. Así que no le quedaba otra que buscarse una nueva rutina. A la mañana siguiente salió a correr, necesitaba tener su mente ocupada. Se calzó las mejores deportivas que tenía y se lanzó a la calle. Dejó que el hilo de sus pensamientos marcara el ritmo, aunque se ofuscaba a medida que iba recorriendo los metros que la alejaban de su casa y se daba cuenta de la lentitud con la que lo hacía. Cinco minutos después el camino se volvió cuesta arriba y el corazón se le salía por la boca. Regresó con el cuerpo machacado. No había hecho ejercicio en su vida y las agujetas la acompañaron durante días. Pero el desgaste físico y el afán de superación le hacían más llevadero el dolor emocional. Y conseguía distraerse.

Eloi regresó a Londres una semana después. Lo vio en el coche de camino a su casa, cuando volvía de correr. Solo lo acompañaba su madre. Se retiró los auriculares de la oreja, sin pensar en nada, dejándose guiar por una fuerza interior que le salió sin siquiera buscarla. Se plantó en medio de la carretera para obligarlo a detenerse. Pudo leer una pregunta en los labios de Begoña: «¿Qué haces?». La respuesta era muy simple: luchar. Eloi se apeó del coche y se acercó a ella, entre curioso y esperanzado. No le dejó hablar.

—Ya no te quiero —le dijo con voz enérgica—. Eres una persona horrible que se ha dedicado todos estos años a menospreciarme, a hacerme creer que yo no valía nada, que el único que podía darle sentido a mi vida eras tú.

—Siento mucho haberme comportado así —lloriqueó—, perdóname, Nayra, te juro que soy otra persona.

—Cállate —le espetó con rabia—. No vuelvas a buscarme, ni a pedirme segundas oportunidades que no te mereces. Te perdono para poder liberarme, pero ya no te quiero. Yo también soy otra persona, acabaste conmigo, pero he resurgido de mis cenizas. Y ya no te creo.

Eloi lloraba. Había llorado cuando le confesó que se había acostado con otra, para darle lástima, para convencerla de su arrepentimiento. Se mantuvo firme mientras lo observaba. Tan frágil, tan débil.

—Adiós, Eloi, sé feliz.

No pudo ver su reacción mientras se marchaba, pero cuando la dejó atrás pisó el acelerador con violencia. Fue la última vez que Nayra vio aquellos ojos verdes.

Aprendió a correr para serenarse. A parar cuando su cuerpo decía basta. Y su corazón le pedía un poco de calma, no porque lo hiciera bombear más de la cuenta, que también, sino porque eran tantos los altibajos que a veces pensaba que le daría un ataque. La música la ayudaba a concentrarse, pero también le marcaba el ritmo. Y aquel día... se sintió desfallecer mientras Diego Cantero le cantaba al oído los versos de una canción que parecía hecha a su medida.

*Ya verás como me olvidas
y te encuentro en cualquier bar
pegando saltos de alegría
y me dices que lo nuestro no era lo que merecías.
Seré cosas que se cuentan,
vueltas de la vida*

Últimamente todas las canciones hablaban de su vida. De su determinación por coserse las heridas, de la bonita historia que había creado con Álex y que amenazaba con desaparecer. Curarse y pensar en su relación con Álex, las dos cosas juntas era abarcar demasiado. Y no quería manchar algo tan importante con el recuerdo de Eloi palpitando continuamente dentro de su pecho.

Decidió mudarse al piso que le compró su padre y empleó parte del tiempo en amueblarlo. Nora la había acompañado a Ikea a hacer varias compras. Su padre se encargaba de montar los muebles, en algunas ocasiones de forma desastrosa. No era esa su mejor faceta, pero a ella le servía para desternillarse de risa y regalarse una buena dosis de buen humor.

Llevaba cuatro semanas sin ver a Álex cuando la llamaron de la editorial diciéndole que iban a publicar su libro. Desde que habían dejado de verse, los días pasaban así, como si hubiera iniciado otra vida y empezaran a contar a partir de entonces. Fue una buena razón para venirse arriba, aunque no le apetecía celebrarlo. Se sentía como si estuviera guardando luto. Y no quería pensar así, porque era como dar por hecho que lo suyo con Álex ya estaba muerto. Pero es que resultaba muy difícil seguir sin él. Así que decidió no desperdiciar la ocasión de enviarle un mensaje para darle la noticia. Habían intercambiado algunos wasaps desde la última vez que se

vieron. Se preguntaban cómo estaban. Ella siempre contestaba que bien. ¿Y tú? También. Los dos mentían y no decían nada que pudiera comprometerlos. Nayra miraba el Instagram de él con frecuencia, apenas colgaba fotos. En la última salía tirado en el sofá con Denver, esbozando una sonrisa que no le llegaba a los ojos. Al menos no había eliminado las que compartían juntos. La respuesta de Álex fue tan sosa como había esperado: «Me alegro mucho por ti». Pero aquellas palabras que parecían no expresar sentimiento alguno le daban algo de aire. Volvía a ver cumplido su sueño y él formaba parte de ese logro. Había sido su inspiración, la llave para superar el bloqueo. Y aunque quizá no llegara a leer el libro, quiso dedicárselo y escribirle unas líneas. Se pasó media tarde dando vueltas en el jardín, intentando encontrar las palabras adecuadas. Quería decir demasiado en un espacio que no era para eso. Quería que fuera algo para recordar, daba igual si lo leía mañana o dentro de unos años, o tal vez nunca, no importaba si en el futuro seguirían juntos o no. Quería que esa facilidad que a veces sentía escribiendo, esa magia que se apoderaba de ella y convertía su imaginación en algo tangible, le ayudara a expresar lo que guardaba dentro. Pero no, la maldita inspiración iba por libre. Cuando Nora fue a buscarla aquella tarde estaba inquieta y seguía en blanco. Le sugirió que se diera un respiro y que salieran a pasear.

A mediados de agosto se celebraba la fiesta mayor de Gracia. Las fiestas populares no tenían nada de especial, al menos para ella. Desde que dejó de ser una niña los tambores y los cabezudos desfilando por las calles ya no le parecían una atracción interesante. Pero en Gracia todo es diferente, y sus celebraciones también. Organizan una competición de decoraciones de calles y balcones, el barrio se llena de creaciones artísticas, hechas con materiales reciclados que cuelgan por todas partes y lo llenan de distintos colores y formas. También hay música en directo, paraditas de comida y mucha, muchísima gente. No supo qué le hizo pensar a Nora que aquello la ayudaría a relajarse. El agobio comenzó en cuanto se adentraron en el laberinto de calles en busca de un garito donde poder tomar algo. Estaban especialmente silenciosas, y no porque no pudieran hablar a causa del griterío, había algo que les hacía contener el aliento. Quizá el hecho de volver a Gracia, a su territorio, después de esas cuatro semanas. Quizá, de alguna forma, se preparaban para lo que iba a venir. Nora apenas soltó cuatro palabras sobre Luis y su escapada de fin de semana para ir a verlo. Después de superar el «periodo de prueba», podía decir que Luis cumplía sus expectativas, tanto como para que Nora le hubiera presentado a su familia y a su padre —con el mal genio que gastaba, le ahorraba el mal trago a sus aspirantes si no tenía claro que iba a funcionar—. Nayra le enseñó la portada de su libro, que le habían enviado hacía unos días: unas figuras abstractas y el título enmarcado con unas letras muy bonitas. Le pareció mona y suficientemente llamativa como para lucir en las estanterías. Al fin y al cabo, un libro es como un flechazo. Primero te fijas en su portada y, si te llama la atención, te lanzas a descubrir lo que hay dentro. Nora le dio el visto bueno en cuanto la vio. Después de pasear un rato fueron a una terraza, no parecía haber mesa libre, pero les bastaría con hacer cola, comprarse un batido y salir de allí zumbando, el ambiente estaba sobrecargado de entusiasmo y a Nayra no le apetecía la juerga.

Estaban a punto de ponerse a la cola cuando Nora se giró de golpe hacia ella y se dio de bruces contra su pecho. Nayra soltó un quejido y la miró sorprendida.

—Es que... —balbuceó.

Había una expresión de alarma grabada en su cara. Nayra dirigió la vista al frente y lo vio. Hubiera sido como buscar una aguja en un maldito pajar y... ella la había encontrado sin buscarla. Los golpetazos que le dio el corazón dentro del pecho hicieron que le pitaran los oídos. Álex estaba sentado en la terraza, junto a Paula y Javi. Parecía distraído, con la mirada fija en la gente que pasaba por su lado pero sin mirarla realmente; tenía los brazos sobre el regazo, sujetaba una bolsa de tabaco de liar —¿desde cuándo...?, dejó ese pensamiento para más tarde— y su postura, con una pierna sobre la otra, era de lo más relajada. Nayra podría haberse quedado allí de pie observándolo durante toda la tarde. El ruido ensordecedor de la alegría transitoria que provoca el alcohol se disipó de pronto. Solo estaban él y ella. Sí, él también, pasados unos segundos su mirada se posó en ella y su expresión cambió. Se irguió sobre la silla y se levantó sin vacilar un instante. Sus ojos echaban chispas, le hablaban de pena, impaciencia, anhelo. Le pareció que se preparaba para echar a correr hacia ella y entonces se movió. No le hizo falta pensar en caminar, porque su cuerpo era un imán atraído por una fuerza superior. La cuestión era qué demonios iba a decirle o, algo más simple aún, cómo debía saludarle.

Antes de llegar a su mesa revisó todas las posibilidades. Si lo abrazaba, quizá se emocionaría y acabaría besándolo. Si lo besaba, habría vuelto y no estaba preparada. Si le hacía un gesto con la mano, sin ninguna muestra de afecto, creería que ya no sentía nada por él. Cuando lo tuvo delante y la miró con sus ojos de color miel, indeciso —¡él!, tan seguro de sí mismo—, optó por darle dos besos. Se sintió rarísima. Después bajó la cabeza avergonzada y se mordió el labio. Decidió centrarse en los demás.

—¿Cómo estáis? —preguntó.

—Bien —contestaron a la vez todos, excepto Álex.

Le hubiera gustado escuchar su voz, ver su sonrisa socarrona y reírse con alguna de sus ocurrencias. No hubo nada de eso. Paula empezó a explicarle su viaje a Ibiza. Hacía pocos días que ella y Javi habían vuelto y tenían muchas anécdotas que contar. Y muchas juergas que olvidar. Lo que ocurre en Ibiza se queda en Ibiza. No pasó por alto que parecían más unidos y más... ¿enamorado? Esperaba no equivocarse, porque de Paula no tenía la menor duda, pero Javi era otra historia. Los dos siguieron dando rienda suelta al mismo tema y ella no pudo evitar desconectar de la conversación. Por suerte, Nora ocupó su espacio y cubrió el silencio que amenazaba con cernirse sobre ellos. Fue una situación muy incómoda. Se atrevió a mirar a Álex por el rabillo del ojo. Podría hablarle, preguntarle qué tal le iba. Pero todos esperaban que lo hiciera y se sintió demasiado observada, no iba a ser una conversación íntima, le acabaría preguntando por cosas banales. ¿Qué tal el trabajo? ¿Y Claudia? ¿Y tu madre? ¿Y Denver? Tienes buen aspecto. ¿Es que no me echas de menos? Estaba tan guapo, tan increíblemente guapo... Quizá la distancia le había servido para darse cuenta de que no la quería tanto como pensaba. Él no

dejaba de mirarla. Pensó en devolverle la mirada y sonreír, pero tal vez pensara que se estaba riendo de él. Te he abandonado y me río en tu cara. Joder. Nada de lo que pasaba por su cabeza le aportaba algo bueno.

—Tenemos que irnos —anunció Nora.

Se había quedado sin recursos y aquello no tenía pinta de mejorar. Se despidió con la mano y lo miró a los ojos por última vez. Si aún seguían teniendo telepatía, esa facilidad para hablar con la mirada, tendría que leer en ellos que lo amaba. Se dio la vuelta obligando a sus piernas a cooperar y antes de que la marea de gente volviera a tragársela Álex la cogió del brazo. Había corrido tras ella. La abrazó y hundió la cara en su pelo. Ella se agarró a su cintura muy fuerte. Parecía oírle preguntar: ¿qué piensas? Que no quiero esto, pero tengo que hacerlo. Lo siento. Lo siento.

—No te he olvidado —le susurró al oído.

Su aliento le hizo cosquillas y se estremeció.

—Yo tampoco.

La besó en la mejilla y se quedó ahí unos segundos. Después la soltó.

Y ella se sintió tremendamente sola.

Una certeza la persiguió todo el camino de vuelta a casa. No podría enamorarse de otra persona que no fuera él. Aunque luego vinieran otros. Él tenía la llave que abrió su corazón después de que se lo pisotearan con fuerza. Y eso no se lo quitaría nadie jamás. Cuando entró en su habitación escribió las palabras que había estado buscando.

Siempre fuimos tú y yo, aunque tardáramos en encontrarnos.

Para Álex, aquellas cuatro largas semanas fueron muy duras. Se debatía entre esperar u olvidar. Y como no podía hacer ninguna de las dos cosas, se sumió en una especie de sopor que no le dejaba seguir viviendo con normalidad. Tal vez por eso le envió un mensaje a Paula aquella tarde en que Nayra decidió marcharse. Y sonó tan desesperado que ella acudió corriendo. Llegó acompañada de Javi. Y no hizo falta que les contara lo ocurrido, porque su cara habló por él. Se había hinchado a llorar. Nayra y él habían acabado follando, pero eso no sirvió para arreglarlo y le dejó un gusto amargo. Veinte minutos en los que ahogó su frustración. Y después la despedida, el final triste. «Preferiría no ver cómo te marchas», le había dicho a Nayra, y luego se encerró en su cuarto. No verla partir no ayudó a amortiguar el golpe. Escuchó el sonido de la maleta rodando por el pasillo, cómo se despedía de Denver, cómo vacilaba enfrente de su puerta, dudando si despedirse de él o irse sin más, cómo se fue dando un portazo y lo dejó todo sumido en un profundo silencio.

—¿Te ha dejado?

—No lo sé, cuando una tía te pide tiempo, ¿qué quiere decir exactamente?

—Te ha dejado —sentenció Javi.

—Mierda.

Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no llorar delante de ellos. No porque le diera vergüenza —a Javi lo había visto llorar en el funeral de su padre—, sino porque le resultaba incómodo, y porque su amigo tampoco era el colmo de la empatía.

—No hables sin conocimiento de causa —le dijo Paula dándoselas de entendida.

Ellos la miraron, interrogantes.

—Qué fina te has vuelto hablando, coño. A ver cómo justificas a tu querida amiga... — continuó Javi.

—También es la tuya.

—A Álex lo conocí primero.

Álex se tapó la cara con las dos manos. Le había pedido consejo a Paula y no entendía qué hacía Javi opinando, pero últimamente los dos eran un *pack* indivisible. Como él y Nayra..., hasta ese día.

—Está confundida —le explicó Paula.

Pero Javi intervino de nuevo.

—Ya me olía yo esto..., te has colgado hasta las trancas y se ha asustado.

Álex tensó la mandíbula y estuvo a punto de echarlo a patadas, pero no podía hacerlo, en el

fondo le quería. Y en el fondo lo que decía tenía su lógica.

—No me refiero a eso —continuó ella—. No debe ser fácil de superar... lo que le pasó. Y encima volver a encontrarse con él, menudo marrón.

Marrón el que había tenido el muy desgraciado para no desangrarse allí mismo. Le había destrozado la nariz en un golpe seco, lo supo nada más darle y sentir cómo le crujía en la mano.

—No me fio..., cuando una tía duda, mal asunto.

—Javi, sé comprensivo. Le ha pedido tiempo y yo la entiendo.

—No sé si voy a ser capaz de esperarla —dijo Álex con un hilo de voz.

—¿Qué pasa? ¿Vas a salir a follarte a la primera que pilles?

—Claro que no —contestó con desdén.

—Pues entonces podrás darle unos meses.

Meses. Joder. Eso era mucho. El tiempo iba a pasarle como si los días le rasgaran las entrañas. Sin verla, sin tener noticias de ella. No acababa de entender por qué necesitaba distancia si le quería. No parece lógico alejar a la persona que amas si lo único que te apetece es tenerla al lado y compartirlo todo. Ese razonamiento le daba un miedo atroz, porque si ella no sentía necesidad de estar cerca, ¿qué podía significar? Que no lo amaba lo suficiente. Que en una relación siempre hay uno que da más que el otro. Y en su caso, otra vez, volvía a ser él. Si aquello no acababa con un final distinto perdería la fe en el amor, estaba claro.

En los días siguientes, como no era capaz de hacer otra cosa que lamentarse, Paula y Javi se encargaron de sacarlo a rastras de su estado de letargo. Insistieron mucho, tanto que a veces temió que lo dieran por perdido y lo abandonaran por cansancio. Él acababa cediendo a todo a regañadientes; aunque en el fondo le apetiesera, se sentía tan asqueado que al final desperdiciaba las oportunidades que tenía de distraerse un poco. Lo único que lograba despertar alguna emoción eran los mensajes que le escribía a Nayra de vez en cuando. Ella no había puesto condiciones a la eterna espera, así que pensó que tendría derecho a preguntarle cómo estaba. Fue Nayra quien le envió fotos de su piso amueblado diciéndole que le iba a encantar. Aunque solo eran palabras y no pudo interpretar ningún sentimiento, se agarró a ellas con un hilo de esperanza para no mandarlo todo a la mierda.

Empezó a fumar. Lo hizo por primera vez en una fiesta a la que Paula y Javi le arrastraron, después comenzó a encender cigarrillos mientras paseaba a Denver, a la hora del café, y poco a poco fue sumando las ocasiones de fumar hasta que llegó a la cajetilla diaria. Luego se pasó al tabaco de liar, le salía más barato. En el piso salía a la terraza y se estiraba en la tumbona, conseguía distraerse y no pensar en nada. Era el mejor momento del día.

—¿Desde cuándo fumas? —se sorprendió Paula cuando lo pilló. No hacía esfuerzos por esconderse.

—Desde que he descubierto que me relaja.

—Mejor eso que tirarse a la bebida...

—¿Tengo cara de borracho?

—Tienes cara de deprimido y de que te pesa la vida.

Podría haber arremetido contra ella. Paulina resultaba un fastidio cuando se lo proponía, pero en vez de eso se quedó callado y la maldijo por tener razón.

—¿Por qué no le dejas respirar un poco? —lo defendió Javi.

A pesar de que se encontraban en la fase más melosa de la relación, su amigo aún le era fiel. Se acercó a él para que Paula no le escuchara preguntarle:

—¿Cómo estás?

—Perfectamente.

Y hasta sonó convincente.

Lo que peor llevaba era tenerla a pocos minutos de él y no poder verla. Había caminado por las calles de Gracia sin rumbo, por si le sonreía la suerte y se la encontraba. Hubiera sentido que se paraba el mundo, como en aquella canción de Diego Cantero que le enseñó un día: «La presión contra el pecho y las alas, tu mirada entre tantas miradas...». Y aunque a ella no le pareciera suficiente, hubiera dado lo que fuera por ser *esa luz* otra vez. Podría habérsela encontrado comprando en el mercado, adonde solía ir cada semana, o bajando del metro, de camino a casa. Podrían haber hablado, con palabras. Sin necesidad de enviarse mensajes, que recibía confundido porque sentía que ya había pasado demasiado tiempo. Necesitaba oírlos de su boca.

Y entonces ocurrió.

Fue en las fiestas de Gracia. Estaba con Paula y Javi sentado en una terraza cuando notó una presión sobre él. La vio entre la gente y se levantó enseguida. Sintió como si sus ojos lo llamaran, como si lo reclamaran con urgencia deseando hablarle. Entonces se acercó y lo besó en las mejillas, como al resto. Ese gesto le dolió, aunque sabía que estaba fingiendo. Apenas soltó cuatro palabras. Estuvo mirándola todo el rato esperando captar su atención. Quería quedarse a solas con ella para decirle que la necesitaba, que el tiempo ya no le importaba, que no soportaba tenerla cerca sin poder tocarla. Se despidieron y aquellas intenciones lo arrastraron corriendo tras ella. Álex la abrazó, un mechón de su pelo le rozó la nariz y recordó su aroma. No te he olvidado, le dijo. Y, vacilante, acercó sus labios a los de ella, y rectificó en el último momento para besarla en la mejilla. Podría haberle dicho te quiero, para que no le cupiera duda, pero aún le quedaba orgullo y le preocupaba sentirse humillado.

Llegó septiembre y con él todos los cambios que tendría que haber acogido con entusiasmo y que pasaron por su vida sin pena ni gloria. Empezó la formación en el Instituto de Seguridad Pública. Estaba estudiando para lo que llevaba tiempo soñando, en un nuevo ambiente y con gente nueva. Parecía el escenario perfecto para olvidar un poco su situación, pero ni con esas. Claudia había comenzado la universidad y se había mudado al piso; ahora ocupaba la habitación de Nayra, y verla allí le causaba cierto reparo.

—¿Seguro que no te importa? —le había preguntado varias veces.

—Aunque lo arreglemos, no creo que ella vuelva aquí.

Tenía piso propio, era absurdo alquilar una habitación. De hecho, no tuvo sentido desde el

principio, pero ahora comprendía que quizá había estado retrasando la mudanza por él.

A pesar de que le gustaba tener a su hermana cerca, no dejaba de ser una espía enviada por su madre. Y Claudia no actuaba obligada, le encantaba asumir esa responsabilidad. Era una chivata compulsiva. Le contó a su madre todo lo que le había ocurrido; no mucho más, porque cuando Álex lo supo se volvió más cuidadoso que de costumbre. Un día la pilló hablando por teléfono. Está fatal, mamá, decía, se le está yendo la olla, ayer llegó a casa borracho como una cuba y no se afeita si Paula y yo no le insistimos. En realidad, lo de dejarse barba fue mera curiosidad, quería saber cómo le quedaba. Bueno, un poco de pereza también. Le daba palo todo, hasta ducharse.

—¿De qué coño vas, enana? —la reprendió—. Te he escuchado hablar con mamá.

—Me tienes preocupada...

—No estoy tan mal como aparento, ¿vale?

Mentira. Mentira.

—Es que tú nunca has sido así... Cuando lo dejaste con Sara estabas triste, pero de otra forma...

Fue diferente. Se había preparado para la ruptura. La vio venir. Y el dolor le llegó de otra manera, más paulatino. Sara era muy independiente, crearon lugares que solo fueron suyos, pero hubo aspectos de su vida que nunca compartieron. Los amigos, las noches de fiesta, algún que otro viaje que ella hizo sola. Pero Nayra... estaba en todas partes. Se había colado en cada rincón de su vida. Había dejado su huella hasta en la gente que él más quería. Y con solo mirarlos a la cara la veía. Tan valiente y a la vez tan frágil.

—Lo superaré, Claudia. Solo necesito acostumbrarme.

Era la excusa que le daba a todo el mundo. Y la que se daba a él mismo para poder levantarse por las mañanas, vestirse maldiciendo su suerte y fumarse un cigarrillo mientras caminaba hacia la estación para coger el tren.

Mentía a todo el mundo con frecuencia. Lo hacía ya impulsivamente, sin importarle una mierda. Solo quería que lo dejaran en paz. Solo quería meterse en su habitación y que el mundo girara deprisa hasta que ella volviera. Rebobinar a toda velocidad hacia adelante. Los mensajes que intercambiaba por wasap con Nayra eran demasiado cortos, sin apenas detalles. Le parecía estar hablando con otra persona. A veces creía que empezaba a imaginarse a otra Nayra en su mente, una que había tomado su propio camino olvidando que alguien la esperaba.

Una tarde, Paula entró en su habitación con un libro bajo el brazo. Lo dejó encima del escritorio. Era el libro de Nayra. Lo dejó allí, sin siquiera abrirlo. No le apetecía leerlo. Estuvo en su mesa durante días. Hasta que Claudia le leyó la dedicatoria. Supo que era para él. Para el Álex de hacía tres meses. El hombre en el que se había convertido le daba vergüenza. Leyó el libro de una sentada, en una sola noche. No tenía ni puñetera idea de libros, pero aquellas palabras le llegaban al alma. Con el tiempo triunfarás, le escribió en un mensaje.

Tres meses y dos días. Hasta entonces no se le había ocurrido llamar a Nora. Joder, ¿cómo no lo había pensado antes? Su amiga del alma, su hermana. Podría sonsacarle información

privilegiada. Quizá darle pistas sobre sus planes de vuelta, una fecha estimada. O una concreta, ya que estaba. Tuvo que insistir, ella se sacó de la manga excusas poco creíbles para evitar ir a verlo. Y cuando por fin la tuvo delante, la esperanza le inundó los ojos. Y hasta se permitió sonreír falsamente.

—Has adelgazado mucho —dijo ella, y le dio dos besos.

—¿Cómo está Nayra?

—Ilusionada con el libro y con el piso. Eso la mantiene ocupada.

Nora debía imaginar por qué la había llamado, así que fue directo al grano y no escondió en ningún momento sus intenciones.

—¿Y por lo demás?

Nora suspiró.

—Superar lo de Eloi le va a llevar tiempo.

—¿Aún le quiere?

Casi no se atrevió a preguntarlo, tuvo miedo de que le contestara que sí. Se habría hundido del todo.

—¡Claro que no! —respondió entonces indignada—. ¿Es que no te enteras de nada?

Le molestó que se pusiera a la defensiva. Aquello era una tortura para él, esperaba un poco de comprensión por su parte.

—Si no me entero será porque no se ha explicado bien —exclamó—. Joder, es que le pidió perdón. ¿Cómo coño se entiende...?

—Se sentía culpable.

—Pues no es normal —musitó meditabundo.

—En estas situaciones sí lo es. Debe trabajar para cambiarlo, por eso está yendo a un psicólogo. Hasta que no consiga perdonarse y aceptarse como víctima no podrá empezar de nuevo. Por eso te dejó.

Álex la miró sorprendido.

—Nos hemos dado un tiempo —repuso seriamente—. ¿Eso también lo he entendido mal?

Nora soltó otro suspiro exasperado.

—Estoy sacando mis propias conclusiones. Ni siquiera debería haber venido. ¿Qué te crees que va a decir cuando sepa que te he visto?

—Pues no se lo cuentes.

—No deberías tener secretos con ella.

—Ella los tuvo conmigo —contestó con la voz contenida—, me hizo creer que estábamos bien.

—No la culpes, Álex. Ella creía que estabais bien. Nunca te engañó, tuvo la valentía de contarte lo que la perturbaba sin apenas conocerte. Te puso encima de la mesa lo que había y tú aceptaste seguir.

Álex chasqueó la lengua y le pegó una patada a una piedra que encontró en el suelo. Qué ganas tenía de golpear cosas. De reventar algo. La nariz de ese capullo otra vez.

—Deberías tomarte estos meses con más optimismo —siguió Nora.

Él resopló.

—¿Cómo quieres que haga eso acordándome de ella a cada segundo? Salgo todos los putos fines de semana a emborracharme y ni eso me consuela.

—¿Te estás volviendo alcohólico?

—¡Joder, Nora! ¡Hablo en serio!

Ella lo cogió de los brazos y lo miró con preocupación.

—Prométeme que estarás bien.

—Prométeme que volverá. —Nora no dijo nada—. Ya me lo temía...

—No hay un solo día que no te nombre. Si eso te sirve...

No le sirvió. Ni sus palabras ni haber quedado con ella. Y encima el mal humor por culpa del encuentro le duró días. Se había acostumbrado a su nuevo carácter huraño. A veces le recordaba a la Nayra que llegó al piso deprimida. Quizá era ese el problema, que él también estaba deprimido.

Todos los días le parecían iguales. Y era una putada, porque le daba la impresión de que no avanzaba. Estaba anclado ahí, en su propia desazón y nada lo desencallaba. Y entonces llegó la noche de la cagada monumental. Estaba escuchando una canción de Beret. Había aprendido a apreciar la música que le gustaba a Nayra, le acercaba más a ella. La letra de *Diez mil porqués* le contaba verdades como puños y no podía más que asentir con vehemencia a cada verso.

*El caso no es volverte a ver,
sino ver cómo vuelves,
si merece la pena ya perderme
o no perderte, no sé.
Si las historias las escriben
aquellos que ganan siempre,
nosotros, que hemos perdido, qué diremos
de aquello que mataba pero nos hacía más fuertes.
Como echarnos de menos y después
a la cara diez mil porqués.*

—Como sigas escuchando eso te vas a hundir en la miseria —le dijo Paula desde el marco de la puerta.

Álex hizo una mueca y se rascó la barba. Le tocaba afeitarse, le picaba una barbaridad.

—Vístete, vamos a salir.

—¿Para qué me queréis? ¿Para que aguante la vela?

Ella arqueó una ceja con expresión divertida. Le cabreó que se lo tomara con buen humor. Estaba enamorada de Javi y lo tenía a su lado. Ellos, que no habían buscado nunca el amor, menuda injusticia. Y por eso sintió la necesidad de joderla.

—Sabes que Javi se acabará cansando de ti, ¿verdad? Siempre hace lo mismo con todas.

Paula lo fulminó con la mirada, pero se mordió la lengua. Se acercó visiblemente serena hacia la cama y se arrodilló frente a él.

—No hagas eso, Álex... No viertas mierda sobre los demás solo porque tú no puedes ser feliz. Sé perfectamente las aspiraciones de Javi, pero, a diferencia de ti, yo no me dejo llevar por la resignación.

Vaya zasca. Como una buena bofetada en la cara. Paula se levantó dispuesta a salir del cuarto, pero él la cogió de la mano y se la estrechó en un gesto amistoso.

—Me he pasado, lo siento. Dame unos minutos y me preparo.

—Antes deberías darte una ducha. —Arrugó la nariz.

Cuando salió del cuarto se olió la ropa. Apestaba a sobaco. Qué bajo estaba cayendo.

Perdía la cuenta de los cubatas a partir del tercero, en ese momento en que pillaba el punto que le ayudaba a olvidarse de todo. Y se dejaba llevar por la música, se volvía más sociable y aprovechaba para mirar. Eso sí podía hacerlo. Joder, no era de piedra. Y siendo sinceros, tampoco ponía nunca de su parte si alguna se le acercaba. Pero esa noche tuvo competición de miradas con una chica rubia que estaba en la barra. No recordaba por qué demonios le siguió el juego. Yo te miro cuando no miras, y viceversa, hasta que pum, pillada. Risas, complicidad. Lo típico. Así que se acabó acercando a él. Charlaron, bailaron, la invitó a una copa. Debía ir muy subido de tono cuando le puso la mano en el culo mientras movía las caderas al ritmo de la música. Tenía un buen culo, pero él recordaba perfectamente cómo las nalgas firmes de Nayra le encajaban en las manos. Hizo una mueca y entonces, sin saber cómo —o sí, porque maldita sea lo que dolía su recuerdo—, la chica se lanzó a sus labios. No sabía ni su nombre, pero se dejó hacer sin quejarse. Sabía acariciarlo y se imaginó que Nayra volvía a estar allí. Lo besó otra vez y él perdió la noción del tiempo. Hasta que su imaginación falló. Se dio cuenta de que no eran sus labios, que sus lenguas no se movían al mismo ritmo y que incluso se sentía torpe.

—Lo siento, no puedo —balbuceó en su boca.

En el callejón de atrás acabó vomitando toda su pena.

—¡Mierda! —gritó con rabia.

Sus amigos allí delante, mirándolo con lástima. ¿En eso se había convertido? ¿En un pobre desgraciado?

—¿Te has vuelto loco o qué? —vociferó Paula.

—Soy un mierda... —lloriqueó.

—Te ha faltado tiempo para perder el culo por otra.

—Ya vale —dijo Javi perdiendo la paciencia—, no le hagas sentir culpable. Se ha ido, ¿no? Pues era cuestión de tiempo. O te vas o te quedas, pero las medias tintas no valen.

—¡No se ha ido por gusto! —seguía defendiéndola Paula.

—¡Me da igual que esté arreglando sus traumas! ¡No puedo verlo así! ¡Se está echando a perder!

Javi salió del callejón tan rápido que su silueta se emborronó. ¿O eran los efectos del alcohol?

Él miró a Paula desde el suelo y suspiró, cansado.

—La he engañado.

—No. Estás triste. Y ella te lo perdonará.

Se sentía traidor, sucio. Y el arrepentimiento se unió a la sarta de sentimientos despiadados que acababan con él. No era solo haber besado a otra lo que le hacía sentirse tan cabrón. Era esa maldita vocecilla interior que le decía: «¿Y qué? Si ya no estás con ella».

Le persiguió hasta el final. Los remordimientos. El hastío..., los malditos consejos de la gente. Los consuelos que no causaban efecto. Vamos, Álex, a ella no le gustabas así, ella te decía, ella era..., todos usaban el pretérito imperfecto para conjugarla. Como si ya no existiera. La última en hacerlo fue su madre y a él le entró la risa, una señal de que empezaba a dejarse llevar por el pánico.

—¿De qué te ríes?

—Me hace gracia que todos habléis de ella como si estuviera muerta.

—Álex Cebrián, te quiero aquí en dos días. No hay más que hablar.

Y colgó. Empezaban las vacaciones de Navidad. Sí, las fechas navideñas. La felicidad, las comidas en familia. La sensación de soledad a pesar de estar acompañado. Los cuatro meses sin ella.

El amor es sentirse libre, es reír y llorar a la vez, es pasión, es locura sana, esa que te empuja a ser valiente y a no tener miedo. Es ver admiración en los ojos del otro, sentirse en casa cuando estás perdida. El amor es sumar la vida del otro a la tuya. Sumar, jamás restar. Y estoy segura de que es muchas más cosas que aún no he descubierto. Y me gustaría descubrirlas contigo, porque ahora tengo la certeza de que no todos son como él.

Resurgir.

No podía negar que con su hermana y su madre se encontraba mucho mejor. A las dos les había dado por cuidarlo en exceso, y a él le gustaban las atenciones que recibía. Se sentía en casa, arropado por su gente. Aunque su madre le dio un buen rapapolvo cuando le vio llegar, lo primero que tuvo claro es que debía cebarlo, y que no se iría de allí sin haber pillado unos cuantos kilos de más. Las comidas de Navidad siempre habían sido copiosas en su casa y ese año su madre se lució.

Había salido a tomar unos cubatas con Nahel, a rodearse de la gente de la que llevaba descolgado demasiado tiempo. Hasta pensó que no estaba tan mal, pues sonreía con ganas de vez en cuando. Pero luego volvía a encerrarse en su cuarto y comprobaba que incluso ahí había llegado su presencia: Nayra estaba en las fotos colgadas de las paredes que tanto le gustaron. En el escritorio donde la había empotrado para meter la mano bajo su vestido. En el placer contenido, la alegría compartida, la emoción de estar descubriéndole algo muy suyo, su intimidad, su infancia, sus sentimientos pasados.

Su madre era muy suspicaz, no se le escapaba ni una. Álex podía engañarla con palabrería bien dicha y una mueca que aspiraba a ser sonrisa, pero ella lo conocía demasiado bien.

—Estás decaído y no me gusta verte así —le dijo con un tono de voz que lo puso sobre aviso para el sermón que vendría.

—Empiezo a remontar.

A ratos, pensó. Que ya era algo teniendo en cuenta lo que llevaba auestas.

—Empiezas a hacerle creer a los demás que remontas. O lo que es peor, la gente se está cansando de empujarte. Y eso solo significa que acabarás por quedarte solo, con tu angustia. Y no vale la pena, Álex. Estoy segura de que va a volver, pero esperarla en estas condiciones te va a hacer tan infeliz que ni su vuelta podrá revertirlo. Piénsalo.

Su madre tenía el don de la premonición, porque acertó en todo: en que Nayra volvería, y en que su regreso no sería suficiente para llevarse la tormenta que rugía en su interior.

Ocurrió el día de Navidad. Había salido a pasear a Denver con Nahel. En la calle se respiraba la resaca de la noche anterior. Y ellos llevaban parte de la borrachera encima. Álex estornudó y se anudó mejor la bufanda para que le tapara el cuello.

—Hace un frío de cojones —se quejó Nahel.

Denver corría de un lado a otro meándose en todas las esquinas. Lo había llevado alguna vez a su antiguo barrio, pero desde que llegaron allí se había empeñado en marcar territorio. Debía pensar que era definitivo. Y a Álex no le hubiera importado que lo fuera. Aquello era más tranquilo, más cercano, más parecido a un hogar. Aún no se habían metido en la cama y el sueño lo devoraba por momentos. Bostezó como un poseso y tuvo que mantener el equilibrio cuando Denver le tiró de la correa con brusquedad. Parecía ansioso por volver del paseo. Lo había soltado cerca del parque, se habían sentado en un banco delante de la pista de fútbol y se habían pasado una hora hablando de la época del colegio. Memorable.

—Apuesto a que si lo sueltas se va directo a tu casa.

No esperó para comprobarlo. Si seguía haciendo aquella fuerza para retenerlo acabaría arrancándole el brazo. Y se sentía demasiado cansado para mantener la tensión. Lo soltó. De todas formas, eran los únicos que se atrevían a pasear a las nueve de la mañana con el frío que pegaba. Nahel le dio un cigarrillo y se lo encendió en la boca.

—Me debes uno —le advirtió.

—Será por los que yo te he dado, joder.

Se había quedado sin tabaco y era festivo, así que tendría que conducir hasta la gasolinera.

Cuando llegaron a casa, Denver rascaba la puerta con nerviosismo.

—Está muerto de hambre.

—Esta noche repetimos, ¿no?

—Qué dices, voy a dormir hasta mañana.

Nahel soltó una risotada que bien podía haber despertado a medio vecindario. Era un escandaloso. Le dio una palmada en la espalda antes de entrar en su casa. Denver no dejaba de lloriquear.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Soltó un bufido y abrió la puerta. Denver corrió escopetado hacia el comedor. Su madre salió a la entrada y lo miró con una expresión indescifrable.

—Te vas a resfriar —le dijo él.

Sonreía de una manera extraña, con una emoción contenida que no sabía disimular.

—Eh —la cogió de la barbilla con delicadeza—, ¿qué me estás escondiendo?

Últimamente la observaba con más detenimiento. Que estuviera hecho una mierda no lo convertía en un egoísta incapaz de darse cuenta de que a su madre le afectaba la marcha de sus hijos.

—Alguien ha venido a verte.

Sintió a Claudia reírse con fuerza, parecía que jugaba con Denver.

Entonces la escuchó.

El corazón le dio un vuelco.

A veces pensaba en llamarla, para no olvidar el sonido de su voz, y ahora que volvía a llenarse los oídos de ella tuvo la certeza de que nada hubiera borrado la ternura que desprendía.

Miró a su madre y ella ensanchó su sonrisa.

—Vamos, ve —lo apremió.

Estaba tan atónito que hasta que no notó su mano encima del hombro no sintió deseos de correr.

Denver brincaba de un lado a otro exhibiendo todas sus poses juguetonas. Se agachaba, saltaba y le pegaba lametones a Nayra en la cara. Ella reía a carcajadas. Cuando Álex entró en su campo de visión, lo miró y se levantó del sofá. ¿Por qué no lo habría llamado?, pensó él. Aún llevaba el cigarrillo en la boca,apestaba a tabaco, a alcohol. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, las ojeras le llegaban a los talones. Parecía un puto rastrero. Y ella estaba tan guapa.

—Ya sabes que no me gusta que fumes aquí —le dijo su madre quitándole el cigarro de la boca.

Él expulsó el humo que le quedaba por la nariz.

—Hola, Álex.

Nayra se estiró la parte baja del vestido. Al ver aquel gesto, Álex recordó la noche en que lo besó por primera vez, cuando intentaba hacerle creer que la única inseguridad que cargaba encima era el vestido que le había dejado Paula. Y sintió nostalgia, había tardado mucho en ganarse su confianza y ahora la tenía allí delante, como si el tiempo no hubiera pasado. Solo que esta vez sus ojos no albergaban ninguna duda. Y pensar que el mote de chica guerrera se lo puso para fastidiarla y acabó siendo una clara definición de lo que era...: una luchadora.

—¿Te quedas a comer, Nayra?

No se percató del silencio incómodo que se había instalado entre ellos hasta que escuchó a su madre. Era incapaz de decir una palabra, estaba demasiado absorto en Nayra. Se había cortado su pelo castaño, y ahora una media melena, un corte clásico, le rozaba las mejillas y le hacía parecer mayor. Aunque nunca se lo había dicho, siempre le gustó su forma de vestir, tan formal. Toda ella era pura elegancia. Su ropa, su manera de caminar, su manera de hablar. Jamás pensó que encajaría con alguien tan distinto y, de repente, se daba cuenta de que ella era la pieza que le hacía falta para completar su vida.

—Pues... —dijo mirándolo—... no me gustaría ser una molestia.

—No eres ninguna molestia, ¿verdad, Álex?

—No, claro que no —carraspeó.

—Perfecto. Claudia, ayúdame en la cocina.

—No sé, mamá..., me da miedo que desgaste a Nayra si la sigue mirando así —se rio.

Adoraba a su hermana, pero en ese momento le hubiera pegado una patada en el culo.

—Mejor nos vamos a mi cuarto.

Caminó hacia el pasillo esperando que ella lo siguiera. Antes de cerrar la puerta le indicó a

Denver que volviera al comedor. Él no estuvo conforme, pero acabó obedeciendo. El silencio de la habitación. Su presencia invadiendo el espacio que tanto la había añorado. Nayra lo miró cautelosa y se mordió el labio.

—Quería darte una sorpresa. Quizá me he equivocado.

—Podrías haber venido envuelta en papel de regalo.

Ella suspiró y su aliento le rozó un poco la cara. Necesitaba estar más cerca.

—Te estoy tomando el pelo. ¿Dónde ha quedado tu sentido del humor?

—Es que estás tan serio...

—Bueno, no te esperaba.

—Vaya —dijo dolida—. ¿Estás con alguien?

Álex abrió los ojos de par en par. No había interpretado bien sus palabras o estaba tan nervioso que no era capaz de expresarse con claridad.

—Claro que no.

—Puedes decirlo, han pasado cuatro meses y... —Se mordió el labio otra vez.

Se sorprendió al darse cuenta de que aún sabía leer en ella. Había algo que le preocupaba. Paula. Seguro que le había contado su desliz.

—Solo fue un beso. —La miró fijamente evaluando su reacción.

Le dolía, pero supo disimularlo muy bien.

—Vale —asintió con energía—. No me importa. He venido a recuperarte.

—¿Ahora estás preparada?

—No lo sé, pero no quiero perderte.

—¿Te das cuenta de que puede volver a salir mal?

Asintió entristecida. Él quería lanzarse a sus brazos, pero podría salir herido otra vez.

—¿Lo intentamos?

Su predisposición la hacía tan sexi... Plantada delante de él, con sus ojos grandes muy abiertos, expectantes. Con la boca entreabierta. Qué dulce la recordaba. No pudo soportarlo más. Salvó la distancia en un solo paso y le rozó los labios.

—Joder, qué fácil te lo voy a poner —susurró.

Iba a acabar haciéndolo de todos modos. ¿Qué sentido tenía alargarlo? Había sentido tanto rencor cuando se marchó que pensó en hacerse el duro cuando volviera. Sin embargo, tras aquellos cuatro meses con sus días y sus noches y la desesperanza tocando a la puerta, la certeza de que era ella se había agudizado. Era ella y nadie más. Y estaba allí. Podía tocarla, besarla de nuevo. No tenía sentido complicar algo que ya había sido muy complicado. Ella no se había ido por gusto, se recordó. Nayra jadeó en su boca y posó las manos en su cintura.

—Mi amor... —Cerró los ojos y sonrió.

—Mi chica guerrera.

La besó. Despacio. Quería saborearla, con tiempo. Sin prisas. Quería que se anclara en su memoria, la presión de sus labios contra los suyos, su lengua acariciándolo por dentro,

recorriendo todos los rincones que conquistó en tan poco tiempo, que aún eran suyos. Que nunca dejaron de serlo. Quería recordarlo porque no era un simple beso. Era el beso en mayúsculas. El que le decía que todo volvía a estar bien.

—Álex, no sigas o no podremos parar —le suplicó.

—¿Qué más da?

—Necesito decirte algunas cosas.

—Y yo besarte por todos estos meses que no has estado.

—Álex... —Nayra se apartó de él y levantó las manos para pedirle calma—. Quieto.

—Vas a tener que atarme —sonrió divertido. Sonreír le sentaba bien. Sonreír no, ella le sentaba bien.

Nayra soltó una risita y, por primera vez desde que la conocía, brilló con luz propia.

—Te has dejado el pelo más largo.

—Ehm..., sí. —Se lo tocó, inseguro.

Estaba hecho un asco, lo último que quería era que le diera un repaso.

—Estás muy guapo —añadió ella con cariño.

—Pero si voy hecho un desastre —se rio.

—Ven, vamos a hablar.

Se sentó en su cama y le indicó con un gesto que hiciera lo mismo. Cerró los ojos pensativa y cuando lo volvió a mirar lo hizo con seriedad.

—Quiero que entiendas que necesitaba alejarme de ti. Fue muy contradictorio al principio, te quiero y no podía aguantar no verte ni saber de ti, pero, por otro lado, necesitaba comprender lo que me ocurría. No estaba bien, Álex, no era feliz, sentía rechazo hacia una parte de mí que aún me perseguía y pensé... que no era justo que tuvieras que soportarlo.

—¿Ya le has olvidado?

Nada más preguntárselo se arrepintió de haberlo hecho.

—No lo voy a olvidar nunca. No se trata de eso, solo tengo que intentar que no duela.

—¿Y lo has conseguido?

—Aún estoy en ello. Pero me siento capaz de empezar otra vez contigo sin que el pasado sea un obstáculo. No podía alargarlo más, tenía miedo de perderte.

Le cogió la mano y se la besó.

—Te veo muy bien —dijo sincero.

—¿Y qué hay de ti?

—Prefiero que nos centremos en otra cosa.

—Si hay algo que te guardas quiero que lo digas. El amor es confianza, ¿no?

—¿Aunque el otro sea la causa de tu dolor?

Nayra tragó saliva y encajó el golpe.

—Lo siento, no quería ser tan brusco.

—No esperaba verte tan afectado.

Afectado se quedaba corto, desde luego.

—También soy de carne y hueso.

Se miraron en silencio. Y sus ojos hablaron. Miedo, dolor, ausencia, un perdón a medias, una vuelta que prometía curar, cicatrices viejas, heridas nuevas.

—Lo asumo, te he hecho daño. Pero estoy aquí para enmendarlo. Si empezamos de nuevo debemos hacerlo limpios de reproches. Dime lo que piensas, desahógate.

—¿De qué quieres que hable? ¿De mis meses sin ti? No hace falta, han sido una mierda.

¿Que se sintió morir? ¿Eso quería que le dijera? Hacerla sentir culpable no ayudaría a encauzar su relación.

—De tus sentimientos.

—Pues... he estado con el corazón a medias —explicó sin acabar de entender sus propias palabras—, supongo que es lo que pasa cuando alguien a quien quieres se va y se lleva parte de ti. Suena bonito, pero no lo es.

—Sí..., yo también he estado a medias.

Se miraron intensamente durante unos segundos.

—¿Puedo besarte ya?

—Se me han olvidado muchas cosas..., me distraes —sonrió.

—Tenemos tiempo —dijo él acercándose a su boca.

—Te he echado tanto de menos..., y te quiero. Te quiero muchísimo. —Se sentó en su regazo.

—Yo también te quiero.

No podría hacer borrón y cuenta nueva, eso era imposible. Pero creía fervientemente en las segundas oportunidades, porque la vida le había dado muchas. Y en continuar con algo que fue bonito. Algo especial que le había llegado sin pedirlo y le había entregado momentos increíbles. Empezaron una competición de yo te quiero más. No, yo más. Yo infinitamente más. Álex nunca creyó que acabaría haciendo esas cursiladas. Pero el amor es todo aquello que dijiste que no harías. Se besaron con ganas, rieron, volvieron a hablar, se pusieron intensos y sin buscarlo llegó el deseo. Y en uno de esos besos desenfrenados la ternura dejó paso a la pasión.

—Eres preciosa —jadeó él en su boca.

La acarició por encima del vestido. Quería sentir su calor, su tacto suave, la piel erizándose a su contacto. Nayra se subió a horcajadas encima de él sin dejar de besarle. Le excitaba que tomara el control, que le cogiera las manos y le enseñara los lugares donde esperaba que la acariciara. Lo guió hasta sus pechos y las manos se acoplaron a ellos a través de la tela. Toda ella estaba hecha a su medida. Se frotó contra su pene con una sonrisa provocadora. Ufff. Él la bajó de su regazo y se serenó un momento.

—¿Seguro? Mi puerta no tiene pestillo —le advirtió.

—No entrarán.

No iba a discutirle nada con lo cachondo que estaba. Nayra se tumbó en la cama y se mordió el labio mientras se subía el vestido sin dejar de mirarlo. Se acercó, le puso un pie en la entrepierna

y lo movió arriba y abajo con energía. Gimió y observó su sonrisa de satisfacción. Él quería hacerle el amor muy lento. Como lo había soñado cada día durante esos cuatro meses infernales. Le quitó las medias de un tirón y dejó al descubierto sus braguitas. Le gustaba que estuviera medio vestida, desprendía sensualidad. Le introdujo los dedos con suavidad. Ya la tenía durísima y tuvo que controlar las ganas locas de metérsela cuando notó su humedad. Ella soltó todo el aire por la nariz y se humedeció los labios. La besó recorriéndola con la lengua, con urgencia, mientras se apretaba contra sus dedos. Le bajó el pantalón y cayó rendido mientras se deslizaba dentro de ella. A su lugar favorito. Le apretó las nalgas acercándolo a su cuerpo para que la penetrara más hondo.

—¿Rápido? —le preguntó con la voz entrecortada.

—Muy rápido.

A la carga. Se recostó agarrándose a la almohada para tener un punto de apoyo y arremetió con dureza. La cama se desplazó hacia la pared con un golpe seco. Mierda. Nayra jadeaba con los ojos cerrados, la cabeza hacia atrás, la tensión de su cuerpo clavado al suyo. Notó el cosquilleo incesante que le subía hacia arriba. Estaba allí, listo para salir como un cohete y catapultarlo al éxtasis. Cerró los ojos y se concentró en el sonido que venía de fuera de la habitación para no abandonarse tan pronto. Claudia hablaba por el móvil, su madre trajinaba en la cocina. Nayra gimió fuerte y se arqueó debajo de él. La calló con un beso y le puso un dedo encima de los labios. Se lo metió en la boca y succionó. Oh, Dios. Estaba a punto, la conocía tan bien. Mantuvo el ritmo mientras hundía la cara en su cuello y reprimía el placer. Si le seguía apretando el trasero de aquella manera explotaría y no llevaba condón. Ella contuvo la respiración y se relajó poco a poco, gimiendo en su oreja. No le hizo falta más, la sacó justo a tiempo de correrse.

—Oh, nena, Dios...

—¡Álex! —exclamó mirándole con los ojos como platos—. ¡Mi vestido!

Ups. A ver cómo arreglaban aquello.

Álex durmió el resto de la tarde y, a pesar de hacerlo junto a Nayra, tuvo sueños extraños y agitados. Le envió un mensaje a Paula antes de despedirse de su madre y de Claudia, que se quedaría todo el fin de semana antes de regresar a Barcelona para celebrar el fin de año con ellos. Ha vuelto, le escribió. Sin dar más detalles. No tardaría en llamarlo. Nayra le había pedido que fuera a su piso a pasar la noche y, como le había dicho una vez, él iría a donde ella le pidiera. Lejos de sentirse un arrastrado, lo que buscaba era recuperarse de su tristeza. Pero antes se pasaron por su casa a recoger ropa limpia. Sintió vergüenza cuando entró en su cuarto. Parecía una leonera. Nayra no pudo evitar el gesto de disgusto mientras le ayudaba a recoger la ropa sucia del suelo y arreglaba la cama deshecha.

—Hubiera preferido venir solo..., pero quería tenerte aquí.

—¿Por qué?

—Es algo... simbólico. Aquí lo dejamos y aquí volvemos a empezar.

—Suenas coherente.

Ojalá fuera igual que suena, pensó. Solo se veía junto a ella, pero irremediablemente los cuatro meses le habían pasado factura. Recordó aquel verso de Beret que decía: «No es depender de ti, es darte mi felicidad». Y, joder, él ya no era la alegría personificada que la había enamorado. Su carácter se había vuelto agrio, no sabía cuánto tardaría ella en apreciar la huella de su marcha. ¿Sería reversible? Cogió el móvil y entró en YouTube para buscar la canción que tenía en mente.

—Ahora deja que te sorprenda...

Empezó a sonar una melodía que los dos conocían muy bien. Álex la había escuchado cientos de veces desde que ella se marchara, sorprendido de que sus gustos hubieran cambiado tanto, de sentir aquella canción tan suya. La música es así, ha de llegar en el preciso momento en que la necesitas. Comenzó a cantar mientras Nayra lo miraba con ternura, con sus ojos infundiéndole la calidez que le faltaba.

*Quédate, hagamos todo como la primera vez... Descúbreme las líneas de las manos, ven. Y
bésame los labios sin saber por qué, te sale bien.*

—No puede ser.

Sonreía. Quizá recordando la promesa que ella le hizo una vez: el día que me la cantes entera, me caso contigo. «No hará falta que te cases conmigo, me bastará con que no vuelvas a irte», pensó. Y como si le hubiera leído el pensamiento, Nayra dijo:

—Me quedo, Álex. Me quedo.

Biografía



Nacida en Girona, en 1987. Lectora voraz, soñadora impulsiva e inventora de historias desde que tiene uso de razón. Escribir era su pasatiempo hasta que decidió tomárselo en serio y publicó su primera novela: Regálame un instante (HQÑ, 2017).

Ahora compagina su pasión por escritura con su trabajo como administrativa.

Puedes seguirla en Instagram y Twitter: @AidaRamosRodri y en su blog:

<https://instantesimperfectos.wordpress.com/>

Increíblemente tú
Aida Ramos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Yolya Ilyasova / Shutterstock

© Aida Ramos, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21782-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones

[Déjame amarte. Los hermanos Montgomery](#)

Moruená Estríngana

[Y llegaste tú 1. Raquel](#)

Merche Diolch

[Anna](#)

Nora Alzávar

[Irrompible](#)

Romina Naranjo

[Eres mi mejor sueño](#)

Clara Álbóri

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

